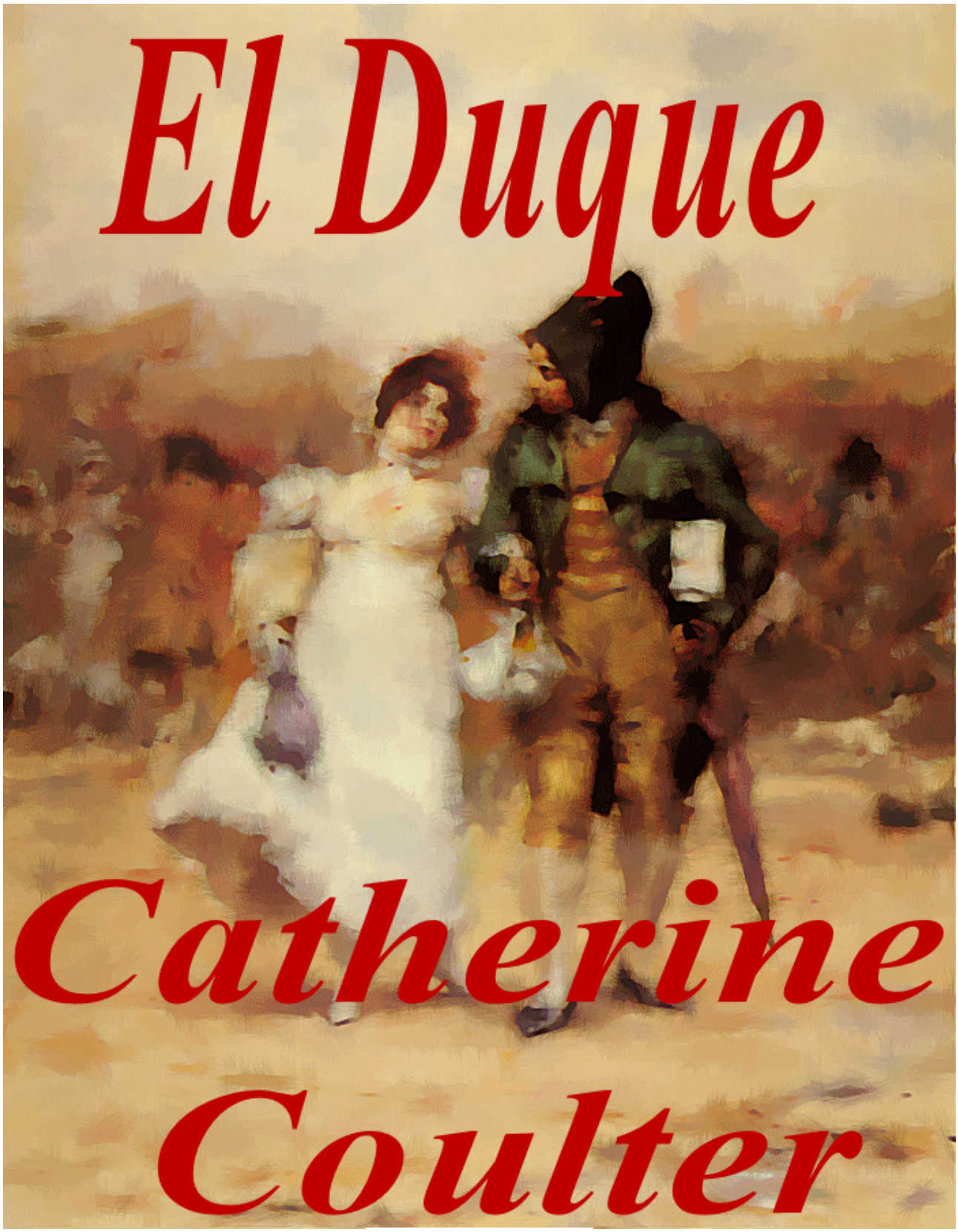
El Duque
Catherine Coulter



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

La amantísima madre de lady Felicity Trammerley, hija mayor del conde de Braecourt, le inculcó desde la infancia la idea de lo que se esperaba de ella. Y la verdad es que su prometido, el duque de Portmaine, esperaba mucho de ella. Finalmente había accedido a casarse con él, y dicho consentimiento había supuesto una victoria para el duque. Sabía que éste la consideraba una persona dócil y maleable, algo parecido a un corderito, y que éstas eran las cualidades que él andaba buscando. Había hecho todo lo posible para convencerle de que así era. Diligencia y trabajo duro. Su madre siempre había elogiado la belleza de su oscura melena, repitiendo hasta la saciedad que, con diligencia, llegaría a donde se propusiera. Sin embargo, a veces resultaba difícil, y particularmente en aquel momento, después de que el duque le explicara el motivo de su visita. Debía seguir actuando con cautela, a pesar de que el compromiso hubiera sido anunciado oficialmente la semana anterior en la *Gazette. Tuvo* que esforzarse para no levantar la voz cuando él, de forma breve y arrogante, le explicó el porqué de su visita.

-Mi querido Ian -le replicó con dulzura-, me alegro mucho por lo de la herencia, aunque se trate tan sólo de un título escocés y una propiedad. Sin embargo, no alcanzo a comprender el motivo de tanta urgencia. ¿Por qué tienes que ir en plena temporada a inspeccionar un viejo castillo que debe de estar en ruinas desde hace más de cien años? No creo que los torreones vayan a desmoronarse por el mero hecho de que retrases el viaje hasta el verano. Oh, querido, si no debe de quedar ni el foso. Esos lugares son terriblemente insalubres. Nadie entenderá que abandones los placeres de la temporada por algo así.

No quiso añadir que también sus propios placeres tenían algo que ver. La consecuencia de tener una pareja tan rica e influyente era que todo el mundo la trataba como lo que era: la futura duquesa de Portmaine. Quedaban todavía un par de viejos excéntricos pendientes de aceptar el hecho, pero todo acabaría en cuanto contrajera matrimonio.

Ian Charles Curlew Carmichael, quinto duque de Portmaine, observaba con mirada indulgente la elegante y delicada mujer que tenía sentada ante sí. Sonrió, resultaba imposible no hacerlo, su mera contemplación era un placer. Era preciosa. Hablaba con dulzura, sus movimientos eran exquisitos, tal como se esperaba de una duquesa. Sí, había acertado en su elección.

-Tienes razón, Felicity -convino finalmente-. Nadie espera una demostración de este calibre, nadie... excepto yo y mi fallecido tío Richard. El me enseñó a velar por lo que es mío: si no lo hago, otro lo hará en mi lugar y lo perderé todo. Debo ir. Si parto esta misma semana, regresaré antes de final de mes. Seguro que lo entiendes, querida. No puedo descuidar mis obligaciones, aunque se interpongan entre otros objetivos tal vez más interesantes.

En realidad pensaba que era la excusa perfecta para eludir el ajetreo de la temporada. Las largas fiestas y los bailes le resultaban insoportables.

Sin embargo, era consciente de lo mucho que gustaban a las damas esa clase de cosas y, al fin y al cabo, él era un caballero. No obstante, tenía la oportunidad de escapar de todo aquello y seguir siendo un caballero; de sentirse a gusto y libre de culpa.

Lady Felicity, ante el despotismo con que él respondía a sus objeciones, se mostró terca y obstinada. El duque prefería huir al otro extremo del mundo a quedarse con ella en Londres. Tuvo que reprimir su enfado y replicar de buen talante:

-Pero, Ian, si ni siquiera conoces a esa gente. Y ya sabes cómo son los escoceses... unos bárbaros repugnantes. No puedo creer que sean capaces de ver con buenos ojos la llegada de un inglés. ¿Por qué no te limitas a enviar a Jerkin, tu procurador?

El duque lanzó una mirada penetrante hacia aquellos cálidos ojos verdes, ligeramente almendrados, que tanto le recordaban a los de su primera esposa. No, no quería pensar en Marianne, y menos en aquel momento. No estaba bien. Debía olvidarla. Estaba seguro de que en cuanto Felicity fuera su duquesa ocuparía el lugar de Marianne. Le ayudaría a olvidar a su esposa, fallecida tantos años atrás.

-Tal vez tengas razón, querida -dijo-. No obstante, considero que mi obligación es visitar el castillo de Penderleigh y decidir qué hacer con él. Al fin y al cabo, ésos a quienes llamas bárbaros groseros son mis parientes, por escasos vínculos de sangre que existan.

-He dicho que eran repugnantes, no groseros.

-Tendrás que perdonarme, pero ambas palabras me resultan igualmente desagradables. Según tengo entendido, el título proviene de una tía abuela que sigue viviendo en Penderleigh, y me ha llegado gracias a una curiosa normativa escocesa establecida años atrás. ¡Lamento mucho tener que dejarte sola en pleno torbellino social! -Al menos tuvo el detalle de evitar mirarla a los ojos mientras hablaba-. Sabes que siempre puedes disponer de Giles para que te lleve donde quieras. Te gusta, es alegre e ingenioso, baila bien, conoce al dedillo todos los chismorreos de Londres. Por cierto, no tengo idea de cómo consigue enterarse.

El duque parecía perplejo, meneó la cabeza y sonrió.

-¿Cómo soportas que se vista con un chaleco a rayas amarillas de enormes botones plateados y encima una chaqueta de caza de color verde?

Se imaginaba a Giles pavoneándose con ese disfraz. En cierta ocasión le mencionó que parecía un pavo real con la cola abierta, y su primo le replicó diciéndole que su forma de vestir era demasiado austera y aburrida.

De haber sabido que en opinión de lady Felicity, Giles era el prototipo de hombre moderno y que consideraba su estilo de vestir mucho más elegante que la sencillez y austeridad del duque, se habría sentido decepcionado. Y se habría echado a reír de incredulidad al saber que ella consideraba a Giles (delgado y enclenque) menos amedrentador que al duque. También ignoraba que lady Felicity sentía un hormigueo en el estómago al recordar la broma de su hermano, lord Sayer, cuando su padre comunicó el compromiso. Lord Sayer le pellizcó la barbilla de ese modo tan alegre y odioso que le caracterizaba y repasó con mirada burlona su menudo cuerpo.

-Bien, gatita, el duque es todo un macho. El otro día cometí la osadía de retarle a un combate de boxeo y le vi completamente desnudo, ya sabes... Todo músculo, querida, nada de grasa; perfectamente proporcionado, no sé si me entiendes... En fin, supongo que no, además de virgen eres tonta. Te auguro una noche de bodas memorable. Pasarás varios días sin poder andar bien.

Felicity, consciente de que llevaba un buen rato mirando al duque horrorizada, apartó la vista rápidamente. Se repitió que, al fin y al cabo, era un duque, y a los duques no se les mira con miedo.

Convertirse en duquesa iba a compensarle con creces lo que tuviera que soportar en la alcoba. Le daría un heredero, era lo que todo el mundo esperaba (incluida su cariñosa madre, por mucho que lamentara que su pequeño tesoro tuviera que ser violada por su marido) y luego seguramente él la abandonaría para divertirse con su amante.

Lady Felicity logró sonreír. Sabía que discutir su decisión era una tontería. Además, si seguía llevándole la contraria, acabaría alejándose de ella. Decidió batirse en retirada. Cuando fuese la duquesa de Portmaine, todo cambiaría.

-Ian, te echaré mucho de menos -añadió sonriendo.

El duque se levantó del sofá brocado azul celeste y tomó las pequeñas manos de su prometida entre las suyas.

-También yo te echaré de menos, querida. Me complace que comprendas mis motivos. Te aseguro que no estaré mucho tiempo ausente.

Lady Felicity guardó silencio a pesar de no comprender tales motivos. Permitió que el duque la besara en la mejilla. Notó la calidez de sus labios. No le importó. Sería perfecto que los maridos se contentaran con un beso, pero su madre le había advertido que tendría que soportar mucho más que simples besos, ya que era algo a lo que todas las damas debían resignarse, incluyendo su pequeña preciosidad.

El mayordomo trajo la chaqueta del duque. En aquel momento lady Felicity comentó:

-Agosto queda muy lejos, Ian. Aún faltan seis meses para la boda. Será la boda del año... y en Saint George. Todo el mundo asistirá.

De pronto evocó la imagen de su primera esposa, Marianne. También se casaron en Saint George. No faltó nadie en aquella ocasión. Había sido el día más feliz de su vida. Marianne, su preciosa Marianne... Tenía la impresión de que había transcurrido una eternidad.

Miró a Felicity. A su lado había recuperado una serie de placeres que habían desaparecido de su vida hacía tiempo. Se parecía muchísimo a Marianne y, cuanto más la conocía, más le recordaba su ternura, su modestia, su calidez y amabilidad.

Era evidente que había llegado el momento de reconsiderar la idea del matrimonio. Tenía veintiocho años de edad, la vida era incierta y, además, todos esperaban que se casara, aunque fuera sólo por dejar un heredero. Se recordó cuán afortunado era por haber tenido en su vida una Marianne y una Felicity.

Siguió observándola por un instante y luego se marchó.

Aquella misma tarde el señor Giles Braidston se hallaba en el salón de la mansión Portmaine. Sosteniendo una copa de coñac entre sus estilizados dedos, comentó al duque de Portmaine, su primo:

-Felicity acaba de informarme de que has decidido viajar a Escocia. En mi opinión es un tanto aventurado, pero sé cuánto te gustan esta clase de viajes: frenéticos e interminables, sin saber si la cama de la siguiente posada tendrá más pulgas que los perros de su propietario. Doy por sentado que eres consciente de lo inquieta que se siente Felicity ante tu decisión. En realidad, quizá su reacción resulte algo anticuada, pero ¿quién sabe? Felicity lo hace muy bien: nariz respingona, boca

fruncida, mirada oscura... Sí, es buena en ese arte. Supongo que debió de enseñárselo su madre antes de salir de la escuela.

Ian estaba sentado ante una enorme mesa de despacho de nogal y examinaba con detalle un mapa de Escocia.

-Querido Giles, creo que llegar al castillo me llevará unos cinco días como mínimo. Tengo entendido que los caminos se hallan en muy mal estado, al parecer están más pensados para ovejas que para carruajes. Queda cerca de Berwick-on-Tweed, en la costa Este. Lo siento, viejo amigo, ¿qué decías?

-Hablaba de tu prometida, Ian, y sus modales anticuados...

-Si te envía Felicity para que me hagas cambiar de idea -replicó Ian con indiferencia-, olvídalo. Debo ir. Es mi obligación. Y tú cuidarás de ella, por supuesto.

-Naturalmente que cuidaré de ella y pienso disfrutarlo. La gente me trata a las mil maravillas siempre que ocupo tu lugar. Ser tu heredero tiene sus ventajas y no dejo escapar ninguna. Gracias, primo.

El duque recordó las numerosas facturas que había ordenado pagar a Pabbson el mes anterior para saldar las deudas de Giles. Sentía verdadero afecto hacia su elegante primo y no le importaba que de vez en cuando abusara de su fortuna. Por suerte, Giles no era aficionado a las mesas de juego, sino tan sólo a los botones de plata y los chalecos estrafalarios.

-Cuando ocupes mi lugar haz lo que te venga en gana, Giles -dijo--. Sólo te pido un favor: encárgate de que Felicity se sienta a gusto. Lo harás, ¿verdad, Giles?

-Por supuesto, la consolaré si pone mala cara, aunque dudo que lo haga. Su madre le ha enseñado que no debe fruncir el entrecejo, ya que no tardaría en arrugársele la frente. ¿Has pensado alguna vez en lo mucho que se parece Felicity a su madre?

Ajeno a la cuestión, el duque añadió:

-Nadie cuchicheará porque le hagas de acompañante, eres mi primo. A Felicity le encanta la vida mundana, igual que a Man... ¡Maldita sea! -El duque apartó la vista y suspiró, para agregar a continuación-: Si a Felicity le apetece salir y bailar, no la decepciones.

Giles balanceaba lentamente la cinta de terciopelo negro de la que pendía su reloj.

-Ian, creo que no has podido elegir mejor momento para viajar a Escocia. Diría que no es más que una medida drástica para evitar la temporada social y su callejeo.

-¿Callejeo? Qué palabra más estúpida. La temporada es terriblemente aburrida, y lo sabes. Bueno, quizá no lo sepas, pero yo sí.

-Te ruego que jamás comentes eso a tu prometida. Lo único que conseguirías de la hija del conde es que te dijera: «Eres un cabrón y me las pagarás.»

Iba a despedirle, pero el duque se quedó unos instantes pensativo. Enrolló con cuidado el mapa de Escocia y lo sujetó con una cinta. Luego dijo:

-Giles, tal vez deberías controlar tu imaginación. Sé que te gusta mucho hablar. Está bien, si quieres saber la verdad, te la diré. Ir al castillo de Penderleigh es más escapar de una cárcel que una obligación. Tengo cierta curiosidad por conocer a mi familia Robertson y, por supuesto, debo conocer el lugar. Cuando pienso en que tengo que acompañar a mi prometida la temporada entera, me entran ganas de envolverme la cabeza con una manta y desaparecer. De hecho, me encantaría no pasar ninguna temporada más en Londres. En realidad, me consideraría el hombre más afortunado del mundo.

-Primo, me parece muy inteligente por tu parte no habérselo explicado a Felicity en esos términos. Sin duda te desagradaría su reacción. Señor, cuánto le costaría mantener esa actitud sumisa que ha adoptado por ti. Te aseguro que está fingiendo, Ian. No puedo creer que no te des cuenta.

-Tal vez se sienta defraudada, Giles, pero es amable, comprensiva y altruista.

Giles le miró con incredulidad y añadió:

-Dios mío, Ian, no negaré que Felicity posee un gran parecido físico con Marianne, pero la similitud termina ahí. Además, Felicity me ha contado que te niegas a hablarle de tu primera esposa. Creo que es natural que sienta cierta curiosidad por saber cómo era Marianne.

-Felicity sabrá todo lo que yo quiera contarle, Giles, y ya le he explicado que siento especial debilidad hacia las chicas con su aspecto.

-Oh, vamos, Ian, ¿no te parece poco que todas las amantes que has tenido en los cinco últimos años hayan sido de cabello oscuro y ojos verdes? Si Felicity llega a descubrirlo algún día, me encantaría estar presente cuando te muestre los límites de su tan dulce carácter. -Al ver la mirada triste de Ian, levantó las manos y agregó-: Disculpa mi malicia, Ian. No diré nada. Si lo que deseas realmente es casarte con Felicity, ¿quién soy yo para apartar esta idea de tu cabeza?

2

-Agradezco tus perspicaces opiniones. Y en cuanto al carácter de Felicity, me atrevo a decir que acabará convertida en lo que yo quiera que se convierta, si es que aún no reúne las cualidades que yo pido de una esposa.

Se arrepintió de sus palabras arrogantes y pomposas en cuanto cerró la boca. Lo sentía de veras. No debería haber hablado de esa forma. Pero ¿qué tenía que haber hecho? Guardar silencio, se dijo. Decidió cambiar de tema.

-Oye, Giles, el viejo Mabley sigue con sus malos augurios. Le dije que entendía que no quisiera acompañarme (ya es mayor y no está para estos trotes) y que iría con Japper. Calló de golpe. Luego, como siempre, se puso a hablar por los codos y dijo que si él no estaba allí para recordármelo, yo no sabría dónde habría metido la corbata y el chaleco. A pesar de mis veintiocho años de edad, sigue teniéndome por un niño.

El señor Braidston se llevó inconscientemente la mano al impecable nudo del corbatín. La naturaleza no le había otorgado la altura, ni las anchas espaldas, ni la complexión atlética de su primo pero, a pesar de ello, se consideraba mucho más elegante. Era una persona civilizada; el sueño de cualquier anfitriona. Siempre sabía qué decir y qué hacer. En cambio, desde su punto de vista, Ian era como un perro torpe, excesivamente serio, tanto en sus modales como en su forma de vestir.

-Mabley es un viejo, Ian. Era el mayordomo de tu padre, ¿verdad? Creo que ha llegado el momento de que se retire. -Giles bostezó.

Muy propio de Giles, se dijo Ian, pensar sólo en los beneficios y la riqueza que otorga un título sin preocuparse de las responsabilidades que conlleva.

Ian se limitó a replicar:

-No estoy de acuerdo, Giles. La verdad es que me encontraría tan perdido sin él como él lo estaría sin una docena de zapatos que lustrar. Bien, dejemos de hablar de mi consagrado mayordomo. ¿Te ha explicado Felicity de qué forma tan extraña he obtenido el condado de Penderleigh?

-Bueno, me comentó algo acerca de una tía abuela inglesa y los absurdos tribunales escoceses. Siento comunicarte que perdió por completo el escaso interés que tenía por la conversación en cuanto llegó un vestido de baile nuevo de parte de madame Flauquet. Quería conocer mi opinión sobre el vestido, por supuesto.

El señor Braidston meneó su monóculo y se acomodó de nuevo en el sillón, con gesto de afectado sufrimiento. Luego ironizó:

-Mi corazón palpita, mi alma espera tu poesía...

En aquel momento el mayordomo abrió la puerta de doble hoja de la biblioteca. Ian no pudo seguir hablando de los Robertson.

-Disculpe, excelencia. Acaba de llegar un tal doctor Edward Mulhouse.

-¡Edward! Dios mío, hace meses que no nos vemos. Hazle pasar, James. ¿Te acuerdas de Edward Mulhouse, Giles? Le conociste durante tu última visita a Carmichael Hall. Supongo que ahora tendré un público más atento.

Edward Mulhouse hizo su entrada en la oscura y elegante biblioteca del duque. Su rostro, enjuto y bronceado, brillaba de satisfacción. Era un hombretón, de pies y manos enormes. Vestía con elegancia, aunque no tan a la moda como Giles. El duque y él eran amigos de infancia. Ambos caballeros se saludaron con un apretón de manos y Ian le dio a su amigo unas palmaditas en la espalda.

-¿Cómo es que tus pacientes han permitido que escapes de Suffolk?

-No había más que un caballo cojo, Ian; ni un triste furúnculo, ni una torcedura de tobillo. Además, ni me necesitaban ni me querían allí. Estoy abatido. ¿Qué otra cosa podía hacer salvo acercarme a la vida lujosa de Londres y visitar a mi padre? Creí que te daría una buena sorpresa con mi visita. Y aquí estoy.

-Excelente, Edward. ¿Recuerdas a mi primo, Giles Braidston?

-Por supuesto. Es un placer volver a verte.

Giles se vio obligado a sufrir el fuerte apretón de manos de aquel hombre imponente, capaz de colocar un brazo dislocado en su sitio sin inmutarse.

-Toma asiento, Edward -dijo Giles suspirando-. Bien, Ian, ahora ya tienes a otro para aburrir hasta la saciedad.

-Edward, acabo de heredar un condado escocés y me disponía a explicarle a Giles cómo ha ocurrido. -Sirvió a Edward una copa de jerez-. Pero antes, amigo mío, cuéntame cómo van las cosas en Carmichael Hall. ¿Sigue Danvers tan artrítico?

Edward, sin el menor atisbo de envidia, comenzó a describir al duque cómo iban las cosas por Carmichael Hall (la propiedad que éste poseía en Suffolk), incluyendo los detalles relacionados con la gente del lugar.

-Danvers sigue igual. Ian, te juro que a veces tu mayordomo parece el propietario. Su dignidad resulta abrumadora. --Ian le anima a ello.

-No es cierto, Giles, eres tú quien lo hace.

-Y tú también, Ian. Estás acostumbrado y no te das cuenta.

¿Sería verdad?, se preguntó el duque. La conversación siguió con el mismo tono durante un buen rato, hasta que Edward, negando con la cabeza, dijo:

-Basta ya de Carmichael Hall, Londres, el rey y otra gente relevante. Háblame de una vez de ese condado escocés, Ian.

-Vaya, ahora que creía que le habíamos despistado -objetó Giles.

-Siento decepcionarte, Giles. Lo único que lamento es el escaso conocimiento que poseo de los hechos, aunque por tu propio interés, creo que deberías estar al corriente.

Giles levantó la vista. El duque hizo caso omiso aunque, por un instante y mientras se acariciaba la barbilla, pareciera perdido en sus propios pensamientos.

-Todo esto es muy extraño -dijo por fin-. Acabo de acceder a la propiedad y al título a través de mi tía abuela, la única hermana de mi abuela, quien, según tengo entendido, contrajo matrimonio con Angus Robertson poco después de que el príncipe Carlos pujara por el trono. Al parecer, se produjo una auténtica debacle legal, y los tribunales dictaminaron que tanto el título como la propiedad fueran a parar a mis manos. No hay más descendencia masculina. -Hizo una pausa y le guiñó el ojo a su primo-. Naturalmente, no debemos confundir los Robertson de las tierras bajas con los Robertson de las tierras altas.

-Por supuesto -convino Giles, como si fuera el mismísimo obispo de York-. Jamás confundiría tal cosa, ni en esta vida, ni en la próxima.

-Lo único que sé a través de mi abogado inglés es que no existe ningún pariente masculino en Escocia que pueda heredar y que el único hijo que le quedaba al conde falleció en 1795, dejando tres hijas.

El señor Braidston reprimió un bostezo.

-Las historias pasadas son un aburrimiento, ¿no crees, Edward? -Viendo que sonreía, Giles añadió-: Gracias a Dios, Ian, que nos has conducido rápidamente al presente. Supongo que no le habrás contado a Felicity lo de esta multitud de féminas. ¿Cuántas son...? ¿Tres? Frunciría el entrecejo... y su madre se enojaría.

-No creo que Felicity se molestara, Giles. Tengo entendido que son tres niñas. O, como mínimo, esto es lo que la carta de mi tía abuela deja entrever.

Edward Mulhouse estaba perplejo.

-¿Sigue con vida la anciana? Dios mío, debe de ser una reliquia, de la época del Diluvio.

-Pues sigue viva y coleando. Debe de tener casi cien años.

El señor Braidston se puso en pie, una mirada compasiva oscurecía su rostro.

-Pobre Ian, jugando a hacer de enfermero de una vieja bruja y de tutor de una pandilla de mocosas. Estas cosas llevan su tiempo.

-¿Tienes que dar el visto bueno a algún chaleco nuevo, Giles? -preguntó el conde.

Giles se volvió hacia Edward y se excusó:

-Me esperan en Brook Street. Ian parte hacia Escocia antes del fin de semana. Por cierto, Ian, espero que nos veamos antes de que te marches, y confío que en Escocia te reciban con los brazos abiertos.

Cuando Giles se hubo marchado, Edward dijo:

-Tengo entendido que los escoceses no ven con muy buenos ojos a sus vecinos ingleses, por mucho que hayan pasado más de cincuenta años desde lo de Culloden.

El duque replicó sin alterarse:

-Lo sé, Edward, por eso he decidido llevarme solo a Mabley. Sea cual sea su actitud respecto a los ingleses, no quiero que me desprecien por el hecho de llegar armado con un ejército de diez criados y un montón de mulos cargando con mis pertenencias. Condenado Giles... Mira que pensar sólo en una vieja reliquia y un puñado de chicas...

»Bien, dejemos este tema, Edward. Dime ¿cuál de los infames tugurios de Londres te apetecería visitar?

De hecho, y puesto que no solía visitar Londres, Edward llevaba una lista impresionante.

-Dios mío, Edward! -exclamó el duque en cuanto su amigo hubo acabado con la lista-. Voy a salir de Londres tan lleno de alcohol que tardaré todo el viaje en recuperarme.

Edward estaba encantado con aquella perspectiva. Suffolk era un lugar acogedor, pero lo que necesitaba en aquel momento era una buena taberna donde divertirse.

-Por tu viaje, Ian -dijo Edward, brindando con su anfitrión.

-Maldita sea, vamos a divertirnos. Espero que la resaca valga la pena. Tú eres médico. ¿Hay algún modo de evitar que los días siguientes sean tan penosos?

-Creo que no, lo siento -repuso un risueño Edward-. Son casi las cuatro de la tarde. Deberíamos empezar a planear la noche.

Ian pensó en su amante, la encantadora Cherry Bright (supuso que un nombre profesional), y suspiró.

-Qué te parece incluir una visita a un lugar como Madame Trevalier's?

-Oh, sí, magnífico -respondió Edward-. Llevo seis meses enclaustrado en el campo. Allí no hay más que virtuosas hijas de terratenientes y mujeres casadas. Las hijas me sonríen y me miran con buenos ojos, pero me ponen nervioso, mientras las esposas me contemplan con tanto interés que me sacan de quicio. No hay más que ovejas. ¿Qué puede hacer ahí un pobre médico?

-Está bien -dijo el duque-. Visitaremos todos los antros hasta que quedes saciado.

-Echa un vistazo a mi lista, Ian. Repásala. ¿He olvidado algún lugar interesante?

-¿De dónde has sacado la maldita lista?

-Del mozo de cuadras de Gaggle Goose Inn, donde me hospedo. Tiene una hija encantadora, pero no pienso ni acercarme.

El duque suspiró y añadió:

-Vuelve a las seis con todo tu equipaje. No consentiré que te hospedes en Gaggle Goose Inn. Te quedarás conmigo todo el tiempo que quieras. Cenaremos en mi club y empezaremos con tu lista.

Jamás se debe decepcionar a un amigo, y menos cuando se ha cazado, pescado y cometido innumerables fechorías con él desde los seis años de edad.

3

Lady Adella Wycliff Robertson, condesa viuda de Penderleigh, levantó su ajado bastón de ébano y señaló con el extremo hacia su nieta.

-Vamos, niña, no quiero que andes desgarbada como Morag cuando se rasca. Llevas el nombre de Robertson y sangre inglesa en las venas, lo cual te convierte en una dama. Las damas no andan desgarbadas, ¿me has oído?

-Sí, abuela -respondió Brandy, irguiendo la espalda.

A menudo gélidas corrientes de aire azotaban el enorme salón de la viuda y en esos momentos Brandy suspiraba por hallarse entre el tumulto y el calor de un baile.

Las paredes de piedra estaban cubiertas por gruesos tapices de lana. Sin embargo, eran tan viejos que la fría humedad del mar del Norte había calado hasta lo más profundo del tejido. Brandy incluso había visto los raídos tapices ondeando a merced del viento marino que se filtraba a través de las escarpadas piedras del castillo. Se situó a escasos centímetros de una chimenea ennegrecida por el paso del tiempo.

-Abuela, ¿es cierto lo que ha dicho el primo Bertrand...? ¿El nuevo conde es un duque inglés? ¿Va a ser de verdad el nuevo amo?

-Así es, niña. Ya te he explicado que su abuela era mi única hermana. -Se interrumpió un momento y agregó-: Era débil, tenía agua en la sangre y el alma. Señor, qué caminos tan distintos los nuestros...

La voz de lady Adella flaqueaba. Brandy sabía que los pensamientos de su abuela estaban muy lejos de allí, en un lugar perdido en el tiempo. Esperó pacientemente un buen rato, hasta que decidió tirar de la manga de seda negra de su abuela.

-Abuela, ¿crees que el duque inglés vendrá a Penderleigh?

-¿Él? -Lady Adella se irguió y clavó una nebulosa mirada en su nieta-. Oh, el duque... ¿Venir aquí, dices? -Frunció sus delgados labios, que no habían sido besados por un hombre desde hacía más de treinta años-. Es poco probable, niña. Supongo que enviará a uno de esos hombres de negocios impecablemente vestidos a curiosear. Brandy, no vamos a conocer a nuestro amo inglés, cuyo único interés será incrementar las rentas. Sí, nos extorsionará hasta que no quede nada. Se llevará hasta el último cañón herrumbroso.

Brandy se sonrojó y objetó:

-Pero si no tenemos rentas. En realidad no tenemos casi nada. De no ser por la pesca, los arrendatarios morirían de hambre. Abuela, te equivocas... Es imposible que la sangre que corre por mis venas y que me convierte en una dama sea inglesa. Una dama inglesa jamás haría eso. ¿Por qué tendría que hacerlo un caballero inglés?

Lady Adella volvió a sentarse y tabaleó con sus dedos artríticos el mango curvo del bastón. No podía odiar a los ingleses, era uno de ellos. Pero tampoco podía olvidar Culloderi, los años de represión inglesa, la devastación de granjas y fincas, la destrucción de los antaño orgullosos clanes. Logró salvar a los Robertson, pero no el linaje de las tierras altas. El duque de Cumberland juró aplastarles bajo el tacón de su bota y lo hizo. Hubo una matanza de hombres, mujeres y niños. No quedó mucho en las tierras altas, a excepción de la rabia contenida y un fuerte deseo de venganza calado hasta los huesos.

Incluso las inocentes gaitas habían estado prohibidas hasta hacía bien poco, ya que los señores ingleses temían que su sonido triste y áspero fuera capaz de reunificar los clanes y recordar sus lejanos momentos de gloria. Sí, ella era inglesa hasta la médula, a pesar de los más de cincuenta años vividos en aquel solitario y olvidado castillo del mar del Norte.

Exhaló un profundo suspiro y susurró:

-Brandy, no debí hablar así del duque inglés. Lleva mi sangre y también la tuya. El tiempo nos demostrará qué clase de hombre es. Quizá no sea tan malo.

Observó los singulares ojos ambarinos de Brandy agrandarse y las fosas de su nariz inflarse. Una reacción muy inglesa, pensó lady Adella. Nadie se la había enseñado. Tenía orgullo y no le venía de los débiles y testarudos Robertson, sino de ella.

Qué distinto sería todo de haber sido un varón. No habría ningún inglés reclamando un título y una tierra escocesa.

Brandy se arrodilló a los pies de su abuela sobre un pequeño cojín, extendió los brazos lánguidamente y arqueó la espalda.

Lady Adella pestañeó. De pronto le pareció ver que su nieta había cambiado. Aunque no estaba segura (le fallaba la vista), creyó distinguir que los pechos de la joven luchaban contra la opresión del corpiño bajo el vestido de muselina azul. La estrechez de su cintura quedó en evidencia al arquear la espalda. Era como si no se hubiera percatado del paso de los años. Brandy debía de haber iniciado su ciclo menstrual hacía tiempo. Lady Adella frunció el entrecejo e inquirió:

-¿Cuántos años tienes, niña?

Brandy volvió la cabeza al oír las palabras de su abuela, las rubias trenzas rozaron la alfombra descolorida.

-Cumplo diecinueve por San Miguel, abuela. ¿No te acuerdas?

-Vigila esa lengua atrevida, niña. Bien, así pues, tienes dieciocho años. Conmigo no has de tener pelos en la lengua. San Miguel está por llegar, así que sigues teniendo dieciocho. Por supuesto, recuerdo todos y cada uno de los nacimientos de los Robertson de esta familia ignorante. ¿Crees que soy una vieja?

-En absoluto, abuela. Terca y mandona quizá, pero vieja jamás; tal vez incluso algo autoritaria, aunque no más de lo necesario.

-Procura no serlo tú también -dijo lady Adella sin que Brandy supiera a qué se refería. Lady Adella cerró los ojos y se acomodó entre los cálidos cojines de su sillón favorito. Casi había cumplido los diecinueve... Estaba en edad de merecer. En cuanto a Constance, ya debía de tener

dieciséis, y la pequeña Fiona pronto dejaría de ser una niña. Lady Adella empezó a hacer cuentas. Habían pasado seis años desde la muerte de la débil Emily durante el parto de Fiona... Por aquel entonces, los ridículos franceses se mataban entre ellos. El bonachón de Clive, su segundo hijo, se quedó con tres hijas y vivió en el desconsuelo, hasta morir a bordo de un barco que naufragó a menos de cien metros de la costa a causa de una tormenta.

Brandy se cubrió los hombros con su chal de tartán y, como siempre, lo anudó sobre el pecho. Aquella prenda iba a ser su eterno acompañante hasta finales de abril, cuando el brezo floreciera. Entonces no sabía que haría, ya que el chal le daría mucho calor. Tendría que pensar en algo.

Sonrió pensando en el calor y en la suave brisa primaveral, aunque las corrientes marinas solían enfriar los vientos que soplaban entre las rocas de los acantilados. Tal vez este año fuera afortunada y encontrara una mata de brezo blanco que, según se decía, traía buena suerte.

Se calzó con dificultad unas zapatillas que le habían quedado pequeñas y se puso en pie. Sabía que no debía interrumpir a la abuela cuando ésta se sumía en sus recuerdos. Brandy pensó en su abuelo fallecido y le invadió una honda tristeza, a pesar de reconocer que nunca había sentido un gran afecto hacia él. Era incluso más huraño y promiscuo que el resto de la familia y siempre pensó que disfrutaba avergonzándola con su interminable lista de chistes verdes. Fue una lástima que muriera negándose a reconsiderar la posibilidad de devolver al tío Claude sus derechos de herencia, ya que si éste hubiera podido ser el siguiente conde de Penderleigh, no habría ningún inglés usurpando sus tierras.

Brandy miró de reojo el viejo reloj situado en un rincón de la estancia, que le recordaba a un marinero borracho tumbado sobre una mesa. Eran casi las cuatro de la tarde, la hora del té, una tradición que lady Adella había establecido hacía cincuenta años pasando por alto los gruñidos de su marido. De un momento a otro se oirían los pesados pasos de Crabbe sobre el suelo de madera.

Llamaron a la puerta de roble. La mirada vidriosa se esfumó lentamente de los ojos de lady Adella.

-La hora del té -dijo la anciana-. Entra, Crabbe, no seas holgazán.

Crabbe, alto y robusto, entró en la sala portando un juego de té de plata. El primo Percival venía tras él.

-El señor Percival desea ver a su señoría -anunció Crabbe sin que fuera necesario.

Brandy se estremeció al ver sonreír a lady Adella.

Siempre pasaba lo mismo. De inmediato se levantó para situarse detrás del sillón de respaldo alto de suabuela. Percy no le gustaba lo más mínimo, no sólo porque adulaba a lady Adella de un modo vergonzoso, sino también porque empezaba a temerle.

Por San Miguel, y con motivo de su último aniversario, había comenzado a observarla de una forma mi particular, con una mirada viscosa y extraña que no alcanzaba a comprender pero que, de algún modo, era capaz de identificar en lo más profundo de su ser. Durante el invierno empezó a imaginar el significado de aquella mirada. La aterrorizaba.

-Pasa, Crabbe -dijo lady Adella-, no te quedes ahí como un idiota. Pon la bandeja del té en la mesilla como has hecho durante los últimos cincuenta años. Muy bien. Y ahora puedes retirarte... y

dile a Cook que esta noche no me apetece ver otra sopera de arroz con lentejas. Tanta bazofia acabará destrozándome el estómago. Dile que prepare algo especial... está aquí mi nieto.

Lady Adella miró a Percival y señaló con el bastón hacia el viejo sillón de terciopelo verde que tenía enfrente.

-Bien, chico, ya era hora de que vinieras. Siéntate, siéntate. Brandy, niña, sirve el té. Hoy tengo los dedos pegados al bastón.

Brandy se deslizó tímidamente desde detrás del sillón de su abuela. Al inclinarse, dispuesta a coger el asa plateada de la tetera, notó la mano de Percy agarrándola por la muñeca.

-Buenos días, primita. Tienes muy buen aspecto. -Apretándola con más fuerza, le acarició la palma de la mano.

Hubiera querido golpearle la cabeza con la tetera, pero era tan antigua y frágil que tuvo miedo de que se partiera en dos. Brandy consiguió soltarse y mantener la boca cerrada. No quería hacer escenas delante de lady Adella. Se limpió la mano en la falda.

Percival se echó a reír y preguntó:

-Querida abuela, ¿cómo consigues estar cada día más encantadora? -Se inclinó para besar una mano ajada y llena de venas azuladas.

-Eres un perro, Percy, un perro que me gusta. y bien, ¿por qué no viniste a verme cuando estaba tan mal? Tres meses de retraso para ofrecerme tus condolencias... A decir verdad, hasta me sorprende verte ahora por aquí, abandonando tu vida disipada en Edimburgo.

-No soy un hipócrita. Sabes perfectamente que, tarde o temprano, toda la parentela acabará pasando por este montón de piedras húmedas para mostrar su condolencia por el fallecimiento de lord Angus. Lo que ocurre es que algunos llegan más tarde que otros.

-Tu té, primo Percy.

-Ah, una luz entre las tenebrosas sombras. Muchas gracias, primita. *Creces más* que las anémonas en primavera...

-Tu metáfora está fuera de lugar, Percy -lo interrumpió lady Adella, súbitamente consciente de que la mirada masculina de Percy había reparado antes que ella en el cambio sufrido por Brandy.

-Abuela, ¿me disculpas? He prometido a Constance y a Fiona que iría a pasear con ellas.

-De acuerdo, niña, pero no os retraséis. Ya sabes que no me gusta la sopa fría.

Brandy esbozó una tímida reverencia ante su primo y se dirigió hacia la puerta a toda prisa. Al salir de la estancia, creyó oír una risotada.

-Ya no tiene nada de niña, señora -comentó Percy, elevando el tono de voz para que Brandy pudiera oírle desde el pasillo.

-No tontees con la niña, Percy. Es demasiado joven e inexperta para entender tus insinuaciones. -Pasó los dedos por el asa de la taza y sorbió el té ruidosamente entre los escasos

dientes que le quedaban. Observó con disimulo cómo los ojos verdes de su nieto se agrandaban, desafiantes, y se sonrió. Sí..., todos los Robertson eran iguales; la mayoría débiles y extravagantes, seguros de que las mujeres los tenían por dioses, aunque en realidad eran como perros en celo que aullaban cuando no conseguían lo que querían, lo que habitualmente no era más que otra mujer.

-Por tu inmortalidad, abuela -brindó Percy, levantando la taza.

Lady Adella soltó una apergaminada carcajada y dijo:

-Claro que sí. Juro que permaneceré en este mundo más tiempo que Angus. Cuando el médico le comunicó que estaba muriéndose, se puso hecho una fiera. De quedar algún dinero, el pobre bastardo lo habría quemado antes que dejarlo en mis manos.

-Me pregunto cómo debe de sentirse en este momento, asándose en el infierno y sabiendo que tú y yo estamos juntos aquí. -Mostrando su más amargo cinismo añadió-: En fin, al menos ahora puedo visita Penderleigh siempre que quiera.

Lady Adella se miró las manos y la taza de té que había dejado en la mesilla. Luego sonrió e inquirió:

-Y qué diría, chiquillo, si yo decidiera legitimarte

Percy sintió que su pulso se aceleraba, aunque logró expresarse con cautela.

-¿Estás pensando en compensarme por tanto años de desaires? Apuesto a que el viejo Angus sería capaz de levantarse de la tumba para estrangularte.

-No puedo negar que me seduce la idea de ver sus huesos amortajados emergiendo del agujero en que le enterré. No me dirás que no le ves ventajas. ¿Qué contestas, Percy?

-¿Ventajas? Tal vez tendría mejores oportunidades para encontrar una heredera con quien casarme, nada más. El duque inglés seguiría reclamando tanto Penderleigh como el título, ¿me equivoco?

-Es posible, pero tendrías derecho a reclamar el apellido Robertson. Nunca me ha gustado que mi nieto, el hijo de Danovan, sea conocido como el Robertson bastardo. Me revuelve las tripas. Vamos, Percy, no me mires así... Sabes de sobra que nunca me he andado con remilgos ni he negado la verdad. Quién sabe qué sucedería si te legitimara. Bien, ¿lo quieres o no?

Percy pensaba en Joanna MacDonald, la rolliza y algo miope hija y heredera de un acaudalado comerciante de Edimburgo. A menos que le traicionara el instinto, lo cual era improbable, juraría que estaba enamorada de él. El mojigato del padre no podría negarse. Esbozó una de esas sonrisas sensuales e infantiles con las que había arrastrado a tantas mujeres a la cama y respondió:

-Sí, abuela, me encantaría ser legitimado. Sospecho que incluso mis acreedores quedarían impresionados. Y me pregunto qué ocurriría si reclamara Penderleigh en caso de recuperar el apellido.

-Quizá deberías preguntarte qué sucedería si el duque inglés no tuviera un heredero.

-O si el duque inglés cayera enfermo y no sobreviviera...

Lady Adella miró a su nieto maliciosamente y agregó:

-Tengo entendido que el duque inglés tiene veintiocho años... Es demasiado joven para dejar este mundo prematuramente Y en cuanto a herederos, supongo que debe de estar casado y tendrá un montón de mocosos. Y si no fuera así, siempre aparece inesperadamente algún primo o tío. Siempre queda algún heredero en la retaguardia.

-Abuela, nadie ha hablado de asesinato. He realizado la pregunta por mero interés especulativo. No es más que un juego que, por cierto, tú has iniciado.

Consternada, lady Adella respiró hondo y dijo:

-Sí, pero es la misma pregunta que Bertrand, el hijo de nuestro querido Claude, formularía de no ser tan cobarde. Un nieto ilegítimo y un sobrino nieto desheredado... ¡Maldito Angus! Siempre fue idiota y testarudo como un burro atado a un carro de heno. Verás, Percy, si yo te legitimara y Claude y Bertrand recuperaran sus derechos hereditarios, el duque inglés tendría la sopa envenenada incluso permaneciendo en Londres.

Percy estaba perplejo ante la claridad y la dureza del tono de la anciana. Sin duda tendría que acostumbrarse a ello a partir de entonces.

-No digas tonterías, abuela. Angus jamás habría devuelto a Claude y Bertrand sus derechos de herencia. En caso de legitimarme, yo seré el único que pueda reclamar ante el duque inglés.

-Hablar de Claude y Bertrand te revuelve el estómago, ¿verdad, muchacho? Si finalmente devuelvo al hijo de Douglass su derecho de herencia, tu reclamación quedará reducida a polvo en el viento. -Se encogió de hombros sin dejar de mirarle. Luego añadió, pensativa-: El tiempo lo dirá, Percy... El tiempo y yo, por supuesto.

Sorprendido, Percy miró a lady Adella.

Esta vieja parece una araña abotagada, pensó. Teje la red y me tienta para que caiga en su trampa. ¿Pretende que nos devoremos los unos a los otros? ¿O quizá espera que sea yo quien acabe con los demás?

Intentó quitarse la idea de la cabeza. De momento sólo esperaba que la vieja legitimara su posición.

Se levantó y tomó la mano de lady Adella.

-Si no te importa, me quedare hasta que el asunto se clarifique. Sueño con volver a Edimburgo con mi apellido legítimo.

-Como quieras, Percy -dijo lady Adella-. Dije a Crabbe que mañana vaya a buscar a MacPherson y le explicaré a esa ave carroñera qué debe hacer.

-De acuerdo, abuela.

Cuando Percy se disponía a marcharse lady Adella le advirtió:

-Percy, no te metas con Brandy. Sigue siendo una niña y aún no conoce a los hombres.

Observando el brillo reprimido de su mirada, se preguntó si Percy era consciente de cuánto se parecía a aquel abuelo que tanto odiaba.

Una vez a solas, lady Adella esbozó una amplia sonrisa. Aunque su conocimiento de las leyes era somero, sabía que ahora que Angus había cambiado su residencia en el mundo terrenal por la compañía del diablo, ella podía poner la tetera legal en ebullición. Estaba segura de que el viejo MacPherson cumpliría sus mandatos al pie de la letra, ese aspecto no le daba miedo, al igual que los tribunales. El apellido Robertson seguía inspirando respeto. Legitimaría a Percy y, tal vez, incluso devolvería los derechos de herencia a Claude y Bertrand. Tampoco le importaba la opinión del duque inglés sobre sus maquinaciones (al fin y al cabo, él estaba en Londres, sano y salvo, y sin duda seguiría allí).

Miró de reojo el pequeño cojín cuadrado situado a sus pies, el cojín de Brandy, su nieta convertida en una hermosa mujer. Enojada, lady Adella dio un golpe de bastón... Tres nietas y ninguna de ellas con perspectivas de matrimonio, y mucho menos de dote. Era absurdo pensar que un duque inglés desconocido, aunque fuera tutor oficial de las chicas, apareciera con algunas guineas que regalar a su lejana parentela escocesa. Sin duda era una idea descabellada, pero no la descartaba. El tiempo lo diría y ella estaría allí para ayudar a que se pronunciara.

Una vez hubiera legitimado a Percy, sería capaz de arreglárselas por sí solo. Era guapo y despreocupado, como ella lo había sido hacía ya tantos años. Maldijo a su hijo Danovan por no haberse dignado a dar el apellido a la madre de Percy. Danovan siempre fue un hombre extravagante. Lady Adella recordaba la alegría que había sentido al enterarse de que se había acostado con una mujer. Por supuesto, la cosa no duró. Al cabo de un año escaso, se largó con un irlandés musculoso, dejando a la pobre mujer al cargo de su pequeño e indefenso hijo. La eterna pregunta sin respuesta (olvidado ya el dolor) era si Danovan había acompañado voluntariamente a la guillotina a su amante francés, un comité disoluto que sin duda merecía perder la cabeza. Por suerte Percy no había heredado la tendencia de su padre.

Lady Adella volvió la cabeza para mirar el reloj. Era hora de llamar a la vieja Marta para que la ayudara a vestirse para la cena. Soltó una risotada al recordar... Incluso la vieja Marta, una auténtica fulana en sus tiempos.

Afortunadamente lord Angus nunca llegó a hacerle un hijo.

4

Bertrand Robertson, sentado e inclinado sobre un grueso libro de cuentas, mordía pensativo el extremo de su pluma. Fraser, su único criado, un tipo de oído agudo, acababa de informarle del regreso de Percy. Maldito cabrón. ¿Qué demonios quería ahora? Era una pregunta estúpida. Dinero, por supuesto. Sin embargo, no había ni un solo céntimo para él, así que debería dedicarse a adular las bellísimas cejas de lady Adella y su aguda inteligencia. Naturalmente no le sorprendería que la vieja le mintiera con toda clase de promesas.

Se obligó a devolver la atención a las interminables filas de números cuidadosamente apuntados en el libro de contabilidad; números puros y duros, malísimos (sumarios le revolvía las tripas).

Un año más, Penderleigh sufría pérdidas y a ello debía añadirse la muerte de Angus, los numerosos deudores que solicitaban pagos y el hecho consumado de que la lana de las ovejas negras se había cotizado a un valor menor del esperado en el mercado de Sterling. Era evidente que aquellas noticias contrariarían al duque inglés.

Se mesó su pelirroja cabellera con los dedos impregnados de tinta. Por muy sobrino-nieto desheredado que fuera, el viejo Angus había reconocido su valía, depositando en él su confianza para extraer de la propiedad todo lo que ésta diera de sí. Le escocían los ojos de tanto mirar aquellos números inútiles y de nuevo le invadió una sensación de miedo. Angus había muerto y quizá, tanto él como su padre, enfermo de gota, fueran expulsados de Penderleigh sin el menor miramiento. ¿Cómo convencer al hombre de negocios que iba a enviar el duque inglés de que había hecho todo lo posible para mejorar la economía de la propiedad, estando el castillo y la casa a punto de derrumbarse por no disponer de fondos para hacer reparaciones? Desde luego, no era el mejor modo de comenzar. ¿Qué fondos...? En fin, quizá no sería tan difícil.

Levantó la vista en cuanto Fraser asomó su cara oronda por el umbral de la puerta que daba acceso a la pequeña y soleada estancia. El criado tosió discretamente. A pesar de la robustez de su cuerpo, apenas hacía ruido al andar. Bertrand le miró y le hizo un gesto de que entrara.

-Señor Bertrand, su padre acaba de enterarse de que el señor Percival está en el castillo. Supongo que debe de venir a pedir limosna.

-Sí, Fraser sé a qué te refieres... Dile que ahora mismo voy, y que no se preocupe por Percy, ya que es el menor de nuestros problemas. Espera, se lo diré yo. No te preocupes, Fraser.

-Sí, pero por mucho que diga, el hecho de que haya venido el señor Percival no augura nada bueno. -Fraser meneó su canosa cabeza y dejó de sonreír.

-No te preocupes, Fraser, -insistió Bertrand-. Percy es sólo una mosca pesada. Quien realmente nos meterá la soga en el cuello será ese duque inglés, el nuevo amo. Será el golpe mortal. Me temo que acabaremos todos buscándonos la vida para poder comer. ¿Sabes pescar, Fraser?

-Un poco, me encanta la oreja de mar, pero no sé cómo se pesca. Si sus palabras se hacen realidad, lo pasaremos mal, señor Bertrand. ¿Cree de verdad que el duque será como la catástrofe de Black Cumberland?

Bertrand forzó una sonrisa al levantarse de la silla. Luego respondió:

-No estamos en 1746, Fraser. Por aquel entonces el duque aún no había nacido. Sin embargo, estoy seguro de que es un hombre orgulloso y desprecia a los escoceses, como todo inglés. Apuesto a que enviará a uno de sus hombres a meter la nariz y luego nos acusará de robarle.

Fraser abrió desorbitadamente sus avispados ojos castaños, pero permaneció en silencio.

-En este momento no podemos hacer nada, señor -dijo finalmente-. Será mejor que suba a los aposentos de su padre. Aunque no estoy del todo seguro, juraría que está aporreando el suelo con el bastón. Voy a preparar un poco de té.

Bertrand abandonó la biblioteca con paso cansino. Seguía pensando en sus problemas mientras ascendía por la decrépita escalinata que conducía al piso superior y al mal ventilado dormitorio de su padre, y a cada paso que daba, más deprimido se sentía.

-No te quedes ahí, Bertie. Vamos, entra. Ha pasado tanto rato desde que mandé a Fraser a buscarte, que casi he olvidado lo que quería. Entra, chico, entra. Y bien, ¿qué me cuentas? ¿Tenemos más dinero que esta mañana?

-¿Cómo te encuentras, padre? Tienes buen aspecto. En respuesta a tu pregunta debo decirte que no, ni un céntimo más. La tarde sigue con la misma tónica que la mañana.

Bertrand se acercó a su padre, Claude, que estaba sentado junto a un crepitante fuego de carbón de turba y envuelto en una pesada manta de tartán. Allí hacía más calor que en el infierno. Bertrand se secó la frente. Dentro de diez minutos desearía sumergir la cabeza en un recipiente de agua fría y, tras otros veinte, acabaría con tal dolor de cabeza que tendría que dirigirse al acantilado para refrescarse con la brisa marina. Su padre era un desgraciado. No recordaba a su padre de otra forma.

-Para algo tienes ojos, Bertie. Mira. Tengo el pie como una bota, y no es gracias a ti. Y esta maldita habitación está helada. Habla con Fraser y dile que el frío me sienta fatal. Necesitamos más carbón. Mándale por más carbón.

-Hablaré con Fraser, padre. -Bertrand tomó asiento en una silla que olía a los ropajes y las gaitas de antaño y esperó pacientemente a que su padre entrara en materia. Rezó para que éste hablara antes de que la cabeza le estallara.

-Muévete un poco hacia la izquierda, Bertie, me tapas el sol. No es que el sol me entusiasme, pero me calienta los huesos. Bien sabe Dios que los huesos deben mantenerse calientes, si no acaban encorvándose, lo cual significa el fin de cualquier ser humano.

Bertrand, sentado en un desvencijado sillón de piel, cambió de posición obedeciendo las órdenes de su padre. Se secó la frente con la mano, sudaba copiosamente debido al calor que desprendía la chimenea. El dolor de cabeza comenzaría de un momento a otro. A los hombres no les duele la cabeza, pero ¿qué podía hacer para evitarlo? Odiaba aquella maldita habitación que parecía un horno.

-Por supuesto, te habrás enterado de que Percy ha vuelto -dijo Claude-. El buitre dispuesto a roer los huesos antes de que los gusanos hayan devorado al viejo Angus en su tumba...

Bertrand suspiró.

-Lo que haga Percy no tiene importancia, padre.

Sólo puede roer huesos, no es lo peor que puede pasarnos. Créeme, Percy es el menor de nuestros males.

-¡No me trates como si fuera tonto, jovencito! -exclamó Claude-. ¿Sabías que Adella está pensando en legitimar a tu primo bastardo?

-Eso es ridículo, padre. Te agradecería que no inventaras cuentos como ése. ¿Quién te ha contado esta historia tan grotesca? Tonterías, simples tonterías. Olvídalo... -Bertrand se percató de que estaba presionando con fuerza los brazos del sillón. Trató de relajarse. Flexionó las manos.

Su padre se inclinó. Un breve espasmo de dolor acentuó las múltiples arrugas de sus mejillas.

-Me lo ha contado Crabbe, señorito sabelotodo! -Disfrutó al ver la expresión perpleja de su hijo-. Crabbe es un buen hombre.., está al tanto de todo y mantiene los oídos alerta. Me la debe desde hace años, pero ésa es otra historia. Sabes qué significa, ¿verdad, muchacho?

Mataría a la vieja, la mataría. Bertrand se encogió de hombros y consiguió aparentar indiferencia.

-Sencillamente significa que mi apreciada tía abuela está volviéndose cada día más excéntrica.

-¡Ja! Es tan mezquina como ese perro que tenía.

-Te refieres al que se orinaba en tus pies, padre?

-Sí, ése. Es una bruja. Lady Adella está loca y se vuelve más loca cada día que pasa. Es una bruja, mezquina y quisquillosa. ¿Me he explicado bastante?

Bien, de ahí lo has sacado, pensó Bertrand, encogiéndose de hombros.

-Bueno, está en su derecho, es más vieja que la muerte. Y sí, te has explicado lo suficiente.

»No te conté que, estando Angus próximo a su fin, intentó pagarme para que yo la asesinara con tal que muriera antes que él? Le dije que no tenía el dinero. Y me respondió que en realidad debería hacerlo a cambio de nada, ya que era una arpía. Admito que me eché a reír, padre. Temía que fuera a exhalar su último suspiro en aquel momento, pero no fue así. Duró mucho más de lo que nunca habría imaginado.

-Maldito seas, Bertrand, no me lo habías contado. Pero nada hubiera cambiado. Se supone que los hijos deben contárselo todo a sus padres, ¿me has oído? ¡Todo! ¿Es cierto que intentó convencerte de que mataras a esa vieja bruja? Sí... sé que nunca mientes, Bertie, y es una pena. Pero aquello es el pasado y esto es el presente. Quítate la venda de los ojos, Bertie. Si el duque todavía no tuviera herederos, tu primo sería el siguiente en la línea hereditaria de Penderleigh. Y ya sabes qué significa esto.

Claude acababa de lograr lo que tan perversamente había anhelado. Por fin había conseguido empujar al borde del abismo a su tranquilo y sensato hijo.

-Ese maldito bastardo! -exclamó Bertrand, apretando los dientes y con una voz resultado de muchos años de amargura-. ¡Ya ha arrancado suficiente dinero de Penderleigh para malgastarlo divirtiéndose en Edimburgo! ¡Maldito sea él y esa bruja de lady Adella! No es justo. Tal vez debería haberla estrangulado. El viejo Angus tenía razón. El mundo sería mejor sin su presencia y sin sus malditas maquinaciones.

Claude se recostó esbozando una tímida sonrisa. Luego dijo:

-Me complace comprobar que sigue corriendo sangre por tus venas, Bertie. En ocasiones me he preguntado si tu madre me fue infiel.

Bertrand no dejaba de mirar a su padre, perplejo ante su forma de pensar y ante la crueldad de sus comentarios.

-Y qué dirías si supieras que lady Adella también pretende recuperar los derechos de herencia de mi padre?

Por un instante, la mirada de Bertrand brilló con tanta intensidad como la de su padre. Penderleigh... Dios, amaba con locura todos y cada uno de aquellos torreones húmedos y casi en ruinas, todas y cada una de aquellas piedras que el poderoso viento del mar del Norte había erosionado con el paso de los siglos. Habría dado su alma por Penderleigh. En realidad, ya había dado una gran parte (todo lo que podía), pero aún no era suficiente. Sin embargo, si su padre recuperaba sus derechos hereditarios, quizá algún día él, Bertrand Douglass Robertson, llegara a ser el conde de Penderleigh. Sería el señor y haría lo que quisiera. No tendría que jugar con aquella vieja arpía. Los placeres y las responsabilidades serían sólo suyos. Casi no podía respirar de alegría.

Las palabras de su padre, le devolvieron a la cruda realidad.

-No, lady Adella es una vieja bruja, nos hará bailar como le venga en gana y, además, no parará de reír. Por vez primera no deseo la muerte de la vieja. Me alegra que Angus no lograra convencerte de que la asesinaras. Si muere antes de devolvernos los derechos de herencia, se acabará todo, Bertie, todo. Y existen muchas probabilidades de que lo haga. Si decide acabar con la deshonra que cae sobre uno de los Robertson, tendrá que hacerlo también con nosotros. Estoy seguro de que nos valora más que a ese canalla de Percy.

Aunque a veces ser lógico y práctico es doloroso, Bertrand habló con su serenidad habitual.

-Jamás deben hacerse planes basados sólo en suposiciones, padre. Por mucho que recuperáramos los derechos de herencia, es muy improbable que obtuviéramos algún beneficio. El duque inglés debe de tener herederos.

-Por qué eres siempre tan tacaño con tu optimismo, Bertie? Lo primero que hemos de conseguir es que nos devuelva los derechos de herencia, luego ya veremos. -El anciano sonrió mostrando su escasa dentadura. Resultaba curioso que lady Adella tuviera más dientes que Claude, veinticinco años menor.

-Sabes tan bien como yo que le gusta jugar y hacer trampas. Remueve la olla, como las brujas de Macbeth. Padre, no quiero que sueñes con algo que jamás ocurrirá.

-Tal vez tengas razón y confiar en ella sea una locura. De todos modos, acarrea con un enorme sentimiento de culpa. Creo que quiere enmendarse antes de morir. Estoy seguro de que hizo

todo lo posible para que Angus pasara a mejor vida y que, mientras el viejo bastardo seguía vivo, no pudo hacer nada por nosotros ni por Percy.

¿Estaba su padre acusando de asesinato a su propia tía?

-Has dicho que se siente culpable, padre? ¿Es que vas a contarme por qué castigaron a nuestra familia? ¿Por qué el bisabuelo desheredó al abuelo Douglass? -Bertrand pronunció aquellas palabras con nerviosismo. Llevaba tanto tiempo preguntándoselo..., y la respuesta de su padre siempre había sido que aquello no era de su incumbencia, añadiendo en alguna ocasión: «No seas entrometido.»

Claude permanecía con la mirada fija en el crepitar del fuego.

-No, no puedo decírtelo. Tal vez descubras la verdad antes de mi muerte.

-Verás, en cierta ocasión se lo pregunté a ella -dijo Bertrand, cruzando las manos entre las rodillas.

-A veces me sorprendes, Bertie. ¿Y qué te respondió Adella?

-Me lanzó el bastón y me echó a gritos. Temí que fuera a palmaria allí mismo, pero no lo hizo, naturalmente.

-Después de todo -susurró Claude, mirando a su hijo-, quizá sea cierto que no tienes el cerebro de algodón de tu madre. Hoy has demostrado carácter, Bertie. Y ahora, ve a buscar a ese maldito Fraser. Creo que esta noche debemos cenar en el castillo. Tenemos mucho que aprender. No quiero dejar a Percy a solas con mi tía. Nunca se sabe lo que puede decir o hacer lady Adella sin nuestra presencia.

5

-El primo Percy es guapísimo, ¿no crees, Brandy? ¿Has visto qué chaleco tan bonita, con esas preciosas flores sobre fondo amarillo? ¿Y los pantalones, tan ceñidos? Tiene unas piernas maravillosas. Es tan varonil. Cuando camina, no puedo dejar de mirarle. Creo que es encantador.

¿Connie fijándose en las piernas de Percy y en sus andares? ¿Le encontraba varonil? Dios, aquello iba más allá de lo que había imaginado. ¿Qué podía saber Connie de los hombres con sólo dieciséis años? Brandy conocía la respuesta: su hermana ensayaba delante del espejo sensuales sonrisas y otros gestos para seducir a un hombre y, por supuesto, también a uno tan engreído como Percy.

Sonrió y se encogió de hombros. Luego repuso:

-No, no creo que Percy sea guapo. Comer puede resultar delicioso, pero un hombre que sea una fulana, jamás.

-Brandy, las fulanas son las mujeres, no los hombres.

-Percy es una fulana. Te aseguro que no tiene nada de buena persona, Connie. No quiere a nadie, sólo a sí mismo. Créeme, Connie, no es un buen hombre. -Brandy hizo una pausa, súbitamente consciente de que era la primera vez que hablaba con tanta claridad. Por favor, Dios mío, ayúdala a verle tal como es en realidad, rogó en silencio-. Connie, por favor, prométeme que te mantendrás alejada de Percy. No vale la pena. Además, es nuestro primo. Dale la mano, pero no pienses en sus maravillosas piernas enfundadas en esos pantalones. Olvida que es varonil. Cuando le mires, piensa que es como una fulana. -¿Cómo era posible que Connie no se diera cuenta de que Percy no era más que un miserable libertino a quien no le importaba nadie excepto él?

Connie pestañeó. Tenía las pestañas oscuras y largas, unas pestañas preciosas que eran una desgracia para una chica de dieciséis años. Había aprendido a lanzar miradas pestañeando con tal de conseguir un mayor efecto. ¿Quién se lo habría enseñado?

-¿Por qué, Brandy? ¿Por qué no quieres que me acerque a Percy? Es el hombre más encantador que jamás podamos encontrar por estos lares. ¿Lo quieres para ti? Ese es el motivo, ¿verdad? Sí, eso es...

Brandy levantó la mano dispuesta a abofetear a su hermana. Debía hacerla entrar en razón, lograr que creyera en sus palabras.

-Connie, jamás amaría a Percy, ni aunque él y el diablo en persona fueran los únicos hombres del mundo. -Connie no estaba dispuesta a creerla-. Mira, Connie, Percy es bastante mayor. Pronto cumplirá los treinta. -Ante la indiferencia de su hermana, Brandy decidió apostar fuerte-. Y bebe mucho... Seguramente acabará padeciendo de gota, tendrá la nariz roja y llena de venas, como el tío Claude. También se quedará sin dientes. Desde luego, no me gustaría estar casada con un hombre así.

-No dices más que tonterías. Son tus trenzas, Brandy. Creo que te aprietan demasiado el cerebro. ¿Percy... viejo? Vaya ridiculez. Es perfecto, y así seguirá.

Brandy se sentía deprimida. Se aproximó al borde del acantilado y miró el mar. El fuerte oleaje, el nivel de la marca, el horizonte oscureciéndose... todo indicaba que se desataría una violenta tormenta primaveral. Intentó recordar si había amarrado bien su pequeño bote, ya que aquella clase de tormentas penetraban hasta en las calas más minúsculas.

-Esta noche soplará fuerte -comentó en voz baja. Dio un puntapié a un guijarro y observó cómo se precipitaba desde el borde del acantilado hasta alcanzar las arenas de la playa.

Se volvió hacia su hermana y se arrodilló sobre la tupida alfombra de campanillas y anémonas salvajes que con tanta abundancia crecía en las proximidades del acantilado. Aspiró la dulce fragancia de las flores rojas y azules y, por un instante, se olvidó de Percy y de su precoz hermana menor.

-Brandy, es hora de regresar. Te mojarás la falda y la vieja Marta se quejará a la abuela.

Brandy suspiró y se incorporó lentamente. El viento soplaba cada vez con más fuerza, levantándole la falda por encima de los tobillos. Se arropó con el grueso chal de tartán.

-Supongo que estando Percy aquí tendremos que cambiarnos para la cena.

De inmediato Brandy deseó no haber pronunciado de nuevo el nombre de Percy, ya que al oírlo, los encantadores ojos de Constance habían adoptado un aire provocativo. ¿Dónde lo habría aprendido?

Brandy volvió a intentarlo.

-Bien, por muy guapo que te parezca, tú sólo tienes dieciséis años, no eres más que una niña para él. He oído decir a la abuela que le gustan las mujeres maduras y voluptuosas, experimentadas en el arte del amor. Cuando le pregunté a qué clase de arte se refería, me lanzó un cojín y se atragantó. No tiene importancia. Lo que realmente importa es que Percy no sólo es nuestro primo, sino también demasiado mayor para ti. También lo es para mí, y soy dos años mayor que tú. Olvídale, Connie. -Hizo una pausa y se echó a reír-. Y recuerda que no tiene un céntimo. ¿Qué se puede hacer con un hombre pobre?

Bien, lo había intentado. Constance parecía enojada, a punto de perder los nervios. Por fin dijo:

-¿Yo... una niña? ¡Estás celosa! Eres tú la que viste como una niña, con esas trenzas y ese viejo chal deshilachado. ¡Eres ridícula! No tengo la menor intención de convertirme en una solterona marchita, sola y pobre en un lugar salvaje como éste. Si eso es lo que quieres, quédate entre estas ruinas recogiendo tus estúpidas flores silvestres. Algún día seré una dama rica y encantadora. Tal vez Percy se haga rico. Es muy elegante. Ya verás, pronto será rico.

Constance se volvió agitando su larga melena oscura y se encaminó hacia el castillo. Brandy pensó que incluso su forma de andar era seductora. ¿Dónde lo habría aprendido? Deseaba decirle a su hermana que tampoco ella quería permanecer en aquel lugar, que también soñaba con un esposo y una familia, que quería ser una dama.

Llamó a su hermana, pero Connie siguió caminando y no se molestó en volverse. Habían vuelto a discutir. Al parecer, últimamente no podían evitarlo. Dos años atrás, todo era distinto. Pero ¿realmente esperaba que algún día Percy fuera rico?

Brandy gritó con todas sus fuerzas:

-¡Connie, espérame en el camino! ¡Tengo que encontrar a Fiona!

Vio a su hermana detenerse y dar media vuelta.

Brandy echó a correr hacia el borde del acantilado, tratando de no tropezar con los guijarros y las traicioneras rocas, y echó un vistazo hacia el ventoso y pedregoso sendero.

-¡Fiona!

Llamó tres veces más a su hermana. Recorrió con la mirada la playa desierta en busca del brillante penacho pelirrojo que coronaba la cabeza de Fiona. Nada se movía entre los matorrales que crecían entre las rocas de la playa. Salvo el rugir de las olas, no se oía más que el agudo graznido de los gansos perceberos y los archibebes en busca de su cena. De pronto..., una enorme marsopa, que se dejaba arrastrar por las crestas de las olas y hundía los ostreros situados junto a ella, atrajo su atención.

-¡Brandy, Brandy, estoy aquí! ¡Mira!

Al volverse, vio a Fiona corriendo hacia ella por el sendero, las delicadas trencitas se habían convertido en una maraña de pelo rojo que colgaba sobre sus diminutas espaldas. El vestido de lana estaba empapado y se le pegaba a las piernas. Brandy imaginó el dobladillo de la falda lleno de arena.

Se le quitó de la cabeza la idea de reñirla en cuanto Fiona, agarrándola de la mano, gritó:

-¿La has visto...? ¿La marsopa? Llevaba un buen rato tumbada de espaldas. La he llamado, y te prometo que me ha saludado arrugando la nariz. ¿No era preciosa?

¿Qué debía hacer una hermana?

-Sí, cariño, la he visto. Y ahora ya se ha marchado, debe de estar buscando orejas de mar para cenar. Y eso mismo, muñequita, es lo que vamos a hacer. Ya es tarde y debemos regresar. -Removió su pelirroja melena y se volvió, decidida.

Constance las esperaba al cobijo de una haya, peinando con los dedos su oscura cabellera. Gruñó al ver el aspecto de Fiona.

-Fiona, pareces la mocosa de un granjero. No me mires así, no tengo la menor intención de desenredarte ese pelo que parece un nido de ratas.

-Aún recuerdo cuando tú y yo teníamos el aspecto de Fiona -dijo Brandy-. ¿No te acuerdas, Connie, de cuando nadábamos, recogíamos maderos en la playa y hacíamos castillos de arena? ¿Recuerdas cuando cantábamos esas viejas canciones?

Constance la miraba como si se hubiera vuelto loca. -Éramos niñas -respondió Constance con indiferencia-. Ya somos mayores, al menos yo lo soy. Nunca más quiero volver a ensuciarme.

Fiona sonrió a Brandy con complicidad, una sonrisa recordando la marsopa gris. Brandy dudaba incluso de que Connie la hubiera escuchado.

-No te preocupes por eso, Connie. Me las arreglare para que quede presentable. Vamos, está haciéndose tarde.

Llegaron al principio del camino que desembocaba en la avenida flanqueada por rododendros. El castillo de Penderleigh se alzaba ante ellas como un gigantesco monolito gris, cuyas ancianas piedras adquirían un brillo dorado al resplandor de la luz del sol. Constance se detuvo a recoger un capullo de magenta que se colocó detrás de la oreja izquierda.

-Te ofrecería uno, Brandy, pero te resbalaría trenzas abajo.

Probablemente tenía razón, pero Brandy guardó silencio. Levantó la vista para contemplar el torreón, antiguo refugio de los oxidados cañones que ahora yacían en el fondo de un foso inundado de malas hierbas. Casi podía escuchar el son estridente de las gaitas retando al enemigo a que se aproximara. Recordó la balada del conde de Huntly que Marta solía tararearle a modo de canción de cuna:

¿ Qué te ha ocurrido, Huntly,
y dónde has estado?
Han asesinado al conde de Moray.
Le han dejado tendido en la hierba.

Canturreó en voz baja, perdida por un instante en un pasado singularmente romántico; un pasado robado y perdido para siempre tras la sangrienta derrota del príncipe Carlos. Recordaba los cuentos del odiado duque de Cumberland, el inglés vengador y diabólico. Y observando la orgullosa estampa del viejo castillo sintió la ira formándole un nudo en el estómago. El castillo de Penderleigh, donde había nacido, su hogar, pertenecía en aquel momento a otro duque, a un inglés.

-Oyes el rugido del mar azotando las rocas de la parte posterior del castillo, Connie? De acuerdo, ya veo que no. ¿Decías algo?

-Sí, decía que acabo de ver a Bertrand y al tío Claude enfilando el camino del castillo. Bertrand me recuerda a un viejo. Parece mentira que con la reputación de mujeriego que tenía el tío Claude de joven (dicen que se revolcaba con toda doncella con que tropezaba), haya salido tan remilgado y aburrido. -Brandy era incapaz de imaginar al tío Claude revolcándose con nadie. Debía convencer a su hermana menor de que no hablara de ese modo, aunque sabía que era inútil.

-Vamos, Brandy, no es necesario que lo digas. Sé en qué piensas. Eres tan remilgada y aburrida como Bertrand. Formáis la pareja perfecta... un par de viejos. Con un solo invierno juntos os habréis muerto de aburrimiento.

Había cosas que no debían permitirse. Sonrió a su hermana con cierta malicia.

-¿Crees que Bertrand es viejo? Pues es más joven que Percy, ¿sabes, Connie? Al menos es cuatro años menor.

Brandy agradeció el breve silencio que se produjo entre ambas. Al cabo, replicó Constance, mesándose el cabello:

-La edad no es lo que hace viejo.

-Bien, así pues, tanto Bertrand como yo quedamos en el lugar que nos corresponde -ironizó Brandy, que seguía con la cabeza gacha, asiendo la sucia manita de Fiona entre las suyas. Luchaba por comprender a su hermana. Parecía que Constance quisiera lanzarse a ser mujer, como si estuviera decidida a engullir todo aquello de lo que Brandy seguía queriendo disfrutar. Se negaba a salir a pescar en la pequeña barca de Brandy, torcía el gesto ante el olor a pescado y se quejaba cuando la espuma del mar le mojaba el vestido. Brandy no quería ni oír hablar de ser mujer si ello significaba pasarse la vida cuidando las apariencias externas y coqueteando abiertamente con tipos como Percy. Y tampoco lo deseaba para Connie. Tal vez sólo fuera una fase por la que su hermana estaba pasando, y por la que quizá también ella había pasado, sólo que había sido tan breve que ni siquiera la recordaba

Presionó el chal contra su cuerpo. Al menos, Constance no tendría que pasarse la vida sufriendo a causa de la deformación que Brandy padecía. Apenas podía respirar hondo por temor a que los botones de los vestidos cedieran. La naturaleza le había jugado una mala pasada... dotándola con un cuerpo escuálido y unos pechos prominentes.

Volvió a pensar en Percy y a preguntarse por qué la miraba siempre de aquella forma tan desagradable, ni su apariencia ni su comportamiento le incitaban a nada. Sin duda debía de estar aburrido y no tendría otra cosa que hacer que atormentarla de aquel modo tan repugnante.

Brandy levantó la cabeza y vio a Fiona montada a horcajadas sobre uno de los viejos cañones y gritando a todo pulmón.

-¡Arre, caballo, arre o te atizaré el trasero!

Brandy ni se había percatado de que la niña se hubiese soltado.

-Oh, Fiona, mira tu vestido. -Viendo la cara y las manos de la niña impregnadas de óxido, Brandy se abalanzó sobre ella y la levantó en volandas-. Oh, cariño, si la vieja Marta te ve de esta guisa se lo dirá a la abuela. No te muevas, torbellino, deja que te limpie.

-Brandy, mira, alguien se acerca por el camino. Parece uno de esos vehículos deportivos que usan los caballeros. -Constance se protegía los ojos de la luz de un sol que seguía brillando entre los nubarrones de tormenta.

Brandy estiró el cuello para ver mejor. Llevaba a Fiona de la mano y, ahora, hasta ella tenía la cara manchada de óxido. Observó el carruaje con indiferencia. La polvareda que levantaban las ruedas indicaba su excesiva velocidad.

-¡Caballos grandes! -exclamó Fiona, excitada.

-Sí que lo son, muñeca. Caballos muy grandes y el conductor es un idiota.

-Son mucho mejores que esos estúpidos cañones viejos.

A continuación Fiona se soltó de la mano de su hermana y echó a correr hacia el carruaje.

6

-¡Dios mío, Fiona, vuelve aquí enseguida o te azotaré el culo con el cepillo!

Brandy se recogió la falda hasta las rodillas y echó a correr hacia la niña.

-¡Fiona! -gritó, aterrorizada. Los caballos estaban sudorosos, sus ojos centelleaban, sorprendidos. De pronto se alzaron sobre sus patas traseras y relincharon. Luego Brandy oyó que un hombre gritaba y en aquel momento ella, también gritando, se abalanzó sobre Fiona, agarrándola por la mano con todas sus fuerzas y obligándola a retroceder. Asustados, los caballos bufaron al verla rodar con Fiona en brazos sobre un lecho de anémonas amarillas. Tragó saliva un par de veces antes de preguntar a su hermana:

-¿Estás bien, muñeca? -Acariciaba las manos y los brazos de su hermanita, palpaba su cabeza bajo aquella maraña de rizos rojos.

-Claro que sí, Brandy, pero me he hecho daño en el brazo. Sólo quería jugar con los caballos grandes.

Brandy soltó un improperio, aunque poco vulgar (en una ocasión en que había intentado repetir lo que había dicho Tommy en los establos después de que el mulo del tío Claude le propinara una coz, la abuela obligó a la vieja Marta a lavarle la boca con jabón). Deseaba dar un buen azote a Fiona por haber cometido tal estupidez.

Constance permanecía a escasos metros de ellas, observando con ojos desorbitados al caballero que en aquel momento descendía ágilmente del carruaje.

-Bájate las faldas, Brandy -murmuró Constance, sin apartar ni un instante la vista de aquel hombre.

Brandy cubrió sus viejas medias de lana con la falda del vestido y se incorporó de un salto. Rojo de ira, el caballero se dirigía hacia ellas a grandes zancadas, mirándolas fijamente con sus oscuros ojos. Llevaba la chaqueta de montar más elegante que había visto en su vida. ¿Qué derecho creía tener para conducir aquel carruaje como si le persiguiera el diablo en persona? ¿Qué derecho tenía a enfadarse? El que había actuado mal era él. Era una idiota por ir tan deprisa.

Toda su elegancia cayó en el olvido en cuanto su voz, gélida como el hielo chocando contra un vaso de vidrio, cortó el aire.

-¿Qué demonios pretendías permitiendo que la niña corriera delante de mis caballos?

Nerviosa, Fiona observaba fijamente aquel imponente caballero. Luego dijo:

-Son tan grandes... Sólo quería verlos de cerca. Esperaba que se pararan para acariciarlos.

-Sí, pero podrían haberte partido todos los huesos. Y en cuando a ti... -añadió el caballero dirigiéndose a Brandy-. Tu alarde de valentía era innecesario. Te aseguro que controlo perfectamente mis animales. Podrías haberte matado cometiendo esta locura.

Connie, encantadora, pálida del susto y con su oscura melena cubriéndole los hombros, le lanzó una de sus sonrisas de mujer en ciernes.

-Señor, debe perdonar a mi hermana, a veces actúa sin pensar. Aunque lo cierto es que Fiona también me ha asustado a mí-tras pronunciar aquellas palabras, le saludó con una reverencia formal. ¿Una reverencia? Era un absurdo, pensó Brandy. Parecía elegante. Pero era maleducado y estaba equivocado.

Brandy tenía la mirada clavada en sus espléndidas facciones, pero no dejaba de pensar en su maldita estupidez.

-Conducía como un loco, señor. ¿Cómo podía yo saber que ejercía tan formidable control sobre sus animales? ¿Debería haber esperado a que un loco evitara atropellar a mi hermana? Lárguese, señor, y llévese a sus preciosos caballos. Si en este momento tuviera una escopeta a mano, estaría tentada de dispararle. Es usted una amenaza y, además, no tiene ningún derecho a enfadarse con nosotras. La tierra es nuestra, no suya. Conducía como un loco y no debería estar aquí.

Le respondió una voz airada con marcado acento inglés.

-Veo que no hay heridos y no me apetece discutir con un atajo de criaturas alborotadoras e inconscientes. Sugiero que os larguéis rápidamente antes de que caiga en la tentación de azotaros el trasero. ¿Conque no controlo mis caballos? ¡Hasta aquí podíamos llegar!

Estaba exaltado y era evidente que las suponía hijas de algún campesino.

La paciencia de Brandy estaba a punto de agotarse.

-Y yo le sugiero, señorito engreído, que desaparezca de Penderleigh. Ya veo que es inglés, debería haberlo imaginado por su carencia de modales y educación. En fin, caballero, váyase al diablo, aunque dudo que él le acepte si se acerca conduciendo a esa velocidad.

El duque de Portmaine, con los nervios alterados por el agotamiento del largo viaje, avanzó con decisión hacia la mocosa repugnante que osaba criticarle. Miró fijamente aquellos enormes ojos ambarinos llenos de pasión y se detuvo en seco. La chica ni siquiera retrocedió.

Suspiró hondo y dijo:

-Siento haberos asustado, niñas. He actuado mal. Tienes razón. ¿Cómo podías saber que controlo mis caballos sin problema?

Observaba las dos caras mugrientas ignorando a la otra chica, casi una mujer, que parecía sentirse encantada ante la proximidad de un hombre con quien poner en práctica sus artimañas, diciéndose que, tal vez, lograra que tanto ellas como sus pobres padres quedaran satisfechos. Extrajo un puñado de guineas del bolsillo del chaleco y se las entregó a la pequeña.

-Ten, para curarte las heridas y el resentimiento. Vigila a la chiquilla de ahora en adelante. Nunca más descuides su seguridad.

Brandy estaba tan perpleja que se quedó boquiabierta. El se volvió y montó en el carruaje.

Brandy intentó lanzar algunos improperios que sin duda aquel tipo merecía, pero se alejó rápidamente tras fustigar los caballos.

-Pareces un pez -dijo Connie-. Así, con la boca abierta, pareces una estúpida.

-Creí haber oído que parecía un pez.

-Mira, Brandy, son de oro. El hombre nos ha dado piezas de oro. -Fiona sostenía las dos guineas entre sus manos mugrientas y mostraba con orgullo su fortuna.

-Dámelas. -Brandy le arrebató las monedas-. No puedo creer que nos haya dado dinero. -Fiona empezó a hacer pucheros.

Constance agarró a Brandy por el brazo e inquirió.

-¿Cómo has podido ser tan desagradable con el caballero? Jamás en mi vida me había sentido peor. Era encantador y joven, y le has hecho enfadar de verdad. Y en cuanto a ti, Fiona, mereces una azotaina. -Dio media vuelta y añadió-: No esperes que te disculpe cuando se entere la abuela... y sabes que se enterará, tiene más espías que Inglaterra. Si papá o el abuelo Angus estuvieran con vida, te harían azotar.

Brandy levantó el puño amenazadoramente y se volvió hacia Fiona.

-Deja ya de sorber por las narices, Fiona, estás llena de mocos. Venga, límpiate. Eso está mejor. Vamos, pareces una mocosa. El hombre nos ha dado las guineas porque creía que éramos hijas de un pobre granjero. No estaría bien que nos las quedáramos, ¿verdad?

Fiona se echó a llorar con más fuerza y Brandy la agarró por el brazo para conducirla hacia la pequeña puerta de madera que daba entrada al castillo por una de sus alas. Debía alejar aquel hombre de su mente y pensar en cómo evitar la afilada mirada de la vieja Marta.

-Corre, muñeca -susurró sin perder la calma-. Yo te lavaré y nadie se enterará. Te prometo que incluso me lanzaré sobre ti en caso de que la abuela te levante la vara.

Al cabo de una hora, Fiona estaba en la cama, con el estómago lleno de pollo frío y bollos de mantequilla. Afortunadamente Morag le llevó la cena a Fiona.

-No puedo quedarme, pequeña -le advirtió Morag-. Con tantas bocas que alimentar esta cena me va a dar mucho trabajo. -Miró de soslayo a Brandy y añadió-: Será mejor que vayas arreglándote, muchacha. Tu señora abuela está ya abajo con la familia.

Brandy, portando una vela, atravesó el vestíbulo en dirección a su pequeña alcoba. La chimenea de su dormitorio solía estar apagada en esta época del año. En cambio, el querido primo Percy sí tenía la chimenea del suyo encendida, y teniendo en cuenta cómo adulaba a la vieja Marta, quizá también dispusiera de barreños de agua caliente para tomar un baño.

Se despojó tanto del mugriento vestido como de la camisa y aflojó con dedos gélidos las cintas de la camisola. Apretó los dientes al sentir el contacto del agua fría. La suciedad se resistía a desaparecer y empezaba a sentir escalofríos cuando por fin terminó de lavarse.

Se secó con la toalla y cogió una camisola y una camisa limpias. Pensó en Percy y en su forma repugnante de mirarla aquella tarde. Bajó la cabeza y observó la exuberancia de su pecho,

preguntándose si su primo se habría fijado en aquella parte de su cuerpo. Para disimular el pecho, tiró de las cintas hasta sentir dolor, pero al mirarse en el espejo comprobó que no había obtenido el resultado esperado. No podía hacer más. Abrió el viejo armario y escogió un vestido azul pálido de muselina, un vestido de jovencita, sin escote y con cintura marcada. Los botones del pecho se le abrían. Desesperada, Brandy desenterró un chal amarillo y verde de la cómoda de su madre. Luego procedió a cepillarse su larga y espesa melena que, sin las trenzas que habitualmente lucía, caía como una cascada hasta la cintura. Su cabello era lo único que le gustaba y, recordando la mirada de Percy, volvió a hacerse trenzas que enrolló en un moño bajo. De esta manera, realmente parecía una joven aburrida y remilgada.

Apagó la vela, se puso el chal y salió de su alcoba.

Una llama humeante iluminaba el largo corredor, el olor acre le escocía en los ojos. Descendió lentamente por la amplia escalinata de madera de roble (la alfombra estaba mal puesta y siempre había que ir con cuidado para no tropezar).

No había rastro de Crabbe. Brandy pensó de nuevo en la carga que Percy representaba para todos los criados. Oyó voces en el salón y, consciente de que llegaba muy tarde, atravesó corriendo el vestíbulo. Abrió con cautela la puerta del salón y se deslizó en el interior con la esperanza de que nadie se percatara de que acababa de llegar.

El calor procedente de la chimenea situada en el lado opuesto de la sala casi la ahogaba. Tenía ganas de toser, pero se contuvo. Su abuela, presidiendo la reunión familiar, se hallaba sentada en un descolorido sillón de respaldo alto, ennegrecido por los años pasados junto a la chimenea. La luz de las antorchas iluminaba la agradable escena.

Oyó una risotada y, perpleja, comprobó que se trataba del caballero del carruaje. Era incapaz de moverse.

Oh, Dios. ¿Qué había hecho?

El caballero volvió a reír en respuesta a algo que acababa de decir la abuela. A pesar de hallarse en el extremo opuesto de la estancia, Brandy pudo vislumbrar la blancura de su dentadura. Le pareció más alto de lo que recordaba, el intenso bronceado de su piel contrastaba con el níveo color de la camisa de gorguera, lo que le recordó a la pureza de la nieve. A la luz de las velas, los ojos de aquel hombre parecían tan negros como su chaqueta de seda. Sin duda se trataba de un caballero elegante, mucho más que cualquiera de los amigos que la abuela pudiera tener en Edimburgo.

-Brandy, ya estás aquí, pequeña. Ven enseguida y haz tu reverencia. No podrás creer lo que las entrañas de Inglaterra han engendrado.

Brandy, con la mirada fija en el rostro de su abuela, se obligó a avanzar, aunque arrastrando los pies como si de un condenado a la guillotina se tratase. La escasa distancia que los separaba le pareció el trayecto más largo de su vida. Finalmente había recibido su merecido.

-Llegas bastante tarde, señorita, pero no importa, es comprensible. Su excelencia estaba contándonos lo interesante que resultó vuestro encuentro y cómo finalmente le hiciste claudicar. Le he dicho que eres mi nieta y que todo lo que sabes te lo he enseñado yo.

Por, Dios, ¿qué estaba pasando?, se preguntó Brandy.

Esperaba una reprimenda por parte de su abuela que, a juzgar por su expresión, parecía divertirse como nunca. Algo iba mal. Su excelencia... La verdad la sorprendió de tal manera que estuvo a punto de desmayarse. Era el duque inglés... el nuevo amo.

-Señorita Brandella -dijo el duque lentamente.

-Brandy, me llamo Brandy -puntualizó ella sin dudarlo.

-Muy bien, Brandy.

-Haz la reverencia, niña.

Se inclinó con torpeza. No quería ni mirarle. Lo único que deseaba era volverse y abandonar el salón. Unas gachas frías le harían las veces de cena perfectamente. Quizá el suelo se abriera para engullirla y mandarla directamente al infierno, con el abuelo Angus. Estaba segura de que él se alegraría de verla. Siempre había disfrutado gritándole.

Lady Adella exclamó:

-¡Jamás te había visto con la boca cerrada, señorita! ¿Qué te pasa? ¿Tan guapo es que no te atreves ni a mirarle? Te garantizo que es guapo, pero yo sí puedo mirarle. Y si yo puedo mirarle, también puedes hacerlo tú, que no sabes nada de los hombres. Bien, basta de tonterías y da la bienvenida a nuestro pariente, el duque de Portmaine.

Por fin había recibido la reprimenda que esperaba, aunque tal vez se libraría del azote.

-Buenas noches, señor, es decir... su excelencia.

-Ian, me llamo Ian. -Avanzó hacia ella con decisión y, con la gracia que dan los años de práctica, retiró su mano de los pliegues de la falda para besársela-. Encantado de volver a verte, prima. Tu hermana mayor, Constance, ya ha explicado a la familia los detalles de nuestro pequeño malentendido de esta tarde. No has salido malparada. Confío en que ahora aceptes mis más sinceras disculpas. -Sonrió y luego preguntó-: Conducía como un loco, ¿verdad?

-No, la verdad es que no. Sólo pensé que se trataba de un loco cuando vi a Fiona acercársele. Debí adivinar quién era en cuanto abrió la boca para hablar como un...

-Digamos que hablé como un inglés, ¿de acuerdo?

-Completamente -asintió Brandy.

El tío Claude, situado junto a lady Adella, lanzó una risotada.

-Su excelencia se equivoca. La mayor es Brandy. Tiene casi diecinueve años.

-Las apariencias engañan, ¿no crees, Brandy? -intervino Percy.

Le hubiera gustado darle un puntapié, pero no podía hacerlo delante de la abuela ni de aquel duque inglés que resultaba ser su pariente. Así pues, se limitó a mirarlo con acritud.

-Deja en paz a la chica, Percy -dijo lady Adella tocándole el brazo con el abanico-. Ya te he dicho que no conoce a gente como tú. Necesita tiempo. Intentaré enseñarle cada día un poco más.

-Por una vez estoy de acuerdo con Percy -convino Constance-. Casi todos los caballeros creen que yo soy la mayor. -Se recogió con delicadeza algunos de sus negros mechones y lanzó al duque una de las sensuales miradas que solía practicar ante el espejo. El parecía desconcertado ante la inexperiencia de la chica.

-¿Dónde debe de estar ese borrachín de Crabbe? -inquirió lady Adella-. Si fuera por él, moriríamos todos de hambre. Cada vez es más lento. Me pregunto qué habrá estado bebiendo en la cocina.

-Buenas noches, Brandy -saludó Bertrand, con su habitual tono de voz ecuánime-. Tienes buen aspecto, como siempre.

-Buenas noches, primo Bertrand. Tío Claude, ¿cómo estás?

-Lo mejor que puede estarse con esta condenada gota. Bertie me ayuda poco, pasa el día entero enfrascado en sus libros de cuentas y no parece importarle nada más. -Mientras el duque conversaba con lady Adella, Claude le miró de soslayo y añadió, sin preocuparse por ocultar el tono malicioso de su expresión-: El duque tiene una gran personalidad comparado con el pobre Bertrand. Seguro que siempre dice lo que piensa. Por supuesto, Bertie es demasiado tímido para expresar sus sentimientos.

-Padre... -murmuró Bertrand.

-Fíjate en Percy -prosiguió Claude, haciendo caso omiso de su hijo-. Tiene la lengua afilada, pero al menos no se pasa el día rumiando en silencio como una vaca estúpida.

-Como un toro, tío Claude, si es que quieres utilizar este símil -corrigió Brandy, y preguntó a Bertrand en un susurro-: ¿Por qué ha venido el duque? La abuela dijo que no le interesamos en absoluto y que enviaría a un hombre de negocios en su lugar. No lo entiendo. ¿Acaso no es rico? ¿No es el par del reino? ¿Por qué demonios está aquí?

-No sé por qué ha venido, Brandy. Tal vez fue a visitar a unos amigos en Escocia y se le ocurrió conocer a sus parientes pobres. El tiempo lo dirá.

Brandy torció el gesto al pensar en sus arrendatarios. Los ingleses se lo llevaban todo. Él había venido para comprobar personalmente cuánto podía sacar de esta tierra. Quizá fuera elegante y guapo, pero también demasiado orgulloso de sus cualidades.

En aquel momento Crabbe abrió las puertas y anunció con voz sibilante:

-La cena está preparada.

Por vez primera en su vida, Brandy se sintió incómoda. El duque iba a pensar que eran unos palurdos sin principios. ¿Por qué no podía anunciar Crabbe que la cena estaba servida, como habría hecho cualquier criado inglés?

-Ya era hora, borrachín -dijo lady Adella, bastón en alto, mientras Percy la ayudaba a incorporarse.

-Brandy, tú eres la mayor. Permite que su excelencia se siente a tu lado en la cena, e intenta no aburrirle explicándole cómo pescaste el mes pasado aquel róbalo gigantesco.

-Pero abuela -intervino Constance-, tal vez yo no sea la mayor, pero lo parezco. ¿No crees que debería ser yo quien acompañara al duque?

-No, pequeña, tú dale el brazo a Bertrand, un brazo sólido y fuerte. Sé buena chica y no discutas, o tendré que regañarte.

Brandy dudaba, e inconscientemente se cubrió el pecho con el chal. Le dio el brazo sin volverse. De inmediato sintió la calidez de la seda bajo sus dedos y observó al duque de reojo.

7

El duque esbozó una típica sonrisa de compromiso, como habría hecho cualquier familiar en la misma situación. Atravesó el vestíbulo a su lado y, al entrar en el comedor, escuchó el tintineo de las dos guineas en el bolsillo. Había pensado en dárselas a lady Adella, pero en aquel momento no sabía qué hacer con ellas.

-Aquí el pasado parece que siga vivo -comentó el duque, pensativo, al observar la hilera de gaitas colgadas de la pared. Tenía la sensación de estar en otro mundo y en otra época. También había una armadura, cuya mano cubierta con tejido de malla sostenía un enorme hacha de guerra. Lo que supuso eran los colores de los Robertson (una tela de cuadros roja, amarilla y verde), ondeaban en un escudo de armas de color rojo situado sobre una tenebrosa y vacía chimenea.

-Sí -asintió ella-, y en particular cuando en invierno azotan las tempestades. El viento penetra por la chimenea y hace crujir el carbón, parece que cobre vida. -Guardó silencio. Podía aburrirle hablando del róbalo que había pescado y que habían estado comiendo durante dos días. Con aquella conversación pronto le mandaría a la cama.

Ian observó a su joven acompañante y se percató de que parecía enojada. Una vez más, trató de disculparse.

-Brandy, si estás pensando en mi comportamiento de esta tarde, te pido disculpas. Estaba cansado y llevaba casi dos días de retraso. No es una buena excusa, ¿verdad? De hecho, creí morir de miedo cuando os vi a ti y a Fiona corriendo delante de mis caballos. Creo que mañana despertaré con una cana en el pelo. ¿Me perdonas?

Se sentía grosera, estúpida y vulgar. El era magnífico, tal y como un duque debía ser. Se mostraba amable y sincero, parecía noble, pero la veía como una niña.

-Por supuesto que está perdonado. ¿Grita usted alguna vez?

-¿Gritar?

-Sí. Verá, aunque estaba muy enfadado, sofocado, se le marcaban las venas en el cuello, no gritó. Su voz sonó dura y fría; muy cortante.

-Claro que grito. Pero no a... -Se interrumpió. Había estado a punto de decir «los niños». Pero se equivocaba. Ella tenía dieciocho años de edad. Era una mujer, aunque no lo parecía. Se preguntaba si llevar las trenzas tan apretadas le produciría jaqueca. Además, llevaba un viejo vestido de niña. ¿Y de dónde diablos habría sacado aquel ridículo chal? Parecía incluso más viejo que lady Adella. De pronto se sintió más culpable de lo que estaba dispuesto a aceptar: no había dinero, ése era el motivo. No había dinero ni para comprar ropa nueva. Se sentía como un rufián.

Se obligó a esbozar una serena sonrisa e intentó desviar su atención hacia la chimenea.

-Tres cabezas de zorro en el escudo de armas... ¿Alguna vez, de pequeña, imaginaste que gruñían ante el ataque de los invasores?

-Lo pienso incluso actualmente. A veces imagino que siguen vivos y orgullosos y que serían capaces de defender el castillo con toda su fiereza. Es como si un maleficio los mantuviera sin vida, una idea que me gusta y que al mismo tiempo resulta romántica.

Sus ojos reflejaban el brillo del fantasioso y espléndido pasado escocés... Ian jamás había visto un color de ojos como aquél. Experimentaba una sensación extraña, cálida y real, algo a lo que no estaba acostumbrado.

-¿Son los colores de los Robertson? -preguntó.

-Sí. En su día fueron colores saturados: rojo, amarillo y verde. La vieja Marta no hace nada para mantenerlos en buen estado de conservación.

-¿La vieja Marta...?

-La doncella de la abuela. Creo que es casi tan vieja como el castillo, e igual de fuerte. En una ocasión oí a la abuela decir que el único motivo por el que le permitía permanecer aquí era que había sido la amante del abuelo. Oh, Dios mío, supongo que no debería haberlo dicho.

-No importa -repuso el duque, fascinado advirtiendo que el resto de la familia ya estaba en el comedor-. Vamos, Brandy, no hagamos esperar a los demás.

Lo cierto era que no le importaba que los otros tuvieran que esperar. Sintió la calidez desvaneciéndose, cediendo ante la fría realidad, hasta que ella dijo, con su voz cándida y melodiosa:

-Me pregunto por qué no tenía agua caliente para tomar un baño. Seguro que es por culpa de Percy. Parece como si todos los criados estuvieran a su servicio.

El duque arqueó las cejas al sentir de nuevo aquella dulce calidez.

Ella le tiró de la manga con delicadeza y agregó:

-Oh, no es culpa suya, excelencia. De todos modos, me resulta extraño que Morag no me avisara de que usted estaba aquí.

-¿Se refiere a esa mujer desaliñada que no cesa de rascarse la cabeza?

-En realidad, a veces no se rasca, pero el único motivo es que nunca se baña.

-Eso lo explicaría todo. -Miró de nuevo a Brandy. Contempló su nariz recta y orgullosa, la barbilla firme y decidida. Era una chica precoz y no exenta de encanto e inteligencia. Tal vez algún día, con la debida educación, acabara convertida en una preciosa mujer. No, ya no era una mujer en ciernes, sino una auténtica mujer. Algo sorprendido, recordó que era él quien oficialmente tenía su custodia.

-Adelante, excelencia -dijo lady Adella-, tome asiento en la silla del conde. Tendremos que bautizarla de nuevo como la silla del duque. Brandy, siéntate donde siempre.

El duque echó un vistazo al gran comedor. La interminable mesa flanqueada por las hileras de sillería de madera trabajada le conferían un aspecto medieval. La tapicería de los respaldos era tan oscura como la madera, y ni la luz de las antorchas ni el resplandor de la chimenea eran capaces de iluminar los rincones más ocultos del mobiliario. Lo único que faltaba para completar la escena era

una estera en el suelo y algún que otro mastín royendo los huesos del festín. Retiró la silla de Brandy y se dirigió hacia el lugar que se le había otorgado en la presidencia de la mesa. La silla del conde, trabajosamente labrada con motivos ornamentales, le llegaba casi a la altura de los hombros y emanaba una extraña sensación de poder. En el respaldo había esculpidas las tres cabezas de zorro de los Robertson, que se le clavaron al sentarse.

Cambió de posición pensando en la elegancia de Carmichael Hall.

-Tú, borrachín, sirve el vino. ¡Confío en que no te lo hayas bebido todo mientras estabas limpiando la cubertería de plata! -exclamó lady Adella desde el extremo opuesto de la mesa.

Ian se preguntó si toda la servidumbre de Penderleigh estaría sometida a insultos similares. Crabbe le llenó la copa sin inmutarse.

Lady Adella golpeó la mesa con su copa y propuso:

-Brindemos por el nuevo conde de Penderleigh. -Su voz reflejaba un sutil tono de ironía. Ian observó que primero levantó la copa hacia Percy, luego hacia Claude y Bertrand y finalmente hacia él. Sin duda la vieja estaba echándoles el cebo.

-Gracias a todos -respondió él con la calma propia de un duque y, acto seguido, bebió un trago de aquel fuerte vino.

Morag le sirvió un bol hirviendo. El duque supuso que se trataba de una sopa, aunque nada tuviera que ver con las sopas a las que estaba acostumbrado. Jamás hubiera adivinado los ingredientes, aunque no estaba seguro de querer saberlo.

Claude se echó a reír y comentó:

-Está usted en Escocia, excelencia. Veo que no es muy frecuente en Inglaterra comer potaje de cangrejo.

-Es sopa de cangrejo -le aclaró Bertrand con tono amigable-. Confío en que la encuentre sabrosa.

-Que los pobres escoceses sigamos teniendo el mar es una de esas casualidades de la fortuna -intervino Percy-. Ni los ingleses pueden con él.

-Supongo que tampoco los daneses, ni los viquingos, ni los pictos, ni los bretones, ni los clanes escoceses enemigos -replicó Ian, agitando el tenedor frente a Percy.

-Percy, vigila tu lengua -le reprendió lady Adella-. De lo contrario, Ian acabará cortándotela. Excelencia, me complace comprobar que es muy perspicaz. Hoy día es difícil encontrar gente perspicaz.

Ian bajó la cabeza para observar con detalle el potaje de cangrejo. Percy le había sido presentado como el nieto de lady Adella. ¿Por qué demonios no era él el heredero del condado? Tal vez ése fuera el motivo de sus sarcásticos comentarios acerca de los ingleses y de él en particular. Sorbió una cucharada de la sopa de cangrejo. Era suave, exquisita, consistente. Al menos, no tenía queja sobre la comida escocesa.

-Primo Ian -dijo Constance, hablando como una mujer-, ¿dónde están sus criados? Siempre había pensado que los caballeros ingleses tenían cientos de criados. Además, siendo un duque, ¿cómo se las arregla para trasladarse de un lugar a otro sin alguien que le ayude?

-Tuve la desgracia de romper un eje del carruaje. Confío en que Mabbley, mi mayordomo, se halle en estos momentos negociando con algún herrero de Galashiels. Por eso he llegado solo.

-¿Traía únicamente un criado?

Acababa de decepcionar a la chica con aires de mujer. Sonriendo, respondió:

-No soy más que un hombre, no una casa entera. -Pensó en su educado mayordomo y se preguntó qué opinaría de Morag y sus picores.

-¿Viene de Londres, excelencia? -inquirió Brandy.

-Sí. Es un largo viaje de casi seis días, lo que supone un sinfín de posadas humildes y un atajo de ladrones acechando por los caminos.

-Pero ¿por qué? -preguntó Brandy.

-¿Te refieres a por qué he venido hasta aquí? -inquirió Ian, pensativo.

-Sí, excelencia -respondió Brandy, mirándolo fijamente-. Jamás creímos que vendría a Penderleigh personalmente... tratándose de un duque inglés. Creíamos que enviaría a un hombre de negocios para sacarnos todo lo posible. Pero ha venido usted... ¿Por qué?

No se daba cuenta de que estaba siendo demasiado directa. El candor de la joven volvió a encandilar al duque. Lady Adella se dirigió a su nieta:

-No te metas en lo que no te importa, niña.

Ian se percató, igual que el resto de los comensales, de que los ojos vidriosos de la anciana dama ardían de curiosidad.

-Supongo que es normal que os lo preguntéis. ¿Realmente creíais que iba a olvidar a mis parientes escoceses?

-Lo que quiere decir mi primita, excelencia -respondió Percy, con una mueca burlona-, es que no nos hubiera importado que así hubiera sido. Temíamos que fueran la tierra y las rentas lo que reclamaran su atención.

-Percy, yo no quería decir eso. Te estaré muy agradecida si me permites hablar por mí misma. Bien, quizá me refería a algo así, pero no exactamente...

El duque se echó a reír y dijo:

-En principio, me atrevería a decir que lo que más requiere mi atención son las tierras y el castillo. Y en cuanto a las rentas, las encuentro excesivas.

-Ian, eres nieto de mi hermana, sangre de mi sangre -intervino lady Adella-. El hecho de que visites tus posesiones me satisface. Las cosas parece que están cambiando.

Los elogios de lady Adella habrían satisfecho al duque, de no ser por la mirada maliciosa que la anciana lanzó a Percy y por la amplia sonrisa que luego esbozó.

-Llevo años dirigiendo la propiedad, excelencia -dijo Bertrand sin perder la calma, aunque rebosante de alegría-, y debo decirle que comparto su preocupación. Cuando guste, le enseñaré los libros de cuentas y le explicaré todo lo que he intentado hacer. Tenemos materia prima de sobra, pero nos faltan fondos para volver a empezar.

-Bien, mañana estaré a tu disposición, Bertrand. -Morag retiró el plato de sopa del duque y le sirvió una gran bandeja con algo que no pudo identificar.

-*Haggis* -le informó Claude.

-*¿Haggis?* -repitió el duque, observando la repugnante masa que rebosaba de una bandeja de plata situada a escasos centímetros de su plato.

Inclinándose hacia el duque, Constance aclaró:

-Se trata de una mezcla de harina de avena con hígado, grasa de buey y menudillos. Cook lo acompaña siempre con patatas y nabos. Es muy sabroso. Pruébelo y verá, excelencia.

Ian intentó llevarse una cucharada a la boca, y en aquel momento Percy añadió:

-La mezcla se hierve en el interior del estómago de una oveja.

El duque lo engulló entre convulsiones, confiando en no vomitar. ¿Estómago de cordero? ¿Qué clase de gente eran? Probó un poco más. Sabía a pimienta negra fuerte. De inmediato bebió un sorbo de vino para no estornudar.

Siguió comiendo pequeños bocados, masticando y tragando con dificultad. Intentaba no pensar en el estómago de cordero. Levantó la vista y, tal como esperaba, vio varios pares de ojos que le observaban expectantes, reflejando malicia, o simplemente curiosidad.

-Delicioso. Felicito a Cook y... al cordero. -Al instante, se arrepintió de sus palabras.

Brandy sonrió ante la decepción de Percy. Hasta aquel momento no se había percatado de lo mal que disimulaba sus sentimientos. Estaba frustrado y guardaba silencio, pero seguía siendo su primo y, por un instante, sintió pena por él.

Ian observó detenidamente al resto de comensales. Lady Adella, su tía abuela, sentada como una reina en el extremo opuesto de la mesa, devoraba el haggis como si llevara un mes sin probar bocado. Era muy anciana, quizá pronto cumpliría cien años, e Ian intentó recordar a su abuela, la que fuera su hermana. únicamente alcanzaba a recordar el fantasma escuálido de una anciana encorvada, que parecía haber pasado los días que le quedaban de vida recostada en un sofá bajo los cuidados constantes de su propia madre. Así pues, no tenía nada que ver con la personalidad de hierro que lady Adella poseía. La bienvenida de lady Adella había sido bastante amable, aunque parecía disfrutar tratando de enfrentarle a Percy y Bertrand.

Observó a Claude. Sentado a la izquierda de lady Adella, se contentaba masticando ruidosamente la cena con los escasos dientes que le quedaban. Se lo habían presentado como sobrino y Bertrand, su hijo, como sobrino nieto. ¿Por qué ninguno de ellos había heredado

Penderleigh? Odiaba los misterios y estaba dispuesto a desvelar todas aquellas confusiones a la mañana siguiente.

Luego miró a Constance, encantadora en su intento de ser el centro de atención y admiración. Siguió con Brandy y volvió a Constance. Le resultaba difícil pensar que ambas fueran hermanas, una con el cabello recogido en un par de trenzas carentes de atractivo; la otra luciendo una espesa y brillante melena oscura que caía sensualmente sobre sus hombros. Brandy llevaba un anodino vestido de muselina pasado de moda, coronado con un chal de color amarillo pálido; por el contrario, Constance lucía un vestido de seda color violeta, ceñido y con un atrevido escote que dejaba entrever un pecho incipiente. En cuanto a Fiona, la pequeña pelirroja a la que había estado a punto de atropellar, tampoco tenía nada que ver con sus hermanas, al menos en cuanto al color del cabello. A continuación contempló la mesa encabezada por lady Adella, extrayendo la conclusión de que jamás había visto una colección tan variada de individuos.

Su mirada se cruzó con la de lady Adella, que dijo:

-No siga con las alabanzas, excelencia. En cuanto acabemos con el haggis, nos servirán el bizcocho borracho.

El duque sonrió y comentó:

-He comido bizcocho borracho infinidad de veces, señora.

-No de la forma que lo prepara Cook -puntualizó Claude, soltando una risa áspera que ocultaba un matiz de dolor. Ian recordó que lady Adella le había explicado que sufría de gota.

-Al menos, confío en que no esté preparado en el interior del estómago de una oveja -ironizó Ian-. No será así, ¿verdad? -preguntó a Brandy.

-Nada de ovejas -respondió Brandy, sonriendo maliciosamente como si ocultara algo. Tras probar unos cuantos bocados, comprendió a qué se refería Claude: el bizcocho nadaba en jerez agrio. Sus buenos modales le obligaban a acabar con el pedazo que Morag le había servido. Engulló un largo trago de vino con el fin de apaciguar su irritado paladar. Observó de reojo a lady Adella, preguntándose si las damas escocesas se retirarían al salón después de la cena para dejar a los hombres solos con su oporto en el comedor, tal como era costumbre en Inglaterra.

-Tomaremos el oporto en el salón -anunció ella como si acabara de leerle el pensamiento. Sorprendido, Ian arqueó las cejas y todos se pusieron en pie.

Al pasar por su lado, Brandy le susurró:

-Ha sido muy educado. Estaba equivocada. Veo que tiene la suficiente cuna y buenos modales para sobrevivir a una cena con nosotros. El bizcocho estaba horrible, Cook sólo trataba de impresionarle. -Reía tapándose la boca con la mano.

El duque no podía evitar sentirse fascinado.

-Me ha costado un verdadero esfuerzo. No podía hacer otra cosa que engullir sin masticar. -Y añadió en voz baja-: ¿No le sienta mal al viejo Crabbe que le llamen borrachín?

Brandy se mordió el labio y repuso:

-No, excelencia, le aseguro que es una de las formas más comedidas que utiliza para dirigirse a él. Confiaba en que hoy la abuela se reprimiría, pero estaba equivocada. -Y añadió, casi en un susurro-: Y no haga caso a Percy. Es odioso y creo que tiene celos de que usted sea el nuevo amo.

La mirada omnipresente de lady Adella le aconsejó abstenerse de seguir preguntando a Brandy.

-Venid, Brandy, Constance. Demostremos al duque que Escocia no es una tierra incivilizada. Su excelencia necesita un poco de diversión. -Lady Adella se volvió hacia Ian, que en aquel momento no anhelaba otra cosa que su cama y una larga noche de sueño, y agregó-: Comprobará que las chicas san auténticas señoritas. Constance, actúa tú primero, eres la menor y se está haciendo tarde.

La imagen de Constance sentada frente al viejo piano resultaba atractiva. Sin embargo, la interpretación que realizó con voz mortecina de una balada francesa, logró que el duque acabara rogando para que la composición no tuviera muchos versos. Al final, cuando se levantó para hacer la reverencia, se vio obligado a corresponder con entusiastas aplausos.

-Tu voz suena como una gaita oxidada, niña -dijo lady Adella-. Te sale fatal. Por muchos consejos que te dé es inútil. Creo que sería capaz de ponerme a cantar para demostrarte cómo debes hacerlo. Bueno, al menos, y mientras taladrabas los oídos de su excelencia, tenías buen aspecto.

El duque mintió sin dudarlo un instante.

-Me ha gustado mucho tu actuación, Constance. Espero volver a escucharte muy pronto.

La mirada petulante de la niña se esfumó y esbozó una dulce sonrisa. Luego miró a Percy buscando un elogio parecido, pero él estaba contemplando a Brandy.

-El duque es muy amable, pequeña. Y ahora, a la cama. Da las buenas noches, le toca a tu hermana.

Constance, viendo que todo estaba perdido y con toda la gracia de la que fue capaz, hizo su reverencia y abandonó el salón con paso cansino.

-Abuelita -dijo Brandy-, es tarde y el duque debe de estar agotado después de tan largo viaje. Tal vez preferiría no escuchar...

Lady Adella soltó una carcajada y señaló con un dedo huesudo hacia el piano.

-Me encantaría presenciar tu actuación -susurró Ian, aunque lo que más deseara en aquel momento fuera estar en su propia casa de Londres.

-Te ayudaré a pasar las páginas, Brandy -se ofreció Percy, acercándose a ella, y Brandy cambió rápidamente la pieza escogida.

-No te molestes, Percy. Sólo hay una página.

-Bien, pues me quedaré junto al piano y cantarás para mí. -La joven permaneció con las manos cruzadas en el regazo, hasta que finalmente él esbozó una sonrisa burlona, hizo una leve reverencia y volvió a sentarse junto a lady Adella.

Ian observó la escena algo irritado y oyó cómo lady Adella susurraba a Percy:

-Te he dicho que la dejes tranquila. No entiende lo que dices.

Eso es lo que ni crees, pero estás equivocada, se dijo el duque. En el instante en que Brandy acarició el teclado Ian fue incapaz de oír nada más que los cálidos y tristes acordes que inundaron la estancia. Luego empezó a cantar con una voz suave y profunda al mismo tiempo:

Oh, mi amor es como una rosa roja,
que acaba de florecer en junio:
Oh, mi amor es como la melodía,
que tan dulce y armoniosa suena.

Aunque los mares se secaran, cariño,
y el sol derritiera las rocas,
seguiría amándote, cariño,
hasta que me quedara sin vida.

¡Lo eres todo para mí, mi único amor!
¡Y siempre será así!
Y volveré, mi amor,
¡aunque estés a diez mil kilómetros!

Las palabras cautivadoras y los graves acordes que no hacían más que sumar belleza a la pieza, sumieron al duque en un profundo silencio. Era incapaz de comprender la letra en su totalidad, ya que cantaba en un escocés muy cerrado.

Lady Adella sonrió, quizá era su forma de aplaudir.

-Una balada encantadora, Brandy -comentó el duque-. ¿Quién es el autor?

Brandy hizo girar el taburete y respondió:

-Robert Burns... Rabbie Burns, así se le conoce. Murió hace cuatro años, cerca de aquí, en Dumfries.

-Querida, deberías añadir que tu querido Rabbie era un borracho y un mujeriego que pobló estas tierras de mocosos -ironizó Percy ante la indignación de Ian, que deseó propinarle un puñetazo.

Y lady Adella apuntó, con una mirada más maliciosa si cabe que la de su nieto:

-Siempre creí que nuestro querido Rabbie debería haber nacido cuarenta años antes -intervino lady Adella maliciosamente-. No me hubiera importado darme un revolcón con él. Por cierto, Percy, ¿por qué siempre hablas de lo mismo aunque sin conocimiento de causa? ¿Crees que podrías cerrar la boca de una vez?

Percy estaba furioso. ¿Pretendía la vieja herir su hombría?

Ian se volvió y vio que Brandy se levantaba a toda prisa del taburete.

-Si no te importa, voy a retirarme, abuela.

Por supuesto, a lady Adella la traía sin cuidado, así que la despidió con un gesto. Cabizbaja, Brandy abandonó el salón. ¿Por qué demonios la abuela hablaba de aquella forma? Era como si pretendiera mostrarse particularmente vulgar en presencia del duque.

El duque se incorporó lentamente y se excusó:

-Me temo que necesito dormir. Si me disculpan, les deseo buenas noches a todos.

-En caso de que algo no sea de su agrado, excelencia -dijo lady Adella- dele un cachete a Morag. Es una puta perezosa.

El duque hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y abandonó la estancia. Pudo oír el cacareo de Claude a sus espaldas.

Crabbe le esperaba para acompañarle a su alcoba. Le habían asignado el dormitorio del antiguo conde y hubiera sido difícil que se perdiera por el camino. La habitación quedaba totalmente aislada, en un extremo del largo y lóbrego corredor del ala oeste.

Crabbe abrió las oscuras puertas con una florida reverencia y dio paso al duque. El mobiliario era tan oscuro e incómodo como el del comedor y los rincones de la habitación, igual de tenebrosos. El duque anhelaba algo más que un único candelabro para proporcionar a la estancia un aspecto menos austero.

Crabbe contemplaba impasible el escaso fuego que crepitaba en la chimenea.

-Morag le habrá preparado carbón. Me he tomado la libertad de deshacerle el equipaje, excelencia.

En cuanto el viejo lo dejó a solas, Ian se dispuso a avivar el fuego. Casi todos los maderos estaban húmedos, debían de haberlos traído al anochecer, mientras azotaba la tormenta, por lo que despedirían una gran humareda grisácea.

Se desnudó presurosamente y se acomodó entre las gélidas sábanas. Las mantas olían a humedad. Se durmió al son de la lluvia golpeando los ventanales y del rugir de las olas rompiendo contra las rocas del acantilado situado junto al castillo.

8

-Cuéntame más cosas del nuevo conde, Brandy -rogó Fiona, mientras se le derramaban las gachas.

-Ten cuidado, muñeca. Ya sabes lo mucho que le disgusta a la vieja Marta frotar las manchas de los vestidos. Se queja tanto, que acabo haciéndolo yo... y a mí tampoco me gusta. -Fiona se limpió la barbilla con la mano. Luego, sin' dejar de mirar a su hermana, se limpió cuidadosamente la mano con una servilleta.

-Bien hecho -dijo Brandy, tratando de contener la risa-: Verás, en cuanto al conde, ya te lo he contado todo. En primer lugar, es un duque, o al menos lo es en Inglaterra. Es un título más importante que el de conde.

-Sí -asintió Fiona-. Tal vez por eso huele tan bien y lleva la ropa tan limpia. A veces, cuando me abrazaba el abuelo Angus, veía que llevaba manchas de pescado en la chaqueta. Y su aliento olía a perros, Brandy.

-Bueno, sí, es verdad. Acuérdate de llamarle excelencia, no sólo señor.

- ¿Tiene nombre de chica?

Brandy se echó a reír y repuso:

-No. Es una forma de hablar, así nos dirigimos a un duque. En Escocia lo hacemos igual.

-Quizá me dejará acariciar ese caballo tan grande.

Brandy, aunque albergaba dudas al respecto, siguió sonriendo.

-Prométeme que no le darás la lata, muñeca. Es muy probable que el duque no esté acostumbrado a los niños. Y, además, no va a quedarse mucho tiempo. Al fin y al cabo, ¿qué tenemos aquí que pueda interesarle?

-Pero ¿por qué ha venido si quiere marcharse tan pronto?

-No lo sé, Fiona. Vamos, pequeña, termina tu desayuno. Se hace tarde. -En realidad, Brandy quería evitar a toda costa encontrarse de nuevo con Percy. Mientras contemplaba a través de la ventana el foso poblado de vegetación, advirtió que Fiona había terminado de desayunar. La tormenta de la noche anterior había dado paso a un día primaveral precioso, con un ambiente fresco y agradable y una ligera brisa.

-Qué sorpresa tan agradable.

Brandy se volvió esperando encontrar la inoportuna cara de Percy.

-Oh, es usted, excelencia -susurró aliviada, y el duque arqueó las cejas, perplejo.

-Tú eres el de los caballos grandes -dijo Fiona saltando de la silla-. ¿De verdad eres su excelencia y no su señoría, como el abuelo Angus?

Ian observó a la menuda niña que tenía ante sí, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada. Tenía el cabello largo y brillante como terciopelo rojo, y unos ojos tan azules como el cielo de verano.

-Sí -respondió-. Soy su excelencia. Y tú debes de ser mi prima Fiona.

-Sí, pero Brandy me llama muñeca. ¿Tengo que llamarte por tu nombre de chica? -preguntó con el desparpajo propio de los niños.

El duque le acarició los brillantes rizos rojos y respondió:

-Bueno, Fiona, en realidad no es un nombre de dama. Déjame pensar... Quiero que me llames de otra manera. ¿Qué te parece... Ian?

-Ian -repitió ella-. Sí, es mejor que excelencia. ¿Quieres un poco de gachas, Ian? Hoy no están muy aguadas, me queda todavía un poco en la barbilla. Pero no me he manchado el vestido.

-Son cosas que pasan -bromeó él-. Seguro que las gachas ahora deben de estar más buenas y consistentes. ¿Cuánto tiempo lleva aquí el tazón?

-Menos de diez minutos -respondió Brandy, y removiendo las gachas añadió-: Todavía un poco aguadas, pero no están mal.

-Perfecto, pero sólo quiero un poco. Vuelve a la mesa, Fiona. Siento haberte interrumpido.

-Has dormido en la cama del abuelo Angus, ¿verdad, Ian? Murió en esa cama. Nos pasamos más de un mes andando de puntillas. Yo le oía toser y decir palabrotas a la abuela.

-Basta, Fiona -la interrumpió Brandy-. El abuelo Angus decía palabrotas a todo el mundo. Además, sabes perfectamente que todos los condes de Penderleigh han muerto en esa cama. Cómete un bollo con un poco de mantequilla.

-No ha venido ningún espíritu a despertarme -comentó el duque, que miró las gachas de reojo y se sirvió él mismo. Pensó que estaban deliciosas, nada aguadas. Al levantar la vista, vio que Fiona le observaba con una extraña expresión-. ¿Corro peligro de mancharme la chaqueta de gachas? -inquirió.

-Oh, no, Ian. Le he preguntado a Brandy por qué has venido si piensas marcharte tan pronto. Me dijo que aquí no había nada que pudiera interesarte y que por eso creía que te marcharías pronto.

Brandy no apartaba la mirada de su bollo. La mantequilla se derramaba por uno de los extremos. De haber podido, Fiona se lo hubiera comido.

-¿Y sabes por qué cree Brandy que he venido? -preguntó el duque, observando el rostro de la pequeña, que tenía una nariz encantadora, preciosas cejas arqueadas del mismo tono rojizo que su cabello y barbilla firme. ¿Sería testaruda? Llevaba el pelo recogido en dos trenzas y el mismo chal de tartán echado sobre los hombros.

-Dice que no lo sabe. ¿Me lo dirás?

Le resultaba difícil explicarle que él, un hombre adulto, se sentía atrapado al pensar en el tedio que suponía pasar una nueva temporada en Londres, y que no le habría importado trasladarse a cualquier otro sitio, ya fuera Escocia o Turquía. Lo único que deseaba era escapar. Decidió que no podía contárselo y finalmente respondió:

-He venido porque sois mis primas y quería conoceros.

Brandy lo miró fijamente. Estaba tan segura de que mentía como de conocer su propio nombre.

El duque arqueó las cejas tratando de parecer tan inocente como Fiona, que estaba anudándole la servilleta a una muñeca.

-Y bien, Fiona, ¿he respondido a tu pregunta?

-Sí, pero ¿cuándo vas a enseñarme los caballos, Ian?

-Cuando me des tu solemne promesa de que no echarás a correr delante de ellos. Soy demasiado joven para tener canas.

-Oh, te lo prometo, no lo haré.

El duque pensó que la pequeña mentía mucho mejor que él.

-Muñeca -dijo Brandy, con una voz tan maternal como la de la tía abuela de Ian, que tenía siete hijos su excelencia tiene mucho que hacer. No debemos acapararle la atención.

Una madre poco eficaz, se dijo Ian, sonriéndole. Por mucho que se esforzara, no parecía muy severa.

Le gustaba. ¿Por qué no? Era su prima y quizá fuera muy joven, pero no en edad, sino en cuanto a carácter y experiencia.

-Excelencia -comentó Brandy-, usted no tiene la culpa de ser el heredero de Penderleigh, ni de no ser escocés. Supongo que debe haber ingleses en el mundo. Usted no tiene nada que ver. -Le sirvió un poco de té.

-Gracias -dijo Ian e hizo el leve gesto de brindar con la taza-. Tienes razón, no tiene nada que ver.

El duque se volvió hacia Fiona y Brandy aprovechó la oportunidad para observarle detenidamente. Era un hombre alto y fuerte, mucho más que cualquier otro que hubiera visto en su vida, y eso le gustaba. Vestía con tanta elegancia que sin duda debía de considerarles una tribu de salvajes. Los pantalones ceñidos se le ajustaban a las piernas; la camisa era tan blanca como la nieve virginal que cayó una noche de febrero y se derritió antes de que pudiera ensuciarse; la chaqueta estaba hecha a medida. Todo en él, incluso las botas de color negro, desprendía elegancia, mientras que ella llevaba un vestido que debía de tener más de cinco años. Se tocó la blusa. El poseía todo aquello de lo que ella carecía. Sólo eran los parientes pobres.

El duque advirtió el cambio de expresión de su rostro. De pronto, su joven prima parecía sentirse indispuesta. No obstante, Ian se limitó a comentar:

-Lo que más me apetecería hacer durante mi primer día de estancia sería dar un paseo por los alrededores. La tormenta ya ha pasado y me encantaría caminar por los acantilados, contemplar el mar y cualquier otra cosa que desearas mostrarme.

-Es dónde pensábamos ir Brandy y yo -intervino Fiona, sacándose la servilleta-. ¿Te gusta construir castillos de arena, Ian?

Recordó que el traje de montar de ante era la última muda que le quedaba limpia. Dudaba que Mabley llegara aquel mismo día con el resto del equipaje.

-Si no te importa, Fiona -se excusó-, preferiría no acercarme a la arena húmeda. De lo contrario, tendré que hacerme la colada, y te aseguro que sería la primera vez.

Qué educado es, pensó Brandy, esbozando una amplia sonrisa.

-Muñeca, ve a buscar el chal.

Fiona se alejó corriendo por el comedor, gritando de alegría.

-Vuelvo en un santiamén.

-¿No tienes calor todo el día con ese chal? -inquirió el duque.

-No -repuso Brandy, como si acabara de decirle que tenía la cara llena de granos-. Siempre tengo frío. Llevo el chal hasta en agosto, casi todo el verano, y después ya estamos de nuevo en invierno. -Se encogió de hombros y, al hacerlo, la punta de una de sus largas trenzas se sumergió en la leche caliente del tazón de gachas.

-La trenza, Brandy -le advirtió Ian, inclinándose para coger el mechón de cabello.

Sorprendida, ella se apartó con tanta brusquedad que Ian no tuvo tiempo de soltar la trenza. Apretó los dientes de dolor.

De inmediato el duque se levantó y trajo un vaso de agua. Luego dijo:

-Vamos, mójate el pelo con agua. No pretendía hacerte daño ni asustarte.

-Lo sé -susurró ella sin mirarle, secándose la trenza con una servilleta-. Creo que Fiona ya viene. ¿Está preparado, Ian?

-Sí -contestó con acento escocés que, aunque extraño, le resultaba agradable.

-No estará burlándose de mí, ¿verdad, excelencia?

-Su excelencia jamás se burla de sus primas. Es demasiado educado. Además, le encantan sus primas. ¿Vamos?

Los tres juntos abandonaron el castillo y echaron a andar por el angosto camino de grava que rodeaba el foso cubierto de vegetación, hasta alcanzar el sendero flanqueado por rododendros que

desembocaba directamente en el acantilado desde donde Ian contempló el mar. Estaba en calma después de la tormenta. Cerca de la orilla había poca profundidad, y el agua era de un color turquesa transparente. A lo lejos, los tonos del agua ofrecían una amplia gama de azules oscuros. Miró al cielo y vio que había algunas nubes. Sintió el frescor de la brisa en la cara, enmarañándole el cabello, y respiró hondo.

-Ve con cuidado, muñeca, y no te ensucies. -Las palabras parecieron sacar a la niña de su encantamiento, que echó a correr hacia la playa corriendo tanto como sus frágiles piernas le permitían.

El se volvió y comentó:

-Espero que Fiona no se rompa una pierna. El sendero parece traicionero.

-Es como un cervatillo. No se preocupe.

-Tienes un hogar magnífico, Brandy.

-Ahora también es su hogar, Ian -repuso ella. Siguió a Fiona con la mirada hasta asegurarse de que había llegado sana y salva a la playa.

-¿Te molesta? -preguntó él, sin mostrarse alterado.

Brandy permaneció unos instantes en silencio. Al cabo, con la voz inundada de tristeza, respondió:

-No, no me molesta. Los años pasan y se producen cambios, por mucho que algunos escoceses se nieguen a admitirlo. Y usted es un gran cambio. No puede evitar ser inglés, ya se lo he dicho. Además, recuerde que yo soy sólo una mujer. A nadie le importa mi opinión y yo no soy quién para decidir lo que aquí deba hacerse o no.

-Te equivocas. Para mí eres alguien de gran valía y tu opinión me importa mucho. No quiero que nunca más hables en este tono.

Ella se echó a reír, sujetando el nudo del chal entre ambas manos. Parecía hablar en serio.

-Ya ha oído a la abuela y cómo se dirige a mí. A Crabbe le llama viejo borrachín y yo soy una idiota impulsiva que vale menos que un saco de sal. Cuando habla de casarme, pone los ojos en blanco. -Se encogió de hombros y agregó-: No me molesta que usted sea el heredero. Un hombre debía serlo, de lo contrario, la familia acabaría aquí.

Jamás había oído a una joven hablar con tanta franqueza y realismo. No es que tuviera a las mujeres en gran concepto, y sabía que no estaba bien, pero por otro lado, su deber como hombre era protegerla, cuidar de ella, velar para que no le faltara de nada. A pesar de ello, le mortificaba oírle decir que no valía nada.

La brisa se hizo más intensa, despeinando sus cabellos y acariciándole las mejillas con los finos mechones rojizos.

-Así pues, mi deber es casarme lo antes posible y ser padre de una multitud de futuros herederos. Pero si no tuviera un hijo, o si me partiera el cuello cabalgando, el conde de Penderleigh sería mi primo Giles, que no tiene ningún lazo de sangre con vosotros, ¿no es así?

-No, por favor, no se parta el cuello.

-No, no lo haré. Pero a veces la vida nos sorprende. Y yo estoy en edad de tener un heredero.

-Oh, ignoraba que no estuviera casado. Apuesto a que la abuela tampoco lo sabe. De lo contrario, lo hubiera pregonado por todo Penderleigh. Sí, debería empezar a considerarlo.

-Tengo veintiocho años... Supongo que soy demasiado mayor para alguien de tu edad.

-De ningún modo. El día de San Miguel cumplo los diecinueve. No le considero un viejo.

Y era cierto. Ella era tan sólo algo menor que Felicity, la dama con la que iba a contraer matrimonio en agosto. Sin embargo, ambas eran tan distintas... De pronto le embargó una profunda sensación de dolor al pensar en Marianne, como cada vez que su imagen le venía a la cabeza. Ahora tendría veintiséis años y probablemente sería madre de varios hijos. Se preguntó por enésima vez cómo habrían sido sus descendientes. Las niñas habrían poseído su delicadeza y sus luminosos ojos verdes. Ah, y los niños, sus hijos, habrían sido fuertes y orgullosos como él. Sonrió en silencio y distrajo la atención con el vuelo de las gaviotas.

-Ya ve, Ian -prosiguió Brandy-, Fiona se pasa la vida intentando construir un castillo de arena igual que Penderleigh. Pobre niña, siempre acaban derruyéndosele los torreones.

Alejó la imagen de Marianne para observar a Fiona. Supuso que, a esas alturas, su cabello ensortijado debía de estar empapado.

-No os parecéis. ¿A quién se parece Fiona, Brandy?

-La abuela asegura que Fiona es la única que se parece a la familia. El color, tanto del cabello como de los ojos, es idéntico al de la hermana de mi madre, la tía Antonia. Y en cuanto a Constance, guarda cierto parecido con nuestra madre. Según la abuela, a mí me cambiaron en la cuna.

-Mientras nunca te llame vieja borrachina...

-Pobre Crabbe. Solía burlarse de su verdadero nombre, profería insultos que yo no alcanzaba a comprender. Gracias a Dios que no pertenece a la familia, o no tendría piedad con él.

-¿Te refieres a que le llamaría idiota impulsivo? -Por ejemplo.

-Y hablando de la familia, ¿quién es Percival?

-Un bastardo.

-No me refería a su carácter, sino a su parentesco con nosotros.

-Es un bastardo.

Vio que hablaba en serio, aunque sus ojos eran incapaces de ocultar la ironía. El sonrió y comentó:

-Siendo un bastardo, la verdad es que parece llevar las riendas del castillo.

-Sí, la abuela le tiene mucho afecto, es una pena. Ya ha visto que la adula, y debo admitir que lo hace bien.

La observaba fijamente, pero ella no se dio cuenta. Se había arrodillado para recoger anémonas amarillas que guardaba en el interior de la falda.

El se arrodilló a su lado, olvidando su último par de pantalones de ante y, sin darse cuenta, empezó a ayudarla a recoger flores.

-¿Cuál es la historia?

Ella le miró los ojos y dijo:

-Su padre, Danovan, era mi tío, uno de los hijos de la abuela. De joven, el tío Danovan sedujo a la hija de un rico comerciante de Edimburgo. Se negó a casarse con ella al descubrir que estaba embarazada. Y por lo que he logrado averiguar entre los chismorreos de la vieja Marta y los accesos de ira de la abuela, parece ser que el tío Danovan abandonó Penderleigh para marcharse a París, donde murió al cabo de diez años, junto a uno de sus amantes.

-¿Amantes...? ¿Tantas tuvo?

-Así es, pero no es lo que piensa. Al tío Danovan no le gustaban las mujeres. Y debería decir -añadió con cierta amargura- que Percy se esfuerza constantemente para enmendar el hecho.

-¿Hasta el punto de llegar a molestarte, Brandy? -Sí.

Aceptaba la preferencia de su tío Danovan por los hombres con total naturalidad. Ninguna joven inglesa sería capaz de hablar de aquello con tanta tranquilidad. Semejante franqueza sólo podía deberse a su candor infantil. Era muy inocente.

-Creo que Percy debería interesarse en las mujeres, no en las niñas -agregó-. Tal vez también tenga alguna desviación.

9

De repente, le lanzó las anémonas a la cara y se puso en pie.

-Excelencia, ya le he comentado que casi tengo diecinueve años. Ya no soy una niña. ¿Acaso lo parezco?

-No, de ningún modo, ha sido un error. Me refería a que Percy debería fijarse en mujeres con experiencia, no en su inocente prima. Porque eres inocente... ¿verdad, Brandy?

-¿Se refiere a si aún soy virgen?

-Bien, ésta podría ser una clase de inocencia.

-Por supuesto que lo soy. ¿Quién de por aquí, exceptuando a Percy, y puede estar seguro de que siempre intento evitarle, estaría dispuesto a liberarme de la carga de ser virgen?

-Bien, quizá yo también intentaré evitarlo. Siempre está bromeando, y las bromas me molestan. Me dan ganas de pegarle un puñetazo. ¿Qué opinas?

-Que se lo dé -respondió, y se arrodilló para recoger las anémonas que le había tirado.

-Es sólo una idea. Brandy, ¿por qué crees que le ofende tanto mi presencia? Comprendo que odie a los ingleses... ¿Se trata de eso? Debe de estar al corriente de que siendo un bastardo jamás podrá reclamar sus derechos de herencia sobre el condado ni sobre el castillo de Penderleigh.

Brandy guardó silencio. Estaba librando una lucha interna: por un lado, opinaba que Percy era un rufián, pero escocés, mientras que por otro el duque era inglés. Sin embargo, Ian le gustaba y acabó ganando la partida.

-Eso no es todo. Constance se ha enterado de que la abuela le comentó a Percy que planeaba legitimar su situación. Pretende que se case con una heredera y recupere la fortuna.

-Comprendo.

-¿Qué quiere decir?

-Pues que intentará usurparme la herencia en cuanto su situación quede legalizada. ¿No estás de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y respondió:

-Es un sinvergüenza y no confío en él. Creo que sí, que lo intentará si lady Adella legitima su situación. No es de fiar.

-No, supongo que no. ¿Y qué papel juegan Claude y Bertrand en el asunto? Mis abogados desconocen por completo tan interesantes relaciones. Me ha sorprendido descubrir la existencia de la parentela masculina.

-¿No sabía que el tío Claude y Bertrand también están desheredados?

-¿Desheredados? Dios mío, esto es más complicado que un melodrama de Drury Lane.

-¿Drury Lane?

-Sí, la calle donde están situados los teatros de Londres.

Reflexionó un instante y su respuesta le sorprendió:

-De hecho, ignoro el motivo por el que mi tío abuelo Douglass fue desheredado. Era el hermano mayor del abuelo Angus, el heredero natural del título.

Según la vieja Marta, el bisabuelo Angus (su padre) lo echó de la propiedad y nombró a Angus su heredero. Tras la muerte de Douglass, el abuelo Angus permitió que Claude y Bertrand regresaran y vivieran en la casa de la viuda. Bertrand está al cargo de la propiedad desde hace seis o siete años. -Y añadió, con la mirada encendida-: A pesar de lo que pueda usted opinar de Penderleigh, Bertrand es una buena persona. No resulta fácil alimentarnos a todos y además complacer los caprichos de la abuela. Poco más puede hacer.

¿Quizá sospechaba que pretendía echar a Bertrand de la propiedad? ¿O acaso estaba enamorada de él? De inmediato la idea lo contrarió. Era demasiado joven... bien, quizá no tanto, pero en cualquier caso demasiado inocente para Bertrand, un hombre tan hermético en apariencia. En cambio, ella era maravillosamente compleja. Necesitaba a un hombre capaz de comprender su inocencia y complejidad y, al mismo tiempo, de hablar con tanta naturalidad como ella lo hacía al referirse a las preferencias sexuales de su tío abuelo Danovan, un hombre que no la considerara una niña inocente.

-Entiendo -dijo.

-También me ha llegado el rumor de que lady Adella planea devolver a Claude y a Bertrand sus derechos de herencia y que piensa legitimar la situación de Percy.

-Una anciana muy astuta... ¿Pretende que se devoren entre ellos? ¿Quiere que se asesinen a sus pies?

-Lo encontraría divertido. La quiero, pero sé que tiene un lado perverso. Sin embargo, creo que legitimando a Percy y devolviendo los derechos de herencia al tío Claude y a Bertrand, pretende corregir los errores del pasado. Sospecho que tío Douglass debió de hacer algo terrible para ser desheredado. Además, y me consta que lo ha notado, se enorgullece de sus excentricidades.

Muy interesante, se dijo el duque, que preguntó: -Y tú, Brandy, ¿de qué te enorgulleces?

Se encogió de hombros con una sonrisa encantadora.

-¿Yo, excelencia? Supongo que me considera una mujer provinciana sin dote, un pariente pobre.

No esperaba aquella demostración de franqueza y se puso furioso. Era su protector y tenía en sus manos la potestad de alterar su futuro, un futuro que, desde su punto de vista, era bastante desolador. Trató de imaginarla vestida a la última moda. Pronto cumpliría los diecinueve, estaba en edad casadera. Se le ocurrió que quizá Felicity podría acoger a Brandy bajo su protección y presentarla en sociedad.

-Ahora soy tu protector, Brandy, y no te considero una provinciana. En agosto contraeré matrimonio con una preciosa dama que estaría encantada de enseñarte a comportarte en sociedad. ¿Te gustaría visitar Londres?

¿Visitar Londres? ¿Convivir con él y su esposa para que la recién casada le enseñara a comportarse en la refinada sociedad inglesa? La ira se apoderó de Brandy y le lanzó de nuevo las anémonas, gritando:

- ¡No, no me gustaría en absoluto! ¿Cómo se atreve a tratarme como a un patán? ¿Me pasearía ante sus elegantes amistades atada a una cuerda? ¿Me regañaría cuando no hiciera bien la reverencia delante de alguno de sus amigos? ¡Guárdese su protección, excelencia!

El duque estaba perplejo. Brandy se alegraba de haber reducido al poderoso inglés al más absoluto silencio.

-Voy a ver Fiona. Excelencia, vuelva usted solo.

Echó a correr hacia la playa y se alejó rápidamente.

Cuando recuperó el habla, estaba fuera de sí. Maldita mocosa. ¿Cómo se atrevía a despreciar una oferta tan generosa? ¿Cómo se atrevía a malinterpretar deliberadamente sus palabras? ¿Atarla a una cuerda...? Lo que necesitaba era una buena reprimenda, tenderla sobre sus rodillas y darle una azotaina.

Se dirigió hacia el borde del acantilado. La vio correr por la playa en busca de Fiona. Felicity y Giles tenían razón. Los escoceses eran unos salvajes.

-¡Necesitas que te enseñen modales, niña! -exclamó-. ¡Vuelve aquí inmediatamente y deja que te explique por qué quiero darte unos azotes!

Enojada, Brandy se apartó de Fiona para encaminarse hacia la cima del acantilado. Caminando hacia él con decisión, metió la mano en el bolsillo de la falda y le tiró algo.

El duque abrió los ojos desorbitadamente al ver dos guineas en el suelo, brillando a la luz del sol. Eran las mismas que había entregado a Fiona el día de su llegada a Penderleigh.

-¿Cree realmente que necesito modales, excelencia? ¡Ja! -Brandy se volvió y se alejó de nuevo hacia la playa.

-¡Maldita sea, Brandy, la culpa es tuya! -Pero ella ya no podía oírle. Además, no decía más que estupideces. Se había deshecho de él. Acababa de derrotarle como solía hacerlo Gentleman Jackson en el ring.

Dio un puntapié a las guineas y las recogió. Las lanzó al aire, las cogió y volvió a lanzarlas. Era incapaz de recordar la última ocasión en que había sufrido una derrota de aquel calibre. Había quedado en ridículo. Brandy y Fiona estaban en la playa, arrodilladas, amontonando arena húmeda

en lo que supuso era una réplica del castillo de Penderleigh. Se sacudió los pantalones y se marchó. ¿Por qué se oponía a ira Londres? Recordó todas y cada una de sus palabras. El había hablado con franqueza, no había dicho nada para provocar un ataque de ira como aquél.

Se encaminó al castillo. La primera mañana en casa de los Robertson no había acabado bien.

-Excelencia -lo saludó Bertrand, caminando hacia él a grandes zancadas. Su cabello era como la cresta de un gallo brillando a la luz del sol.

-Buenos días, Bertrand -dijo, esbozando una cordial sonrisa y, maldiciéndose, trató de apartar de su cabeza la mujer con la que acababa de discutir.

-Al parecer, ha estado disfrutando de la espléndida mañana primaveral -comentó Bertrand.

Se estrecharon la mano y el duque se percató de que llevaba los pantalones manchados de hierba.

-Espero que el equipaje llegue pronto, o tendré que pedirte unos pantalones prestados.

-O quizá una de las faldas de mi padre.

Por mucho que lo intentara, el duque era incapaz de imaginarse vestido con la tradicional falda escocesa.

-Quizá no debiera decirlo, pero tiene las piernas ideales para llevar la falda. En cambio, yo no me imagino ataviado de esa guisa, con el viento soplando por debajo. Sí, me ha entendido bien... La falda no lleva ningún dobladillo por debajo. Dicen que el aire es muy sano. -Bertrand se echó a reír. Jamás había visto un hombre con una expresión de horror semejante a la del duque en aquel momento-. De acuerdo, por el momento nada de faldas.

-Prefiero mis pantalones, aunque estén manchados. Y en cuanto a mis piernas, agradecen el cumplido.

Bertrand sonrió ante la respuesta del duque y dijo:

-Supongo que tendrá ganas de echar un vistazo a los libros de cuentas de Penderleigh y, tal vez, de visitar algún arrendatario para extraer sus propias conclusiones.

-Me encantaría -respondió el duque. Bertrand parecía una persona abierta e inteligente a quien no le molestaba que un odiado inglés fuera el dueño de las tierras-. Brandy me ha explicado que llevas muchos años al frente de la propiedad.

-Sí, trabajo en casa. Si quiere venir, allí nadie nos molestará. Mi padre está en el castillo con lady Adella.

El duque supuso que estarían hablando de él. Bien, al fin y al cabo albergaba pocas esperanzas sobre aquel condado.

-Vayamos, Bertrand, y llámame Ian, por favor. Somos primos.

La casa de la viuda de Penderleigh era poco más que una desvencijada casita de campo de dos pisos. La hiedra, rebosante de verdor, crecía en las numerosas grietas. En el lado oriental de la casa

había un pequeño jardín muy bien cuidado, que contrastaba con el aspecto salvaje de los territorios adyacentes al castillo.

-Parece que aquí estáis muy bien instalados.

-Fraser cuida de nosotros. Gracias a las hortalizas que obtiene de este suelo tan árido, somos casi autosuficientes. Afortunadamente los matorrales que crecen en la playa nos protegen del mar. -Bertrand corrió el enorme pestillo que cerraba la puerta principal e indicó al duque que bajara la cabeza al entrar.

-Si se diera el caso -susurró Bertrand-, no se te ocurra mencionar a Morag en presencia de Fraser. Están casados, pero se odian a muerte. Creo que no llegaron a vivir juntos más de una semana.

-Morag es la mujer que pasa el día rascándose, ¿verdad?

-Sí. Y es por no bañarse, un comportamiento que colaboró a que la feliz unión se deshiciera rápidamente. Siempre me he preguntado por qué Fraser no se percató de ello antes de contraer matrimonio. Quizá por aquel entonces se bañara. Quién sabe... Ni mi padre ni yo hablamos de ella cuando estamos con Fraser.

Se acercaba un hombre, obeso y medio calvo. Llevaba una herramienta de jardinero en la mano. Al llegar junto a ellos, dijo:

-Qué extraño, señor Bertrand, su padre está en el castillo. Se ha marchado hará una hora, después de que uno de los chicos le comunicara que lady Adella quería hablar con él.

-Sí, Fraser, ya lo sé. Te presento a mi pariente, su excelencia el duque de Portmaine y ahora también conde de Penderleigh.

-Excelencia -Fraser sonrió e hizo una reverencia.

-Fraser, sé tan amable de servirnos un poco de té, por favor. Su excelencia y yo estaremos en el estudio.

-Sí, señor Bertrand. -Se despidió del duque saludándole con un gesto y, con paso decidido, se fue por donde había venido.

-Una buena persona -comentó Bertrand, haciendo pasar al duque a una pequeña y soleada estancia cuyo mobiliario, aunque viejo y estropeado por el paso del tiempo, parecía respetable. Encima de la vieja mesa de despacho de roble se hallaban perfectamente ordenados montones de papeles y libros de cuentas.

Bertrand observó los libros un momento y bajó la vista, retirándose de la mejilla un mechón pelirrojo.

-Bien, maldita sea, no sé cómo decírtelo. Verás, Ian, creo que no has heredado una ganga.

-No importa -repuso el duque, sin alterarse-. Vayamos por ello.

Bertrand tomó asiento junto al duque y abrió uno de los libros por la última página. Comenzó a leer concienzudamente los datos en voz alta.

Al cabo de un rato, Ian sonrió y, negando con la cabeza, comentó:

-Entiendo más de letras que de números. Dime una cosa, Bertrand, ¿ Penderleigh podría autoabastecerse?

Bertrand cerró el libro y respondió sin dudar:

-Sí, si lográramos que los arrendatarios vivieran en este siglo. Mira, las tierras bajas situadas al este y al sur son ideales para el cultivo del maíz. Pero nuestros arrendatarios carecen tanto de herramientas como de experiencia para cultivar la tierra. Lo normal es que se unan a los pescadores de los pueblecitos del norte y que las mujeres y los niños se dediquen a cuidar de unas cuantas ovejas de cara negra.

En aquel momento llamaron a la puerta. Fraser hizo su entrada portando una reluciente bandeja de plata.

-El té, señor Bertrand, excelencia -anunció. Volvió a sacar la pequeña pala que llevaba en el bolsillo y abandonó la habitación silbando.

-¿Leche, Ian?

-Sí, por favor -respondió el duque, sin dejar de pensar en las palabras de Bertrand-. ¿Podría la tierra alimentar más ovejas? -Bebió un largo sorbo de té, un soberbio té chino. Fraser sabía lo que hacía.

-Sí, pero conseguir más ovejas resulta muy caro. Y hay otro detalle. La oveja de cara negra es conocida por la aspereza de su lana, sólo sirve para hacer alfombras y cosas similares. Una oveja de esta raza tarda mucho tiempo en dar beneficios. La oveja que da buena lana para tejidos es la Cheviot.

-Las ovejas deben ser esquiladas. ¿Tenemos suficientes arrendatarios que sepan esquilar?

-No, pero en época de esquile podríamos contratar los servicios de trabajadores temporales. Es lo que hacen los propietarios de los grandes rebaños.

-Sería posible llevar la lana a Glasgow? ¿A los molinos?

-Sí, pero no es necesario ir hasta Glasgow. Cada vez hay más molinos. Tenemos varios muy cerca. -El duque guardó silencio. Bertrand cambió de posición, se inclinó hacia adelante y balanceó las manos entre las piernas. Indeciso, observaba al nuevo conde de Penderleigh preguntándose si pensaría de él que era un mal administrador.

El duque dejó la taza y se puso en pie. Deambuló un rato por la estancia hasta volver a sentarse. Luego miró a Bertrand y dijo:

-Bertrand, creo que tú y yo deberíamos visitar algunos fabricantes de Stirlingshire. Ovejas o maíz, no importa, pero debemos asegurarnos de qué puede ser más beneficioso para el futuro de Penderleigh.

Bertrand pestañeó e inquirió:

-¿Has oído hablar de Stirlingshire?

-Sí y también de Clackmannanshire -añadió el duque con una sonrisa-. No he venido aquí en la más total ignorancia aunque, por desgracia, he podido descubrir bien poco sobre la industria escocesa. Tienes que instruirme en lo más básico, Bertrand. Jamás he descuidado las propiedades que tengo en Inglaterra, y no pienso actuar ahora de manera distinta. Sé que estás sorprendido. No crees que un duque inglés quiera preocuparse por una propiedad en Escocia, ¿verdad?

-Así es -admitió Bertrand.

-Verás, Bertrand -prosiguió el duque-, como acabo de decir, no tengo la menor intención de comportarme como uno más de esos terratenientes ingleses eternamente ausentes. Con un pequeño capital y tu dirección, Penderleigh llegará a ser autosuficiente y ninguno de sus frutos saldrá de Escocia. Y ahora, si consideras que vale la pena, me gustaría pasar la tarde visitando a los arrendatarios y realizar una lista de sus necesidades, incluyendo las principales reparaciones que requiere el castillo.

Bertrand no podía creerlo. Ni siquiera en sueños hubiera imaginado que el duque pudiera estar interesado en Penderleigh y que, de hecho, pretendiera invertir dinero en la propiedad y permitir que los beneficios obtenidos se quedaran en Escocia. Estaba perplejo. No tenía palabras.

-Me siento como un estúpido -farfulló finalmente-. Te aseguro que no te defraudaré. En su día, Penderleigh fue una espléndida propiedad, pero el paso del tiempo, la política y los hombres estúpidos y avariciosos (entre ellos mi tío Angus) acabaron abocándola a tan desastrosos resultados.

-El pasado es el pasado, Bertrand, y no podemos hacer nada al respecto. Sin embargo, podemos controlar el futuro. Brandy me ha explicado lo bien que diriges la propiedad. Jamás temas el futuro. Espero que confíes en mí.

De hecho, en aquel instante, Bertrand confiaba tanto en el duque que incluso le hubiera acompañado a un paseo por el infierno con los ojos vendados.

-Comprendo tu silencio. El tiempo lo dirá. Tal vez un día acabes creyéndome.

Bertrand tragó saliva y comentó, taciturno:

-Tenía al tiempo y al futuro por mis peores enemigos. Aquí estoy para lo que haga falta.

El duque se acordó de Brandy y sus hermanas, cuyo futuro era bastante más incierto que el de Bertrand.

-Esta mañana he hablado con Brandy de muchas cosas, incluso del futuro. Está en edad casadera. A Constance le faltan tan sólo un par de años. Penderleigh queda muy apartado y supongo que las relaciones sociales son casi inexistentes. Tengo la custodia de las chicas y pienso proporcionarles una dote, lo cual espero que les sirva de ayuda.

-Muy generoso por tu parte, Ian, sobre todo pensando en Brandy. Constance es aún muy joven y, por el momento, no necesita relaciones sociales ni dote. De todos modos, haz por Brandy lo que creas más conveniente.

Constance, la niña mujer de larga melena y miradas provocativas, la hermana que parecía la mayor... Bertrand parecía entusiasmado, era incapaz de borrar la sonrisa de sus labios.

-Estoy de acuerdo contigo, Bertrand. Dejemos a Constance por el momento. Ahora debo ocuparme de Brandy. -A pesar de su ridículo ataque de ira, se dijo.

-Fraser es un cocinero excelente -anunció Bertrand, poniéndose en pie-. Podríamos continuar la discusión comiendo juntos.

-Una idea magnífica. ¿Cenarás en el castillo?

-Me encantaría -aceptó Bertrand.

El duque regresó al castillo a última hora de la tarde. Tuvieron que dejar la visita a los arrendatarios para otro día. Ian era consciente de lo mucho que debía aprender sobre los beneficios que podían proporcionar las ovejas y los cultivos. El entusiasmo de Bertrand era contagioso y Ian se sentía satisfecho por los progresos obtenidos. Brandy tenía razón, Bertrand era una buena persona que se ocupaba de Penderleigh con diligencia, y que además poseía el cerebro y la disciplina necesarios para manejar hasta los más mínimos detalles.

Cuando el duque hizo su entrada, el vestíbulo estaba en penumbra, iluminado tan sólo por la tenue luz del atardecer. Se preguntó cómo encajaría una enorme lámpara de araña de cristal con los tapices medievales y las oxidadas armaduras. No había ninguna. Al llegar a su alcoba, pensó que lo que más deseaba en aquel momento era un baño caliente. Se sentía como si fuera el único habitante del castillo pero, al abrir la puerta de su alcoba, sorprendió a una anciana arreglándole la cama. Llevaba el pelo canoso recogido bajo una cofia y su voluminoso vestido de lana negro ocultaba una escuálida figura. Al oír los pasos, se volvió.

-¿Excelencia? -preguntó con voz profunda, e hizo una reverencia antes de conocer la respuesta.

-Sí. ¿Y usted es...?

-Marta, excelencia, la doncella de su señoría. Pensó que no le gustaría encontrar a la pelandusca de Morag metiendo las narices en su ropa. ¿Necesita algo más, excelencia?

-Sí, un baño. ¿Hay alguien disponible para traer agua?

-Iré a la cocina a buscar a Wee Albie. Es fuerte, aunque un poco tonto... ¿Me entiende?

-Claro -respondió el duque.

Ian se desnudó en cuanto Marta abandonó la imponente alcoba del amo. Encontró una toalla y se la anudó a la cintura.

No tardó en descubrir que Wee Albie era un joven grandullón y huesudo con aspecto de boxeador, de enormes e inexpresivos ojos azules y poseedor de una eterna sonrisa que revelaba un agujero entre los dientes.

-El agua, señor -anunció, olvidando los tratamientos y las reverencias.

-Gracias, Albie.

Albie sacó una pastilla de jabón nueva y llenó torpemente la bañera de madera con el agua caliente. El suelo empezó a inundarse del agua que se derramaba por el borde. Ian observaba la escena, fascinado, aunque Albie apenas se percataba del caos que estaba creando. Cuando terminó, vociferó al duque:

-Llámeme si necesita algo más, señor!

-De acuerdo, te llamaré inmediatamente -dijo el duque. Contuvo la risa para evitar que Albie pensara que se reía de él. Cerró la puerta del dormitorio, sonriendo.

Se sumergió en la bañera de madera temiendo clavarse alguna astilla. El jabón era perfumado. Maldición, se dijo, iba a oler como una fulana del Soho. No, el jabón olía a perfume caro. Así pues, olería como una fulana parisina. Se preguntó si Marta le habría robado el jabón a lady Adella.

Siguió enjabonándose placenteramente y no salió de la bañera hasta que el agua se enfrió. Desnudo y chorreando, se detuvo delante de la chimenea.

De repente, se volvió al oír que la puerta se abría. Era Brandy, estaba en el umbral, jadeando, como si hubiera venido corriendo.

La miró fijamente, no sabía dónde demonios había dejado la condenada toalla.

Ella le contemplaba maravillada, y dijo:

-No eres como yo... Eres hermoso.

10

El tampoco podía desviar la mirada. No había ni rastro de turbación virginal en la joven, ni un grito de espanto, ni salió corriendo ante la visión de un hombre desnudo. Seguía mirándole y él era incapaz de moverse.

Finalmente ella dijo sin alterarse:

-Por favor, discúlpeme por haberle molestado, excelencia. No esperaba que ya hubiera regresado. Estoy buscando a Fiona. Es un juego... Ella se esconde y yo la encuentro. Le encanta, especialmente cuando es hora de acostarse.

-No está aquí -la informó Ian, que se sentía como si acabara de subir a un escenario y hubiera olvidado su papel, como un pobre idiota, un idiota desnudo.

Brandy movió la cabeza en un gesto de asentimiento, volvió a lanzarle una mirada descarada y salió del dormitorio cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas.

De inmediato el duque recuperó el control de su cuerpo. Cogió la toalla, se la anudó a la cintura y, en aquel momento, se dio cuenta de que estaba haciendo una tontería... Brandy no iba a volver.

Brandy echó a andar por el pasillo. Olvidando a Fiona, se pegó a la pared y cerró los ojos con fuerza. La imagen del duque desnudo no desaparecía de su mente. Se mojó los labios con la lengua. Jamás había visto un hombre desnudo. Por supuesto, a veces lo había imaginado, como cualquier otra chica. Pero el duque era increíblemente atractivo. Había irrumpido en su dormitorio y se había quedado mirándolo fijamente. ¿Qué pensaría de ella? Sin duda que no era una ingenua, sobre todo después de permanecer inmóvil sin bajar la mirada. Se llevó las manos al vientre. Estaba caliente y notaba un extraño comezón, muy distinto a los picores de Morag, ya que le resultaba placentero. Dios, ¿qué estaba sucediendo?

-Brandy, estoy aquí. No me has encontrado. He ganado. Y como premio, un cuarto de hora más sin ir a la cama. -Fiona apareció de pronto, saliendo del pequeño cuarto de costura adyacente al vestíbulo. Brandy no le respondía, la miraba sin verla, y Fiona se acercó corriendo-. He estado todo el rato escondida en la habitación azul donde cose Marta... ¿Brandy? -Se aproximó aún más-. ¿Estás bien? ¿Te he asustado?

Tenía que recuperarse, pero le resultaba difícil. Pestañeó esforzándose por alejar de su mente la maravillosa figura del duque, desnudo y mojado.

-No, muñeca, no me has asustado. -¿Aquélla era su voz? ¿Débil y tenue cómo las sábanas de su cama?-. Ven, muñeca, es la hora del baño. Y no te preocupes, tienes un cuarto de hora de regalo antes de meterte en la cama.

Ian se vistió a toda prisa. El nudo del lazo le salió ladeado, le había abandonado su poder de concentración. Al principio, intentó no darle importancia al asunto, pensando que era muy improbable que en Inglaterra una joven señorita irrumpiera en el dormitorio de un caballero. Pero estaba en Escocia. Contrariado, se deshizo del lazo arrugado y cogió el último que le quedaba. Bañeras desbordándose, criados indisciplinados y una jovencita de enormes ojos ambarinos

contemplándolo maravillada... Todo era posible en Escocia. «No eres como yo... eres hermoso.» Era una chica especial, se dijo.

Pensó en Marianne, su esposa, siempre vergonzosa y recatada, preguntándose si en alguna ocasión debió de encontrarle hermoso. Era una idea absurda. Cuando entraba en el dormitorio durante el año entero de convivencia que pasaron, jamás dejó de apagar el candelabro de la mesita de noche. Siempre se mostró con ella tierno y cariñoso, pero a pesar de ello muchas veces, después de hacer el amor, sollozaba recostada sobre su hombro.

Observó el lamentable lazo. Esta vez tenía que quedarle bien, ya no tenía más. Añoraba a Mabley, sus habilidosas manos y el equipaje entero que se había quedado con él.

Salió de la habitación llevando el candelabro. El resplandor anaranjado de la luz que desprendía creaba sutiles imágenes en la oscura pared del pasillo.

-Así que soy hermoso, ¿no es eso, Brandy? -murmuró, con una leve sonrisa en los labios.

En cuanto se aproximó al salón, escuchó la voz dominante de lady Adella y el familiar cacareo de Claude. Por supuesto, Brandy estaría allí, y sabía que debía hablar con ella para asegurarse de que el comportamiento que había tenido no la atormentaba.

Entró en el salón después de girar los pomos de la puerta (eran de latón y con un remate de cabezas de grifo). Lady Adella presidía la escena desde su sillón de respaldo alto y, como era habitual, todas las miradas estaban fijas en ella. Era como una reliquia orgullosa. Por el momento, su excéntrico comportamiento le resultaba gracioso, aunque discutiría con ella en cuanto desapareciera ese sentimiento. Se fijó en su peinado y sonrió: cabello blanco como la nieve recogido en un moño alto, alegres bucles enmarcando sus facciones delgadas, un peinado que era más propio de alguien con cuarenta años menos.

Claude estaba sentado en el extremo opuesto, tenía aspecto de viejo libertino y aparentaba muchos más años de los que tenía. Bertrand y Constance compartían un gran sofá y Percy, con una copa de jerez en la mano, hurgaba en la chimenea. Buscó a Brandy con la mirada. Se hallaba sentada en un diminuto taburete junto a lady Adella. Iba vestida igual que la noche anterior y con el mismo chal de tartán anudado sobre su pecho. Ella levantó la vista y, una vez más, lo miró fijamente, como un conejo en el punto de mira de una escopeta. El esbozó una amable sonrisa de tío. Era lo que debía hacer.

-Querido Ian... -lo saludó lady Adella-. Bertrand ha estado contándonos lo bien que lo habéis pasado hablando de ovejas y maíz. Me ha explicado lo importante que es esquilar las ovejas -añadió con sarcasmo.

Bertrand se miraba las manos, deseaba decirle que no hiciera caso a esa vieja entrometida. El duque, como si leyera el pensamiento de su primo, avanzó hacia su silla y le respondió, sin alterarse:

-Buenas noches, señora. Confío en que su jornada haya resultado diez veces más interesante que la mía. -Besó la arrugada mano.

Percy tomó un trago de jerez y depósito la copa sobre la repisa de la chimenea. Luego inquirió:

-Dime, ¿es cierto que pretendes convertirnos en pastores y granjeros? ¿Esperas que nos dediquemos a limpiar las cuadras antes de entrar en sociedad?

Manteniendo la calma, Ian sonrió afablemente y respondió:

-Bertrand y yo no hemos tomado ninguna decisión, Percy. Ten paciencia. Conseguir que una plantación de maíz dé beneficios lleva su tiempo. Sin embargo, debo admitir que en estos momentos Penderleigh parece tener un exceso de excrementos de oveja.

Bertrand esbozó una sonrisa triunfal y Claude se palmeó las rodillas.

-Cuidado con lo que dices, Percy, ¿de acuerdo? -le reprendió lady Adella, golpeando el suelo con el bastón.

-Diré lo que yo quiera, abuela -replicó Percy, observando con ojos desorbitados el rostro impasible del duque.

Aquello era una bajeza, pensó Ian al percibir la rabia contenida de Percy. De todos modos, silo que pretendía era legitimar su situación, no podía lanzar a la vieja por el torreón. Por un fugaz instante, Percy le dio pena.

-Buenas noches, excelencia -dijo Constance, con su cálida voz de mujer, y pestañeando repetidamente le ofreció la mano, igual que acababa de hacer lady Adella.

Debe de haber estado practicando, pensó Ian.

-Buenas noches, prima, estás encantadora. -Era cierto. Su hermana y ella debían de guardar los vestidos en un armario distinto. Le besó la mano.

Por su mirada, adivinó que Constance deseaba mantener la mano entre la suya por más tiempo. Sin embargo, siguió sonriendo cuando se la soltó. Luego miró a Percy.

Maldición, pensó el duque, se ha fijado en el hombre equivocado.

Antes de dirigirse a Claude, saludó a Brandy inclinando la cabeza.

-Confío en que apruebe nuestros planes.

-Bueno, la respuesta es difícil, muchacho -masculló Claude, dejando entrever una hilera de dientes negros, y volviéndose hacia Percy, soltó una risotada-. Tu discurso acerca de los excrementos de las ovejas me ha hecho pensar en la moral de algunos.

-Sí, tío -dijo Percy, con acritud-, con bastantes mujerzuelas te has acostado antes de que tu hombría se marchitara tanto como tu cerebro. Tu moralidad suena tan hueca como tu cabeza.

Lady Adella se echó a reír y Constance sonrió. Ian estaba perplejo ante tanta ordinariez, pero ya sabía por qué Brandy hablaba con tal flema sobre temas que una joven de su edad debería ignorar. Por supuesto, tenía que decir algo, pero ¿qué?

-¿Cómo te atreves a hablar en este tono, Percy? -intervino Brandy, airada y con voz trémula-. Hablas como si estuvieras en un establo, no en un salón. No tienes nada de caballero. Cierra de una vez tu odiosa boca, ¿me has oído?

Satisfecho, Ian sonrió.

-Ah, primita, ¿te preocupa la idea de acostarte con un hombre? No te preocupes. Todo llegará y te gustará, ya lo verás.

-Percy, lo que le preocupa a Brandy -dijo el duque-, es que hayas convertido el salón en un establo.

Percy empezaba a gruñir, pero lady Adella le llamó al orden.

-Ya te lo he dicho, Percy, deja en paz a la chica. Es muy inocente y no quiero que la avergüences.

-No estoy de acuerdo, señora -replicó Percy, haciendo caso omiso del duque-, la inocente es Constance. Brandy ya tiene dieciocho años y es toda una mujer.

-Eso no es verdad, Percy -protestó Constance, reclamando su atención-. Yo también soy una mujer.

-Como quieras, pequeña -dijo Percy, y aspiró una pizca de rapé.

Crabbe entró en el salón y anunció:

-La cena está servida, excelencia.

-Apuesto lo que quieras a que tenías tus sucias orejas pegadas a la puerta -replicó lady Adella con acritud-. Bueno, no importa. -Se acomodó entre sus chales sin hacer caso de la concurrencia. Ian observó que Percy avanzaba hacia Brandy con decisión. De inmediato entró en acción y, cortándole el paso, le ofreció su brazo.

-¿Me acompañas a cenar, Brandy?

Ella, con una mirada de agradecimiento, se levantó y aceptó, encantada.

Camino del comedor, le comentó:

-Me gustaría hablar contigo... Quizá más tarde.

Brandy asintió con la cabeza y, consciente de que Percy les seguía de cerca, aceleró el paso.

Se disponía a tomar asiento junto a Constance, cuando lady Adella exclamó:

-¡Tú te sientas aquí, niña! -Y señaló de forma autoritaria la silla situada junto a Percy.

-Tienes que conocer mejor a tu primo, chiquilla. Te enseñará qué es la vida. Sí, ¿qué puede hacerte delante de todos nosotros?

¿Qué demonios pretende ahora esta bruja?, se preguntaba Ian, frunciendo el entrecejo. En sus ojos lucía una mirada burlona y una sonrisa se dibujaba en sus finos labios. Era extraño que utilizara a su propia nieta como arma para fomentar la enemistad entre él y Percy. No sólo era una mujer excéntrica, sino también condenadamente perversa.

Brandy dirigió una mirada de asombro a lady Adela, que volvía a estar ocupada con Percy. No dejaría de

mirarla en toda la velada. Se reiría de ella, consciente de su triunfo y de que lady Adella acababa de entregársela a él. Vacilando, Brandy tomó asiento.

-Ven, primita -susurró Percy-, como dice la abuela, debemos conocernos mejor. De acuerdo, debo mejorar mis modales.

-No tengo ganas de verte, Percy, y mucho menos de sentirme obligada a cenar a tu lado. Como no mejores tus modales, te clavaré el cuchillo.

Impasible, Percy siguió susurrándole al oído para que sólo ella pudiera oírle.

-¿No quieres convertirte en mujer, hermosa primita? Te imagino con la cabellera suelta y la pasión iluminando tus virginales ojos.

-Basta ya, cerdo. -Percy había cogido el cuchillo para colocarlo junto a su plato, pinchándole la rodilla con el tenedor.

Lady Adella reía maliciosamente.

-Al parecer, has sufrido un contratiempo, muchacho. Háblale de Edimburgo y de tus viajes, no de tus deseos.

-Sí, Percy -dijo el duque-. Creo que a todos nos encantaría que nos explicases tus viajes. Y quizá también podrías darnos tu opinión sobre los posibles beneficios de la ovejas Cheviot.

-Magnífico. Todos comentando los balidos de otros. De poco va a servirnos -comentó Claude, soltando una risotada.

-Padre, por favor, comamos y olvidemos los insultos -intervino Bertrand, deseando que aquella lamentable cena acabara lo mejor posible. La cara del duque era un poema, sin duda deseaba con todas sus fuerzas tumbar a Percy de un puñetazo. ¿Qué pensaría de todos ellos? Que eran una pandilla de zoquetes incivilizados, se dijo Bertrand. Al principio, esperaba que el nuevo conde de Penderleigh no fuera de su agrado, pero después de pasar unas breves horas con él se veía obligado a admitir que el duque nada tenía que ver con sus previsiones, ni con las de nadie. Por un instante deseó tener una pistola a mano y disparar a Percy, el maldito sinvergüenza.

-Ah, nuestro querido Bertrand, el pacificador -ironizó Percy, clavando el tenedor en el pescado.

Ian trató de apaciguar los ánimos preguntándole a Bertrand sobre la pesca de la zona. A Brandy le hubiera gustado intervenir en la conversación, pero no se le ocurría nada que decir, salvo algo acerca de su pequeño barco, anclado en una tranquila y resguardada cala. Se disponía a hablar cuando Percy se le acercó. Ella se echó hacia atrás instintivamente y todas sus ideas se esfumaron como por encanto. Miró a Constance de reojo, que a su vez también la observaba fijamente.

Brandy bajó la vista, se sentía desgraciada. «No, Connie -deseaba aconsejar a su hermana-. Percy es un sinvergüenza y un donjuán, no merece tu cariño.»

Lady Adella se levantó cuando la interminable cena había alcanzado una relativa tranquilidad. Brandy abandonó su asiento y se situó junto a su abuela antes de que ésta tuviera tiempo de apoyar el bastón en el suelo.

-Caballeros, esta noche las damas les dejamos solos con su oporto -anunció con tono grandilocuente y abandonó majestuosamente el salón con Brandy pisándole los talones. Constance, sin dejar de mirar a Percy, las seguía de cerca.

Ian se preguntaba si lady Adella había decidido dejar a los hombres solos con la esperanza de crear más discrepancias. Tendría que controlarse.

Brandy ayudó a su abuela a acomodarse junto a la chimenea.

-Niña, eres una cobarde -murmuró lady Adella-, y no tienes idea de cómo tratar a un caballero.

-Me cuesta imaginar a Percy como un caballero -respondió Brandy en voz baja.

-Pronto lo será, pequeña. El águila astuta de MacPherson ha estado preparando los papeles. Quizá tengas a tu primo en mejor concepto cuando deje de ser un bastardo. Entonces le verás con buenos ojos, ¿no crees?

-No -replicó Brandy-. Un simple papel no le convierte en caballero.

-Tal vez -insistió lady Adella, fulminándola con la mirada- cuando se convierta en un verdadero Robertson de Penderleigh... Me encargaré de que el duque le asigne una pensión. ¿Le amarás entonces, niña? Los maridos Robertson son débiles y Percy no será una excepción. Se trata únicamente de saber llevar las riendas.

En aquel instante Brandy comprendió que su abuela no sólo quería burlarse de ella, sino que su principal objetivo era demostrar al duque quién mandaba en Penderleigh. No obstante, su abuela no estaba actuando de un modo muy inteligente. Conocía poco al duque, pero sabía que era una persona amable, un auténtico caballero, y también más terco que una mula. El no permitiría que nadie impusiera su voluntad. Era el príncipe de los autócratas.

-Quien quiere casarse con Percy es Constance, no yo -dijo, consciente de que el duque no necesitaba su ayuda.

-La mayor se casa primero -insistió lady Adella, con firmeza-. Constance será para Bertrand.

Brandy guardó silencio. Observó a su hermana. Estaba aburrida, caminaba delante de los ventanales contemplando el reflejo de su imagen en los cristales. ¿Acaso lady Adella no se daba cuenta de que Constance tenía a Bertrand como un hermano y nada más? Decidió no replicar, segura de que la anciana se pondría furiosa en caso de que osara llevarle la contraria.

Lady Adella resopló cuando vio aparecer a los caballeros, una expresión de júbilo centelleaba en sus viejos ojos.

-Veo que el oporto ha sido breve. Curioso, ¿verdad? El viejo Angus guardaba un buen oporto en la bodega. ¿No estaban bien juntos?

-Percy ha estado contándonos detalles de Edimburgo -dijo Ian, recordando que la historia de Percy era tan picante que le costaría reprimir sus modales al ver a Brandy de nuevo.

-Así es -convino Bertrand-. Me ha gustado lo que ha contado del carnicero que le envía a su mujer una oreja de cerdo envuelta en un ramo de flores después de una discusión.

-No me parece gracioso -repuso lady Adella, mandando a Constance al piano. Su decepción era evidente.

Al ver que Percy se aproximaba, Brandy susurró al oído de su abuela:

-Déjame marchar, abuela. Quiero ir a ver a Fiona. Antes no se encontraba bien y estoy preocupada.

Lady Adella la observó de forma especulativa y respondió:

-Eres una cobarde, niña. Ni mentir sabes. Pero me siento condescendiente. De acuerdo, vete.

Brandy exhaló un suspiro de alivio y se despidió de los caballeros con una leve reverencia.

-Buenas noches a todos.

-Un momento Brandy, por favor -dijo Ian-. Si no te importa, me gustaría hablar un momento contigo.

Percy se echó a reír.

-Tal vez, primita, yo pueda también hablar contigo cuando su excelencia haya acabado.

-Ni en cien años; Percy -replicó ella, mirándole como si quisiera golpearle.

Percy se encogió de hombros y se volvió hacia Constance, que le tiraba de la manga.

-Ven, Percy, me ayudarás a pasar las páginas.

-Te acompañaré hasta la escalera -le dijo Ian a Brandy-. Vuelvo enseguida, lady Adella.

Al salir del salón, Brandy se detuvo y le miró a los ojos.

El duque la observaba con una de sus amables sonrisas de tío.

-Sólo quería decirte cuánto lamento el comportamiento de Percy. Necesita alguien que controle su lengua maliciosa. De ahora en adelante, me ocuparé de que no te moleste -dijo, aunque no estaba seguro de cómo iba a conseguirlo, teniendo en cuenta la forma perversa que lady Adella tenía de animar a Percy.

-Resulta extraño, es un verdadero misterio -susurró ella, pensando en el inexplicable comportamiento de su abuela.

-¿A qué te refieres?

Se esforzó en sonreír y respondió:

-La abuela me ha dicho que quiere que Constance se case con Bertrand. Constance no estará de acuerdo.

Al parecer, las intrigas de la vieja bruja no tenían fin, aunque en este caso la idea no estuviera muy alejada de sus propias intenciones.

-Entiendo -dijo sin más, y volviendo a la que había sido su primera intención, añadió-: Deseaba hablar contigo, Brandy, porque quería disculparme por haberte hecho enfadar.

Torció el gesto al recordar lo ocurrido por la mañana. El sólo pretendía ser amable, ofrecerle un viaje a Londres, y la oportunidad de refinar sus modales, pero ella le había respondido con grosería.

-No, excelencia, es decir... Ian. Soy yo quien debe disculparse, ya que mi conducta fue intolerable. –Su reacción no había tenido otro origen que la idea de que él la veía como una provinciana inculta, una chica escocesa que necesitaba corregir sus modales. Sin embargo, más tarde se vio obligada a admitir que en realidad se debía al hecho de verse obligada a vivir con él y con la futura duquesa. La idea la atormentaba y, aunque sabía por qué, se negaba a admitirlo. No valía la pena. Nada podía cambiar el futuro.

El duque también opinaba que su reacción había sido exagerada, pero a pesar de ello dijo con tranquilidad:

-Bueno, la reacción, aunque inesperada, no me ha parecido inadecuada. Al fin y al cabo, ¿cómo ibas a saberlo? -Seguía sin apreciar el mínimo atisbo de vergüenza o desconcierto en el rostro de la joven, pero era incapaz de añadir que lo que ella no podía saber era que iba a sorprenderlo desnudo y mojado en su alcoba.

-Sí, pero debí suponer que ya tenias una dama.

El duque pestañeó e inquirió:

-¿Qué tiene que ver que esté comprometido? ¿Quizá esperas que lady Felicity me regañe por ser tan descuidado?

-Tal vez lo hiciera, Ian. Es poco probable que me dé su aprobación.

-Te aseguro, Brandy, que mi futura esposa no tiene nada que decir al respecto. De hecho, no veo ninguna razón que me obligue a contárselo.

Creyó derrumbarse de dolor.

-Te he ofendido. Ya no me amas.

Pestañeó de nuevo. Había un malentendido. La situación era ridícula. Y ahí estaba ella, una vez más, con su maldita inocencia. Era imposible que fuera consciente de lo que estaba diciendo.

-No estaría bien por mi parte que te amara, Brandy. Deseaba hablar contigo porque no quería que te sintieras incómoda en mi presencia.

-Si no me deseabas, ¿por qué...? -Se interrumpió y echó a correr-. No te lo echaré en cara, Ian. Ni siquiera volveré a sacar el tema a relucir.

Estaba confuso.

-Dios mío, sólo pretendía que comprendieras que no tengo malas intenciones. Puedes estar segura de que a partir de ahora cerraré la puerta con llave.

En aquel momento Brandy tuvo la ineludible sensación de que el escocés y el inglés que hablaba el rey nada tenían en común.

-Qué tiene que ver cerrar la puerta con llave con todo esto?

-¡Maldita sea, si cierro la puerta con llave, ya no podrás entrar sin avisar como has hecho hoy! Brandy, te aseguro que no estoy acostumbrado a que las jovencitas me vean desnudo.

-Desnudo... ¡Oh, Dios mío, se trata de eso...!

Ian jamás había a visto a nadie ruborizarse tan rápidamente.

-Oh, Dios mío -repitió Brandy con un hilo de voz, como si acabara de despertar de un sueño-. Creía que te disculpabas por lo de esta mañana, cuando me enfadé por invitarme a ir a Londres con tu esposa.

Tumbado en el cuadrilátero y sin haber recibido ni un solo golpe... Era un vanidoso, pensó Ian, que se echó a reír. Habían estado hablando de cosas distintas.

-No, prima, no me refería a lo de esta mañana. Acabas de arrojar un jarro de agua fría a mi virilidad. Veo que ni siquiera has vuelto a pensar en el incidente.

Ella sentía una particular tirantez en el pecho. Se obligó a mirarle a los ojos y repuso:

-No, Ian, te equivocas.

Y sin darle tiempo a reflexionar sobre sus palabras, se recogió las faldas y echó a correr escaleras arriba, dejándolo perplejo.

11

A la mañana siguiente Ian despertó sobresaltado. Echó un vistazo a los cristales empañados: estaba oscuro. Luego miró el reloj. Acababan de dar las cinco. Cerró los ojos de nuevo y hundió la cara en la almohada. Contó ovejas Cheviot. Era inútil, no podía volver a conciliar el sueño. Maldijo en silencio y se levantó de la cama.

Se acercó a la chimenea haciendo caso omiso de las astillas del suelo entarimado y, después de soltar un par de improperios, logró encender un fuego aceptable. Encogiéndose de hombros y con escaso entusiasmo decidió escribir a Felicity hasta que se hiciera la hora del desayuno.

Sacó pluma, papel y tintero y se acomodó en el enorme sillón que había junto a la chimenea. Como era habitual en él, mordisqueó el extremo de la pluma pensando en las frases que iba a escribir a continuación.

«Mi querida Felicity ...» Con la mirada perdida, arrancó la hoja del cuaderno.

Empezó de nuevo.

«Querida Felicity... » La blancura de la hoja parecía infinita. Se rascó la barbilla y volvió a intentarlo. Al fin y al cabo, le debía a su prometida algún tipo de explicación en cuanto al viaje y a Penderleigh.

«Hace tres días llegué sano y salvo a Penderleigh. Desgraciadamente Mabley, mi mayordomo, que conducía el carruaje con el equipaje, sufrió un accidente cerca de Galashiels (una ciudad situada al sudoeste de aquí). Ruego al cielo que llegue hoy. Juro que voy a darle un abrazo. Si su llegada se retrasa, me veré obligado a pedir una muda a Bertrand Robertson, uno de mis primos. El y su padre, Claude (un viejo cascarrabias), viven felizmente en la casa de la viuda. Bertrand ha estado llevando la propiedad hasta este momento, y seguirá haciéndolo en el futuro.

»El padre de Claude, Douglass, hijo mayor del último conde, fue desheredado hace muchos años por un motivo que aún desconozco, de modo que la línea hereditaria quedó alterada. La verdad es que es una pena. Bertrand dirige la propiedad de forma excelente y sería un buen amo. Lady Adella, viuda del último conde, una vieja a la que propinaría un buen puntapié, está dispuesta a hacer lo que sea para devolverles los derechos de herencia. Debo añadir que ha iniciado el proceso para legitimar a Percival Robertson, un engreído galancete que odia a los ingleses en general, y a mí, en particular. Si encuentras complicados todos estos entresijos familiares, imagina cómo me he sentido yo hasta que he empezado a conocerlos.

»La "carnada" de féminas (así es como Giles llama a las tres chicas, mis primas) es encantadora, cada una a su manera. La menor, Fiona, es una revoltosa pelirroja que lleva de cabeza a su hermana mayor, Brandy (curioso nombre, abreviatura de Brandella). La mediana, Constance, tiene dieciséis años, se imagina que es mayor y coquetea con Percy descaradamente. Sin embargo Brandy, la mayor, es distinta.»

Dejó de escribir para recostarse en la silla. Se pasó la mano por la mandíbula. Pensar en Brandy hacía que las palabras fluyeran con rapidez.

«Sus ojos son especiales, de un profundo color ambarino, y encajan perfectamente con su nombre. Es una chica distinta y muy vulnerable. A su manera, Percy está enamorado de ella y la acosa a todo momento. Pero ella lo desprecia. Está en edad casadera, cumple los diecinueve el día de San Miguel.»

Sonrió al pensar que era la belleza de la familia. Decidió no mencionar a su prometida el intento de llevar a Brandy a Londres. Lo haría más adelante.

«Bertrand y yo partimos hoy hacia Cheviot, si es que cesa esta maldita lluvia. Queremos comprar, o inspeccionar al menos, la raza de oveja que, según él, da más beneficios en Escocia. Después seguiremos viaje por varias ciudades y hablaremos con los propietarios de los molinos. Lo siento, querida, pero creo que estaré fuera más tiempo de lo previsto. Aquí en Penderleigh hay mucho que hacer. Confío en que Giles te ayude a pasar el tiempo. Con cariño, Ian.»

Se puso en pie y se desperezó después de escribir la dirección de Felicity. El aguanieve seguía cayendo tras los cristales. Silbando la balada de Robert Burns que cantó Brandy, se enfundó a toda prisa el traje de montar del día anterior, una camisa blanca con puntillas y botas de media caña.

Todos seguían acostados. Crabbe fue el único que le dio los buenos días. Abrió la puerta de la sala del desayuno y sonrió instintivamente al ver que Brandy estaba allí, encorvada sobre la mesa y dando buena cuenta de un plato de gachas.

-Buenos días, Brandy -saludó. Se alegraba de encontrarla allí.

-Excelencia... Ian. Es muy temprano, ¿qué haces levantado?

Al aproximarse, advirtió que se ruborizaba. ¿Por qué?, se preguntó. En realidad, no era tan temprano. Recordó que no le había importado verle desnudo, lo cual le complacía enormemente. Tosió para aclararse la garganta y le dijo:

-¿Me tienes por un haragán perezoso, Brandy? La verdad es que me ha despertado la lluvia y he sido incapaz de volver a conciliar el sueño.

Brandy observó el inmaculado corbatín y los puños de la camisa. Iba vestido como el día anterior, pero no le importaba. Estaba espléndido. Bajó la vista. Ella no era más que la pariente pobre, alguien digno de lástima.

¿Por qué le miraba de aquella forma? Ian sonrió e inquirió:

-¿Merezco tu aprobación?

-Sí. Pensaba en lo bien que te apañas sin tu mayordomo.

-Gracias, Brandy, aunque si paso un día más sin Mabley me veré obligado a pedirle prestado algo a Bertrand. Ah, gachas...! -Exclamó, pensando que daría cualquier cosa por una loncha de solomillo y un plato de huevos con riñones.

-Hoy están muy grumosas. Cook debe de estar otra vez enamorada.

-¿Cook... enamorada?

-Sí. Tiene un gran corazón. Daría de comer a cualquier hombre en cien kilómetros a la redonda que llamara a su puerta. De vez en cuando se enamora y eso se nota en la comida.

Sirvió un generoso cucharón en un tazón que situó en la cabecera de la mesa.

Ian tomó asiento. Añadió a las oscuras gachas un poco de la exquisita nata montada que preparaba Cook y azúcar.

-¿Dónde está la pequeña Fiona?

-Se ha resfriado y le he ordenado que se quede en cama. No le gusta nada y debo vigilarla si no quiero que se escape.

-Le pediré a Mabley que cuide de ella... si es que llega esta mañana. Siempre lleva consigo un sinfín de jarabes y ungüentos. Y en caso de que llegara cuando yo ya no esté, no dudes en utilizar sus servicios.

-¿Te marchas? -Por qué nadie se lo había dicho? Tragó saliva-. Pero ¿por qué? Acabas de llegar...

-Me voy con Bertrand, pero aún no regreso a Inglaterra. Anoche lo decidimos, después de que te fueras a dormir. Primero iremos a Cheviot por lo de las ovejas y después visitaremos varios molinos. No creo que estemos mucho tiempo fuera.

- ¿Cuánto?

-Quizá una semana. No estoy muy seguro. -Se preguntaba en qué estaría pensando su joven prima. El no podía sacarse de la cabeza el malentendido de la noche anterior y su franqueza antes de salir corriendo. Deseaba preguntarle a qué se refería al mencionar que estaba equivocado. ¿Equivocado en qué? Sin embargo, no podía sacar de nuevo el tema a relucir, ya que volvería a ruborizarse-. Confío en que recapacites y decidas venir a Londres en otoño. Tendrás tiempo suficiente de aprender antes de la presentación en sociedad de primavera.

Ella se limitaba a observarlo. Era la clase de hombre que no soltaba el hueso cuando lo tenía entre sus fauces, y ella se lo había puesto. ¿Acaso no se daba cuenta de lo mucho que le afectaban sus palabras? No, claro que no. ¿Cómo podía sospechar que la idea de estar junto a él y su esposa hacía que deseara hallarse en el interior de una de las manzanas cocidas de Cook? Le miró fijamente y se encogió levemente de hombros.

-Escocia es mi hogar, excelencia -susurró-. No entiendo por qué insistes en acoger a una torpe escocesa que podría poneros, tanto a ti como a tu maldita esposa, en un compromiso ante vuestras amistades. –Se aclaró la garganta con la esperanza de que no hubiera oído lo que acababa de decir-. Preferiría que te marcharas solo, y eso me incluye a mí.

-Veo, Brandy, que cuando te enfadas conmigo me convierto en su excelencia. -Ella levantó la barbilla en un gesto altivo-. Seguiremos hablando del tema a mi regreso.

»Supongo que eres consciente del intolerable comportamiento de lady Adella, particularmente en lo que se refiere a Percy y a ti -añadió el duque-. Quiero que cuando yo no esté te andes con cuidado. No parece que Percy tenga muchas ganas de abandonar Penderleigh.

En cualquier caso, él seguiría estando preocupado. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Quizá partirle las piernas a Percy, así le bajarían los humos . Se animó al pensar en ello.

-Le aseguro, excelencia... Ian, que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Percy es un fanfarrón. Disfruta rebuznando e incordiándome, pero no creo que intente besarme.

Que Percy intentara besarla no le preocupaba, sino más bien que la atacara. Sí, le partiría las piernas... Pero en ese caso, habría preguntas, malas caras y provocaría la cólera de los Robertson en pleno. De pronto se le ocurrió que podía protegerla sin que ella se enterara y sin necesidad de partirle las piernas a Percy. La idea resultaba atractiva. Reflexionó sobre ello mientras daba buena cuenta de las gachas y meneó la cabeza, satisfecho. Cuidaría de ella sin que se enfadara. ¿Realmente creía que era capaz de librarse de Percy si éste intentaba abusar de ella? Su desbordante inocencia y la gran confianza que tenía en sí misma siempre estaban presentes. Pero esta vez se equivocaba. No podría librarse de Percy. La siguiente pregunta le sorprendió.

-¿Cómo es tu futura esposa? Debe de ser una dama encantadora, frágil y bella. -Y no sabe la suerte que tiene. Seguro que te adora, te besa, te acaricia y te quiere, pensó Brandy.

Ian no quería hablar de Felicity. En aquel momento no quería ni pensar en su nombre.

-Supongo que sí -respondió escuetamente.

Por extraño que pareciera, no quería hablar de la mujer que iba a convertirse en su esposa.

-Qué aspecto tiene?

¿A qué demonios venía tanto interés?

-Bueno, tiene el cabello oscuro, los ojos verdes y es menuda y delicada. ¿Satisfecha, señora curiosidad?

-Sí -mintió. Rebanó el plato de gachas-. ¿Qué opinas de Escocia y de los escoceses, Ian?

-Creo que la gente es igual en todas partes. Y en cuanto a Escocia, supongo que podré responder mejor a tu pregunta a mi regreso.

-¿No sientes desprecio hacia nosotros?

-¡Dios mío, Brandy, qué ridiculez! ¿Por qué diablos crees que iba a sentir tal cosa?

-Eres muy educado, quizá demasiado. Y amable. Bertrand te considera un dios. Supongo que, como todos nosotros, esperaba un inglés arrogante y dispuesto a robarnos las tierras y a explotarnos a cualquier precio.

-¿Y tú qué piensas de mí, Brandy? -inquirió muy serio.

-Que además de ser educado y amable, eres sincero e íntegro, y... quizá también excitante.

Instintivamente Ian se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta.

-Buen viaje, Ian.

A lo que él respondió:

-Me hubiera encantado que añadieses «hermoso», como anoche. Amable y educado está muy bien, y no pondría objeciones acerca de sincero e íntegro. En cuanto a lo de excitante... me pregunto a qué te refieres. Esperaba un gruñido de desaprobación o que echara a correr pero, una vez más, le sorprendió con su respuesta.

-Creo que eres todo lo que he dicho y no deberías insistir.

Ian cerró lentamente la puerta a sus espaldas y abandonó la estancia.

Para consuelo de Ian, Mabley llegó poco después, satisfecho de reunirse de nuevo con su amo pero dispuesto a no demostrarlo.

-Tiene buen aspecto, excelencia -comentó con cierta acritud, mientras acompañaba al conde a su dormitorio.

-Quéjate cuanto quieras, Mabley, pero debes prepararme un baúl. Estaré varios días fuera. No es necesario que lustres las botas -añadió, al ver que el mayordomo contemplaba horrorizado el lamentable aspecto de sus botas. Confiaba en que a Mabley no le resultara fácil conocer a Morag, e imaginaba al pobre hombre arrugando la nariz al oler su presencia. Lo dejó refunfuñando en el dormitorio y salió en busca de lady Adella, a quien quería ver antes de que el tiempo aclarara y de partir de Penderleigh en compañía de Bertrand. Voy a ponerte a raya, Brandy, se dijo, encaminándose a tos aposentos de lady Adella, situados en el ala del castillo que daba al mar. Y aunque la idea siga cautivándome, no me veré obligado a partirle las piernas a Percy.

La puerta estaba abierta y distinguió con claridad la voz airada de dos mujeres. Una era de lady Adella; la otra de Marta, la vieja criada.

-Usted es una vieja bruja, fría y sin corazón.

-Quizá sea una vieja bruja -replicó lady Adella-, pero al menos nunca fui un saco de huesos. Poco calentarías la cama del amo. Sé que por mucho que te esforzaste no le gustó. Siguió acosándome hasta que me vi obligada a cerrar la puerta con llave.

-¡No es cierto, maldita sea! El amo se acostaba conmigo porque usted le traicionó y dejó de sentirse hombre. A mí jamás me abandonó, jamás.

-Eres idiota, Marta, y te equivocas. En realidad yo siempre controlé Penderleigh. Y cuando decidió levantarte las faldas, me concedió aun más poder.

-Yo le amaba, ¿me oye? -replicó Marta con voz temblorosa.

Lady Adella soltó una carcajada.

-Amor... Eres una zorra estúpida. Lo único que tuviste del conde fue su maldita yerga. Y sabes de sobra, Marta, que eso siempre me trajo sin cuidado. Era un animal, no paraba hasta quedarse satisfecho y después el viejo idiota se echaba a roncar soñando que era el amante perfecto. No me vengas con mentiras y lloriqueos a explicarme lo mucho que te complacía. No hubiera satisfecho ni a una pobre cabra.

-Pero ahora, usted ya no es la señora de Penderleigh. El duque carece de la debilidad característica de los hombres de la familia Robertson. Es fuerte, y está acostumbrado a conseguir todo lo que quiere. Cuida sus maneras porque es un caballero, pero tiene el orgullo y el porte de un rey y no permitirá que usted haga nada contra su voluntad. No caerá en sus trampas.

El duque permanecía inmóvil detrás de la puerta entreabierta, al margen de cualquier consideración moral. Se sentía orgulloso de aquella comparación favorable con la debilidad de los componentes masculinos del linaje de los Robertson, y tampoco le disgustaba que lo compararan con el orgullo y el porte de la realeza, por mucho que pocos se atrevieran a negar la locura de Jorge III.

-¿A qué trampas te refieres, vieja fulana? -Lady Adella elevaba cada vez más el tono de voz-. No he hecho más que arreglarlos desaguisados de esa vieja cabra en celo. Y en lo que a tu precioso duque se refiere, antes de que te des cuenta habrá desaparecido de Penderleigh para regresar al lugar al que pertenece, Londres. Y te agradecería que cerraras tu diabólica boca, bruja desdentada, o te...

-¿O qué? ¿Me mandará a fregar el suelo de la cocina?

Lady Adella bajó el tono de voz y el duque tuvo que aguzar el oído para seguir escuchándola.

-Verás, he estado pensando que lo que necesita nuestro Percy no es una heredera. De hecho, creo que cuando el viejo MacPherson lo haya colocado en el lugar que le corresponde, será perfecto para Brandy.

-Así que se trata de eso... Maldita bruja. La chica le odia, es un auténtico sinvergüenza. Si la toca, quizá le contagie la sífilis. Además, es evidente que Percy no quiere quedarse en Penderleigh. Y Brandy no le ama. Lo que le atrae de ella es su virginidad y la aversión que siente hacia él.

-Eres una romántica -repuso lady Adella con desprecio-. Percy no tiene sífilis, se lo he preguntado. Tal vez le inste a que viole a Brandy. Si la deja preñada, no le quedará otro remedio que casarse con ella. Sí, ya lo verás, bailará a mi son y encima creerá que es el protagonista.

-Eso no está bien, señora. Brandy le odia. ¿Quiere que sea tan desgraciada como usted?

-Cierra el pico, maldita sea! Esa niña es tan joven que no sabe lo que quiere y hará lo que yo le diga. Y no te atrevas a sermonearme sobre el amor. Eres una fulana y crees que el amor consiste en tener a un hombre gruñendo y sudando entre las piernas.

-Y usted es malvada, señora, mucho más de lo que el pobre Angus jamás pudo imaginar.

El duque oyó el sonido de los zuecos y corrió a esconderse en el pasillo. La vieja estaba loca. No permitiría que Brandy se quedara bajo el perverso control de lady Adella, ni aunque tuviera que llevársela a rastras y pataleando.

Esperó unos minutos y volvió a dirigirse hacia la salita de lady Adella. Había llegado el momento de dejar claro quién era el amo y señor de Penderleigh. Ella, muy erguida, estaba sentada en un sillón de respaldo alto que había junto a la chimenea. El diminuto almohadón de Brandy estaba a sus pies. Ian echó un vistazo a la estancia, le resultaba difícil imaginar un lugar más lúgubre e imponente.

Tomó asiento frente a la vieja dama y susurró:

-Tía, tengo un problema y necesito su consejo

Su vidriosa mirada azul se agudizó.

-¿Sí, muchacho?

-Verá, tiene que ver con las chicas, en particular con Brandy. A partir de ahora soy yo quien tiene su custodia legal y me gustaría proporcionarles tanto la dote que merecen, como la oportunidad de disfrutar de una temporada en Londres.

-Eso es absurdo.

-Pero creí que se sentiría encantada de tener tan bien colocadas a las chicas -replicó con frialdad.

-No voy a negar que las arcas de Penderleigh necesiten esas dotes, pero no tiene sentido enviar a las chicas a pasar una temporada en Londres. Además, no entra en mis planes. No te preocupes por las chicas, muchacho. Yo ya he pensado en su futuro.

-Disculpe, tía, pero en ningún momento he pensado que las dotes fueran a parar a las arcas de Penderleigh. Únicamente donaré el dinero cuando haya dado mi aprobación a los futuros novios.

-Ya te he dicho, muchacho, que soy yo quien se ocupa del futuro de las chicas y agradecería que no te metieras donde no te corresponde. Tienes todas mis bendiciones en cuanto a las dotes pero yo, y no tú, elegiré los maridos. Tú eres inglés, y demasiado joven para saber lo que haces.

-Lady Adella, no voy a repetir lo que voy a decir. Jamás permitiré que controle este tema, y mucho menos desde que he descubierto sus abusos. Además, le recuerdo que el amo de Penderleigh soy yo y que usted ya no tiene derecho a reclamar la propiedad. En breve, será tan sólo lo que yo le permita ser.

Ella tragó saliva, había llevado las cosas demasiado lejos.

-¿A qué te refieres, muchacho? -inquirió la anciana, tratando de suavizar la situación.

-A que Percy jamás se casará con Brandy, esté o no legitimado a resultas de sus maquinaciones. De hecho, soy su protector y no permitiré que la moleste nunca más.

-¿Temes que cambie de actitud y reclame sus derechos sobre Penderleigh o sobre Brandy? -Ian no respondió. Sentía que la ira lo dominaba y lady Adella sabía que iba a guardar silencio hasta recuperar el control. Finalmente la anciana añadió-: No le has dado ninguna oportunidad al chico. Percy no es malo, quizá un poco rebelde, pero eso es todo. Sólo necesita una esposa que sepa sacarle todo lo bueno que guarda en su interior. Piénsalo bien, si Brandy se casa con Percy, la dote se quedará en Penderleigh. La chiquilla no sabe lo que quiere y se ríe de él. En cuanto sea su esposa, Percy la tratará bien.

El duque se acomodó y cuando por fin rompió su silencio lo hizo con tranquilidad y seguro de sí mismo.

-Preste atención, señora. Percy jamás osará poner la mano encima a Brandy ni a Constance. Y ahora voy a explicarle lo que haré en caso de que usted siga alentándole a que acose a Brandy: la

expulsaré de Penderleigh, le asignaré una ridícula pensión de viudedad y nunca más permitiré que meta las narices en la vida de la familia. ¿Me he expresado con suficiente claridad, señora?

Recostada en el respaldo de la silla, lady Adella repuso:

-No te atreverías.

-Sabe perfectamente que sí. No me obligue a hacerlo. -Mirándola fijamente añadió-: Las perversas intenciones que pueda tener respecto a Percy y Claude me traen sin cuidado, pero recuerde que quien detenta el poder soy yo. Si consiento que siga adelante con la idea de legitimar a Percy (incluso con la de devolver los derechos de herencia a Claude y, por consiguiente, a Bertrand), es simplemente porque yo lo permito.

Lady Adella respiró hondo. Deseaba pegarle, clavarle un cuchillo en las costillas.

-Has osado amenazarme, duque. No me gustan las amenazas, particularmente si vienen de los ingleses.

-No es ninguna amenaza, señora. Créame, si hace con Brandy algo que vaya en contra de mis deseos, cumpliré mi palabra al pie de la letra. ¿Dónde podría enviarla? Quizá a Glasgow, o cualquier otro rincón de Escocia. Permitiría que se llevara a Morag. Piénselo bien, y no olvide que tengo fama de ser hombre de palabra.

A pesar de que bajó la vista para observar sus nudosas manos, sabía que hablaba en serio. Lady Adella demostraba ser inteligente.

-Como bien sabe -prosiguió Ian-, Bertrand y yo nos vamos esta tarde y pensamos estar fuera unos cuantos días. Confío en que proceda inmediatamente a dar los pasos necesarios para que Percy se mantenga alejado de Brandy. Por cierto, lady Adella, quiero que haga uso de su ilimitada influencia para convencerla de que debe venir a Londres después de mi boda.

Lady Adella, sin poder evitarlo, preguntó con incredulidad:

-Insinúas que Brandy está al corriente de tus planes y se ha negado?

-Sí, pero espero que usted le haya hecho cambiar de idea para cuando yo vuelva. Y bien, señora -respondió poniéndose en pie-, ¿podemos decir que hemos llegado a un acuerdo?

Mirándolo con desprecio y haciendo un ademán con la mano, lady Adella contestó:

-Sí, de momento.

-Hasta que se le ocurra una nueva treta, ¿verdad? Inténtelo y si hace algo que no me gusta podrá comprobar lo bien que se vive en Glasgow. -Ian hizo una comedida reverencia y abandonó la estancia, dejando a la anciana con una mirada asesina dibujada en sus vidriosos ojos.

El tiempo mejoró después de comer. Ian y Bertrand decidieron partir antes de que volviera a empeorar. Mabley, perplejo, hizo entrega del baúl a su amo.

-Vaya con cuidado, excelencia.

-Sí, iré con cuidado. No estaré fuera mucho tiempo, Mabley. Mi único consejo es que te mantengas alejado de una mujer llamada Morag. Mantente apartado de ella y todo irá bien. -Sonrió al mayordomo, le dio una palmada cariñosa en la espalda y marchó.

12

-¡No te mojes, muñeca! -exclamó Brandy mientras perseguía a Fiona, aunque sabía que era como dirigirse a un sordo. Sonriendo, meneó la cabeza al observar a Fiona bajar corriendo por el sendero que conducía hasta la playa.

Suspiró, plenamente consciente del motivo de su repentina tristeza. Ian acababa de partir con Bertrand. Había estado observándolo mientras se alejaba al galope. Hacía calor, se despojó del chal y se recogió hasta el codo las mangas del vestido de muselina. Como no tenía nada mejor que hacer, se arrodilló sobre el lecho de anémonas y empezó a recoger flores amarillas para formar una guirnalda.

Sintió una presencia. Se volvió, y vio a Percy, a escasos metros de ella, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las caderas. Su primo se acercó a ella, cogió el chal del suelo y lo lanzó a cierta distancia.

Brandy le miró con frialdad y comentó:

-Vaya, parece ser que a los borrachos inútiles también les gusta la luz del sol. ¿No estarías mejor bebiendo en una habitación a oscuras? ¿O quizá con una fulana? ¿O pavoneándote con otros borrachos de lo maravilloso que eres? Percy, no tienes nada de gracioso. Y ahora, devuélveme el chal y déjame en paz.

-Estás insultándome, Brandy. Las chicas jamás deben hablar como tú acabas de hacerlo. Nunca se sabe cómo puede reaccionar un hombre. ¿Y por qué quieres el chal? Hace calor... -Recorrió con una mirada lasciva los pechos y la cintura de su prima-. Brandy, no deberías ocultar tus encantos femeninos. Te sorprende, ¿verdad? Creías que nadie era capaz de ver lo que ocultas bajo tu disfraz. Conozco a las mujeres... Me encantaría acariciar esos pechos que ocultas bajo el vestido. Te prometo que te gustará.

Ella levantó la barbilla con un gesto altivo. Estaba aterrorizada, pero no pensaba demostrarlo.

-Aquí el que está insultando eres tú. No me gustas. Eres grosero y horroroso. E insisto en que me dejes en paz. No me gusta la compañía de cerdos ni de bastardos.

Intuyó un brillo peligroso en su mirada y retrocedió instintivamente. Había ido demasiado lejos.

-Te crees muy fuerte e importante, pequeña. Supongo que tendrá que ver con ese duque tan distinguido y su insistencia en llevarte a Londres. Oh, vamos, no pongas esa cara. Lady Adella acaba de explicarme lo que ella denomina tu «buena suerte».

Sin embargo, omitió que lady Adella, la vieja bruja, había sido muy explícita dándole órdenes.

-Dime, primita, ¿qué le has hecho al duque para conseguir un viaje y una dote?

-Por qué lo preguntas? El duque es como tú, Percy. Me pidió que me desnudara y que bailara para él. Y, por supuesto, estuve dispuesta a hacerlo, valía la pena a cambio de un puñado de monedas y un viaje a esa barbarie de Londres. ¡Estás loco! ¡Lárgate de una vez!

Se incorporó lentamente y echó a caminar. El seguía inmóvil, con las piernas abiertas y la mirada fija en sus pechos. Tenía el aspecto de un predador y Brandy sabía que estaba perdida si decidía atacarla. Ian había hablado con lady Adella a sus espaldas. A su regreso, le demostraría quién era.

Finalmente farfulló, fingiendo tranquilidad:

-Percy, ¿acaso has olvidado que soy tu prima? Se supone que debes protegerme, no atacarme. -Albergaba escasas esperanzas de éxito, pero al menos tenía que intentarlo. ¿Le quedaría algo de honor? El seguía en silencio.

»Escúchame, Percy. No pienso ir a Londres. Ya sabes cuánto disfruta la abuela conspirando y metiéndose en todo. Y no tenía idea de que el duque planeara otorgarnos una dote. -Se encogió de hombros y siguió caminando para alejarse de él.

-Eres una chica muy rara, Brandy -dijo por fin Percy-. ¿Qué quieres?

-Qué quiero -repitió. Sabía lo que quería, pero era un imposible. Miró al mar y distinguió un pequeño bote, flotando a duras penas, con unos cuantos pescadores luchando por introducir las maltrechas redes en el agua-. No persigo ningún sueño, Percy. Ni intentaré hacer nunca nada que vaya contra mis principios. Quiero lo que pueda tener, lo que tengo ahora... la abuela, Fiona y Penderleigh. -Le miraba a la cara-. ¿Piensas seguir aquí o volver a Edimburgo?

Percy recordó la voz fría y burlona de lady Adella: «Aleja tus manos de la chica. Será mejor que te alejes de la tentación. Tienes a tu heredera esperando, ¿no es eso?»

-Edimburgo -respondió al cabo-. Creo que partiré mañana por la mañana. Debo cortejar a mi heredera sin que se entere su padre... al menos hasta que los juzgados me concedan mi nuevo título.

-Es eso lo que quieres, Percy? -preguntó Brandy, mirándolo con más confianza. La amargura de su voz hizo que, por un instante, casi sintiera pena por él.

Él también la miró, deteniéndose en los suaves mechones de su cabello y en la comisura de sus pechos, seguramente oprimidos por un corsé.

-No, no es eso lo que quiero, pero supongo que es lo que debo hacer. Lo que quiero eres tú, pequeña.

Y antes de que Brandy tuviera tiempo de percatarse de lo que estaba sucediendo, la agarró por los hombros y la atrajo hacia él. Gritó, sorprendida y aterrorizada, al sentir su boca oprimiendo la suya y la lengua presionando contra sus dientes. Odiaba la violencia de aquella boca húmeda. Luchó por liberarse, intentó arañarle la cara.

-No te resistas, Brandy. -Respiraba en su boca, ahogando sus gritos-. Sabes que te deseo desde hace tiempo. -La agarró por las caderas, la levantó en volandas y la tumbó sobre el lecho de flores amarillas.

Gritó una vez más antes de que él le tapara la boca con la mano. Se movía sobre ella, aplastándola con su peso y, por un instante, notó que le faltaba el aire.

Percy le arrancó los botones del vestido y empezó a buscar a tientas sus pechos. Dios mío, pensó ella, va a violarme. Se contoneaba, golpeándole la espalda, tirándole del pelo, pero era inútil. Sentía el calor de la respiración en su boca, la dureza de su sexo presionándole el vientre. Había visto cómo se apareaban los animales y sabía que iba a penetrarla. Estaba aterrorizada, no podía hacer nada.

-Brandy! ¡Primo Percy! Estáis jugando y no me habéis dicho nada. ¿Puedo jugar con vosotros?

Perplejo, Percy se detuvo. Estaba ridículo.

-Fiona! -vociferó Brandy, ajustándose el corpiño-. ¡Apártate de mí, asqueroso! No pretenderás violarme delante de Fiona, ¿verdad? No, supongo que no, aunque serías capaz de hacerlo.

Empujó a Percy y se levantó. El se quedó sentado, rojo de ira. Brandy le oyó mascullar una maldición.

-Puedo jugar? Tú atacabas a Percy y él fingía que le hacías daño, porque gimoteaba y respiraba como si le hubieras disparado. -Fiona los miraba fijamente.

Brandy meneó la cabeza, tratando de recuperarse.

-El juego se ha acabado, muñeca. Percy ha perdido. Se han acabado los juegos, ¿entendido? -Al ver la confusión de la niña, intentó hacer de aquella pesadilla algo que le resultara más excitante que tomar el té-. Sí, el primo Percy estaba enseñándome una nueva modalidad de lucha libre. ¿No has visto cómo le daba puñetazos?

Brandy deseaba golpear a Percy. Sin embargo, no podía, ya que era capaz de atacarla delante de Fiona e incluso de matar. Deseaba abrazar a Fiona y darle las gracias, porque, de hecho, su hermana menor acababa de salvarla. Pero tampoco podía hacerlo. Así pues, debía disimular, fingir que se trataba de un juego estúpido, así de sencillo, aunque deseara matar a Percy.

-Ya tendremos otra oportunidad, prima -dijo Percy al levantarse-. Tendremos otra oportunidad y no habrá hermanita que nos interrumpa. Me deseabas, Brandy, admítelo. Te has hecho la estrecha. En realidad, casi todas las chicas actúan así, ¿sabes? El tiempo lo solucionará, ya lo verás.

Ella dio un paso atrás. No era elegante golpear al diablo en plena cara.

-No habrá más oportunidades, Percy -repuso. Le dio la mano a Fiona-. Jamás.

Brandy dejó a Fiona al cuidado de Marta y trató de evitar su mirada curiosa. Luego se dirigió a la sala de lady Adella.

Hizo lo que pudo para recomponer los botones rotos del vestido, respiró hondo y se enfrentó a lady Adella.

-Pareces una harapienta, con ese pelo y el vestido desabrochado. -Lady Adella estaba irritada, aunque no solo por el lamentable aspecto de Brandy-. ¿Por qué demonios no te arreglas un poco, como hace tu hermana?

-Escucha, abuela -replicó Brandy, indignada-, parecería una reina si Percy no hubiera intentado violarme hace un momento.

Lady Adella frunció el entrecejo e inquirió:

- Percy... ha intentado violarte?

-Ha intentado violarme -repitió Brandy. La sola idea del cuerpo de Percy sobre el de ella le provocaba náuseas. Hubiera deseado despojare de sus ropas allí mismo. Respiraba con dificultad-. Fiona me ha salvado. Creyó que estábamos jugando, y Percy se reprimió delante de ella. Dios, me gustaría matarlo.

-Bien, así que Fiona te salvó. Es un consuelo. -Brandy observó que su abuela esbozaba una sonrisa. ¿Le parecía divertido?

-Qué piensas hacer con él, abuela?

-Debí imaginar que lo intentaría, pequeña. Haces que aflore el animal que lleva dentro y, como ya te he contado en innumerables ocasiones, no es más que un débil Robertson. ¿Pretendes que haga algo? La verdad es que eres muy inocente, no tengo que hacer nada porque no pudo consumarlo. Eres una remilgada, pequeña. Estoy segura de que sabes qué buscan los hombres en las mujeres. Es lo más normal y Percy no es una excepción, sólo que no tuvo éxito. Por lo tanto, cierra el pico, y olvídate de matarle.

Brandy la miraba horrorizada.

-¿No te habría importado que lo hubiera consumado?

-Claro que me habría importado. Todo sería distinto. Pero no ha pasado nada. Vamos, niña, alegra esa cara. Me aburre, empiezo a pensar que eres metodista. Procuraré que el granuja de Percy se marche mañana mismo. No volverá a molestarte.

-Antes de atacarme Percy me contó que le habías dicho que yo iría a Londres. ¿Hablaste con Ian?

Lady Adella temía que su nieta sufriera un ataque de ira. Percy había perdido la cabeza. Al parecer, tenía la sangre caliente. Decidió elegir meticulosamente las palabras que iba a pronunciar, por mucho que dudara de que el duque tuviera la osadía de cumplir su amenaza. Siempre había logrado dominar a Brandy. Finalmente lady Adella dijo con la arrogancia que caracterizaba a la difunta reina María:

-Pareces estúpida, claro que hablé con el duque. Ya que tu futuro no te preocupa en absoluto, él, como tu protector, tiene todo el derecho del mundo a involucrarse en tus asuntos.

-No pienso ir, abuela, ya se lo he dicho. ¿Cómo se atreve a hablar contigo de esto?

No había conseguido tranquilizarla. Aquella situación le resultaba interesante. Sonrió y se puso a la defensiva.

-Muy bien, niña. No pienso obligarte a ir a Londres, aunque nunca entenderé por qué eres tan terca. Me recuerdas al viejo Angus y bien sabe Dios lo odioso que resultaba con su actitud.

Brandy suspiró, aliviada.

-Gracias, abuela. No quiero marcharme de Penderleigh y no me importa en absoluto lo que diga el duque.

-Como quieras, pequeña. Creí que te hubiera gustado gozar de la oportunidad de escoger un marido. Ian me ha asegurado que te presentaría al caballero adecuado. Pero como te desagrada la idea, haré lo posible para que se cumplan tus deseos y puedas quedarte en Penderleigh...

-Oh, gracias, abuela.

-Jamás hubiera imaginado que desearas a Percy después de lo que ha intentado hacer, pero...

Aquello era un golpe bajo.

-Percy? ¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver Percy con todo esto? Oh, no, abuela, sabes que me repugna. Jamás me casaría con él, jamás.

-Lo quieres todo, ¿verdad? Bien, pero el mundo no funciona así. No quiero solteronas inútiles en Penderleigh. O te casas con Percy o te marchas a Londres. Tú misma.

No podía ser verdad. Brandy tragó saliva, tenía miedo y sentía asco. Empezó a caminar ante lady Adella, hasta que finalmente inquirió, fuera de sí:

-Quieres que sea una desgraciada, abuela? ¿Por qué me odias? ¿Qué te he hecho para que me trates así?

-No te odio, tonta. Lo que quiero es asegurar tu futuro antes de que me vaya al infierno con tu abuelo. El te tenía mucho cariño y no quiero que me atormente toda la eternidad por no haber cumplido con mi deber.

-Si así fuera -replicó Brandy, tratando de dominarse-, no creo que al abuelo le hubiera gustado verme convertida en una desgraciada. Sabes muy bien que desprecio a Percy.

Lady Adella era consciente de que su argumento carecía de sentido y que su amenaza era falsa. El duque jamás permitiría que Percy se casara con la chica. Decidió cambiar de estrategia y apretó los dientes al recordar las órdenes del duque. Como último recurso, fingió un sutil acceso de ira. Golpeó la mesita con el bastón y lo tiró al suelo. Tampoco funcionó, ya que Brandy la amenazó.

-Me marcharé. ¿Te has enterado, abuela? Te juro que me marcharé.

Lady Adella se levantó y, jadeante, masculló:

-Si te marchas, Brandy, te llevarás a Fiona contigo. -Ignoraba cómo se las arreglaría para cumplir su amenaza. Sin embargo, se percató al instante de que

por fin había ganado la batalla. La actitud rebelde de su nieta acababa de esfumarse como por encanto. Brandy estaba derrotada-. Sí, pequeña, es la verdad. Fiona es como una hija para ti, ¿no es cierto? Y cuando te cases, después de haber pasado una temporada en Londres con el duque y la duquesa, será toda tuya, te lo prometo.

-¡Eres perversa, abuela, sencillamente perversa!

-Tal vez tengas razón, pero no me importa. Y ahora retírate, tengo que hablar con tu tío Claude. Está esperándome en su casa.

Brandy salió corriendo de la sala y después abandonó el castillo, en busca de un rincón de playa solitario y alejado de miradas curiosas, sin pensar en la posibilidad de que Percy siguiera rondando por allí. Se precipitó hacia la orilla para inundarse de la brisa del mar. Con la mirada perdida en el horizonte, se preguntaba si existiría alguien tan infeliz como ella al otro lado del mar. La marea estaba subiendo, se mojó la falda y decidió sentarse en una roca.

Se acurrucó y hundió la barbilla entre las piernas. Sentía las lágrimas inundando sus ojos. Jamás abandonaría a Fiona. Era capaz de cualquier cosa con tal de no perder a su hermana, incluso casarse con Percy. Meditó sobre la alternativa que tenía: Londres con Ian... y su prometida. La invadió la desesperación al pensarlo. Se enjugó con los nudillos las malditas lágrimas. Estar junto a él, día tras día, con esa odiada esposa sin rostro robándole toda su atención y su amor.., era insoportable. Recordaba lo que le había dicho a Percy: «No persigo ningún sueño.»

Eres una estúpida, se dijo. El duque jamás le pertenecería. Engulló la idea como si de una amarga pastilla se tratara y se obligó a pensar en Londres. Ignoraba por completo lo que significaba una temporada en la ciudad. Por lo que había dicho la abuela, era evidente que implicaba reuniones de damas y caballeros solteros con la única finalidad de decidir con quién casarse. Intentó imaginar a cualquiera de esos caballeros, pero sólo veía a Ian. Se levantó y dio un puntapié a una piedra. Soy idiota, se repitió, pero le amo y jamás amaré a nadie más. Permaneció de pie mirando el mar.

Perseguía un sueño, pero no le importaba. A veces los sueños se hacían realidad.

Lady Adella agitaba el bastón de un lado a otro siguiendo a Fraser, que la acompañaba a la sala de estar de la casa de la viuda.

-No te levantes, Claude -dijo agriamente-, con uno de los dos que sufra ya es bastante.

Fraser la ayudó a sentarse y le ofreció un bollo recién hecho.

-¿Mermelada de fresa, señora?

-No, Fraser, me gustan así, con la mantequilla rebosando por todas partes. -Le miró de reojo-. Si siguieras viviendo con Morag, estaría hecha una vaca. Claude, te llevaste una ganga. ¿Te interesaría cambiar a Fraser por Morag?

Claude se echó a reír, mostrando los restos de bollo que adornaban su negra dentadura.

-Fraser se queda donde está. Y si intentas obligarle a que se acerque a Morag, se largará a Edimburgo. ¿Verdad, Fraser?

Fraser asintió, complacido.

Lady Adella le golpeó en la pierna con el extremo del bastón.

-¿No añoras una fulana en la cama, Fraser? Creo que Morag se pasa el día rascándose porque se pregunta cuál es el motivo de que no haya hombre que se acueste con ella.

Fraser arrugó la nariz y dijo:

-Si me lo permite, señora, lo que necesita Morag no es un hombre, sino una friega con jabón de lejía dos veces al día.

Lady Adella se echó a reír con la boca llena y estuvo a punto de atragantarse. Fraser tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

-Me gustan los hombres sinceros, Fraser. Bien, dejemos ya de hablar de ti, tengo bastante que hacer con tu amo.

Fraser abandonó discretamente la sala y lady Adella, después de sacudirse las migajas, volvió su atención hacia Claude.

-Bien, sobrino, ahora ya podemos hablar libremente. Y presta atención, porque vamos a cerrar el tema hoy mismo.

Claude se agitó en el asiento, con la mirada encendida, como si por un momento su gota hubiera caído en el olvido.

-Sabes perfectamente que ha llegado la hora de desquitarse. Supongo que el viejo MacPherson debe de estar muy ocupado con tanto trabajo como le he encomendado. Pero lo hará. Recuperarás tus derechos sobre Penderleigh, igual que Bertrand. Y sólo Dios y el demonio saben lo que acabarás sacando de ello.

-Eso aún me crea más problemas -repuso Claude con amargura-. ¿Qué ocurrirá si legitimas a ese granuja de Percy antes de devolverme los derechos de herencia? Y si me permites la pregunta... ¿qué piensas hacer con el duque inglés?

Lady Adella arqueó sus finas cejas e inquirió maliciosamente:

-¿Qué te gustaría que hiciera? ¿Envenenarlo como un Borgia? Vamos, chico, sabes muy bien que no podía hacer nada mientras Angus siguiera incordiando con su presencia, y tampoco inmediatamente después de su muerte. Por eso el duque se salió con la suya. Claude, dejemos que el duque invierta su dinero inglés en la propiedad. No pienso cerrar el grifo hasta que se seque la fuente. Después ya veremos. En cuanto a ti, Bertrand y Percy... si os queda sangre en las venas, será una batalla memorable.

-Me tienes atado de pies y manos -repuso Claude-. Y al parecer, creo que no ves más allá de tus narices. Nadie saldrá beneficiado mientras el duque siga siendo el heredero. Penderleigh pasará a manos de la familia inglesa y lo habremos perdido para siempre. ¿Te imaginas cómo me siento cuando veo a Bertie elogiando las virtudes de ese condenado inglés? ¿Por qué? Dudo que el duque sea consciente de que yo, y después Bertie, somos los verdaderos herederos de Penderleigh. Además, tú, igual que yo, estás bajo la batuta del duque y atada de pies y manos.

Lady Adella se aproximó a Claude y murmuró:

-Tienes razón, Claude, pero recuerda que el duque aún no tiene herederos directos. Por el momento tenemos sólo un primo inglés, como posible sucesor. Y no me digas que imaginas a un tribunal escocés abogando en favor de un inglés sin vínculo de sangre alguno con los Robertson. -Al ver que Claude se disponía a replicar, levantó la mano y añadió-: Basta, chico, he hecho todo lo

que he podido por Bertrand, por ti y también por Percy. Es tu problema. Yo ya no tengo nada más que decir.

-Yo sólo quiero lo que me pertenece -comentó Claude, cada vez más airado-. Me entregas la silla de montar pero me falta el caballo. -Le lanzó una mirada maliciosa e inquirió-: ¿Y qué ocurriría si sale a la luz la razón por la que mi padre fue desheredado? ¿Qué pasaría, señora, si...?

Lady Adella soltó una carcajada y le interrumpió.

-Douglass nunca fue un bobalicón como tú, Claude. Si se me ocurriera acusarte de embustero, huirías a esconderte a las tierras altas. Tu padre mantuvo el silencio hasta el lecho de muerte. Su único error fue explicártelo, muchacho. Y si tienes un poco de sentido común, no se te ocurrirá explicárselo a Bertrand. Es de carácter débil y se pasa el día siguiendo la estela del duque.

-No permito que hables de Bertie en ese tono. Tengo el presentimiento de que sientes más inclinación por los granujas como Percy que por los caballeros como Bertie.

Lady Adella alzó la mano y dijo con tono conciliador:

-Tranquilízate, Claude, estás muy nervioso. -Y después de sorber la taza de té ruidosamente, cambió de tema-. No te lo he dicho, pero creo que Constance sería ideal para Bertrand. Pensaba esperar unos años, pero la chica ha madurado antes de lo esperado. Y estoy segura de que a Bertrand le gusta.

Sin dar crédito a lo que acababa de oír, Claude exclamó:

-¿Connie? Pero si Bertie jamás ha pensado en mujeres (exceptuando esa fulana del pueblo), lo cual es una verdadera lástima.

-Estoy rodeada de imbéciles. Abre los ojos, chico. Connie no tiene nada que ver con Brandy... Ella se cree una mujer hecha y derecha. Si Bertrand sigue comportándose como un caballero, perderá toda opción y nadie más que él tendrá la culpa.

Claude se llevó la mano a la barbilla y comentó:

-Bertie me ha contado que e1 duque planea dotarlas a todas.

-Cierto, pero no te preocupes, Brandy viajará a Londres; Constance no. Dios mío, tendríamos que esperar dos años y a esas alturas ya habría perdido la virginidad.

Claude se revolvió en su silla. La condenada gota estaba amargándole el día.

-De acuerdo, hablaré con Bertie. Pero no esperes que se entusiasme con la idea.

Lady Adella intentaba en vano imaginar la escena.

-Me cuesta incluso imaginar a Bertie sin pantalones. Creo que al final tendrá que ser la propia Connie la que se encargue de seducir a Bertie.

13

Durante las dos semanas siguientes, Brandy descubrió que la idílica existencia a la que pretendía aferrarse le proporcionaba cada vez menos satisfacciones. No dejaba de pensar en el duque, en qué estaría haciendo y en si pensaría en ella en algún momento. Incluso se permitió el lujo de imaginarse convertida en una elegante dama, cuyo acento escocés se había esfumado como por arte de magia y cuyo pecho había disminuido de volumen, rodeada de caballeros londinenses y con Ian, muerto de celos, vigilándola de cerca. No, el duque jamás sentiría celos. ¿Celos de qué? Era un hombre completamente seguro de sí mismo, consciente de la posición que ocupaba, y no conocía la duda.

De pronto el ruido de un carruaje la devolvió a la realidad.

Regresó al castillo preguntándose quién sería. Seguramente se trataba de MacPherson. La abuela había comentado que iría a visitarles. Sin embargo, creyó morir de emoción cuando, después de pasar junto a los últimos arbustos de rododendros en flor que flanqueaban el camino del castillo, distinguió el carruaje del duque estacionado frente a la escalinata.

Entonces cayó en la cuenta de que su aspecto era lamentable: iba llena de sal, mechones de pelo mojado le cubrían la frente y llevaba una falda vieja que parecía la de la esposa de un campesino. Había decidido evitar la entrada principal y deslizarse por la puerta de servicio hasta la escalera trasera, cuando oyó que la llamaban:

-¡Brandy!

El duque y Bertrand estaban junto al carruaje y la habían visto. Los saludó con la mano y apretó los dientes. No podía acercarse bajo ningún concepto, debía mantener las distancias.

-Siempre parece una sirenita -comentó Bertrand.

Más bien una marsopa, pensó ella, y se obligó a seguir caminando, aunque cada paso resultara más difícil que el anterior.

-Sí -convino el duque, sonriendo. Respiró hondo para gozar del frescor de la brisa marina. Se alegraba de haber vuelto a Penderleigh. El gigantesco y laberíntico castillo gris ya no le parecía un viejo montón de ruinas ni un agujero sin fondo en su bolsillo, sino el símbolo orgulloso del rico pasado de Escocia.

-Ven, Brandy -dijo Bertrand-, no te hagas la remolona. Tenemos mucho que explicarte y si hemos de repetirlo un montón de veces perderá la gracia.

No había solución.

-Buenas tardes, Bertrand. Ian... Espero que el viaje haya sido un éxito. -Su voz sonaba agradable y formal, incluso elegante. Con un poco de suerte, quizá se limitarían a escucharla y ni siquiera la mirarían.

-Sí, así ha sido -afirmó Bertrand-. ¡Dios mío, hueles más a sal que el mismísimo mar!

Por un instante Brandy odió el mar. Un brillo jocoso iluminaba la mirada del duque. Deseaba gritarle que él no era su maldito tío. Su pulso se aceleró al pensar que debía considerarla una mocosa poco atractiva, una niña malcriada.

-Voy a cambiarme -susurró-. Si me disculpáis... -No seas tonta -dijo Bertrand, apoyando su mano en la espalda-. No nos importa tener una sirena en el castillo.

Ya no había la menor duda. Las palabras de Ian confirmaron que la consideraba su sobrina.

-Sí, ven, Brandy, te he traído un regalo de Edimburgo y estoy impaciente por dártelo.

¿Un regalo? ¿Le habría comprado una muñeca? La imagen de dama elegante abanicándose se esfumó como por encanto.

Al pasar junto a él, Ian estuvo a punto de retirarle de la cara los húmedos mechones de cabello rubio, pero no lo hizo. Desconocía el origen de aquel impulso. No era hombre impulsivo, jamás actuaba sin seguir los dictados de su razón.

Entraron los tres juntos en el salón. Ian se preguntaba cómo le recibiría lady Adella, teniendo en cuenta lo desagradable que había sido la despedida.

Lady Adella, Claude y Constance estaban tomando el té en el salón, la única concesión que lady Adella otorgaba a su sangre inglesa.

-¿Ya os habéis hartado de revolcaros entre el estiércol de las ovejas? -preguntó lady Adella, dejando la taza de té en la bandeja.

-Aquí estamos, señora -respondió Ian que, en cierto modo, añoraba el cinismo de la anciana-. Veo que sigue bien de salud.

-Sí, aunque no gracias a ti. Tu presencia me consuela, Bertie. En tu ausencia, Claude se ha transformado en un aburrido sensiblero. Tú te llevas mejor con él que yo. -Al ver que Bertrand estaba conversando animadamente con Constance, añadió en voz alta-: Vaya, al parecer has echado más de menos a tu prima que a tu padre. Conociendo a tu padre, no te culpo.

-No es cierto -repuso Bertrand sin alterarse y saludó a Claude-. Estaba explicándole a Connie que el duque y yo hemos pasado unos días en Edimburgo,, visitando la ciudad, al administrador del duque y el banco.

-¿Qué habéis visitado?

-El castillo, entre otros lugares -respondió Bertrand.

-No sabía que te interesaran los prostíbulos, Bertie -intervino lady Adella maliciosamente.

Ian se echó a reír y repuso:

-Le aseguro, lady Adella, que no hemos visto nada decadente. Edimburgo es una ciudad muy bonita, de hecho, es la rival indiscutible de Londres en el norte. Además, posee excelentes comercios.

-Sí, y como pueden imaginar, Ian insistió en visitarlos -añadió Bertrand, con la mirada fija en Constance. Luego hizo un ademán a Crabbe, que permanecía en el umbral de la puerta cargado de cajas.

-¿Me has comprado un regalo? -preguntó Constance, levantándose de un salto.

-Hemos traído regalos para todas las damas -respondió Ian, mirando de reojo a lady Adella, que no le defraudó.

Refunfuñando, aunque con los brazos abiertos, la anciana recibió una hermosa caja de manos de Ian.

-Qué es? ¿Una mortaja para mis viejos huesos? -inquirió con indiferencia.

-No, señora. La verdad es que lo sugerí, pero Bertrand no tuvo el valor suficiente para entrar en una tienda de objetos mortuorios. Aseguró que no le gustaría, por lo que me vi obligado a pensar en otra cosa.

-Muy agudo -replicó ella, mientras desenvolvía el paquete plateado-. ¡Oh! -Extrajo un exquisito chal de seda de Norwich. Las infinitas tonalidades azules del tejido brillaban en sus manos como un cielo estrellado-. No es muy adecuado para una anciana. Resaltará las arrugas de mi cara. Voy a parecer un pergamino, una muerta -repuso, aunque su mirada evidenciaba todo lo contrario.

-Eso mismo le comenté al dependiente -aseguró Ian-. Le pedí algo negro, liso y sin adornos. -Suspiró y agregó-: Pero acabó saliéndose con la suya. En fin, lo cambiaré por el negro.

Lady Adella le lanzó una amarga mirada mientras cubría con el chal su exiguo pecho.

El duque hizo entrega a Brandy de su regalo, mientras Bertrand depositaba en brazos de Constance otro paquete. Se preguntaba cómo reaccionaría Brandy ante un obsequio que era más propio de toda una mujer que de una chica inexperta en muchos aspectos.

Con manos temblorosas, Brandy extrajo lo que parecían interminables metros de terciopelo azul oscuro, hasta que el vestido entero apareció ante sus ojos. No llevaba fajín ni cinturón. ¿Dónde estaría la cintura?, se preguntó. Observó al duque con mirada dubitativa.

-Es de estilo imperial. Lo ha puesto de moda Josephine, la esposa de Napoleón -la informó Ian, sonriendo. Le hubiera gustado añadir que aquella clase de vestidos resaltaba los pechos de la mujer y que a los hombres les encantaba contemplarlos, pero se contuvo. Esperaba que sus senos fueran lo bastante voluminosos para llenarlo. Lo último que deseaba era ponerla en una situación violenta.

-Es precioso, realmente precioso. Y tan suave... jamás había tenido entre mis manos algo tan cálido. Pero hay algo que no entiendo, Ian. No tiene cintura. Creo que voy a sentirme un poco extraña.

-De ningún modo -repuso él, sin dejar de mirarla-. Está diseñado para que caiga en línea recta desde más arriba de la cintura. Es el último grito en Londres.

Observando con mayor atención los minúsculos pliegues del corpiño, se percató de que aquel diminuto pedazo de terciopelo azul estaba destinado a cubrir el pecho. Palideció sólo de pensarlo. Quería gritar y llorar, era una injusticia. ¿Por qué la naturaleza la había dotado con unos senos tan

prominentes? ¿Por qué la moda tenía que dictar que unos escasos centímetros de tela eran suficientes para cubrir el pecho de una mujer?

Ian observaba las cambiantes expresiones de su cara. Se sentía violenta. No le gustaba el vestido. No debería haberlo comprado.

-Brandy, si no te gusta, buscaremos una modista para que lo arregle. No tiene importancia.

Ella puso el precioso vestido sobre su pecho.

-Oh no, es el regalo más bonito que jamás he recibido. Muchas gracias, Ian.

-Te aseguro que no tiene importancia. Sólo quería que te gustase. -Su voz sonaba mucho más ronca de lo habitual. De pronto se volvió al oír los gritos de alegría de Constance. Sonrió al recordar que había insistido en que Bertrand eligiera el vestido de Constance. Era de muselina, de color verde oscuro, con un delicado encaje que disimulaba lo que habría resultado un escote demasiado atrevido para una chica de dieciséis años de edad.

Brandy dobló cuidadosamente el vestido y lo guardó en la caja. Luego miró a Ian e inquirió:

-¿Y Fiona, excelencia?

-Jamás me olvidaría de tu niña -respondió Ian, y señaló hacia una enorme caja de madera que había junto a la puerta.

Ella le lanzó una mirada henchida de amor. Ian se estremeció y, por un momento, pensó que aquella mirada iba dirigida a él, no a Fiona. Trató de alejar de su mente aquellos pensamientos. ¿Por qué preocuparse?

-Voy a buscarla. -Brandy hizo su reverencia y salió corriendo de la estancia.

-El verde queda de maravilla con tus ojos, Connie -comentó Bertrand a Constance-, aunque el tejido nunca llegará a equipararlos en cuanto a brillo y calidez.

De inmediato lady Adella miró a Claude maliciosamente.

-Te has convertido en. un poeta, Bertie -dijo Claude, observando a su hijo como nunca lo había hecho hasta entonces-. ¿No has traído nada para tu anciano padre?

-No, padre, sólo a las señoras -respondió Bertrand y apartó la mirada de Constance, que observaba al tío Claude como si estuviera hablando en alemán.

En aquel momento Fiona se asomó por el umbral de la puerta y dio un grito de alegría al ver la enorme caja de madera.

-Ven, muñeca, te ayudaré a abrirlo -dijo Brandy-. ¿Imaginas qué puede ser? Te lo ha traído Ian de Edimburgo.

-Déjame ayudar -intervino Ian, apartando las pequeñas manos de Fiona de la caja de madera. Brandy y él fueron retirando los tablones hasta liberar la tapa. Brandy retrocedió, asombrada.

-¡Oh, Dios mío! -masculló.

-¡Un caballo! -exclamó Fiona, acariciando una crin que parecía real.

-Espera un momento, cariño -dijo Ian, riendo-. Lo sacaré de dentro. Espera. Suelta un momento la crin. -Extrajo el caballo del embalaje-. Tiene hasta silla y bridas. Y galopa, ¿lo ves?

-Oh, Dios mío! -repitió Brandy, arrodillada junto a su hermana. Levantó la vista y se dirigió a él con un tono de voz meloso y sugerente-: Nunca había recibido un regalo así en su vida, Ian. No deberías mimarla tanto, aunque me alegro de todos modos. Fiona recibe pocos regalos. No hay dinero. Muchas gracias.

Estaba preciosa, se dijo Ian, mirándole con aquella cara angelical y hablando con su voz dulce como la miel. Al pensar en Felicity, fue como si le clavaran un cuchillo en las entrañas.

-No hay de qué -respondió Ian, esforzándose por no sentir hacia ella más que el cariño de un primo.

-Dime, Ian -dijo Bertrand-, ¿no crees que es hora de que informemos a todo el mundo del resto de nuestras compras?

-Sí. Le hemos comprado un regalo muy grande y lanudo a Penderleigh. Veréis, hemos comprado ovejas a un viejo terco de la región de Cheviot, cerca de Fort David.

-Responde al nombre de Hesketh -añadió Bertrand-. ¿Le suena, lady Adella? Posee una gran casa solariega que recuerda a Penderleigh en muchos aspectos. Tiene la nariz muy grande y siempre se rasca la oreja.

-Hesketh... -repitió ella lentamente, meneando la cabeza. Observaba a Fiona con mala cara, sus gritos de alegría iban en aumento-. Brandy, llévate a esa niña y a su caballo antes de que me estalle la cabeza.

-Ven, muñeca, jugaremos a que es el gran caballo de madera de Troya.

Brandy acomodó a Fiona y su caballo junto a la pequeña chimenea de su dormitorio. Luego extrajo de su envoltorio plateado el exquisito vestido de terciopelo. Se desnudó a toda prisa, quitándose incluso la camisola. Deseaba sentir la calidez del tejido sobre su piel. Pasó el vestido por la cabeza y dejó que se deslizara lentamente sobre su cuerpo. Con bastante esfuerzo, logró abrochar la mayoría de los diminutos corchetes de la parte trasera. Notaba los pliegues, unidos entre sí mediante una cinta rígida de tejido, aprisionando sus senos. Se dirigió con paso dubitativo al espejo que había en una de las esquinas de la alcoba y contempló su imagen.

Los pechos le asomaban por encima del borde del corpiño, mostrando toda su blancura, redondez y esplendor. Dios, era horrible y deforme.

-Brandy, no pareces tú. Pareces una reina, una reina preciosa, y eres tan pálida.

Brandy intentó taparse el pecho con las manos. Era inútil.

-Sí, una reina, igual que Helena, la que estaba oculta tras los muros de Troya y a quien fueron a rescatar los soldados. Ian pensará que eres la mujer más guapa del mundo.

-Lo dudo -repuso Brandy-. No, muñeca, soy yo. Ian te ha comprado el caballo y a mí el vestido. Es encantador, ¿verdad?

Fiona dio un paso adelante y, tras comprobar que tenía las manos limpias, acarició el tejido.

-Es peludo, parece un conejo. Prefiero mi caballo.

-Crees que sería adecuado ponérmelo para la cena? -le preguntó Brandy, consciente de que formulaba una pregunta absurda.

-Estoy segura de que al primo Percy le gustaría si estuviese aquí -comentó Fiona. Su candor destrozó a Brandy. Estaba diciendo la verdad, pero ¿cómo podía adivinarlo? Les había visto juntos y había creído que se trataba de un juego. Era demasiado pequeña para descubrir la verdad-. Siempre está mirándote como un estúpido -agregó Fiona-. Y Connie... tonteando con él a todas horas.

La pequeña Fiona, criatura precoz, acababa de poner las cosas en su sitio. Brandy cruzó la estancia en dirección a la ventana, saboreando el delicioso contacto del tejido en su vientre y sus piernas. Vio un ligero carruaje que, levantando una nube de polvo, se detenía en aquel instante frente a la puerta del castillo. Se le cortó la respiración al ver que Percy era el ocupante. Se apartó de la ventana rápidamente. ¿Qué demonios hacía allí?

Volvió a contemplarse un buen rato en el espejo. Después, lentamente, se despojó del vestido de terciopelo para guardarlo de nuevo en la caja.

Pensaba en Ian. Tenía que hacer algo para cambiar su aspecto, o seguiría viéndola como una niña poco elegante y atractiva. Se puso a toda prisa el deslucido vestido de muselina, tensó los lazos de la camisola sobre su pecho y tomó una decisión. Deshizo sus largas trenzas y cepilló la ondulada cabellera. A continuación se hizo un moño trenzado alto y dio forma con los dedos a los extremos de los mechones sobrantes. La imagen reflejada en el espejo le complacía... de cuello para arriba.

Brandy irrumpió en el salón con retraso. Fiona, excitada con el caballo de madera, no quería acostarse. Después quiso que el caballo durmiera a su lado. Brandy tuvo que mostrarse exigente. Rezaba para que su entrada fuera discreta pero, en el instante en que pisó el salón, supo que no iba a ser así. Primero vio a Constance, que estaba preciosa con el vestido nuevo y parecía una mujer. Brandy tuvo que reprimir un inusitado ataque de celos.

Al entrar, lady Adella la examinó detenidamente y rugió:

-Estúpida, creí que por fin habíamos acabado con el patito feo! Comparada con tu hermana pareces una harapienta. Bien, al menos te has deshecho de tus trenzas de niña. Algo hemos ganado, aunque me hubiera gustado un poco más.

-Estoy de acuerdo, señora -convino Percy, sin dejar de mirar a Brandy-. Nuestro patito feo ha cambiado alguna pluma, pero no las suficientes. Si ella me lo permitiera, le enseñaría a comportarse de un modo... digamos que más brillante.

-A qué te refieres, Percy? -preguntó Constance.

-Tu hermana es una mujer, Connie, pero se niega a mostrarse como tal. Podría ayudarla, enseñarla, incluso animarla.

-No lo creo, Percy -replicó Brandy.

Ian pensó que estaba maravillosa con su nuevo peinado. Sin embargo, habría jurado que el vestido le iría a medida.

-El vestido es precioso, Ian -le dijo Brandy-. Pero no acaba de quedarme bien. Tendré que darle unos pequeños retoques para poder ponérmelo. -Y seguidamente se dirigió a su hermana-: Estás encantadora, Connie. Como dijo Bertrand, el verde combina de maravilla con el color de tus ojos y el vestido te cae perfecto.

Constance agradeció el cumplido con un ademán. Sus verdes ojos cantaban victoria. Sí, la abuela tenía razón, Brandy parecía una harapienta. Y aquella noche ella conseguiría lo que se propusiera. Percy la preferiría a ella antes que a su hermana. Se sentía orgullosa de ser ella misma y no Brandy. Sonrió a Bertrand con coquetería, también él parecía perplejo (al fin y al cabo, le había comprado el vestido). De inmediato la expresión del joven cambió. Ella llevaba mucho tiempo practicando aquella sonrisa para conseguir el resultado óptimo. Urdiendo una verdadera trampa de mujer adulta, llegó a la conclusión de que era muy probable que Percy se mostrara interesado en ella si coqueteaba con Bertrand. Se dirigió a éste, no sin antes humedecerse los labios con la punta de la lengua, y preguntó:

-Te gusta cómo me queda el vestido, Bertie?

Bertrand, fascinado ante aquel gesto, estaba dispuesto a caer en sus redes.

-Sí, Connie -respondió, con un tono de voz que revelaba su admiración-. Eres la chica más bonita de Escocia.

Pero Percy seguía mirando a Brandy. ¿Qué podía hacer? Bertrand contemplaba embobado a su hermana ante la indiferencia de ésta. Brandy se preguntaba qué podía ver Percy en ella. Se sentía incómoda ante la situación. De pronto Percy susurró al oído:

-Bien, primita, tengo la sensación de que no te molesta yerme. ¿Quizá has cambiado de idea? ¿Estás dispuesta a retozar conmigo mañana por la mañana? Tal vez pueda enseñarte todo aquello que necesitas aprender.

-Quizá, como dice la Biblia, seas el diablo en persona que vaga por estas tierras y quizá al diablo le gustaría regresar a Edimburgo y tratar a las damas de la ciudad como si fueran fulanas. ¿No es eso lo que hace el diablo?

Percy estalló en una carcajada.

-La cena está servida, excelencia -anunció Crabbe desde el umbral de la puerta.

-No es necesario que te deslices a hurtadillas como una lapa, Crabbe -replicó lady Adella, y se rió de su propia ocurrencia-. Ven, Brandy, a ver si sirves para algo. Ya que es imposible que parezcas una dama, olvida de una vez por todas tus remilgados modales y ayúdame a ponerme el chal.

-Así que el amo te ha regalado un vestido nuevo, ¿verdad? -susurró Percy-. Me pregunto qué retoques tienes que hacerle. -Le miraba el pecho. La recordaba luchando bajo su cuerpo. No había dejado de repetirse, desde el instante en que se vio obligado a cejar en su intento, que no habría podido resistir mucho tiempo más.

Brandy ayudó a lady Adella con el chal nuevo de seda de Norwich.

-Por qué has vuelto a Penderleigh? –preguntó con frialdad-. ¿Acaso tu heredera ha descubierto la clase de tipo que eres y te ha dicho que te largues?

-Te equivocas, primita. Debes saber que mi heredera me ha suplicado que me quedara con ella.

-Lamento que no decidieras satisfacer sus deseos. Disfrutaría de tu presencia más que nosotros.

-Si no te comportas, Percy -intervino lady Adela-, acabaré dando la razón a Brandy. Y si no quieres sentirlo de verdad, deja de comportarte como un Robertson. -Le miró frunciendo el entrecejo, dándole a entender que estaba al corriente de lo sucedido entre él y Brandy.

Un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo al pensar que la vieja aún era capaz de dejarle sin legitimar. Pero en cuanto a Brandy... estaba segura de que al final hubiera cedido a sus deseos.

-Seré manso como uno de esos corderitos Cheviot que ha comprado el duque, abuela.

-Percy cree que está muy solicitado -comentó Bertrand, incapaz de reprimirse. Sin duda hubiera preferido mantener la boca cerrada. Observó que el duque parecía muy sorprendido.

-Percy... muy solicitado? -ironizó lady Adella-. Chico, creo que los únicos que te solicitan son los guardias de la cárcel de deudores y las fulanas de ese barrio de Edimburgo.

-No por mucho tiempo, ya lo verás. Todo cambiará en cuanto me convierta en un auténtico Robertson -sentenció Percy, seguro de sí mismo y, silbando, atravesó el salón para dirigirse hacia el enorme comedor.

14

Brandy bajó corriendo a los establos. Llegaba con diez minutos de retraso, después de librar una agotadora lucha con el viejo y entallado traje de amazona que había pertenecido a su madre. La camisa, muy ceñida, la obligaba a respirar con dificultad.

Aminoró la marcha al aproximarse a los desvencijados establos. Se había comportado como una auténtica idiota cuando, sonriente, le comentó a Ian que le encantaba montar. La única razón era que deseaba disfrutar de una mañana en su compañía. El debía de considerarla una amazona maravillosa, grácil y experta y, como siempre, acabaría cayéndose del caballo. Se lo habría merecido.

Tal vez existiera aún la posibilidad de salir airosa de aquella situación y hacer que él mantuviera esa idea. Montaría a Old *Martha,* acostumbrada desde siempre a retozar y gandulear felizmente en los establos. Estaba segura de que a la yegua no le importaría soportar su peso durante un par de horas. De hecho, parecía que nada le importara. Dejaría que Old *Martha* fuera por donde quisiera a su propio y lento ritmo. Saldría airosa. Observó los establos como si fuera Ian viéndolos por vez primera. Las cuadras llevaban semanas sin limpiar (Wee Albie evitaba hacerlo hasta que alguien tuviera tiempo suficiente para obligarle). Las paredes estaban desconchadas y los tablones sueltos, crujiendo a la menor ráfaga de viento. Había goteras en el techo.

-Por fin has llegado, Brandy. Empezaba a perder las esperanzas. -Ian sonrió al verla tan sofocada. ¿Habría venido corriendo desde el castillo?-. Estás encantadora. Me gusta cómo te sienta el terciopelo verde. Es realmente elegante. -De hecho, cualquier cambio que la alejara de sus vestidos y del eterno chal de tartán suponía una mejora, sin mencionar el peinado, que ya no era el de una chiquilla. Llevaba las trenzas recogidas en un moño alto, igual que la noche anterior, y el típico sombrero de montar con adorno de plumas.

Brandy tragó saliva con cautela, temía que los botones de la delicada blusa cedieran a la presión de un momento a otro.

-Gracias, Ian -dijo con la mirada fija en uno de los imponentes sementales grises-. Tú también estás muy elegante -añadió contemplando los pantalones de montar de ante, chaqueta del mismo tejido a conjunto y unas varoniles botas que le llegaban a la altura de la rodilla.

-Eres muy amable. Veo que estás admirando a *Cantor.* Es uno de mis caballos favoritos. Es hijo de *Madras,* de las cuadras Kensington de Westerford. Te lo explico porque es el que montarás esta mañana. He echado un vistazo a esa vieja yegua que tenéis en el establo. Creo que cuando vio que iba a buscarla para dar un paseo, me miró como si estuviera de broma. Dudo que fuera capaz de dar solo un paso, por muchas zanahorias que le ofreciera. Así pues, Brandy, aquí tienes a *Cantor.* Te lo mereces, eres una amazona experimentada. Es juguetón, pero está bien amaestrado. Lo dominarás en un abrir y cerrar de ojos porque montas bien.

Brandy tenía sus dudas. La mirada de *Cantor* evidenciaba que se trataba de un animal correoso y veloz.

Ahora tendría su merecido. No sólo había fanfarroneado, sino que también había mentido sin pensarlo dos veces y sin arrepentirse de ello. Pagaría las consecuencias, moriría.., y ella tendría la

culpa. *Cantor* seguía inmóvil mientras el duque lo sujetaba por las riendas, pero todo cambiaría en cuanto notara sus manos inexpertas en la brida. Tragó saliva.

-Me parece algo fogoso, Ian; quizá demasiado para mí. Hace mucho tiempo que no monto un caballo de esta categoría, tal vez jamás lo haya hecho en mi vida. Creo que será mejor que le ofrezca unas cuantas zanahorias más a *Old Martha.* Es muy golosa y con ello bastará para sacarla del establo.

-No, te aseguro que no tiene nada de fogoso. Le encanta galopar, es cierto, como también le encanta a mi semental, *Hercules.* Pero *Cantor* es un caballero, tendrás la oportunidad de comprobarlo. He encontrado una silla de mujer. -Al ver que seguía dudando, añadió-: No se te ocurra pensar que no sé ensillar un caballo, he adquirido mucha experiencia aquí en Escocia. Ven, te ayudaré a montar.

Brandy volvió a tragar saliva y asintió con la cabeza. Bien, chica, se dijo, ha llegado el momento de hacer realidad tu fanfarronería... si es que no mueres en el intento. El la ayudó a montar. *Cantor* empezó a moverse en cuanto notó su peso en la silla. Brandy pensó que todo había acabado, aunque logró mantenerse en su puesto ante la inesperada tranquilidad del caballo.

-Pórtate bien, *Cantor,* llevas encima a una dama muy talentosa. Hoy le demostrarás lo bueno que eres -dijo el duque, acariciando el morro de *Cantor.* Luego entregó las riendas a Brandy y se dispuso a montar el otro caballo.

Dios mío, cuida de esta loca, pensó Brandy, que susurró al animal:

-*Cantor,* por favor, no me lances a la cuneta. Y si lo haces, procura no pisarme después. Te prometo docenas de zanahorias si no me dejas en evidencia.

Montado por Ian, *Hercules* se acercó haciendo cabriolas. Sentía envidia ante tal habilidad.

-Adónde te gustaría ir, Brandy?

Nerviosa, Brandy sonrió y respondió:

-Ve tú delante, Ian, yo te seguiré. Conozco el camino de memoria, me apetece seguir los pasos de otro. Quién sabe dónde acabaremos. Será divertido.

-Como quieras. Al principio iremos despacio, pero luego te prometo una buena galopada. Recuerdo que, yendo con Bertrand a visitar unos granjeros, vi una pradera muy amplia que era ideal para galopar.

Le sonrió y, aunque sólo fuera por un instante, Brandy sintió admiración por aquella sonrisa y por la belleza de su blanca dentadura. Le gustaba la forma de su mandíbula, fuerte y recia, y le pareció un signo inequívoco de su terquedad.

Volvió a la realidad en cuanto pensó en la pradera, imaginando una extensión inacabable de terreno por el que galoparía mientras los botones de la blusa de su madre estaban a punto de estallar.

Hercules inició el trote a la señal del duque. Brandy ni siquiera tuvo tiempo de pestañear, ya que en cuanto *Hercules* echó a andar con paso lento y mesurado, *Cantor,* consciente de que nadie

tiraba de las riendas, resopló, levantó la cabeza arrancándole casi las riendas de las manos y empezó a avanzar.

Brandy se agarró con todas sus fuerzas, tratando de no caer. Miró hacia abajo y estuvo a punto de desmayarse. Jamás había visto un caballo tan alto. Al menos, Ian iba delante. Y allí debía seguir. No estaba dispuesta a permitir que se percatara de los esfuerzos que hacía para mantenerse erguida en la silla.

Ian detuvo a *Hercules* para esperarla y ella, a duras penas, logró esbozar una patética sonrisa.

-El bosque que rodea Penderleigh me recuerda Carmichael Hall, mi casa de campo en Suffolk. Es un viejo caserón situado en medio de un vasto jardín. Creo que te gustaría. Hay un hogar de madera, lleno de olmos, arces y robles; y más pájaros de los que hayas visto en tu vida. La diferencia estriba en que no tenemos brezo ni mar que contemplar al abrir la puerta.

Ella replicó refiriéndose a lo magnífico que parecía aquel lugar, pero estaba totalmente concentrada en *Cantor* y en la danza que parecía bailar bajo su cuerpo. ¿Qué sería un «hogar de madera»? Se dijo que debía de tratarse de una casa, un lugar habitable, rodeado de árboles. Bien, acababa de descubrir algo nuevo antes de acabar el día.

-No -prosiguió el duque, observando el paisaje y respirando aire puro-, carezco de algo tan imponente como el mar. En cambio, hay un lago imponente que parece una piedra preciosa de color azul situada en medio del bosque de arces.

Cantor puso las orejas planas.

-Me encantaría verlo -dijo Brandy, sin apartar la vista de las orejas de su caballo que, de tan horizontales, parecían cosidas a la cabeza. ¿Por qué? ¿Qué motivo tenía *Cantor* para enfurecerse? No le había hecho nada.

-Te gusta nadar, Brandy?

La pregunta la sorprendió y esbozó una amplia sonrisa. Luego respondió:

-Sí, mucho. Apuesto lo que quieras, Ian, a que te costaría muchísimo derrotarme. Las corrientes ayudan a convertirte en un buen nadador. La última vez que hice una carrera con Bertrand le di tal paliza que acabó tragando agua. Incluso llegué a temer que tendría que ir a salvarle.

Ian arqueó las cejas intentando imaginar a aquella jovencita nadando con el mar embravecido. ¿Realmente había vencido a Bertrand? ¿A un hombre?

-Te ríes de mí? Ya veo que no me crees. Bien, excelencia, otro gallo cantará cuando te tenga en el agua. Soy muy fuerte, ya lo verás. Ya puedes ir cambiando esa cara de cinismo.

Sin cambiar de expresión, el duque sonrió.

-Bertrand te llamó sirena, pero no creí que se refiriera a tus proezas de nadadora.

-No, lo dice porque siempre voy mojada y huelo a sal. Disfruta riéndose de mí. Lo ha hecho siempre. ¿Y sabes una cosa? -añadió alzando la barbilla-, no creo que le gustara ver a Connie con mi aspecto.

-Ah, veo que te has dado cuenta de la dirección en que soplan los vientos. Bertrand está encandilado con tu hermana. De hecho, durante estos días, no ha dejado de hablar de ella, de la belleza de su cabello, de sus maravillosos ojos, de su nariz... Apenas me dejaba dormir. No me gusta que Constance no le corresponda como es debido. Pero es muy joven. El tiempo lo dirá.

-Terminas el discurso con un tópico? El tiempo no tiene nada que ver. ¡Maldita sea, sabes tan bien como yo que se trata, una vez más, de ese condenado de Percy!

El respondió con una carcajada.

-Oh, Dios mío, he olvidado que no se debe maldecir delante de desconocidos.

-En estos momentos no me siento como un desconocido. Vamos, Brandy, tienes toda la razón. He acabado con un tópico, pero es cierto. A partir de ahora tendré que estar más atento.

Ella suspiró y comentó:

-Si Connie lograra ver que no es más que un villano y un sinvergüenza... Compadezco a esa pobre heredera.

-Tal vez -dijo el duque sin alterarse y mirándola fijamente-, se olvide de todo aquello que no puede ser suyo en cuanto recupere el apellido Robertson y consiga su heredera.

-No tiene la menor importancia. La abuela habló con él y le advirtió que me dejara tranquila de una vez por todas. Confiaba en haberme librado de él. Por eso me resulta extraño que ayer volviera. ¿Te ha explicado el motivo de su regreso a Penderleigh?

Ian negó con la cabeza y comentó:

-No me preocuparía. Mientras yo esté aquí, mantendrá las distancias. Recuerda que Percy se parece mucho a lady Adella. Le gusta hacer daño. Disfruta burlándose de todo el mundo. Supongo que lo hace para protegerse de su propia debilidad. Conociendo a la gente, ser un bastardo no es el sueño de nadie en esta vida. En fin, supongo que se enteró de que Bertrand y yo habíamos estado en Edimburgo y creyó adecuado regresar. Francamente, es lo que menos me preocupa en este momento.

Sus palabras la devolvieron a la realidad. ¿Cómo había sido capaz de olvidar, aunque hubiera sido sólo por cinco minutos, que su muerte quizá estaba cerca? Había estado hablando de natación y de Percy. Era una idiota.

Ian se detuvo de repente y anunció:

-Ahí la tenemos, Madame Excellence. La pradera. ¿A qué te mueres de ganas de pulverizarme? Venga, hagamos una carrera. La primera carrera por tierra y si quieres (sé que lo estás deseando), la segunda será por mar.

-Los hombres sois unos bocazas. Después siempre tenéis que tragaros vuestras propias palabras. ¿Qué dirás? Sí, lady Adella, no me gusta admitirlo, pero una mujer me ha dado una verdadera paliza... Y la abuela se echará a reír más fuerte incluso que el tío Claude, se desternillará, y tú te sentirás tan humillado que te encerrarás una semana entera en tu habitación.

-Todo eso piensas de los hombres? Crees que somos unos engreídos, ¿verdad? En cuanto a la carrera, Brandy, te aseguro que *Cantor* es tan veloz como *Hercules,* así que no pienso darte ventaja. Quien llegue último a los árboles pagará una prenda.

Brandy observaba la extensa pradera. Sabía que iba a morir como una idiota, por mucho que los árboles situados en el extremo opuesto de la pradera parecieran estar a diez kilómetros de distancia. Abrió la boca, dispuesta a confesar que era una embustera, pero no pudo hablar. Observó al duque y vio su encantadora sonrisa, su mirada desafiante. Asintió con la cabeza y se escuchó a sí misma decir:

-Tengo toda la ventaja que necesito, Ian. Prepárate a perder. ¿Has dicho una prenda...? -Y en aquel momento atizó a *Cantor y tiró* de las riendas.

Ian reía a sus espaldas.

Cantor corría tan ligero por la pradera que, por un instante, Brandy se olvidó del miedo. El viento estaba a punto de hacer volar su sombrero, por lo que se llevó la mano a la cabeza y pegó el cuerpo al cuello de *Cantor.* Ian se aproximaba a toda velocidad. De pronto el poco instinto de protección que le quedaba desapareció por completo. Espoleó al animal. Deseaba que *Cantor* acelerara hasta volar como el viento.

Los árboles, que tan lejanos le habían parecido hacía un momento, estaban cada vez más cerca. Iba a alcanzarlos y no sólo moriría ella, sino también el caballo de Ian. Tenía que hacer algo. ¿Cómo demonios podía detener aquel imponente corcel? Ian se echó a reír al superarla y detuvo a *Hercules* en el borde mismo del bosque. Se volvió para verla llegar.

Brandy se olvidó del sombrero y tiró con todas sus fuerzas de las riendas de *Cantor,* que siguió adelante en su frenética carrera. Tiró desesperadamente de las riendas, pero era inútil. Brandy cerró los ojos. *Cantor* iba directo hacia Ian y no parecía dispuesto a detenerse.

15

Oyó un grito de alegría. Cuánto le gustaba su risa. Sería lo último que escuchara antes de morir.

Cantor se erigió sobre sus patas traseras. Brandy soltó las riendas y se agarró con todas sus fuerzas a la perilla de la silla. En un instante todo habría terminado. Pero *Cantor* acababa de detenerse y Brandy seguía milagrosamente en su puesto. Ian asió las riendas, sus espléndidos ojos oscuros brillaban de alegría.

Se sentía tan aliviada por el hecho de seguir con vida a lomos del caballo que apenas oyó lo que Ian le decía:

-Qué es esto, Brandy? ¿Pretendías derribarme para después decirme que me habías derrotado? ¿Así venciste al pobre Bertrand? Me has dado un susto terrible. No le tienes miedo a nada, ¿verdad?

-*Cantor* es más veloz, Ian. No tiene nada que ver con tu superioridad como jinete. Quiero otra carrera, pero no hoy, quizá mañana o el año que viene. Tal vez cuando entremos en el nuevo siglo.

No escuchó sus últimas palabras porque seguía riendo.

-No eres buena perdedora, Brandy. Sabes que soy mejor jinete, admítelo. No lo harás, ¿verdad? Eres una tozuda. Muy bien, repetiremos la carrera. Pon tú la fecha.

El día en que los cerdos vuelen, pensó Brandy.

-La semana que viene -repuso en cambio-. El próximo miércoles.

-El miércoles, de acuerdo. Bien, y ahora dime qué prenda puedo pedirte.

Se había olvidado por completo de aquel asunto. Estaba dispuesta a darle lo que deseara con tal que olvidara la carrera del miércoles. Liberó el pie del estribo para desmontar. Se alegró de volver a pisar el suelo. Finalmente respondió, mirándole a los ojos:

-La que tú quieras, Ian. Cualquier cosa.

El también desmontó y sujetó los caballos a un tejo.

-Lo que quiera? -Se aproximaba sonriendo.

Ella seguía mirándole, deleitándose en la perfección de sus labios.

-Brandy... -susurró.

En aquel momento ella avanzó con la boca entreabierta.

Ian se detuvo. Antes de que tuviera tiempo de vanagloriarse de su carácter tan fuerte, ella se puso de puntillas y lo atrajo hacia sí, rodeándole el cuello con los brazos. No sabía qué iba a hacer,

pero no le importaba. Le besó con toda la calidez de su corazón. Al sentir su fuerza y el calor de su boca, suspiró. Deseaba que aquel instante fuera eterno. Era capaz de seguir de puntillas toda la vida. Le gustaba su sabor, su olor, sentir el contacto de su cuerpo.

Ian estaba a punto de perder el control por vez primera desde que se había convertido en todo un hombre. No podía hacerlo. Era una criatura inocente que no sabía lo que hacía, que no sabía lo que estaba haciéndole a él, un hombre más duro que una piedra. Se resistió a abrir la boca, aunque deseara saborearla más de lo que nunca hubiera imaginado. Deseaba introducir su lengua en el interior de aquella dulce boca; deslizar las manos por su espalda hasta alcanzar las nalgas y presionarla contra él, acariciarla, tocarla... No, no podía, no lo haría. Se estremeció ante sus propios pensamientos y sensaciones. Se libró de su abrazo... Jamás se había enfrentado con una empresa tan difícil.

-No, Brandy, no podemos, no debemos...

Ella se separó. Le sorprendió que fuera capaz de andar cuando lo único que ansiaba en aquel momento era tenderse en el suelo y que él la abrazara, la besara, sentir su cuerpo cálido y musculoso...

-Tu prenda, Ian -masculló, con una voz que reflejaba las sensaciones que rasgaban sus entrañas.

Resultaba tan condenadamente vulnerable e ingenua. Debía protegerla de sí mismo.

-No pretendía ganar esta prenda -repuso Ian, sintiéndose estúpido.

-Yo en cambio ansiaba ofrecértela. Al fin y al cabo, he perdido la carrera a pesar de ser mejor jinete, y pienso demostrártelo el próximo miércoles.

No se anda con rodeos, pensó él. Deseaba abrazarla y besarla hasta que ninguno de los dos pudiera contener la pasión. Ella conocería, le enseñaría y...

Sin embargo, refunfuñó y se mesó el cabello. Debía acabar con aquello fuera como fuera. No tenía otra elección.

-Brandy, escúchame, maldita sea, soy tu protector. Estoy comprometido con una dama. Eres una criatura inocente.., no, una chica... Está bien, una mujer... y si me aprovechara de ti, me convertiría en un hombre despreciable. ¿Lo entiendes...?

-¿Una criatura...? Y como mujer, soy una tonta, ¿verdad? ¡Maldito sea, soy una mujer... no una tonta! Tengo casi diecinueve años. Me has llamado criatura y chica, lo que demuestra que jamás me has considerado otra cosa que no fuera... ¡Bah, no tiene importancia!

Se acercó hacia ella sin dejar de mirarla.

Estaba tan furiosa que siguió hablando sin hacerle caso.

-Sabía perfectamente lo que me hacía y no pienso permitir que lo niegues con esa estúpida palabrería de aprovecharte de mí. ¡Maldigo a esa otra mujer! No tengo intención de ir a Londres, ni convivir con ella bajo el mismo techo, ¿me oyes? ¡No permitiré que te bese y te acaricie en mi presencia y que luego me mire como si yo fuera una rata de alcantarilla! ¡Y sabes que lo hará! Es una dama encantadora, ¿verdad? Una mujer perfecta que sabe muy bien lo que vale. Y me odiará,

aunque no tanto como yo a ella. ¡Aunque no la conozco, la odio! No puedes obligarme. No viviré con esa mujer odiosa. Antes prefiero a Percy, ¿me has entendido?

Y sin pensarlo dos veces, echó a correr hacia *Can*tor. Desató las riendas y, olvidando el pavor que le inspiraba el animal, consiguió encaramarse a la silla.

-Brandy, espera, debemos hablar! ¡Quiero que sepas que..!

-No, vete al infierno, excelencia! -exclamó, y espoleó al caballo. *Cantor* intuyó al instante que su torpe jinete había perdido el control sobre sí mismo y, por tanto, el dominio que pudiera ejercer sobre él. Relinchó y emprendió el camino de vuelta por la pradera.

Ian la observaba fijamente, mientras la ira crecía en su interior. No le había permitido ni explicarse. Qué sencillo era todo antes de acercarse a aquel rincón de mundo, antes de conocerla, antes de descubrir la belleza de su melena, de comprender que le encantaba su compañía, su voz, y ver el mundo a través de sus ojos.

Saltó a lomos de *Hercules,* dispuesto a perseguirla al galope. Consiguió darle alcance en el momento en que *Cantor* se adentraba en el camino que transcurría entre los árboles. Intentó cogerle las riendas, pero ella agarró la brida para separar su caballo del de Ian.

Cantor se encabrito al reconocer la mano de su dueño, se alzó sobre las patas traseras y luego se detuvo. Brandy soltó las riendas.

-¡Condenada bestia! -Brandy se inclinó para cogerle las riendas a Ian, pero no pudo. Se miraron un instante en silencio. Ya no estaba enfadada, lo único que deseaba era que todo cayera en el olvido. Siguieron mirándose. Ian imaginaba su aspecto con la melena suelta, sin trenzas, sobre una almohada, él sobre ella y...

Finalmente el duque habló con voz firme y correcta, aunque sentía un dolor insoportable.

-Y ahora, si no te importa, Brandy, me gustaría proseguir nuestro paseo. No quiero que llegues a las cuadras como si estuvieras huyendo del diablo. Lo último que deseo es que tu familia empiece a hacerse preguntas.

Le miraba de reojo. Aquel discurso tan sereno y pausado la había dejado perpleja. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, le daba miedo hablar. El le devolvió las riendas de *Cantor y siguieron* avanzando por un camino que se alejaba del castillo. Ian se maldecía en silencio por haber hablado como un fatuo inglés, encorbatado y almidonado.

Llegaron a un cruce de caminos y él eligió un sendero que se alejaba del mar. Se había percatado de que el cielo amenazaba tormenta pero, a pesar de ello, siguió cabalgando y diciéndose que no le importaba que Brandy acabara empapada. Al cabo de un rato, al llegar a un pequeño bosque, se apartó unos metros del sendero y se detuvo. Por fin creía haber hallado las frases adecuadas para reanudar la conversación.

-Te gustaría descansar un poco, Brandy? -Al desmontar, un cegador halo de luz iluminó el cielo, seguido de un trueno ensordecedor.

Brandy gritó y Cantor, asustado y cegado por el relámpago, empezó a relinchar, se soltó de las riendas y se encabritó. Ella trató de recuperar las riendas, pero era imposible.

-Ian, ayúdame! -gritó--. ¡No puedo detenerlo! ¡Las riendas.., no puedo cogerlas! -El miedo se había apoderado de ella. 'Esperaba que su propia estupidez fuera el motivo de su muerte, pero no un accidente ridículo que jamás debía haber sucedido. La rama de un árbol la despojó definitivamente del sombrero. De un momento a otro, ella seguiría el mismo destino del sombrero y acabaría bajo las patas de *Cantor.*

Un nuevo relámpago iluminó el cielo. Olía a madera quemada. *Cantor* aceleró el paso y se adentró a toda velocidad en la espesa maleza. Una luz de esperanza la alumbró fugazmente cuando se percató de que Ian la seguía. Se volvió para comprobar la distancia que les separaba y, en aquel momento, las riendas se enroscaron en una de las patas de *Cantor, haciéndole tropezar.*

Ian estaba a punto de alcanzarla en el instante en que *Cantor* doblegó la rodilla y Brandy salió despedida por encima de la cabeza del animal. El duque se quedó horrorizado al verla caer en el suelo cubierto de hiedra.

Detuvo a *Hercules* y descabalgó. Su primer instinto fue cogerla entre sus brazos, pero no lo hizo. Se arrodilló a su lado y comprobó, poniendo dos dedos en la garganta, que el pulso seguía latiendo. El pulso era firme aunque muy acelerado. Palpó cuidadosamente los brazos en busca de algún hueso roto y luego las piernas. No obstante, sabía que quizá sufriera alguna herida interna que resultara fatal. Jamás en su vida se había sentido tan asustado.

-Brandy -susurró pegado a su inmóvil rostro. Trató de reanimarla, pero seguía sin despertar. Se incorporó, no sabía qué hacer. Como si el cielo no tuviera bastante con aquellos infaustos rayos y truenos, la lluvia empezó a empapar el rostro de Brandy-. Maldita sea -murmuró.

Debía hallar un lugar donde cobijarse. La cubrió con su chaqueta. Contempló por un instante su rostro inmóvil y se adentró en el bosque. Al poco rato descubrió una choza que debía de pertenecer a un granjero. Llevaría allí a Brandy y enviaría a uno de los niños a Penderleigh en busca de ayuda.

Cuando la cogió en brazos para montarla a lomos de *Hercules,* la lluvia formaba una espesa cortina gris.

La agarró por el codo con una mano y con la otra cogió las riendas de *Cantor.* Luego se encaminó hacia la choza.

Al acercarse, se percató-de que llevaba mucho tiempo abandonada, el techo de paja apenas se sostenía sobre los muros de piedra. El tejado, sostenido mediante un par de débiles postes, se prolongaba en la parte delantera de la choza. Serviría al menos para dar cobijo a los caballos.

Desmontó lentamente y ató a los animales, sosteniendo el cuerpo de Brandy con el brazo derecho. Abrió la puerta de un puntapié. Las bisagras oxidadas crujieron. Ian confiaba en que la puerta no le cayera encima.

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, observó que el interior consistía en una única habitación cuyo suelo seguía cubierto por un entarimado medio podrido. Caminó con cautela hasta situarse junto a la primitiva chimenea, colocó el abrigo en el suelo y la tendió encima.

Se asustó ante el estrépito de un nuevo trueno. *Cantor* gimoteaba, inquieto, pero afortunadamente no se desató. En un rincón había un poco de turba y dio gracias al cielo por el hallazgo.

La turba ardía enseguida, y más valía eso que nada, aunque la estancia se llenara de humo. Sacó un pañuelo y le secó la cara a Brandy. Contemplaba la firmeza de su barbilla, la rectitud de su nariz y la delgadez de sus cejas ligeramente dibujadas hacia las sienes. Se sentía un inútil. De pronto la imagen de un recuerdo que creía enterrado desde hacía mucho tiempo azotó su mente. Recordaba lo inútil que se había sentido al darse cuenta de que no podía hacer nada para salvar a Marianne. Supo que era demasiado tarde en cuanto llegó a París, una ciudad en ascuas por la revolución. Lo intuyó en lo más profundo de su ser.

No estaba dispuesto a permitir que también fuera demasiado tarde para Brandy.

16

-Maldita sea, Brandy, despierta!

-No grites, Ian -musitó Brandy, que intentaba abrir los ojos. Ante el suspiro de alivio de Ian, abrió la boca para sonreír. Le dolía.

Ian deseaba que hablase, que lo tranquilizara diciendo que se encontraba bien, pero a pesar de ello dijo:

-Si te duele, no hables. ¿Dónde te duele? No, no contestes. Descansa. Ya me lo explicarás más tarde.

Brandy tragó saliva. Sentía náuseas, pero no vomitaría. Intentó llevarse la mano a la cabeza.

-Por el amor de Dios, Brandy, no te muevas. -Le obligó a devolver la mano a su lugar.

-Me he dado un golpe en la cabeza. Me duele...

-Sí, estoy seguro. Debajo de la condenada trenza está saliéndote un chichón del tamaño de un huevo.

Gimoteó y volvió la cabeza. Tenía ganas de vomitar y de morir. Y no quería que la viera haciendo ninguna de las dos cosas.

-No sé por qué tienes que peinarte con esas trenzas. Te hacen parecer una chiquilla y, además deben de resultar muy incómodas.

-Me duele -insistió ella. Notaba las lágrimas inundándole los ojos, no debería haber hablado.

-No te muevas e intentaré hacer algo para remediar tu dolor. -Hacía rato que la espesa trenza se había soltado de los pasadores. Ian tiró del extremo de la cinta para deshacerla. Notaba la melena, húmeda y ondulada, entre sus dedos. Acarició los rizos. Cuando terminó y liberó la cabellera de Brandy, ésta exhaló un suspiro de alivio.

-¿Mejor así? Sí, ya veo que sí. No te hagas más trenzas, Brandy. No me gusta, excepto cuando te la sujetas en lo alto de la cabeza. -Fue a echar más turba al fuego. ¿Por qué lo había dicho? Lo que hiciera con su maldito pelo debía de traerle sin cuidado.

Las palabras del duque flotaban en la cabeza de Brandy. Estaba a punto de vomitar y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para evitarlo. Al cabo, parecía estar en disposición de pensar con mayor claridad. Le había mentido. Era una impostora, una farsante. Debía explicarle la verdad antes de morir.

-Te he mentido, Ian. -Le miró a la espera de una respuesta.

-¿Qué estás diciendo? ¿Que me has mentido? ¿Deliras, Brandy? ¿Me ves bien? Dime cuántos dedos hay..

-No es necesario que sigas comportándote como un caballero. Todo es culpa de mi despreciable orgullo y he pagado el precio justo. Moriré, pero no me gustaría hacerlo con esta carga en la conciencia.

El frunció el entrecejo. Sin darse cuenta, cogió un mechón de aquel hermoso cabello que rozaba la suciedad del suelo y lo devolvió a su lugar.

-Creo que la cabeza no te funciona como es debido. Te prometo que derribaré este techo a gritos si no te explicas un poco mejor. ¿A qué te refieres con lo de tu orgullo? Y en cuanto a morir, no pienso permitirlo. Así que olvídalo.

-Acaso no lo sabes? -Había un malentendido.

Era imposible que él no se hubiera percatado de lo que había hecho. Sin duda se limitaba a comportarse como un caballero, mostrándose amable con una pobre mujer.

Ian movió la cabeza en un gesto de asentimiento, por fin sabía de qué hablaba. Sentía su boca junto a la suya. En aquel momento ella se arrepentía de haberle besado y abrazado. En cambio él, en lugar de sentirse aliviado por su arrepentimiento, prefería pensar que no había sucedido.

Brandy suspiró. Confesarle la verdad iba a resultarle fácil. Se había comportado como una auténtica fanfarrona.

-Crees que soy una mala persona, ¿verdad? ¿Podrás perdonarme?

¿Por qué insistía en que le perdonara?

-Claro que no pienso eso de ti -respondió sin mirarla-. No hay nada que perdonar. -Y sin pensarlo añadió-: Brandy, los dos hemos tenido la culpa. En realidad me considero responsable de lo ocurrido, porque soy un hombre y... tengo más experiencia en estos temas. Debería haberme controlado.

-No, Ian, no te sientas culpable. He sido yo, no quería que supieras que soy una cobarde. Estoy pagando por mis pecados. También podrías haber resultado herido y eso hubiera sido imperdonable. -Ian deseó reprenderla, aunque sólo fuera una vez, como hacía la abuela.

De repente cayó en la cuenta de que aquella conversación era muy parecida a la que habían mantenido hacía unos días. Al menos, en esta ocasión no se encontraba desnudo y chorreando delante de una bañera de madera. Se echó a reír y le acarició la mejilla. Luego dijo:

-Me temo, pequeña, que volvemos a hablar de cosas distintas. Empecemos por el principio. Bien, dime, ¿a qué te refieres exactamente con eso de que eres una cobarde?

-Oh -farfulló ella, recordando aquella conversación-, ¿te refieres a cuando estabas desnudo y yo creí que hablábamos del viaje a Londres? -La intensidad de su mirada le hacía volver a sentirse como si estuviera desnudo.

-Olvida lo que estés pensando, Brandy. Déjalo ya.

-De acuerdo. Aquel día aprendí muchas cosas. No sabía que un hombre podía llegar a ser tan bello. -Suspiró.

-¿Cobarde...? -insistió el duque.

-Oh, sí. Siempre me han dado miedo, a estas alturas ya debes de saberlo. Tal vez sea porque una de esas bestias repugnantes me mordió de pequeña. Cantor es un caballo encantador, de verdad. Pero los caballos me dan miedo, por tranquilos que sean y despacio que vayan. Me ponen los pelos de punta.

-Te dan miedo los caballos! -exclamó perplejo-. Y 'yo que te tenía por una amazona intrépida. Cuando cabalgabas a mi lado a lomos de Cantor, no demostrabas un atisbo de temor. Dios mío, si galopabas por la pradera veloz como el viento. Tu bravura, tu desafío... Así pues, estuviste a punto de arrollarme porque no podías detener a Cantor, ¿verdad?

-Sí, no quería que me tuvieras por una tonta. Eres tan perfecto en todo y yo soy...

-Perfecto yo? Bobadas. Poseo una buena colección de defectos. Y en cuanto a lo que tu calificas de cobardía, diría que has demostrado ser muy valiente, tal vez incluso un poco loca. -Se interrumpió un instante. Tabaleaba en la rodilla con los dedos-. Jamás se me ocurriría pensar mal de ti por el simple hecho de que no te gusten los caballos. Y otra cosa, no tienes necesidad alguna de demostrar a nadie tu valía, ¿lo has entendido?

-De verdad que no te importa? ¿No estarás mintiéndome porque te doy lástima?

-No, no siento lástima por ti. Lo que siento es que te duela la cabeza. Y en cuanto a lo demás, olvídalo. No me importa que no vuelvas a montar un caballo en tu vida. Quizá, si me lo permitieras, podría enseñarte. Los caballos son animales muy dóciles. Se les puede hablar, reñirles, gritarles. Son de naturaleza bondadosa. Piénsalo. Espero que no vayas a confesarme ahora que tampoco eres capaz de dar una brazada en el agua.

seguro que te ganaría. Vencí a Bertrand... La verdad es que él acababa de salir de unas fiebres muy altas, pero le derroté con todas las de la ley. Tú debes de estar acostumbrado a nadar en ese lago tranquilo que posees en Suffolk. ¿Tienes idea de lo que son las mareas y las corrientes, de lo que se siente al verse arrojado contra las rocas?

-No, pero aprendo deprisa.

Ella se estremeció de pronto y cerró los ojos. No tenía buen aspecto. Seguía lloviendo a cántaros. ¿Qué diablos podía hacer? No iba a dejarla allí sola.

-¿Es la cabeza, Brandy?

-Sí, me duele mucho.

-Me da miedo moverte. Quédate quieta y guárdate para ti cualquier otra confesión. Lo cierto es que no creo que me halle en condiciones de escuchar muchas más.

Consiguió esbozar una sonrisa que hizo que él se sintiera mejor. Tenía agallas. Hasta aquel momento no había caído en la cuenta de que nunca había conocido una mujer con agallas. Estaba acostumbrado a mujeres indefensas y delicadas, a sonrisas gentiles y peticiones amables. El siempre era el fuerte, el que daba y ayudaba. Y ella estaba allí, tendida sobre un viejo entarimado, con un aspecto patético, pero sin quejarse ni llorar.

-Bien, lo menos que puedo hacer es sacarte esta chaqueta mojada. Esperemos que la blusa se seque con el calor del fuego.

La incorporó dispuesto a despojarla de la chaqueta de montar, pero ella se irguió instintivamente.

-Quieta -ordenó él, preguntándose qué diablos sucedía-. No me tengas miedo. No voy a ofender tu honor.

Contuvo la respiración pensando que iba a caer rendida. Dios mío, por favor -imploró en silencio-, no permitas que vea mi pecho. Se desesperó al pensar en los botones de la blusa. Aquella situación era humillante. Jamás se sentiría atraído por ella si le veía los pechos.

Le sacó la chaqueta y observó lo raída que estaba la blusa blanca. Le iba muy ceñida... debía de ser de cuando tenía diez años.

-Estás mejor, Brandy? No, no te muevas. Deja que te abrace. Te ayudará a mantener el calor. No quiero que te enfríes.

-Tú también estás mojado, Ian. -Pero no se movió. Afortunadamente no se había dado cuenta de nada. Volvió a estremecerse, aunque esta vez no de frío. La recompensa llegó cuando él la abrazó con más fuerza.

Le besó la cabeza casi sin darse cuenta. Brandy le acarició la mejilla y él besó su cálida boca. Olvidando el dolor de cabeza y la blusa a punto de ceder, separó los labios sin dudarlo un instante.

El caballero lanzó un último gemido de protesta y, a continuación, hundió su rostro entre la masa de cabello sedoso que se enredaba entre sus dedos. Deseaba aquella boca cálida que le besaba la barbilla, la mejilla y la oreja. El duque la besó en la frente, la nariz y finalmente alcanzó su boca. Sentía sus dedos acariciándole el pelo mojado y oyó susurrar su nombre. Brandy se estremeció de deseo.

Le acarició los hombros y el cuello antes de deslizarse lentamente hacia sus pechos. La ropa dificultaba el avance. Ian se dispuso a desabotonar la blusa.

¡Pretendía acariciarle el pecho! Brandy se apartó, horrorizada, haciendo caso omiso del dolor que sentía. Sólo quería que se la tragara la tierra. ¿Cómo podía decirle que no deseaba que la viera porque silo hacía la despreciaría?

La había asustado. Siempre olvidaba lo inocente que era. Retiró la mano y respiró hondo. Había estado a punto de deshonrarla. Se volvió, estaba enojado consigo mismo por haber perdido el control de aquella manera. Era tan sinvergüenza como Percy.

Se apartó de ella. No la deseaba, aunque tampoco deseaba a la mujer sin rostro que iba a ser su duquesa. Se arrodilló. El dolor de cabeza había amainado. Podía controlar la sensación de náusea. Intentó peinarse y se incorporó lentamente. Ian no trató de impedírselo.

Él también se levantó y la miró fijamente. Luego, aunque era consciente de que iba a resultar pedante, no puedo evitar decir:

-Perdóname por haberme mostrado tan cariñoso. No quería que sucediera. Supongo que ha sido porque estábamos solos y me sentía muy preocupado por lo que pudiera pasarte. -No obstante, sabía que no era así, que era aún más sinvergüenza que Percy.

-Sí -convino ella-. Naturalmente. Me gustaría volver a Penderleigh. Parece que ha amainado la lluvia.

-Perfecto. Guiaré a Cantor. Quiero que trates de mantenerte en la silla. No, será mejor que te lleve conmigo. No quiero ni pensar en la posibilidad de que volvieras a caer.

Era maravilloso estar junto a él un rato más. Le observó mientras se inclinaba a recoger las chaquetas mojadas.

Le dio la espalda para que él le ayudara a enfundársela. Tal vez su gesto le resultara sorprendente, pero se sintió aliviada al no oír comentario alguno.

El camino de regreso a Penderleigh no resultó tan maravilloso como había imaginado. La abrazaba con fuerza, e incluso sentía los latidos de su corazón, pero cada paso que daba *Hercules* resonaba en su dolorida cabeza.

El duque controló con facilidad el alboroto que se formó a su llegada a Penderleigh. Marta la acompañó a su alcoba, la regañó, trató de animarla y le ofreció una taza de té con láudano, siguiendo sin duda las instrucciones del duque.

Se durmió pensando que el duque había sido muy amable al explicar a todo el mundo que había sido un accidente inevitable. Su último pensamiento fue que jamás volvería a montar a lomos de un caballo.

17

A la mañana siguiente Brandy despertó temprano. Tenía un ligero dolor de cabeza, un hambre voraz y la necesidad de hablar con el duque lo antes posible. Crabbe pareció sorprendido cuando la vio cruzar el vestíbulo y entrar corriendo en la sala del desayuno.

-No debería haberse levantado, señorita -le dijo-. Ayer estaba más pálida que un pescado.

-Pero hoy, Crabbe, me siento mejor que un penique de los nuevos. ¿Está el duque por aquí?

-No, señorita. Se ha levantado muy temprano y creo que ha ido a Clackmannanshire con el señor Bertrand. Ya sabe... algo relacionado con el asunto de las ovejas Cheviot. Creo que con el duque al timón, Penderleigh recuperará su riqueza. Sí, esas preciosas ovejas lanudas nos darán más beneficios de los que hemos obtenido en estos últimos años. Seremos ricos, me encanta la idea.

Brandy no recordaba la época de prosperidad de Penderleigh. El duque no le había mencionado que pensara ausentarse. Intentó disimular su decepción y entró en la sala del desayuno delante de Crabbe. Se sirvió un gran tazón de gachas. Crabbe pululaba alrededor de ella como una gallina vigilando a su polluelo.

-El señor Percy también se ha marchado esta mañana -comentó mientras le servía una nueva cucharada de gachas-. ¿Miel, señorita? Sí, seguro que quiere miel. Le irá bien para que sus mejillas recuperen su natural tono sonrosado. En fin, supongo que la partida del señor Percy es una buena noticia.

-Por supuesto. Basta de miel, gracias. Me pregunto a qué vino y apuesto lo que quieras a que lo hizo con mala idea. Bien, ya se ha marchado y no volveré a pensar en él.

-Sé por qué se ha marchado, señorita -añadió Crabbe, deseoso de revelar la información. Sin duda debía de ser la única que aún no se había enterado, ya que todo había sucedido mientras ella dormía profundamente gracias al láudano que Morag le había dado.

-Puedes decírmelo, Crabbe? -le susurró al oído-. ¿Puedes?

-Sí, puedo decírselo, señorita. Anoche lady Adela le ordenó que se marchara. Le dijo que no quería volver a verle hasta que ya no fuera bastardo. -Crabbe sonrió al añadir-: Por lo menos de apellido, le dijo. Le aseguro que a él no le gustó nada la sugerencia, pero no ha tenido otro remedio que marcharse. Yo mismo le despedí en la puerta.

-Esto significa que vamos a disfrutar de una temporada de paz. ¿Ha dicho el duque cuánto tiempo estaría ausente?

-El señor Bertrand dijo que poco. Si solucionan el tema, quizá regresen hoy mismo. El señor Bertrand aseguró que no le importaba pasar el día montando a caballo, que aunque no consiguieran su propósito hacía un tiempo excelente.

Volverá hoy, se dijo Brandy. Deseaba cantar y reír, pero en cambio, se limito a acabarse las gachas.

Crabbe siguió observándola hasta estar seguro de que la joven no iba a morir tras el accidente. Después abandonó la estancia. Brandy, sin dejar de pensar en Ian, acabó de desayunar tranquilamente.

Pronto regresaría a Inglaterra, en cuanto hubiera adquirido las ovejas. Era consciente de que, después de lo ocurrido el día anterior, el duque trataría de abandonar Penderleigh lo antes posible y olvidar las complicaciones que ella le había ocasionado. El también había contribuido con su actitud irresponsable, pero ella había empezado y lo sabía. Jamás pensó en las consecuencias, simplemente había reaccionado ante él, ante un hombre, en realidad ante el único que había conocido en su vida digno de admiración. Estaba enamorada de él. Debía aceptarlo, como también el hecho de que Ian estaba comprometido y que, como caballero, jamás rompería su compromiso con una dama. No había esperanza alguna. Ella era la intrusa, la que se había comportado erróneamente. La otra dama debía de estar en Londres, pensando en el duque, segura de que iba a convertirse en su esposo, confiando en él y sintiendo por él lo mismo que Brandy sentía en aquel momento. Hacía bien amando al duque, Brandy sabía que él regresaría a Londres y se casaría con aquella dama.

Debía aceptarlo. Jamás tendría al único hombre que podía amar. Debía ser así. Ella no era nada, tan sólo una pobre escocesa que poseía un apellido pero carecía de belleza y dinero. En cambio, él era magnífico, todo aquello que ella deseaba ser y nunca sería. Observó en silencio el tazón vacío. Luego, obligándose a sonreír, se levantó para ir a buscar a Fiona a su habitación. Quería huir del castillo y de miradas curiosas. Se llevó a Fiona a la cala donde tenía el bote amarrado.

Regresaron al castillo pasado el mediodía, con la ropa mojada por el agua de las olas que el viento había levantado. Un carruaje desconocido se había detenido delante del castillo. A su lado había otro, más viejo, con los caballos agotados.

-Tal vez sea un amigo de la abuela -le comentó a Fiona al entrar en el vestíbulo, y Brandy se quedó perpleja ante la visión de la mujer más bella que jamás había visto. Estaba de pie junto al primer carruaje, contemplando Penderleigh. Era menuda y esbelta, tenía un tipo tan perfecto que Brandy deseó gritar de celos. Iba vestida con un traje de viaje de tonos dorados, que se ajustaba a la perfección a un pecho de medidas normales, y caía en línea recta hasta los pies. El vestido era del mismo estilo del que Ian le había comprado en Edimburgo. Sin embargo, la comisura de los pechos no le asomaba por encima del escote. Estaba elegantísima, parecía muy segura de sí misma y sin duda podía estarlo. Enmarcaban su rostro negros mechones de cabello y un sombrero de paja, de tonos dorados a juego con los del vestido, coronaba su hermosa cabeza. De ojos verdes ligeramente almendrados, lucía unas espléndidas pestañas negras.

A Brandy le sorprendió ver a Ian aparecer por el lado opuesto del carruaje. La dama le tendió las manos. El avanzó hacia ella y se las besó. Ambos empezaron a hablar y sonreír. Era la prometida del duque. De hecho, lo supo en el mismo instante en que la vio. Parecían hechos el uno para el otro: elegantes, seguros y con esa arrogancia tan natural. La dama se volvió súbitamente, como si acabara de percatarse de su presencia, y se echó a reír. Luego dijo en voz alta:

-Excelencia, la verdad es que Escocia es un país muy extraño. Hasta se permite que la servidumbre entre por la puerta principal. Porque ésta es la puerta principal, ¿verdad? Resulta difícil de adivinar, ya que no es más que un montón de piedras amontonadas. El torreón parece a punto de derrumbarse. Espero no tener que pasar por debajo.

De inmediato, para Brandy acababa de perder parte de su belleza y elegancia. Sólo unos instantes antes hubiera dado cualquier cosa por parecerse a aquella mujer, pero ahora le hubiera encantado abofetearla. Brandy miró a Ian fijamente, que permanecía inmóvil, inexpresivo.

-Cuidado con lo que dices, querida, navegas por aguas desconocidas -apuntó la voz sedosa y casi burlona de otro caballero que acaba de salir del carruaje y saludaba al duque con un apretón de manos. En otro momento Brandy habría sentido tentaciones de echarse a reír al ver un disfraz tan estrafalario como aquél: chaqueta y chaleco repletos de botones dorados y cadenas de reloj. Pero permaneció en silencio, presionando la mano de Fiona hasta casi hacerle daño y deseando gritar a aquella dama... No podía hacerlo. Estaba aprendiendo a toda prisa que la vida podía ser tan cruel como el mismo diablo.

-Me haces daño, Brandy -sollozó Fiona, tirándole del brazo.

Soltó la mano de la pequeña en cuanto Ian echó a caminar hacia ellas. Fiona salió corriendo a su encuentro, con los brazos abiertos y riendo descaradamente. Ian también se echó a reír, la cogió en brazos y la sentó sobre sus hombros. La niña reía a carcajadas.

-Y ahora tengo que bajarte, Fiona. Brandy, me alegro de verte. Te encuentras mejor, ¿verdad?

-Sí, estoy bien -respondió con frialdad:

-Me gustaría presentarte a lady Felicity Trammerley. Felicity, ésta es Brandy, mi prima mayor. Y este manojo de risas es Fiona, la menor.

-¿Tu primas? -inquirió Felicity sin comprender nada-. ¿Estas dos son tus primas?

-Eso acaba de decir -confirmó el otro caballero.

-Bien, en ese caso, encantada de conoceros -dijo lady Felicity, inclinando ligeramente su grácil cuello a modo de saludo. Así que Brandy es la joven distinta, pensó. Al leer la carta del duque, se inquietó. Pero estaba equivocada. Desde luego, era distinta. Pero ¿cómo era posible que ella, hija de un conde y de reconocida belleza, hubiera sido capaz de imaginar que el duque de Portmaine pudiera sentir algún tipo de interés por una mocosa sucia y despeinada, vestida como una campesina y que además olía a pescado? Y cogía en brazos a aquella andrajosa como si disfrutara con ello. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado quién y qué era y, sobre todo, el respeto que el duque le debía a su futura esposa?

-Fiona y yo venimos de pescar -comentó Brandy.

-Sí -confirmó Fiona en cuanto Ian la dejó en el suelo-, pero no hemos pescado nada porque a Brandy le dolía la cabeza y sólo le apetecía estar sentada en la barca sin hacer nada.

Lady Felicity las miraba con desprecio.

-Todo esto me resulta muy extraño -le dijo al duque-. Mi madre jamás me hubiera permitido pasar el día entero en una barca. La piel se quema. No es sano ni adecuado. Te pones horrorosa.

Brandy apretaba los puños. Estaba a punto de maldecir y saltar sobre aquella desgraciada que, como hubiera dicho el tío Claude, era peor que una patada en el trasero. ¿Cómo se atrevía a actuar como si acabara de llegar a una tierra de salvajes y mirar a sus habitantes como si ni siquiera sirvieran para lustrarle los zapatos?

El caballero del chaleco estrafalario se adelantó y dijo, con una media sonrisa:

-¿Brandy...? Un nombre muy singular, querida, y encantador. Soy Giles Braidston, el primo inglés de Ian.

Instintivamente, Brandy le saludó con una reverencia. Parecía agradable, del estilo de Ian, pero como había llegado con Felicity no se fiaba de él. Había muchas formas de insultar.

-Son de oro los botones? -preguntó Fiona, tocándolos con la mano sucia-. Parece uno de esos pavos tan bonitos que vi una vez, pero la abuela se enfadó con él e hizo que Cook lo cocinara para cenar.

-Todo un elogio. Espero no acabar en la olla de Cook como ese pavo. ¿Te gustan los botones? Son de oro y te dejaré tocarlos cuando lleves las manos limpias, ¿de acuerdo?

-Ahora mismo voy. Ya verá qué limpias. -Fiona salió corriendo hacia las escaleras-. Vuelvo enseguida, señor. No olvide su promesa.

Se echó a reír y se despidió de Brandy.

-Jamás olvido nada -dijo.

-¿Has perdido la cabeza, Giles? -intervino lady Felicity, arqueando las cejas-. Lo más probable es que te los arranque de la chaqueta para ponérselos en la boca. Dios mío, los perderá.

Ian frunció el entrecejo. ¿Cómo podía Felicity mostrarse tan maleducada? Cuando se disponía a recriminar su actitud, recordó la primera impresión que él había tenido de Penderleigh y Escocia. Era evidente que nada tenía que ver con todo aquello a lo que Felicity estaba acostumbrada y se vio obligado a admitir que debía de sentirse bastante sorprendida. En aquel momento ella le lanzó una mirada sugerente y él le respondió con una sonrisa.

A Brandy le recordó una de las miradas de Constance y deseó introducir a la dama en el viejo cañón oxidado, prender la mecha y enviarla bien lejos.

-Discúlpenme -dijo, sin dirigirse a nadie en concreto. Subió corriendo por las escaleras, intentando mantener la espalda más erguida que el bastón de la abuela y levantando la barbilla con gesto altivo.

-Así pues, Ian, éste es el castillo de Penderleigh -dijo Giles para romper la tensión-. Veo que de momento no te has puesto kilts y sigues en tu habitual línea de sobriedad. Esta mole es muy antigua. Me pregunto cuándo la construyeron. Como mínimo debe de tener cuatrocientos años. Mira los torreones. Aquél está a punto de derrumbarse. Es una pena que no sea de los que da al mar, así caería al agua y no haría daño a nadie.

-No, Giles, aún no me he puesto kilts. La verdad es que no me he atrevido. Bertrand, otro primo, me ha dicho que tengo las piernas ideales para llevarlos.

-Al parecer, has añadido nuevas palabras a tu vocabulario -intervino lady Felicity con una voz dulce que removía el estómago a Ian-. Me temo que si no hablas en inglés voy a tener problemas para entenderte.

En aquel momento el duque deseaba muchas cosas, pero sobre todo tener el poder de chasquear los dedos y hacer que Felicity y Giles estuvieran de nuevo en Londres. Pero era imposible, él era el anfitrión. Respiró hondo al pensar en lady Adella. Sabía que iba a ocurrir algo.

-Deberás disculparme, querida. Le he dicho a Crabbe, el mayordomo de Penderleigh, que informe a lady Adella de vuestra llegada. Entrad, aunque hace un día espléndido. ¿Pasamos al salón?

Felicity guardó silencio. Siguió a Ian a través del desangelado vestíbulo observando con desconfianza las armaduras oxidadas.

Finalmente entraron en el salón. No dijo nada hasta que el duque la acomodó en una vieja silla descolorida, que le pareció una reliquia digna de la habitación de un criado.

-Bien, ya estamos aquí.

-Estamos? -inquirió Felicity, sorprendida. Ian ni tan siquiera la miraba. Hablaba con Giles.

-Y ahora, decidme, ¿qué hacéis en Escocia? Estoy seguro de que a Felicity el viaje debe de haberle resultado muy pesado. Dios mío, son seis días.

-Tu prometida te echaba de menos, primo -respondió Giles mirando hacia el techo, y sólo Ian se percató de aquel gesto-. Ya sabes a qué me refiero... Bueno, tal vez no, pero lo sabrás enseguida. Esta última semana ha sido un tanto... extraña. Pronto te tocará a ti... y para el resto de tus días.

-No planeaba estar fuera tanto tiempo -dijo el duque, que durante aquellos días apenas había pensado en Londres-. He estado muy ocupado. Bertrand y yo hemos ido a Cheviot para comprar ovejas y hemos visitado diversos molinos. -Se interrumpió al ver que Felicity le observaba horrorizada.

-Qué estás diciendo, Ian? ¿Ovejas Cheviot?

-Dios mío, Ian, menudo aburrimiento. Te doy mi pésame, amigo. ¿Lo ves, Felicity, cómo tenía razón al decirte que Ian jamás olvida sus obligaciones y que ha estado todo el tiempo ocupado? ¿Qué opinas de las ovejas Cheviot, querida?

18

Lady Felicity estaba furiosa.

-¿No irás a decirme que un duque como tú, un par del reino, ha estado jugando a ser pastor? ¿Es verdad que has comprado ovejas y has estado visitando comerciantes y molinos?

-Sí, completamente cierto, y no me he aburrido en absoluto -respondió Ian con frialdad-. Mira, tengo la intención de convertir Penderleigh en un lugar autosuficiente. Aquí hay gran cantidad de materia prima, la mano de obra necesaria, todo... Lo único que falta es dinero...

-De acuerdo, admito que haya mucha materia prima -lo interrumpió Felicity. Se sentía agotada, sucia e incomodísima, y deseaba exponer al duque lo que opinaba de sus absurdas actividades. Pero se reprimió al comprobar su conocida mirada autoritaria y terca. Odiaba esa mirada. Estaba segura de que desaparecería en cuanto se casaran. Acabaría con esas caras, le pondría a raya. Sin embargo, por mucho que le costara, de momento estaba obligada a moderarse-. Lo que quería decir, querido, es que te he echado de menos y que siento hasta envidia del tiempo que has pasado lejos de mí. ¿O es que no me está permitido añorar al hombre con quien voy a casarme?

Su precioso discurso se vio recompensado con una sonrisa. Ian no dudó ni un instante en responder:

-También para mí ha sido duro, Felicity. -No añadió nada más. No quería cavar un agujero demasiado profundo del que luego no pudiera salir.

Giles se aclaró la garganta para advertirles que lady Adella entraba en el salón en aquel momento, caminando muy lentamente. Ian volvió la cabeza y se puso de pie.

-Lady Adella, me gustaría presentarle a mi primo, el señor Giles Braidston, y a mi prometida, lady Felicity Trammerley. Han venido a visitarnos.

Lady Adella repasó al gallardo Giles y le dio rápidamente su aprobación. Sin duda era un verdadero caballero. A continuación echó un vistazo al elegante atuendo de lady Felicity y a su inconfundible semblante propio de una buena familia. De inmediato llegó a la conclusión de que Brandy aprendería mucho viviendo bajo el mismo techo que aquella dama.

Los saludó con una leve inclinación y ofreció la mano a Giles para que la besara.

-Encantado, señora -dijo con mucha educación.

Lady Felicity esbozó una tensa sonrisa y bajó la mirada, pensando que parecía una ridícula reliquia. Tanto el vestido negro como el peinado que lucía habían pasado de moda hacía muchos años. Le hubiera encantado tirar de uno de aquellos rizos para comprobar si se trataba de una peluca.

-Bien, ¿y cuándo te casas con Ian? -preguntó a Felicity sin ningún preámbulo.

-En agosto. En la iglesia de Saint George de Hannover Square.

-Un lugar muy distinguido. Doy mi aprobación. Os dejaré un tiempo para el viaje de luna de miel antes de enviaros a Brandy. ¿Qué te parece en octubre, Ian? ¿Habréis regresado ya de la luna de miel?

Felicity estaba perpleja. Quería hablar, pero no podía. Indignada, miraba a su prometido, que en aquel momento también parecía sorprendido. Finalmente Ian replicó:

-Lady Felicity acaba de llegar, lady Adella, y aún no hemos tenido tiempo de comentarlo.

-No entiendo por qué no -intervino Giles-. Felicity lleva casi quince minutos aquí y ya ha conocido a Brandy. ¿Para qué retrasarlo?

Ian se levantó, haciendo caso omiso de las palabras de Giles.

-Lady Adella, ¿qué dormitorio tiene asignado la señorita Trammerley? Está agotada del viaje y le gustaría descansar un poco antes de cenar.

Lady Adella exclamó:

-Crabbe! Mueve el esqueleto, borrachín. Tenemos invitados y te espera trabajo.

Felicity se estremeció. Alzó la barbilla, un gesto que Ian solía admirar, pero que en aquel momento le disgustó especialmente. Despreciaba a lady Adella, a Penderleigh y ni siquiera se molestaba en ocultarlo.

-Señora? -Crabbe miraba a su ama de forma inquisitiva... aunque lo que deseaba era recrearse contemplando aquella magnífica criatura que tanto parecía estar sufriendo. El caballero era un petimetre del estilo del señor Percy, quizá incluso peor. El tiempo lo diría. ¿Quién sería aquella gente? Se dijo que debían de ser amigos del duque. Sin duda unos remilgados.

-Dile a Marta que prepare dos habitaciones... que no lo haga Morag, si no te importa. No quiero que nuestros invitados se levanten con picores por culpa de esa vieja fulana piojosa. Espera, Ian, acompaña a lady Felicity a la alcoba azul, la que está junto al vestíbulo del ala de tu dormitorio. Será perfecta. Y en cuanto al dormitorio del caballero, elige tú mismo, Crabbe, algo alegre, que le ayude a seguir de buen humor.

Ian esbozó una sonrisa, dio su aprobación a Crabbe con un leve gesto y ofreció el brazo a Felicity.

-Crabbe te acompañará, Giles -dijo mirándole por encima del hombro, y abrió la puerta del salón a su prometida.

En silencio, Ian escoltó a Felicity hasta la alcoba de invitados, situada en el extremo opuesto del pasillo en que se hallaba su propio dormitorio. Dominaba un color azul indefinible. Unos días atrás había estado examinando las habitaciones del castillo y aquélla le había parecido muy sencilla en cuanto al mobiliario, aunque no inferior a las demás. La pintura no estaba desconchada. Por supuesto, estaba totalmente pasada de moda, pero tenía cierta gracia: la vieja y pintoresca silla que había junto a la ventana era encantadora, así como el antiguo armario con tiradores de latón. Se dijo que debía de estar ciego cuando se formó aquella opinión. En aquel momento la veía a través de los ojos de Felicity, y no tenía nada de encantador. Todo era viejo, pobre y vulgar.

Decidió ignorar el profundo suspiro que acababa de escuchar y le preguntó:

-Te apetecería tomar un baño, querida? -Y en aquel momento se dijo que debía impedir a toda costa que la atendiera Wee Albie y que la bañera de madera empezara a hacer aguas.

Ella asintió.

-Sería estupendo, Ian. Ha sido un viaje muy largo y agotador. -Y añadió, con un susurro-: Mi querido duque, si mi doncella me hubiera acompañado, no tendrías que preocuparte de estas cosas.

-Deberías haber escrito y anunciar tu llegada. ¿Cuántos criados traéis?

-Sólo a María y a Pelham, el mayordomo de Giles. Supongo que en este monstruoso castillo habrá sitio suficiente para alojarles.

-Por supuesto -respondió el duque-. La cena se sirve a las seis, querida. Y la familia se reúne en el salón un poco antes de esa hora.

-Demasiado temprano, Ian. En casa no cenamos hasta las ocho. Seguro que...

-No estás en casa, sino en Penderleigh, en Escocia. Lady Adella es la dueña de esta casa desde antes de que naciera tu madre. Son sus deseos y todo el mundo los acata. Bien, voy a pedir que preparen el baño. -Se volvió, dispuesto a marcharse.

-Ian, ¿qué ha querido decir esta espantosa anciana con eso de llevar a Brandy a Londres? ¿Pretendes que presente a esa torpe criatura a la alta sociedad inglesa?

-Brandy no es ninguna niña. En otoño cumple los diecinueve. Y si tiene ese aspecto es porque pasa el día entero al aire libre. Le encanta pescar, nadar e ir en barca.

-Esperas que la convierta en una dama?

Se mostraba incrédula. Ian deseó zarandearla. Le respondió con el mismo tono de voz gélido que solía utilizar su padre cuando se enfadaba.

-Ya es una dama, Felicity. Recuerda que es nieta de un duque. Y en cuanto a su aspecto, un guardarropa adecuado lo soluciona fácilmente.

-Supongo que tendré que vigilarla mientras pasea en barca por el Támesis... Tal vez pueda ir al circo Astley a montar los caballos del espectáculo.

-Ya he dicho todo lo que tenía que decir -repuso con acritud-. Y ahora, si has acabado de criticar a todo el mundo, voy a ordenar que te preparen el baño.

Felicity permaneció inmóvil hasta que él abandonó la habitación. Luego, dio un puñetazo al cabezal de la cama. La nube de polvo que se levantó la hizo estornudar. Era un lugar horrible. Deambuló por la alcoba. ¿Cómo se atrevía a rechazar sus sentimientos? Se deshizo del sombrero que ocultaba parte de sus oscuros rizos y lo tiró sobre una silla tapizada con un brocado descolorido. Siguió caminando por el pequeño dormitorio hasta sosegarse un poco. Trató de convencerse de que no existía motivo por el que estar enfadada. ¿Qué importaba que el duque se comportara de un

modo tan repugnante? Acabaría llevándolo a su terreno, domándolo con sus encantos hasta derrotarlo y arrancarle una sonrisa. Sí, por supuesto que acabaría venciendo.

Pero ¿qué haría con aquella chica tan desagradable? ¿Sería cierto que estaba a punto de cumplir los diecinueve? Afortunadamente parecía mucho menor.

El duque volvió al salón después de ordenar a Crabbe que preparara el baño de Felicity. Giles seguía sentado junto a lady Adella. Era evidente que la anciana se sentía cautivada por su primo. Oyó una carcajada de felicidad de lady Adella.

-Sí, chico, menuda reputación tenía el viejo Charles en aquellos tiempos. No puedes ni imaginar lo que le hizo a la mujer del ministro. ¿Cómo se llamaba...? Oh, sí, Clorinda. Eso es... Se la llevó al establo, la desnudó y la montó al lado de la yegua. Fue la comidilla. Ella acabó con ciertas partes llenas de paja. El viejo Charles era un granuja redomado. -La anciana emitió un cacareo idéntico al de Claude. Giles ya conocía el origen de tan odiosa costumbre.

-Discúlpeme, lady Adella, debo acompañar a Giles a sus aposentos -dijo Ian-. De lo contrario, no estará presentable para la cena.

Lady Adella respondió con un gruñido. Se sentía defraudada.

-De acuerdo, muchacho, si no hay otro remedio... Tenemos mucho tiempo. -Tendió a Giles una mano huesuda-. Aguza el ingenio, chico. Espero de ti más de cincuenta años de chismorreos. Me encanta que hayas venido.

-Haré lo que esté en mis manos para complacerla, señora -dijo Giles a modo de despedida, con su habitual tono sarcástico, antes de abandonar la estancia con Ian.

Mientras subían por las escaleras, Giles comentó:

-Parece mentira, pero conocía a lord Covenporth. La bebida y las mujeres acabaron con él. Me temo que su nieto Aldous lleva el mismo camino. Pero pronto se le acabará la buena vida, Covent Manor está plagado de hipotecas y casi todas ellas están bajo la observación judicial. La fortuna le sonrió hasta el año pasado. El es el único responsable de sus desgracias y ahora no deja de quejarse.

El duque refunfuñó. Siempre se había preguntado por qué a Giles le gustaban aquella clase de compañías.

Giles se detuvo en el descansillo para observar el vestíbulo desde allí. Luego dijo:

-Querido Ian, nunca había visto un lugar tan extraño como éste. No tiene nada que ver con Carmichael Hall.

Ian meneó la cabeza recordando su imponente propiedad de Suffolk, con cuarenta habitaciones y un amplio salón de baile.

-Diría que tal vez Penderleigh resulta más pintoresco. Rebosa historia y tradiciones por los cuatro costados, Giles, y creo que incluso tú te verás obligado admitir que la vista que tiene sobre el mar es de las que cortan la respiración. Aquí no hay la suciedad ni la carbonilla de Londres, ni navajeros, ni tugurios de juego, ni ninguno de esos desmanes de los que estamos hartos.

Giles respondió, con incredulidad:

-No pongo en duda tu opinión, pero las cosas siempre serán como tú digas. Al fin y al cabo, el duque eres tú y todo se hará como a ti te plazca.

-Tienes más ideas estúpidas en la cabeza que piojos tiene Morag, o quizá sean garrapatas. No estoy muy seguro.

-Dios mío, qué horror! ¿Garrapatas? ¿Piojos? Ian, haré todo lo que quieras pero, por favor, mantén a esa mujer alejada de mí.

El duque se echó a reír. Siguieron avanzando hacia el dormitorio asignado a Giles, situado en el ala opuesta al de Ian.

-Y bien, Giles, ¿qué pretendes acompañando a Felicity hasta aquí? -preguntó-. Sabes perfectamente que quería que se quedara en Londres. Este no es el lugar para ella. No le gusta y jamás llegará a gustarle. ¿Por qué, maldita sea? ¿Por qué?

-No me eches la culpa, Ian, te lo ruego. Fue tu condenada carta lo que le metió la idea en la cabeza. De hecho, no me quedaba otra elección. Me pediste que la acompañara a todos sitios. ¿Qué demonios podía hacer?

-¿Mi qué...?

Giles meneó la cabeza y sonrió.

-Tu carta, Ian. Dios mío, jamás te había visto escribir con tanto entusiasmo. Brandy, esa mocosa, era la protagonista de muchas de tus frases. La encantadora mirada de Felicity se nubló de repente, estaba celosa. La verdad, Ian -se interrumpió por un instante y le lanzó a su primo una mirada de advertencia-, si yo estuviera en tu lugar, lo pensaría bien antes de comprometerme con una arpía como ésa. No es lo que imaginas, Ian.

-Giles, estoy seguro de que no fueras tú quien le metió una idea tan monstruosa en la cabeza. Sabes mejor que nadie que jamás eludo mis obligaciones. Y en cuanto a Brandy, tengo su custodia y quiero lo mejor para ella. Si acaba yendo a Londres, Felicity la tratará bien y hará con ella lo que crea oportuno. No hay más que decir.

-Está bien, chico, jamás he tratado de influenciar a Felicity. Lo cierto es que, sin quererlo, me he visto

obligado a tragar su veneno durante todo el viaje. -Se interrumpió, alarmado, en cuanto Ian abrió la puerta de su dormitorio-. Dios mío, supongo que ahora me dirás que es la habitación destinada a mi mayordomo.

-Maldita sea, Giles, no he tenido tiempo de hacer reformas en el castillo! El dormitorio es correcto. Felicity ha hecho el mismo comentario. Sois un par de esnobs. Pero ya que estás aquí, pienso dar rienda suelta a tu talento artístico. Por supuesto, no voy a hacer todo lo que me digas, pero te asignaré algún trabajo para que no pases el día desviviéndote por sacar a relucir el lado lascivo de lady Adella.

-Creo que me resultaría difícil decidir por dónde empezar -observó Giles, sacudiendo el polvo de una silla con el faldón de la chaqueta-. Este lugar requiere algo más que mi buen gusto, lo cual no significa que mi buen gusto no sea un buen punto de partida. Verás, necesita un ejército de carpinteros, un ejército de almacenes de mobiliario, un batallón de...

-Cierra la boca, Giles, y deja ya de incordiar. No me importa lo que hagas. Ordena a tu mayordomo, a ese remilgado de Pelham, que arregle la alcoba lo mejor que pueda. Para tu información, y tras superar la primera impresión, Mabley está disfrutando de lo lindo de su estancia aquí.

Giles suspiró y se acercó a la ventana.

-Claro, ahora entiendo el motivo de tanta humedad. Este lugar está casi suspendido sobre el mar. Cuando pienso que me dejé engatusar por esa doncella de hielo para venir aquí... Yo me negué. Le rogué que lo pensara dos veces, pero ¿sabes qué me dijo?

19

-No.

-Insistió en que deseaba conocer tu nueva propiedad, en lo mucho que debías de echarla de menos, en que sólo pretendía hacerte feliz y en que la única forma de conseguirlo era presentándose aquí. -Negó con la cabeza y agregó-: Yo no la creí, por supuesto. Brandy era el motivo, ya te lo he dicho. Créeme, Ian, es una doncella de hielo.

-Doncella de hielo? Tenía entendido que era una arpía.

-Por desgracia, creo que Felicity es ambas cosas. Sin correr el riesgo de equivocarme, apuesto a que será fría como el hielo de noche y una arpía amargada de día. -Se sacudió una mota de polvo de la manga-. Ian, no tiene nada que ver con Marianne. -Hizo caso omiso de la expresión de su primo, que parecía enojado-. Quizá se parezcan físicamente, pero eso es todo. Claro que silo que pretendes es realizar un matrimonio de conveniencia...

-Basta ya, Giles! -repuso el duque, apretando los puños-. Marianne murió hace seis años y esto no tiene que ver con nada. En cuanto al carácter de Felicity, sea de noche o de día, creo que yo estoy en mejor posición que tú para ponerlo en tela de juicio.

-Oh, vamos, Ian. Sin duda tienes mucha razón, aunque no hayas pasado ni una semana entera a su lado como yo.

-Giles, como no cierres la boca voy a partirte tu preciosa cara. No quiero oír ni una palabra más. Lo único que necesita Felicity es mano dura y, como ya te he dicho, hará lo que yo le diga.

-Hablas como si fuera una yegua salvaje a punto de romper las bridas. -Parecía dispuesto a seguir hablando, pero se encogió de hombros e inquirió-: ¿Conoces al hermano de Felicity, lord Sayer?

-Se dice que es jugador y mujeriego, aunque un jinete excelente. No me disgusta. Se defiende en el cuadrilátero de maravilla. Nunca se queja, como tu amigo Aldous. ¿Por qué lo dices?

Giles se estremeció. Respondió sin apartar la vista de sus cuidadas uñas.

-Es un tipo sin decoro, impertinente y algo vulgar.

-¿Por qué no lleva botones de oro como tú?

-Ian, no me parece muy elegante por tu parte desviar la conversación hacia tu propia falta de estilo -respondió Giles con soma.

El duque levantó los brazos y exclamó:

-Maldita sea, Giles, acaba ya de una vez con tus condenadas observaciones! ¡Dios mío, Percy y tú lo pasaréis en grande!

-¿Percy? ¿Y ése quién es? ¿Un nuevo pariente escocés?

-Un bastardo -contestó Ian esbozando una sonrisa, y añadió ante la expresión perpleja de Giles-: Su padre, ya fallecido, era uno de los dos hijos de lady Adella. Percy nació en el lado equivocado, pero está a punto de ser reconocido.

-Dios mío -ironizó Giles, frotándose las manos-, y yo que creía que iba a aburrirme soberanamente.

-Ah, aquí llega Pelham. Voy a pedirle a Wee Albie que te prepare un baño. -El duque volvió a sonreír, y Giles se preguntó cuál sería el motivo de su sonrisa.

El duque entró en su alcoba y observó la tenebrosa estancia. Dudaba que en algún momento hubiera sido cálida y acogedora. No tenía nada que ver con sus aposentos de Carmichael Hall, pero tampoco estaba tan mal. Inconscientemente se preguntó qué opinaría Brandy de su residencia ducal... De inmediato cogió una silla y la lanzó contra la chimenea de una patada.

Mabley entró corriendo en la habitación.

-No perdamos tiempo, excelencia. Ya sabe cómo insiste lady Adella en reunirse en el salón antes de cenar. Crabbe me ha contado que en una ocasión un invitado llegó con doce minutos de retraso y lady Adella le ordenó que, una vez sentados a la mesa, le echara el plato de comida por la cabeza.

-No -repuso Ian-, no me apetece tener el haggis cuello abajo. -Observaba de reojo la cabeza calva y los ojos de querubín de su criado, pensando en lo bien que parecía haberse adaptado a aquel lugar.

-Haz conmigo lo que quieras, Mabley. Estoy en tus manos. Lo único que te pido es que no me hagas parecer tan importante como Giles.

-Espero que no, excelencia. ¿Qué... ha pasado con mi silla?

Brandy apretó los puños al pasar por delante de la puerta del dormitorio de Felicity. Después entró en el suyo. La alfombra estaba raída. ¿Cómo se atrevía esa dama inglesa a llamarla criada? Era una maldita imbécil. ¿Cómo podía aguantarla Ian? No quería ni pensarlo.

Se detuvo delante del espejo y concentró su ira en su propia imagen. Parecía una campesina. Iba desgreñada, a pesar de llevar el cabello recogido en un moño y tenía las manos y la cara llenas de sal. Percibió un ligero olor a pescado. Aquello era demasiado.

En aquel momento Constance entró en el dormitorio. Parecía excitada y no sabía por qué.

-Brandy, está aquí! ¿Has visto el vestido y el precioso sombrerito que lleva? Me sentía una palurda a su lado. No es muy alta, a Ian apenas le llega al hombro. Y el cabello.., es incluso más negro que el mío. Sus ojos son tan verdes como el musgo del bosque de Slanaker.

-No le he notado nada especial -repuso Brandy.

Constance estaba tan embelesada que si Brandy hubiera comparado a su nueva diosa con un bache del camino no lo hubiera advertido.

-Ah, y ese caballero... Giles Braidston, es mucho más elegante y moderno que el duque. La abuela me ha explicado que es primo de Ian y creo que, a pesar de llamarle entrometido, la tiene impresionada. ¡Uf... qué olor a pescado! ¿Pretendes incomodar a los invitados, Brandy? Pareces la mujer de un pescador. Dios mío, será mejor que tomes un baño. Me pregunto si a lady Felicity le gustará mi vestido nuevo, el verde.

Se aproximó al espejo de Brandy para observar más de cerca su negra melena. Entonces se percató de que su hermana no decía nada, que permanecía inmóvil, con los puños cerrados y la mirada perdida. Constance frunció el entrecejo y preguntó:

-No te gusta que haya venido, ¿verdad, Brandy?

-Por qué tendría que importarme? Pero te diré una cosa, Connie. Esa mujer es una bruja. ¿Esperas que se muestre amable contigo? Se cree superior a nosotros. Nos tiene por unos salvajes.

-Tal vez esté en lo cierto -replicó Connie, observando la expresión de su hermana-. Va a casarse con el duque, y por mucho encanto que desprendiera, jamás sería de tu agrado, ni aunque te dijera que eres la chica más bella del mundo.

-No dices más que tonterías, Connie. Te agradecería que olvidaras todo lo que acabas de decir. A nadie le gustaría oírlo.

Constance se encogió de hombros.

-Como quieras. Me da igual. Brandy... intenta ponerte el vestido que te compró Ian. -Brandy guardó silencio-. Tengo que marcharme. He pensado pedir a Marta que me haga algún peinado especial para la ocasión. -Salió de la habitación de Brandy tarareando una balada inglesa.

Por un momento Brandy pensó en el precioso vestido de terciopelo y descartó la idea con un suspiro de fatalismo. Tal como asomaban sus pechos por el escote, Ian la encontraría grotesca. No se parecía en nada a Felicity, que era menuda y poseía un tipo estupendo. Miró de reojo la puerta cerrada. ¿Tan evidente era lo que sentía que incluso Connie se había dado cuenta? Debería ser mucho más cuidadosa.

Tuvo que esperar una hora hasta encontrar una bañera disponible. Pasó aquel tiempo intentando convencerse de que en el transcurso de la velada debería hacer gala del famoso orgullo de los Robertson, como diría lady Adella. Se peinó su larga cabellera, descartó definitivamente el vestido de terciopelo y se puso uno viejo de muselina de color verde. Remató el atuendo con el chal descolorido de su madre, cubriéndose el pecho en su totalidad. Luego se dispuso a bajar.

Felicity, tras volver loca a su doncella con toda clase de exigencias, logró un aspecto que le resultó aceptable y, por fin, se encaminó hacia el tenebroso pasillo que la conduciría al salón. No le importaba llegar con unos minutos de retraso, había decidido que no iba a permitir que Ian empezara a mandar sobre ella. Lo mejor era, desde un buen principio, que las cosas fueran como ella quería. únicamente estaría dispuesta a acatar sus deseos cuando viera que aquello era lo que más le convenía. Y, por supuesto, aquél no era el caso. Habría preferido cenar en la habitación, pero dudaba de que entre aquel montón de piedras pudiera encontrarse algo parecido a una bandeja.

Ian le dio la bienvenida con una ligera y fría inclinación de cabeza y le presentó a Claude, Bertrand y Constance. Felicity observó detenidamente a Constance. La chica no tenía nada que ver con su hermana, su peinado y el vestido verde auguraban una belleza en ciernes. Era encantadora y dentro de un par de años sería muy guapa. ¿Por qué en cambio Brandy era tan poco elegante? No tenía sentido. Y en aquel momento recibió el mayor golpe de su breve vida.

-Llegas tarde -dijo lady Adella, demostrando que las formalidades, se tratase o no de un invitado, la traían sin cuidado-. Soy la primera a quien no le gusta el haggis frío. No lo repitas, no te gustarán las consecuencias. Préstame tu brazo, chico -le dijo a Giles, tendiéndole su mano artrítica.

Felicity hubiera deseado responder a gritos a esa horrible vieja, pero se contuvo, ya que no iba a servir de nada. Miró de reojo al duque cuando la tomó del brazo, segura de que desaprobaba la mala educación de la anciana. Sin embargo, ni siquiera sonrió. Estaba enfadado por su retraso. Pensó que se le pasaría en cuanto ella se lo propusiera. Aquel traje negro le proporcionaba un aspecto muy severo, incluso introvertido.

Acababa de pasar una semana en compañía del alegre y elegante Giles. Lamentablemente Ian no se parecía a su primo. Se estremeció al fijarse en sus manos enormes, sus interminables dedos y sus uñas. Imaginó sus caricias y sintió un nuevo escalofrío.

Ian le retiró la silla para que se sentara. Luego le dijo con dulzura:

-Lady Adella considera de vital importancia que todo el mundo sea puntual a la hora de la cena. Espero que de ahora en adelante prestes mayor atención al reloj, aunque sólo sea para evitar sus mordaces comentarios, así como las consecuencias con que te ha amenazado. Si se trata de aceite hirviendo, intentaré convencerla de que escoja un castigo más suave. -Ian trató de suavizar la tensión que reinaba en el ambiente, pero ella ni le miró. ¿Pensaría mantener su actitud durante toda la velada? Suspiró y decidió esperar.

Esperó un poco más, sin moverse, pero Felicity seguía en silencio.

Nada de sonrisas por el momento, se dijo y decidió prestar atención a lady Adella, que en aquel momento hablaba con Giles.

-Cuéntame más cosas de Dudies, muchacho. ¿Sabes que estuve enamorada de su abuelo? Un canalla... Me contaron que Fox le dejó en la bancarrota (era imposible ponerse en su contra sin salir malparado) y se vio obligado a esconderse como un conejo durante dos años en su casa de Kent.

Giles intentaba recordar, pero como tales hechos habían ocurrido bastante tiempo antes de que él naciera, decidió profundizar en el nieto.

-Se trata de un tipo mediocre, señora, es propietario de un pedazo de tierra en Kent y tiene casi media docena de mocosos tirándole de los faldones de la chaqueta. Diría que la perversidad del abuelo no se aprecia en su carácter. Es un tipo serio y apagado. -Le guiñó el ojo a Ian y agregó-: Me temo que se parece a Ian, que se conforma con ignorar las ventajas y las consecuencias del título que posee y con pasear por sus tierras. Admítelo, Ian, la vida mundana te agobia y si fuera por ti -dijo mirando a Felicity fijamente-, te encantaría tener una docena de niños. Con una yerga como la de mi primo, lady Adella, apuesto lo que quiera a que sus hijos van a ser robustos como los robles que crecen en su propiedad. Sí, una docena como mínimo, pobre esposa...

-Giles, sabes que ahora no puedo levantarme para hundirte la cara en el plato de haggis -dijo el duque-. Pero esta noche entraré de puntillas en tu dormitorio y te tiraré por la ventana, directo

hacia el cañón. -Ian sonrió, pero su expresión se endureció en cuanto se dirigió a Felicity-. Admito que prefiero la vida de campo. Me encanta pescar truchas en Carmichael Lake y que Cook las prepare para la cena. Disfruto cabalgando por las praderas y cazando faisanes en el bosque de arces. Existen unas ruinas romanas que aún están por investigar y una antigua abadía destruida por Enrique VIII en el siglo xvi. Hay paz, tranquilidad y una historia que jamás acabará reducida a la inmundicia y la destrucción que sufre Londres. Y si alguien me garantizara que voy a tener media docena de Fionas, estaría más que dispuesto a poblar Suffolk con mi descendencia.

Felicity dejó caer el tenedor sobre el amasijo de comida que tenía en el plato. Sin dejar de mirar a Ian, meneó la cabeza y dijo:

-Supongo que bromeas, Ian. El campo es estupendo en Navidad, cuando nieva. También es fantástico pasear en trineo en busca de un estupendo árbol de Navidad. Pero ¿a quién le interesa esa estupidez de las ruinas, ese montón de piedras viejas llenas de arañas que en su día fueron una abadía? Además, soy incapaz de imaginar algo más vulgar que un niño pelirrojo.

Esbozando una sonrisa triunfal, se recostó en su silla.

20

Brandy cogió la copa de vino y habló con el tono de voz más gélido que Ian había oído hasta el momento.

-Mi hermanita no tiene nada de vulgar, lady Felicity. En mi opinión, vulgaridad es sinónimo de la facilidad que cierta gente posee para herir los sentimientos de los demás. Es una cualidad que viene a demostrar que esas personas carecen de modales y educación, así como la suficiente habilidad para ocultar su bajeza con palabras amables.

Felicity se echó a reír e ironizó:

-No pretendía insultarla, señorita Robertson. Al fin y al cabo, su hermanita es su compañera de pesca, ¿verdad?

-Fiona es muchas cosas, Felicity -la interrumpió Ian-. De hecho, creo que para Brandy es más una hija que una hermana... Es su «pequeñuela», como decimos en Escocia.

-Pequeñuela, excelencia? Tantas palabras extrañas hacen que me sienta como si estuviera en un país extranjero. Intenten hablar en inglés, se lo ruego.

-Está en un país extranjero -afirmó Brandy-. Aquí hablamos escocés. ¿Por qué no intenta hablar nuestra lengua en lugar de hablar nosotros la suya?

Claude, que hasta aquel momento había permanecido en silencio, explotó con su habitual cacareo.

-Tiene razón, lady Felicity. Teniendo como invitada a una dama de su categoría, deberíamos esforzarnos en hablar mejor y tratarla de la forma a la que está acostumbrada. Hablamos escocés, claro, pero usted es nuestra invitada.

Por mucho que Felicity intentara hallar un atisbo de cinismo en sus palabras, acabó concluyendo que quizá aquel Robertson, por viejo y desdentado que fuera, estuviera hablando en serio. Le obsequió con una sonrisa. ¿Cómo se atrevía aquella mocosa a insultarla?

Pero lady Adella quería mantener el hervor de la tetera.

-Bien, Ian, así que no te gusta el ajetreo de la vida de ciudad. A pesar de ello, espero seguir contando contigo para que Brandy pueda disfrutar de una temporada allí.

Observó a lady Felicity, que repuso con frialdad:

-Siento decirle, lady Adella, que su excelencia y yo planeamos realizar un largo viaje de luna de miel. ¿No tiene parientes en Edimburgo? Estoy segura de que encajaría mucho mejor en la sociedad de Edimburgo y que le resultaría más de su agrado.

Giles, ante la expresión de terquedad de Felicity, se encogió de hombros y miró de reojo a Brandy. Estaba seguro de que Felicity ni siquiera había reparado en aquellos hermosos ojos

ambarinos (al menos, él hubiera jurado que eran de ese color). La enorme estancia estaba iluminada por una luz tenue que la inundaba de cálidas sombras difuminadas, eliminando cualquier resquicio de dureza que pudiera existir en realidad.

Sin duda Felicity no había mirado con atención a Brandy. Al margen de su aspecto, era una auténtica belleza y poseía una lengua afilada como la de una serpiente. ¿Así que Felicity carecía de la habilidad suficiente para ocultar su bajeza? Brandy estaba en lo cierto, aunque Giles debía admitir que en ocasiones Felicity era capaz de hacer desaparecer la gaita de un pobre músico. Y eso era lo que hacía normalmente con Ian.

-No, no quiero que Brandy vaya a Edimburgo -prosiguió lady Adella, haciendo caso omiso del insulto de Felicity-. Puesto que Ian piensa otorgarle la dote que merece y ya que tiene sangre inglesa, mis deseos serían que encontrara en Londres el marido que le conviene. Es nieta de un conde. Tendrá dinero. Y puede aspirar a lo que quiera.

-Y yo, abuela? -preguntó Constance, dispuesta a sumarse a la batalla.

Claude sonrió y le dio un codazo a Bertrand.

-Para ti, pequeña, tenemos otros planes. No te preocupes por tu futuro. ¿No te parece, Bertie?

-Cada cosa a su debido tiempo y lugar, padre -dijo Bertrand, con nerviosismo-. Creo que no habéis tenido en cuenta su opinión ni la mía. Os agradecería, tanto a lady Adella como a ti, que permitierais que me ocupara de mis propios asuntos.

Evitó la mirada confusa de Constance y fijó la atención en el haggis, que estaba peor que otras veces. Connie no sospechaba lo que sentía por ella. Era joven, caprichosa. Estaba aprendiendo a ser mujer. A él le encantaba observarla poniendo en práctica sus ardides, excepto cuando el blanco era el sinvergüenza de Percy. Le gustaba verla cambiar, crecer, decir tonterías, quedarse pensativa y rectificar, se sentía orgulloso de ella. Necesitaba tiempo, y no los consejos de su condenado padre ni lady Adella.

-Intenta que cuando te decidas no te hayan salido canas, muchacho -dijo lady Adella, amenazándole con el tenedor.

Ian intervino, dispuesto a devolver la calma a las aguas turbulentas.

-Soy de la opinión de que Bertrand ha hecho siempre gala de un gran sentido común -apuntó el duque al ver que Cook amenazaba con servir el bizcocho borracho-. La cena estaba estupenda, pero me parece que Cook se ha excedido con las cantidades. Preferiría guardar el postre para más tarde y pasar al salón.

Brandy le respondió con una sonrisa maliciosa, que le hizo estremecerse de arriba abajo.

-Pero, Ian, si el bizcocho borracho es un postre de origen inglés. ¿De verdad que no quieres probarlo? La otra vez que Cook lo preparó especialmente para ti me comentaste que te había encantado.

Ian sonrió maliciosamente y repuso:

-No recuerdo el comentario. ¿Por qué no acompañas a lady Adella al salón?

-A sus órdenes, mi comandante -murmuró, aunque todos oyeron el comentario.

En aquel momento Giles decidió apoyar a Ian y, levantándose para ayudar a lady Adella, inquirió:

-Por qué no vamos todos, Ian? Cuanto antes pasemos al salón, mejor. No creo que los hombres tengamos mucho más que decirnos. Su bastón, señora. Y bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí... Dwyer. ¿Se acuerda, señora, del vizconde de Dwyer, aquel viejo cascarrabias?

-Dwyer, Dwyer.. -repitió lady Adella-. Creo que no, chico -se vio obligada admitir finalmente, con evidente decepción.

-No tiene importancia, señora -la tranquilizó Giles-, la verdad es que no merece que nadie se acuerde de él. -En realidad, el vizconde de Dwyer era una invención de Giles. Ian le lanzó una mirada de advertencia que Giles pasó por alto. Lo estaba pasando en grande.

-Oye, chico -dijo lady Adella tras entrar en el salón-.-, ¿por qué no me cuentas cosas sobre tu familia y la del duque? Sé que la hija de mi hermana se casó con un enclenque y me gustaría enterarme de dónde ha sacado Ian ese aspecto imponente.

-Tal vez la hija de su hermana engañara a su marido, señora.

Lady Adella empezó a cacarear al más puro estilo de Claude. Brandy se alegró de que su abuela no tuviera la boca llena en aquel momento. La anciana golpeó cariñosamente el hombro de Giles.

Incapaz de soportar la imagen de Ian ayudando a Felicity a sentarse como si de una niña inútil se tratara, Brandy se aproximó a Giles y su abuela y les dijo:

-En serio, Giles, no sabemos casi nada de la familia. Ian jamás nos ha hablado de ella.

-¿Insinúas que ni siquiera ha mencionado sus brillantes antecedentes? ¡Es imperdonable!

Brandy observó la mirada burlona que dirigía a su primo.

-No puedo creer que nuestro ilustre cabeza de familia haya pasado por alto lo orgulloso que se siente de su linaje. Si me permites, Ian -prosiguió Giles, dirigiéndose a su primo-, voy a hacerlo en tu lugar. Considero que es mi obligación.

-Desembucha, Giles -repuso el duque-. Espero que no aburras a las damas hasta la saciedad.

A Felicity no le gustó que todo un duque bromeara acerca de su linajuda familia. No era de buen gusto, resultaba casi un sacrilegio.

-La verdad, no entiendo cómo puedes tomarte tan a la ligera tus nobles antepasados. Ocupan muchas páginas en nuestros libros de historia. Algunos ganaron batallas, otros fueron ministros del rey, políticos, compradores de maravillosas propiedades y...

-Y sin duda también hubo algunos que compraron municipios enteros -la interrumpió Ian-. Apuesto a que no tuvieron reparo alguno en comprar los votos que necesitaban. Aunque, por supuesto, no debieron de gastar mucho dinero, ya que la mayoría eran miembros de la Cámara de los Lores que, con sus discursos, mataban al público de aburrimiento.

-Sí, Ian -intervino Brandy con cinismo-, pero ser un par del reino no es ningún delito. Te juro que a mí no me aburriría escuchar un discurso de cualquiera de tus importantes antepasados. Estaría más que dispuesta a sentirme impresionada.

-Quiero que sepa, señorita Robertson, que la familia Carmichael puede sentirse orgullosa de la nobleza de su linaje. Son ingleses puros, por sus venas no corre ni una gota de sangre extranjera -puntualizó Felicity, con gesto altivo.

-Con que rapidez te olvidas del conde y la condesa de Vaux, querida -apuntó Giles maliciosamente.

-Giles! -exclamó Ian, furioso.

Brandy le miró a los ojos, incapaz de evitar la pregunta.

-Quiénes eran los Vaux, Giles?

-Creo que es nuestro querido duque y no yo quien debe responder, Brandy.

-Giles, no entiendo qué tienen que ver los Vaux -dijo Felicity-. Al fin y al cabo, no aportaron a los Portmaine ni una gota de sangre francesa.

-Por poco, querida -repuso Giles, y extrajo del bolsillo de su floreado chaleco una caja de rapé.

-Brandy -ordenó súbitamente el duque-, toca para nosotros. Me apetece escuchar una balada escocesa.

Brandy observó que Ian no dejaba de mirar a Giles y parecía turbado. Estaba tan perpleja por el desarrollo de los acontecimientos que no se atrevió a negarse.

Interpretó una triste balada de Robert Burns. La única recompensa fue un despreciable comentario por parte de la señorita Trammerley.

-Qué difícil resulta disfrutar de una canción cuando no se entiende la letra.

Brandy se sentía decepcionada, no iba a descubrir nada más acerca de la familia de Ian ni sobre los misteriosos Vaux. Felicity bostezaba y suplicó coquetamente al duque que la acompañara hasta su alcoba.

-El pasillo está tan oscuro que temo perderme por el camino. Hasta podría tropezar con cualquiera de esos tablones sueltos. Quizá haya serpientes... La alfombra está tan arrugada que hay que ir con cuidado para no caerse. Acompáñame, te lo ruego.

-Me encantaría que se partiera un tobillo -susurró maliciosamente Constance a Brandy.

-Oh, no, Connie -le respondió Brandy en voz baja-. Si se rompiera un tobillo, pasaría aquí mucho tiempo. Tendríamos que desvivimos por ella.

Claude se levantó a duras penas (le dolía el pie) y besó galantemente la mano de lady Felicity.

-Te comportas como un viejo bobo -se mofó lady Adella. Todos estaban acostumbrados a sus maneras, excepto Giles y Felicity, que se levantaron y se la quedaron mirando. Lady Adella ni se dio cuenta-. Estoy segura de que lady Felicity no está interesada en tus artríticas atenciones.

Era evidente que lady Felicity no estaba de acuerdo con su afirmación. Sonreía graciosamente a Claude como si fuera una reina, él parecía un pavo real. Sin dirigirse a nadie en concreto, dio un vago saludo de buenas noches y abandonó la estancia acompañada de Ian.

El duque estaba enojado, por lo que cuando se dirigió a lady Felicity, lo hizo con un tono que nada tenía que ver con la dulzura que solía utilizar con ella.

-Tenía muchas ganas de verte -le comentó a su prometida en cuanto empezaron a subir por las escaleras-, pero tus modales de esta noche han dejado mucho que desear.

Lady Felicity se esforzaba por contener su ira, casi tanto como el duque. Respiró hondo y apretó los dientes para no responder con palabras impropias de una dama. Le costó, pero mantuvo la boca cerrada. Ian tenía mal día.

El duque prosiguió:

-Me consta que todo te resulta muy extraño, pero debes esforzarte por mostrarte amable. No te morirás por ser agradable con todo el mundo, no quejarte y no criticarlo todo y a todos. Vas a estar poco tiempo. No es pedir mucho.

El duque estaba equivocado. Finalmente, olvidando las lecciones de su madre, exclamó:

-Amable! -Y volviéndose hacia el corpulento y sombrío hombre que iba a convertirse en su esposo, le respondió con todo el sarcasmo del que era capaz-: Resulta fácil ser amable en este agujero de mala muerte. Y tú, excelencia, contribuyes a que aún sea más agradable con todo ese discurso acerca de poblar Suffolk con docenas de mocosos parecidos a Fiona, una odiosa y vulgar criatura. Me imagino como una yegua de cría encerrada en Carmichael Hall, ese gigantesco mausoleo, también muy agradable, por cierto. Estás equivocado si crees que algún día abandonaré la vida londinense.

-¿Pretendes decirme, Felicity, que no deseas ser la madre de mis hijos? -Ella le miró con acritud, demostrando el desprecio que sentía por él. Se dijo que jamás le haría daño, y mucho menos en la cama. Con Marianne siempre había sido muy cariñoso. Quizá le tenía miedo porque era virgen-. Has hablado demasiado -añadió Ian, que no sabía si lo que deseaba era lanzarla por las escaleras o consolarla explicándole que la trataría con cariño-. ¿No quieres ser la madre de mis hijos, Felicity?

Ella no era tonta. Extendió los brazos y suspiró. Luego respondió:

-Esta pregunta es ridícula. Estoy agotada, eso es todo. Ha sido un viaje muy largo. Necesito un sueño reparador.

-Sí, estoy seguro -convino Ian y abrió la puerta del dormitorio. Deseaba ser tan tolerante como lo había sido con Marianne. Se arrepentía de haberse mostrado tan arisco con ella durante la velada. El motivo de su comportamiento no era otro que el puro agotamiento. El no la había comprendido. Sin tocarla, le sonrió y dijo a modo de despedida:

-Hasta mañana.

21

El cuarto de los juegos daba al camino de acceso a Penderleigh. Desde allí, Brandy observaba al duque ayudar a Felicity, que lucía un exquisito traje de montar de terciopelo azul, a subir a lomos de Cantor. Estaba celosa: Felicity montaba con soltura, era la viva imagen de la amazona que jamás caía del caballo. Elegante y muy segura de sí misma, era la mujer perfecta para el duque, a diferencia de la chusma escocesa de la familia de la abuela. No podía seguir de aquella manera. Felicity montaba a Cantor, el precioso caballo que podría haberla llevado a la muerte. Los capítulos del libro estaban escritos y nada haría cambiar la última escena. Debía arrojar la toalla. Brandy decidió que era preferible dedicarse a las lecciones de Fiona.

Apartó el voluminoso tomo de historia de Escocia escrito por Brandenstone para desenterrar un arrugado mapa de Inglaterra y encomendar a Fiona la tarea de encontrar Suffolk. Le encantaba torturarse. Era la única explicación que le encontraba.

-Suffolk... -dijo Fiona, con acento escocés-. ¿Dónde está Suffolk, Brandy?

-Es un condado de Inglaterra, muñeca, donde vive Ian cuando no está en Londres. Posee una propiedad llamada Carmichael Hall. También tiene un lago, donde

suele nadar. -Lo imaginaba saliendo del agua completamente desnudo, mojado, igual que la tarde en que ella irrumpió en su dormitorio y lo sorprendió al salir de la bañera. Tenía que acabar con aquella situación.

-Bien -dijo Fiona-, aquí está la residencia ducal. -Fiona señalaba con el dedo la zona oriental de Inglaterra.

-Cielo santo, muñeca, ¿dónde has oído esta expresión?

-La abuela... -respondió Fiona, concentrada en el mapa de Inglaterra-. Brandy -dijo, levantando la vista-, ¿qué significa «ducal»?

Brandy echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Luego dijo:

-Oh, muñeca, parece que estuvieras hablando de una marsopa, o de una de las bebidas que Fraser prepara a Bertrand y al tío Claude. «Ducal», cariño, se refiere a lo que es Ian: un duque. Ambas palabras están relacionadas. -No era la mejor definición del mundo, pero Fiona parecía satisfecha.

Fiona situó el dedo sobre Suffolk y alzó la vista.

-Dónde vivirá esa señora tan repelente?

Brandy suspiró y repuso:

-No lo sé, muñeca. Es la mujer que se casará con Ian.

-Y por qué quiere casarse con ella? Aquí se lo pasa muy bien, incluso estando Percy. Creo que cuando viva con ella no se lo pasará tan bien. Quizá tú, Brandy, puedas sacárselo de la cabeza.

-Yo, muñeca? No puedo hacer nada. Lo siento, pero las cosas son así.

-Y por qué ha venido si no le gustamos?

-Buena pregunta. No creo tener la respuesta, Fiona.

-Confío en que no se lleve a Ian. Quizá le ponga un sapo en la cama...

Brandy levantó a Fiona en brazos y la interrumpió:

-Espero que no, muñeca, aunque de todos modos me gustaría ver la cara que pone si llegases a hacerlo. Sí... uno de esos enormes sapos del pantano de Perranporth. Pero a Ian no le gustaría, y va a ser su mujer. Debemos comportarnos con amabilidad aunque nos revuelva el estómago. -Y Brandy se preguntó qué estaría diciéndole a Felicity en aquel momento.

Ian cabalgaba a medio galope junto a Felicity por el sendero que corría paralelo al acantilado. Se preguntó por qué insistía en prolongar su estancia en Penderleigh. Dos buenas razones eran esperar a que las ovejas Cheviot estuvieran instaladas y asegurarse de que las cuentas marcharan viento en popa. Sin embargo, debía reconocer que había otro motivo. Lo que le retenía en aquel lugar era Brandy y no podía seguir negándose a la evidencia. Pensaba en cómo le miraba, parecía que él fuera lo único que le importaba.

Recordó la tarde que habían pasado juntos en la cabaña, su preciosa y cálida boca, los inocentes suspiros de placer que sintió al besarla.

-Ian, ve más despacio, por favor. No me gusta ir al galope, y mucho menos por un camino tan accidentado como éste. Hay cien metros de caída como mínimo. En este maldito país parece que no sepan lo que es un camino decente.

Ian aminoró la marcha, respiró hondo y se volvió hacia Felicity.

-Lo siento, querida, no prestaba atención.

-Ian, ¿qué demonios te pasa? No pareces tú. Has cambiado y no puedo decir que me guste. Parece como si disfrutaras revolcándote con esta gente tan vulgar. Lo siento, pero es así. No son más que parientes lejanos. No tienes ninguna obligación de divertirte con ellos. ¿No preferirías estar de nuevo con los de tu clase?

-Felicity -dijo Brandy, obligando a *Hercules* a detenerse junto a *Cantor-,* ¿por qué has venido a Penderleigh? Te comuniqué por carta que iba a retrasarme. ¿Y a qué viene lo de revolcarse? Es cierto, me divierto con ellos. Son de mi familia, incluyendo al tío Claude, con sus escasos dientes y sus cacareos, y a lady Adella, más amarga que la mermelada de frambuesas que prepara Cook. ¿Por qué has venido a Penderleigh? -insistió.

No quería decirle que había sido su madre la que la había animado a seguirle hasta allí, ya que no podía creer que Ian abandonara Inglaterra y a su prometida.

«Está demasiado lejos de ti, mi amor -le había dicho su madre-. Los hombres se meten en problemas si no se les vigila. Sí, querida, lo mejor que puedes hacer es ir a ese horrible lugar y traer a Ian de vuelta. Los hombres son muy inestables, y mejor que sea inestable estando a tu lado que lejos de ti.»

No, Felicity no pensaba explicárselo.

Sofocada, sonrió antes de responder con voz encantadora:

-Ya te lo he dicho, Ian, te echaba de menos. Creo que es razón más que suficiente para rendir una visita a mi prometido.

Ian arqueó las cejas y dijo:

-Vamos, Felicity... Te creería de haber estado en Carmichael Hall, pero en Escocia...

Felicity se alisó los guantes, tratando de controlar la rabia que sentía hacia él.

-Esto parece un interrogatorio -farfulló por fin-. Como ya te he dicho, has cambiado.

-Cambiado, querida? Lo que ocurre es que jamás habías tenido la oportunidad de yerme fuera de nuestros círculos de amistades londinenses. Admito que me ha sorprendido que hayas dejado la temporada a medias para venir a un lugar que te resulta abominable. Pero tu viaje ha sido una pérdida de tiempo. No tenías ningún motivo para venir, absolutamente ninguno.

¿Acaso creía que era una imbécil y estaba ciega? Aquello era excesivo.

-¿Tan increíble resulta que deseara verte? ¿O quizá es que no te gusta que haya venido aquí a interrumpir tus placeres? ¿Tan ciego y engreído eres que me crees incapaz de ver que esa condenada fulana de Brandy está intentando hacerte olvidar quién eres y lo que representas para mí?

»A mí no me engaña, Ian, por vulgar que sea y por muchas trenzas que lleve. Ya me he percatado de cómo te mira, de cómo te sonríe, de sus intentos de bromear contigo, a los que yo no encuentro la menor gracia, por cierto. ¿Creías de verdad que no iba a darme cuenta del cariño con el que la mencionabas en tu carta? ¿O es que ni siquiera te importaba?

Ian la miraba fijamente, incapaz de creer que tanta mordacidad saliera de aquella boca tan bonita, una boca que suponía cálida y cariñosa. Tiró de las riendas de *Hercules* y el caballo se encabritó. Calmándolo, logró también sosegarse a sí mismo. ¿Qué esperaba que respondiera? ¿Pretendía que estuviera de acuerdo con ella y le dijera que Brandy era una fulana? Acaba de preguntarle si le importaba o no. ¿Estaría en lo cierto? ¿Le importaba realmente?

Respondió por fin, con voz serena.

-Qué insinúas, Felicity? -Sabía que era una locura enojarla aún más, pero era la primera vez desde que la conocía que no entendía lo que quería decir. De pronto cayó en la cuenta de que jamás la había comprendido y de que Giles estaba en lo cierto en cuanto a ella. Lamentaba no haber escuchado a su primo y quería que aquello acabara. Repitió la pregunta-: ¿Qué insinúas, Felicity?

Ella se volvió, obligándose a recordar que era la hija mayor del conde de Braecourt, no una frívola mujerzuela de la salvaje Escocia. Se encogió de hombros.

-Supongo que para ti debe de ser normal buscar quien te satisfaga, aunque sea en este lugar odioso e incivilizado. Según tengo entendido, los caballeros de nuestra clase suelen divertirse con amantes y prostitutas, aun estando prometidos a una dama. Lo único que te pido es que no traigas tu

puta a' Londres después de casarnos. Y si en un futuro se te ocurre instalarla en Londres, te ruego que la mantengas alejada de mí y de todas nuestras amistades.

-Ah, ya entiendo, como soy un duque, es normal que tenga amantes y me dedique a frecuentar, prostitutas. ¿Y no sería normal que respetara virtudes tales como el honor y el compromiso de fidelidad?

-No se trata de eso. Según tengo entendido, las amantes y las fulanas de los caballeros nada tienen que ver con el honor y los compromisos. Las cosas son así.

-No para mí. Yo mantengo mis promesas y mis juramentos. No me importa nadie más. Supongo que ha sido tu hermano, lord Sayer, quien te ha explicado todo eso, ¿verdad?

-Me ha dicho que lo más probable es que me trates como si fuera tu amante favorita y que me abandones en cuanto te haya dado heredero. Dijo que así es como suelen actuar los caballeros. Pero mi hermano no es el único. No estoy ciega, Ian. Al principio los matrimonios parecen unidos, pero todos acaban teniendo amantes.

-Una realidad deprimente -comentó el duque-. Sin embargo, te repito que yo no soy así. Tengo muchos amigos felizmente casados y fieles a sus esposas. Y debo añadir que éstas también les son fieles. Pero volvamos al inicio de la conversación. ¿Has hecho el viaje a Penderleigh... porque te escribí acerca de Brandy y tú, Felicity, diste por supuesto que era mi amante...? Creo que empiezo a comprenderte.

Estaba resentida y celosa de su posición, o quizá de la posición que obtendría en cuanto se convirtiera en la duquesa de Portmaine.

-Confío en que así sea, Ian. Así pues, ¿no la llevarás a Londres? ¿No me avergonzarás delante de nuestras amistades? ¿Esperarás a que nos casemos y serás discreto?

-Jamás llevaré a Brandy a Londres para que sea mi amante, nos casemos o no. Además, Brandy se niega a ir a Londres, aunque yo deseo que vaya, por supuesto. Quiero que pase una temporada allí, que se divierta, que conozca algún caballero que despierte su admiración, un caballero con el que quiera casarse. Pero ya te lo he dicho, se niega a ir. -Y antes de que ella pudiera hacer cualquier comentario, añadió-: Felicity, anoche te pregunté si querías ser la madre de mis hijos. Y ahora creo que necesito tu respuesta.

22

Ella bajó la vista, parecía una tímida doncella, aunque fue incapaz de mantener el tono de voz al mismo nivel.

-Por supuesto que cumpliré con mi deber.

-Tu deber... -repitió Ian, con voz serena. ¿Cómo podía estar tan ciego como para no haber visto qué clase de mujer era?

-Debes tener un heredero. Incluso mi madre está de acuerdo con la idea. Todo señor necesita un hijo que lleve su nombre y su título. Está Giles, tu heredero nominal, pero es sólo dos años menor que tú y es poco probable que herede tu título. No lo dudes, haré lo que deba.

-¿Me amas, Felicity?

Perpleja, tiró con demasiada brusquedad de las riendas del caballo, que dio un paso en falso y se salió del estrecho sendero en dirección al acantilado. Ian reaccionó con rapidez. Ella se echó a reír y recuperó su posición erguida en la silla.

-Qué obstinado eres. Mi querido duque, empiezo a creer que este aislado lugar te ha trastornado. Siento gran afecto por ti y tu familia, es lo que se espera de la futura duquesa de Portmaine. Y estoy segura de que no has sucumbido a ideas que sólo son válidas para las clases más bajas y para mujeres estúpidas que leen novelas románticas llenas de bobadas.

-Tan diferentes son, pues, un duque y una duquesa del resto de la gente?

Le respondió con una fría mirada, llena de tolerancia y de una buena dosis de desprecio.

-Un duque y una duquesa deben dar ejemplo a la clase más baja. Y la sensiblería carece de espacio en círculos como los nuestros. No me cabe en la cabeza que pretendas que la duquesa de Portmaine actúe como una actriz de vodevil. A mí no me han educado así. Jamás haría algo de tan mal gusto.

La miró de reojo, se sentía triste. En el pasado tal vez hubiera estado de acuerdo con ella, pero no en aquel momento. Felicity tenía razón... había cambiado, se había convertido en un hombre a quien ni él mismo comprendía. Quizá siempre había sido aquel hombre, aunque se hubiera negado a la evidencia. No lo sabía. Suspiró. Aunque no hubiera sido un duque, seguía siendo un caballero y un caballero jamás rompía un compromiso formalmente anunciado, por mucho que fuera incapaz de imaginarse pasando el resto de su vida junto a aquella mujer. El era el único culpable. Había visto en Felicity lo que él deseaba ver. Pero él había tomado la decisión, y ahora iba a pagar las consecuencias. Ella jamás cambiaría. Así de sencillo, no había más que hablar.

-Creo que es hora de regresar a Penderleigh -anunció escuetamente, e hizo dar media vuelta a Hercules.

Felicity le siguió después de esbozar una sonrisa.

La llegada de Percy a última hora de la tarde no hizo más que incrementar su mal talante. Sin embargo, le sorprendió comprobar que la armadura de cinismo que solía acompañar a Percy había sido reemplazada por el buen humor. Estaba sonriente y parecía feliz.

Tendrían que acostumbrarse. Percy acaba de anunciar que se había convertido en un auténtico Robertson y que ya no era un bastardo, ya que las cortes escocesas, ante la persistente presión de MacPherson, habían decidido legitimarlo en Edimburgo.

Ian vio palidecer a Bertrand al recibir la noticia. Por su parte, Claude lanzó un bufido de enojo y clavó su cansada mirada en lady Adella. Ella parecía pasarlo en grande y le dio a Percy una palmada cariñosa en la espalda antes de dirigirse a Claude.

-Ya te tocará el turno, no te impacientes -le comentó cínicamente-.¿Qué importancia tiene una semana o un mes más? Cada cosa a su tiempo, el pobre MacPherson no da más de sí.

No obstante, lo que más sorprendió a Ian fue la reacción de Felicity al conocer a Percy. Esperaba que arrugara su patricia nariz ante el repugnante hecho de tener que compartir techo con un bastardo (al menos hasta aquel momento). Pero estaba equivocado. Percy tomó una de sus delicadas manos, le susurró palabras aduladoras y le besó la muñeca. Ella se sonrojó. Ian no creía lo que veían sus ojos. El siempre había sido muy prudente en su comportamiento, cuidando en todo momento de no abusar de su inocencia para no asustarla. En cambio, tenía la impresión de que si Percy la hubiera besado en la boca, ella le hubiera devuelto el beso e incluso le habría dado las gracias.

Como era habitual, Giles saludó educadamente a Percy y le comentó a Ian en voz baja que aquel tipo, por particulares que fueran sus antecedentes, poseía un atractivo especial para las mujeres.

Ian, mirando a Brandy, se dijo que había una excepción.

Durante la cena, Percy explicó de nuevo la breve visita que había realizado al padre de Joanna, Conan MacDonald, en cuanto estuvo legitimado.

-Deberíais haber visto la cara del sujeto cuando le dije que había cumplido su deseo de no volver a aparecer hasta que mi apellido estuviera en el lugar que le correspondía. Se sonrojó, consciente de que ya no existía motivo alguno para apartarme de la arpía de su hija. Soy un auténtico Robertson, un apellido de alta cuna.

-Dígame, señor -preguntó Felicity con voz seductora-, ¿por qué pretende cortejar a una dama que no es de su agrado?

-Juraría -intervino Giles, con un brillo especial en la mirada- que la señorita Joanna es una heredera.

-Por supuesto -confirmó Percy, sonriendo-, además de ser una palomita que cree que todo el mundo gira alrededor de mí. Y naturalmente Conan MacDonald, por rico que sea, sigue oliendo a tendero. Creo que podré soportar el olor.

-Y la adoración -apuntó Giles.

-Sí, al menos por una temporada -puntualizó Percy.

Ian se sorprendió de que Felicity comprendiera sin problemas el cerrado acento escocés de Percy. Seguía dolido por lo estúpido que había sido. Clavó el tenedor en el haggis, le sentaría bien.

-Así pues, ¿te quedas con MacDonald, chico? -preguntó lady Adella.

-¿Lo dudas, abuela? El viejo Angus (que se pudra en el infierno) sigue ejerciendo una poderosa influencia entre la alta burguesía escocesa. Por supuesto, no me cansé de alabar la clase y las virtudes de nuestro actual conde de Penderleigh. Al viejo casi se le salen los ojos de las órbitas cuando se enteró de que el título está ahora en manos de un duque inglés.

Lady Adella le amenazó con uno de sus dedos artríticos.

-No se te ocurriría decirle a MacDonald que tú eras el heredero del duque, ¿verdad, maldito pícaro?

Ian estuvo a punto de romper la copa con la mano antes de dejarla sobre la mesa. Luego dijo:

-El heredero del duque todavía no ha nacido. Confío en que lo haga dentro de un año aproximadamente.

De inmediato Giles susurró a Felicity al oído:

-Vas a estar muy ocupada, querida. Lo ordena el señor. Te convertirás en una mula de cría. Estarás encantadora... al principio.

Brandy se sintió indignada ante el comentario del duque.

-¡Cállate, Giles! -ordenó Ian, visiblemente enojado.

Giles esbozó una sonrisa maliciosa, levantó la copa y dijo:

-Propongo un brindis, Ian. Para que tengas más suerte esta vez.

Brandy levantó la cabeza al oír a Giles. Ian, a pesar de su intenso bronceado, palideció de golpe. ¿A qué se referiría Giles con lo de «esta vez»?

Constance, que había permanecido sentada junto a ella en silencio, dejó la servilleta sobre la mesa, se levantó y salió corriendo del comedor.

-¿Qué le pasa? -inquirió lady Adella- Malditas chicas. Pasan del llanto a la risa en cuestión de segundos. Me sulfuran. Yo no hacía estas cosas a su edad.

-Nadie se acordaría -bromeó Claude-. Ha pasado mucho tiempo.

-Iré a ver qué le pasa -dijo Bertrand, y también abandonó el comedor.

Oyó los sollozos entrecortados procedentes de la pequeña salita que había junto al salón. La puerta estaba entornada, la abrió del todo y vio a Constance tumbada sobre el sofá, llorando desconsoladamente.

Era una imagen encantadora, la oscura cabellera cubriendo la desnudez de sus hombros... Deseaba abrazarla y besarla hasta que dejara de llorar para devolverle los besos. Sin embargo, se sentó junto a ella y susurró:

-No, pequeña, no llores. No tienes motivos para llorar.

-¿Eres tú, Bertrand? -inquirió secándose los ojos con la mano.

-Sí, soy yo -respondió. Deseaba que le viera distinto, que le viera como él la contemplaba en aquel instante.

-Vienes de parte de la abuela o del tío Claude? -Aunque hipaba, trató de sonreír.

-No, he venido porque estaba preocupado. -Sacó un pañuelo del bolsillo del chaleco-. Ten, Connie, sécate las lágrimas y cuéntame qué es lo que te preocupa.

Se frotó los ojos y las mejillas y, sosteniendo el pañuelo entre los dedos, desvió la mirada.

-Vamos, pequeña, sabes que puedes confiar en mí. ¿Acaso no he sido siempre tu amigo? -Sí, siempre había sido su maldito amigo, se dijo.

Constance se percató de la dulzura de su mirada, exenta de reproches.

-¡Percy va a casarse con ese monstruo de Joanna! No la ama, sólo quiere su dinero. Es despreciable. No logro entender que sintiera admiración por él, que llegara a amarle.

Bertrand bendijo a Percy en silencio.

-Tal vez tengas razón, Connie, pero deberías comprender su posición. Le gusta la vida alegre de Edimburgo, y si no tuviera dinero para mantener su tren de vida, sería un desgraciado. Ha elegido libremente lo que quería y lamento que la decisión incluya contraer matrimonio con alguien a quien no ama.

-Le tenía por una persona más noble -dijo, sollozando-. Y tú, Bertrand, aún le defiendes. Jamás le

habías defendido. Siempre habías dicho que era un mal hombre y que no merecía el cariño de nadie.

Y era cierto, pero en aquel momento podía permitirse el lujo de mostrarse considerado con Percy e incluso hacer gala de cierta generosidad.

-Sabes que nunca he aprobado su comportamiento, pero entiendo sus motivos. Olvídale, Connie, jamás ha sido merecedor de tu cariño.

Ella permanecía en silencio. ¿Habría alejado definitivamente a Percy de su vida? Confiaba que sí.

-Sigue sin parecerme bien -dijo.

-La vida está llena de injusticias. Lo sabes muy bien. Llevas dieciséis años viviendo aquí, todos sufrimos en vida de Angus. Quizá ahora con lady Adella la situación no sea mejor, pero al menos es distinta.

-¿Y Brandy? ¿Por qué tiene que ir ella a Londres si yo ni siquiera he visitado Edimburgo?

Sus quejas estaban justificadas. El agravio era evidente.

-Brandy es la mayor, Connie, aunque -añadió, tratando de lucirse- mucha gente te ve a ti mucho más mujer que a ella.

-Sí, es verdad.

-De todos modos, no creo que vaya a Londres. Es deseo del duque, no de Brandy. ¿Crees que a lady Felicity, recién casada con el duque, le atrae la idea de tea cualquiera de las dos en su casa?

-No, no lo creo. Es una bruja, Bertrand. Pobre Ian... ¿Por qué se casa con ella? Le sobra dinero. ¿Por qué?

-No lo sé. Tal vez todas las damas londinenses sean iguales y, de entre ellas, ésta sea la mejor elección. No creo que te divirtieras mucho con ella. Pero Edimburgo es otra cosa. Es una ciudad muy bonita, Connie, y estoy seguro de que acabarás pasando una larga temporada allí. Ian me ha dicho que en la capital de Escocia las tiendas y los espectáculos no tienen nada que envidiar a los de Londres.

Aún sin parecer muy convencida, Constance se puso en pie, se alisó el vestido y, mirándole a los ojos, dijo:

-Eres muy amable, Bertie. ¿Se nota que he llorado?

Bertrand secó con el pañuelo sus delicadas mejillas.

-No, estás tan bonita como siempre. Si alguien pregunta, diré que te dolía la cabeza.

-Gracias, Bertie.

Regresaron al salón y nadie preguntó el motivo de la repentina huida de Constance. Sin embargo, Ian se percató del discreto guiño que lady Adella dirigía a Claude.

Brandy miró a su hermana, consciente de que el motivo era Percy. Esperaba que, por fin, le viera tal y como era en realidad. Estaba preciosa, tranquila. ¿Qué le habría dicho Bertrand?

Después de cenar, Brandy consiguió armarse del valor suficiente para hablar con Giles. Felicity le brindó la oportunidad cuando, animada por Percy, se sentó al piano dispuesta a interpretar una sonata de Mozart. La pregunta de Brandy sorprendió a Giles, que a su vez inquirió:

-Mi pobre Brandy, ¿no sabías lo de Marianne?

-No.

-Cuando le deseé a Ian mejor suerte esta vez, me refería a su primera esposa. Murió en la guillotina. No pudo hacer nada por salvarla.., y lo intentó.

-¿Marianne era francesa? ¿Era... una Vaux?

-Posees una memoria excelente, querida. Sí, era una criatura frágil y encantadora a quien sus padres y su esposo, Ian, adoraban.

-Entiendo.

Perplejo, Giles observaba el brillo de tristeza que inundaba aquellos preciosos ojos. Al parecer, Ian había despertado emociones propias de una mujer en el corazón de una niña. Se encogió de hombros, no debía involucrarse. Era joven y los corazones jóvenes no solían romperse, sino tan sólo sufrir ligeras magulladuras.

Recordaba su última herida. Habían transcurrido más de dos años, pero ni siquiera se acordaba de su nombre.

23

Después de pasar la mañana ayudando a Bertrand y a los granjeros a encerrar la veintena de ovejas Cheviot en los establos, Ian apestaba a animal. Como no quería presentarse ante la familia (y en especial ante Giles y Felicity) impregnado de aquel olor fétido, decidió que un baño rápido en la pequeña cala protegida que había visto conseguiría dejarle como nuevo.

Echó un vistazo por si Fiona estaba construyendo algún castillo de arena, pero sólo vio pedazos de madera de balsa, enormes rocas negras y guijarros. Se desnudó y dejó la ropa encima de una piedra, a pleno sol.

Se estremeció al notar el agua helada rozándole las piernas, pero siguió avanzando hasta que el agua le llegó a la altura de la cintura. Luego se sumergió y empezó a dar largas y firmes brazadas. No lograba acostumbrar su cuerpo a la temperatura, el agua estaba helada. Nadó hasta sentir e1 frío en los huesos. Una marsopa pasó al alcance de su brazo. La marsopa de Fiona, pensó. Pero no quería salir del agua. Descansó, dejándose mecer por la corriente, ni una nube oscurecía el cielo azul. Aquel lugar era magnífico. Poco perdería si no pudiera regresar a Londres. Londres... y sus inacabables actividades sociales y Felicity, la mujer con la que iba a casarse, la mujer que no le amaba, que simplemente le apreciaba (a él o a su dinero y su título?) y que criaría con desgana a sus hijos. Se maldijo por haber cometido un error por el que pagaría el resto de sus días. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil?

Suspiró, el resplandor del sol le obligó a entornar los ojos, no quería pensar en nada.

Brandy bajaba por la ladera. Se sentía tan deprimida que ni siquiera había notado que, bajo el pesado chal de tartán, llevaba la espalda del vestido empapada de sudor. Pensaba en la pobre Fiona, encerrada con lady Adella, que se había empeñado en pasar tres horas a la semana con la pequeña para educarla en los modales que toda dama debía poseer. Brandy opinaba que las costumbres habían variado en el transcurso de los últimos cincuenta años, pero prefería no escuchar más insultos de su abuela. Lady Adella obligaba a Fiona a sentarse a sus pies, sobre el viejo cojín de color rojo, y a escuchar las historias de las conquistas de su abuela mientras daba puntadas a un tambor de bordado.

Descendió por el sendero que conducía hasta la playa sin apartar la vista del suelo. No vio la ropa de hombre que había apilada sobre una roca. El resplandor del sol la deslumbraba y se protegió los ojos con la mano para contemplar el mar.

Supo que se trataba de Ian antes de que empezara a salir del agua en dirección a la orilla. No podía dejar de contemplarle. Estaba segura de que no existía hombre en el mundo que se le pudiera comparar. El cabello mojado adherido a su cabeza le otorgaba un aspecto mucho más juvenil. Observó el oscuro vello que cubría su torso. Al alcanzar aguas menos profundas, pudo recrearse en la lisura de su vientre y en el vello que se prolongaba hacia la poblada zona de las ingles. Tenía la mirada clavada en él, igual que la tarde en que irrumpió en su alcoba. Era hermoso, de piernas fuertes (aunque no le había visto los pies, apostaría hasta su chal a qué también lo eran). Cuando salió del agua, se quedó inmóvil por un instante, estirando los brazos por encima de la cabeza.

Una sensación de sofoco se apoderó de ella. Ian no podía imaginar lo que aquel movimiento estaba despertando en sus entrañas. Pero jamás le pertenecería. Estaba más lejos de su alcance de lo que nunca lo había estado. Sin embargo, contemplarlo desnudo... era el mejor regalo que podía esperar en un día espantoso como aquél.

Había tenido un breve altercado con Felicity comparando Londres con Edimburgo. Se sentía tan abatida, que ni siquiera fue capaz de responderle. Simplemente la miró, se volvió y la dejó en el salón sin hacerle caso.

Sabía que no podía quedarse allí contemplándolo como una boba, pero era incapaz de moverse. Decidió aprovechar la oportunidad. El calor le rasgaba las entrañas, era una sensación salvaje e intrigante. Recordó la tarde que pasaron juntos en la cabaña. El la había besado, apretándola contra su pecho. ¿Qué le ocurría? Se imaginaba desnuda a su lado, sintiendo el roce de su vello rizado, las caricias de sus manos en la espalda... y más abajo. Sus dudas se desvanecieron después de ver a Ian desnudo, deseaba saber qué pasaba entre un hombre y una mujer. Si Percy hubiera intentado acariciar cualquier parte de su cuerpo, le habría matado, pero a Ian... le habría dejado hacer lo que quisiera.

Ian estaba abrochándose la camisa blanca, que seguía apestando a oveja, y los pantalones negros. Dejó colgando del brazo el arrugado corbatín y se puso las botas. Un destello llamó su atención e hizo que volviera la cabeza hacia Brandy. Reconoció al instante el descolorido chal de tartán.

-¡Brandy! -exclamó-. ¡Pequeña bruja, ven aquí enseguida! ¡Quiero que me digas que acabas de llegar, que no llevas aquí más de diez segundos! ¡Dime que el reflejo del sol te impedía yerme!

Brandy permanecía inmóvil. Había retrocedido unos pasos con la esperanza de que no la viera. No pretendía ponerle en una situación incómoda pero, una vez más, acababa de hacerlo.

-Está bien. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

-Bastante, la verdad. ¿Recuerdas cuando se te acercó la marsopa...? Después saliste del agua... Un largo paseo.

Ian sintió un repentino acceso de lujuria...

-Brandy, maldita sea, es la segunda vez que me sorprendes en situación tan ridícula! ¿No te das cuenta de que no deberías andar espiando a hombres desnudos? ¿No te das cuenta de que deberías haber salido corriendo hacia el castillo?

Por supuesto, tenía razón. Brandy se humedeció los labios. Estaba sedienta. Deseaba besarle. El parecía enojado. ¿Qué podía hacer? Sólo había una forma de salir airosa del embrollo. Echó a correr hacia el sendero del acantilado.

-¡Espera, maldita sea! -gritó él, persiguiéndola. Quería alcanzarla, aunque no sabía qué haría cuando lo lograra. Debía descubrirlo. De pronto Ian oyó un lejano estallido y sintió como si alguien acabara de clavarle un cuchillo en la espalda. Cayó tendido sobre la arena. No podía moverse. Intentó ponerse en pie, pero el dolor impedía que el aire alcanzara sus pulmones. Finalmente la oscuridad se cernió sobre él.

Brandy dejó de correr al escuchar el disparo. Ian yacía inmóvil en el suelo, la sangre empezaba a empapar su blanca camisa y formaba una mancha de un rojo intenso. No podía ser

cierto. Alguien le había disparado. Quizá había muerto. ¡No! Gritó su nombre y echó a correr hacia él. Cayó de rodillas junto al cuerpo y, en ese momento, volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenía el disparo para ver si veía a alguien.

Se produjo un nuevo disparo, el silbido de la bala le rozó la cabeza, pero estaba ilesa. Se abalanzó sobre Ian para protegerlo con su cuerpo. Alguien intentaba matarle. No había sido un accidente. Otro disparo impactó en la arena, a escasos centímetros de su cabeza.

Abrió la boca para gritar con todas sus fuerzas. Gritó hasta quedarse afónica. No podía hacer nada más. Estaba segura de que alguien la oiría. No quería pensar en que, quienquiera que fuese, pudiera estar acercándose en aquellos momentos dispuesto a terminar su trabajo.

El tiempo se había convertido en su enemigo. Los minutos que pasó inmóvil sobre el cuerpo sangrante de Ian le parecieron una eternidad. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que vio aparecer a Bertrand y Fraser a través de una cortina de lágrimas. Venían corriendo por el tortuoso sendero.

-¡Bertie! -gritó-. ¡Gracias a Dios que has venido! ¡Por favor, Dios mío, daos prisa! ¡Le han disparado! -Se apartó y separó la camisa para mostrar la herida.

Se despojó del chal y lo apretó con todas sus fuerzas contra la herida sangrante de la espalda.

-¡Dios mío, Brandy! ¿Por eso gritabas? ¿Qué demonios ha pasado? -inquirió Bertrand y apartándola, ordenó a Fraser-: Corre, ve a buscar a los demás. Manda a alguien a buscar a Wee Robert. No pierdas ni un momento. Dios mío, le han disparado por la espalda. -Hizo presión sobre la herida para evitar la hemorragia-. Hemos oído los disparos y luego los gritos. ¿Quién ha sido, Brandy? ¿Le has visto?

-No he visto a nadie. ¿Se pondrá bien, Bertrand?

-No lo sé, Brandy. Es una herida profunda y la bala quizá haya afectado algún órgano vital. Tendremos que esperar a que llegue Wee Robert para saberlo. Ven, pequeña, ahora debes ayudarme.

Percy y Giles bajaban corriendo por el sendero. Giles guardó silencio hasta haber examinado el estado de su primo.

-Seguro que has visto quién ha sido -comentó, sin apartar la mirada de las pálidas facciones de Brandy.

Ella negó con la cabeza, sin decir palabra.

-Bien, ahora no importa -dijo Giles-. Vamos, Bertrand, Percy, debemos llevarle al castillo. --Entre los tres le levantaron con mucho cuidado. Tardaron varios minutos en llegar a lo alto del acantilado.

-Maldita sea, está pálido como el papel! -se lamentó Bertrand-. ¿Quién diablos puede haber hecho esto?

-Debe de haber sido un accidente -afirmó Percy-. No hay otra explicación. Un accidente.

-Tan cierto como que está inconsciente -dijo Giles al levantar el cuerpo-. Pesa mucho.

Finalmente llegaron al castillo seguidos de Brandy. Morag se puso a gritar, Constance contemplaba la escena, boquiabierta. Sin apartarse de Ian, Brandy les siguió hasta llegar al dormitorio del duque.

-Has hecho todo lo que has podido, pequeña -le dijo Bertrand-, pero ahora debes salir. Vamos a desnudarlo y a meterlo en la cama. Ordena que Wee Robert suba en cuanto llegue, ¿de acuerdo?

Ella le miraba fijamente, pálida y en silencio. Ella zarandeó y añadió:

-Escúchame con atención, Brandy. Te prometo que sobrevivirá. Ya no puedes hacer nada más. Sal y cuéntaselo a todos.

No quería abandonarle, pero debía hacerlo. Sí, bajaría para explicar a todo el mundo lo sucedido. Y esperaría la llegada de Wee Robert. Al observar a Percy, que estaba ayudando a tender a Ian en la cama, le pareció que su mirada era más turbia de lo habitual y su boca se había convertido en una tenue línea de frialdad. Desesperada, miró a Bertrand e imploró:

-No le dejes solo, Bertrand, prométemelo. No ha sido un accidente. Alguien intentaba matarle. Le han disparado tres veces. Júrame que no le dejarás solo.

-Te lo juro, pequeña. Y ahora vete.

Brandy no perdió el tiempo despojándose de sus ropas ensangrentadas, sino que bajó directamente al salón.

-Bébetela, niña -le ordenó lady Adella, ofreciéndole una copa de coñac.

Se bebió la copa de un trago y empezó a toser. Pero en cuanto el calor le llegó al estómago, se sintió mejor. Dejó la copa vacía sobre el aparador.

-Qué le has hecho al duque? -preguntó Felicity al entrar en el salón-. ¡Por Dios, estás llena de sangre, de su sangre! ¿Qué le has hecho, maldita zorra?

-Han intentado asesinarle en la playa. Han sido tres disparos. Una bala le ha dado en la espalda.

Felicity observaba el vestido ensangrentado de Brandy. Abrió la boca, lanzó un grito y se derrumbó sobre la alfombra, levantando una nube de polvo al caer.

-Criatura inútil -bufó lady Adella.

Brandy y Constance agarraron a Felicity y la arrastraron hasta el sofá.

-¿Es sangre de Ian, Brandy? -inquirió Constance, asustada.

-Calla, Constance. No hay ninguna necesidad de que subrayes lo que es evidente -dijo lady Adella, y luego se dirigió a Brandy-: Fraser ha ido a buscar al juez Trevor. Pero dime, Brandy, antes de que vayas a cambiarte, ¿has podido ver al autor de esta atrocidad?

-No abuela, no vi a nadie. Quienquiera que disparase debió de esconderse tras las rocas del acantilado.

Lady Adella apartó la vista de la cara pálida y ojerosa de Brandy para observar, pensativa, sus nudosas manos.

-Un cazador furtivo... Debe de haber sido un cazador furtivo -intervino Constance.

-Hace años que no hay cazadores furtivos por la zona -repuso lady Adella-. No hay caza, y la gente lo sabe. Han intentado matar al duque.

Sin embargo, Constance repitió su opinión ante el juez Trevor.

-No hay cazadores furtivos en casi cien kilómetros a la redonda -apuntó Brandy con frialdad-. Acaba de decirlo la abuela. No hay nada que cazar.

-Sin embargo... -empezó el señor Trevor, pero Brandy se levantó en cuanto oyó la voz familiar de Wee Robert. Luego salió de la habitación y Wee Robert la dejó hablar mientras asentía con la cabeza, ya que reconocía cuándo alguien estaba realmente conmocionado. Permitió que le acompañara hasta el dormitorio del duque y, antes de cerrarle la puerta en las narices, le dio una palmadita cariñosa en el hombro.

Era como si el tiempo se hubiese detenido. Brandy regresó al salón. El señor Trevor estaba hablando con lady Adella en voz baja.

Levantó la cabeza al ver que Brandy entraba de nuevo.

-La versión de Brandy nos ayudará a tomar una decisión, lady Adella. -Frunció el entrecejo, una expresión que fue acentuándose a medida que escuchaba la versión de los hechos que le relató Brandy-. Tengo la impresión, muchacha, de que has salvado la vida al duque. -Se dirigió entonces a lady Adella-: Señora, debo considerar que el señor Percival Robertson queda fuera de cualquier posición... ambigua.

-Sí, es cierto -convino ella, observándolo como un zorro a un faisán. Después añadió con su habitual tono de voz imperioso-: Deja ya de pensar en tonterías, Trevor. Te agradecería que no implicaras a nadie de la familia en el asunto. Supongo que vas a insinuar que la gota de Claude Robertson es un simple engaño y que ha sido él quien ha apretado el gatillo. El responsable es un delincuente y lo que tienes que hacer ahora es dar con ese desgraciado. Maldita sea, te conozco de toda la vida, hasta conocí a tu madre, una pobre mujer. Haré que te excomulguen si no controlas tus modales. Encuentra a ese delincuente y deja de pensar en lo que estás pensando.

A pesar de que las arrugas de la comisura de los labios del señor Trevor se acentuaron, mantuvo la calma. Brandy pensaba que su reacción era todo un cumplido después de la arenga a que acababa de someterle la abuela.

-Se trata de un asunto muy grave, señora -dijo-y lo único que intento es cumplir con mi deber. Le ruego que olvide por un momento a ese posible delincuente (no tenemos ningún sospechoso) y que me diga quién supone que podría desear la muerte del duque. No, no siga fustigándome con la lealtad y la honestidad de los Robertson. No se trata de eso en este momento. La vida de un hombre está pendiente de un hilo, la vida de un familiar.

Brandy no conseguía alejar el nombre de Percy de su cabeza. Quería gritar su nombre en voz alta. Había bajado corriendo del acantilado como si estuviese esperando el momento, aunque

permaneció en silencio. Cualquier Robertson, cada uno a su manera, salía ganando con la muerte de Ian.

Lady Adella, enojada, golpeó el suelo con el bastón y exclamó:

-Maldita sea, Trevor, ¿por qué no podría tratarse de un vulgar delincuente? Lo repetiré una vez más: estás equivocado. Ningún Robertson cometería jamás una cobardía de este calibre.

El señor Trevor mantenía la calma. Le hubiera gustado poder decir que el viejo Angus habría disparado a cualquiera por la espalda en un acceso de ira, pero estaba muerto y no quería correr el riesgo de que lady Adella sufriera un ataque de apoplejía. Pensaba también que el señor Percival Robertson, recién legitimado y el siguiente en la línea de sucesión, era el principal sospechoso. ¿Y qué decir de Claude y de Bertrand, su hijo? ¿Acaso no intentaba aquella anciana tortuosa devolverles los derechos de herencia? No, jamás debía olvidar al resto de la familia. Era una situación muy complicada. ¿Y por qué un duque inglés, y en su propio condado...? Aquello era más de lo que cualquier hombre en su sano juicio era capaz de soportar.

Se levantó, dispuesto a marcharse.

-Confiemos, lady Adella, en que mañana su excelencia se encuentre lo bastante recuperado para proporcionar más información. Volveré para hablar con él. Ruego a Dios que siga con vida.

-Por supuesto que seguirá con vida -afirmó lady Adella, indignada-. Es sangre de mi sangre. No existe bala disparada por un cobarde capaz de acabar con él.

Crabbe acompañó al señor Trevor hasta la puerta. Lady Adella miró con desprecio a Felicity, que, aturdida, seguía sentada en el sofá. Parecía una criatura frágil y desvalida. Lady Adella, en el fondo, admiraba su habilidad.

-Brandy, avisa a la doncella de lady Felicity. Estará mejor en su dormitorio.

Brandy obedeció la orden, feliz de hacer algo que la distrajera aunque sólo fuera por un momento.

24

Ya era mediodía y Wee Robert seguía sin aparecer por la planta baja.

-Por mucho que destroces tu chal, niña, no conseguirás que baje antes -dijo lady Adella-. Ha sido un buen golpe, lo reconozco: oír el disparo y verle caer. No te culpo por haberte echado encima de él. Le has salvado la vida, lo cual es excusa suficiente. Tranquilízate, Brandy. Eres una buena chica.

-Sí, abuela -susurró, sin dejar de maltratar el chal. Pensaba que su abuela estaba mostrándose excesivamente amable con ella, lo cual la hubiera puesto muy nerviosa de no ser porque en aquel momento lo que más la preocupaba era Ian.

Crabbe entró en el salón y anunció al médico.

-Elgin Robert, señora.

-Tengo ojos en la cara, Crabbe. Bien, Wee Robert, ¿cómo está el duque?

A Elgin Robert no le ofendía que le llamara por su mote (tras quince años soportándolo, estaba más que acostumbrado). Parecía exhausto. Era un hombre de baja estatura y aparente debilidad. Se pasó la mano por la frente y avanzó hacia lady Adella.

-Creo que su excelencia se recuperará, señora -anunció con su peculiar voz-. La bala le ha entrado por la espalda, rozando la parte inferior del hombro izquierdo. Me gustaría añadir que su pariente es tan fuerte que incluso me he asustado. Cuando le he extraído la bala, no ha soltado ni un lamento, Está destrozado, se lo aseguro, pero mucho más tranquilo. Lo único que debe preocuparnos a partir de este momento es la fiebre y una posible infección.

Wee Robert aceptó agradecido la taza de té que le ofrecía Constance y se la bebió de un trago.

-El duque es joven y fuerte. Saldrá de ésta sin problemas. Sin embargo, se trata de un asunto muy desagradable. ¿Tiene Trevor idea de quién le disparó? ¿Brandy...?

-Un asunto realmente desagradable -convino lady Adella-. El idiota de Trevor se ha ido igual que ha venido, es un estúpido. Creo que ese hombre sólo sirve para cazar tunantes que-.roban manzanas. Sospecha que ha sido alguien de la familia el que ha disparado al duque. En cuanto a Brandy, lamentablemente no pudo ver nada.

-¿Está despierto su excelencia? -preguntó Brandy.

-No, le he suministrado una fuerte dosis de láudano. El descanso es la mejor medicina.

Percy, Giles y Bertrand irrumpieron juntos en la estancia, pálidos y agotados.

Wee Robert se dirigió a ellos.

-Agradezco su colaboración, caballeros. -Se interrumpió ante la idea de que era muy posible que cualquiera de los tres fuera el autor de los hechos.

Bertrand agradeció el cumplido moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento. Luego inquirió:

-¿Ha venido Trevor, lady Adella?

-Sí. Estaba explicándole a Wee Robert que ese tipo rebuzna como un asno. Sospecha que el culpable es un Robertson. Aunque, naturalmente, el culpable debe de ser uno de esos condenados delincuentes comunes. Ningún Robertson puede haber hecho una cosa así. Además, no existe Robertson capaz de ser tan malo disparando. El asesino realizó tres disparos y los falló todos, excepto el primero.

Giles arqueó las cejas observando a Percy y a Bertrand.

-¿Dónde está el tío Claude? -preguntó Brandy.

-Dios mío, Brandy, ¿crees que mi padre sería capaz de cometer un acto tan despreciable? -exclamó Bertrand.

-Por cierto -lo interrumpió Percy-, ¿sabemos todos dónde estaba cada uno de nosotros en el momento en que dispararon a Ian? Incluso podría haber sido Brandy.

-Empecemos contigo, Percy. ¿Dónde estabas? -preguntó Bertrand con frialdad.

-Ah, querido primo, ¿son imaginaciones o he notado cierto tono de sospecha en tu voz? Para que te enteres, estaba tratando de eliminar el asqueroso hedor de tus preciosas ovejas, lo cual es difícil, ya que el perfume se percibe hasta en la brisa.

-No creo que tal argumento nos lleve a la verdad -intervino Giles-, ni que añada nada capaz de cimentar la confianza o la amistad. Por cierto, ¿dónde está lady Felicity?

-Se puso histérica y luego se desmayó -respondió Constance con desdén.

-Una pregunta estúpida -reconoció Giles, suspirando-. Jamás debería haberla formulado. Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad?

Wee Robert, refugiado en su taza de té, violento e incómodo, se levantó para despedirse de lady Adella. No podía seguir allí, y lo sentía por los que no tenían otro remedio que quedarse.

-Creo que ya no me necesitan -se excusó-. Volveré mañana por la mañana a visitar al duque. Brandy, no temas. Se pondrá bien. No te preocupes.

-Y si empeora por la noche? -preguntó Brandy, presa de pánico.

-Estoy a quince minutos de aquí, muchacha.

Crabbe acompañó a Wee Robert hasta la puerta. Bertrand se dirigió a Brandy.

-Ian ha tenido suerte de que estuvieras en la playa, pequeña. Has corrido un gran peligro y por eso tienes tanto miedo.

-Qué hacías en la playa, Brandy? -inquirió Percy.

-Intentar evitar el olor, igual que tú, Percy. -Sin darse cuenta, los observaba uno a uno en busca de alguna señal que delatara al culpable. Era inútil, y como que estaba harta de escuchar rumores absurdos, decidió abandonar discretamente la estancia. Su meta era el dormitorio del duque. Mabley, el mayordomo, debía de estar haciéndole compañía y era a él a quien deseaba ver.

Pasó en silencio por delante de la habitación de Felicity. A pesar de que deseaba aporrear su puerta, no lo hizo y siguió su camino pensando que ojalá desapareciera como por arte de magia. Abrió sigilosamente la puerta del dormitorio del duque y se internó en la penumbra. Mabley no estaba, le maldijo en silencio por haber dejado solo a su amo. Ian dormía profundamente. Se acercó a la cama de puntillas. Parecía dormir plácidamente, su rostro no evidenciaba síntoma alguno de la dolorosa experiencia que acababa de sufrir.

-Señorita Brandy, ¿qué está haciendo aquí?

Se volvió y se llevó un dedo a los labios para que guardara silencio.

-No debería estar aquí -susurró Mabley, que la observó con detenimiento. Estaba asustada, su mirada era el espejo del dolor. Se dijo que ya era demasiado

viejo para esas cosas. Aún le temblaban las manos al recordar que había tenido que secarle al duque el sudor de la frente mientras Wee Robert extirpaba la bala.

Ella volvió a indicarle que bajara el tono de voz.

-Su excelencia está descansando. Está dormido. ¿No le ha explicado el médico que todo va bien? Bueno, no hay ninguna necesidad de hablar en voz baja. Le ha dado láudano para dormir un batallón entero.

Brandy le indicó que la siguiera. El obedeció con la esperanza de recibir una jarra de cerveza a cambio. Sin duda sus viejos huesos lo merecían.

-No podemos dejar solo a su excelencia -dijo ella sin preámbulos-. Ni un instante, Mabley.

-No tenía intención de hacerlo, señorita Brandy. Mientras yo esté aquí, no tiene que preocuparse por el duque.

-No, no me ha entendido. Han intentado asesinarle. No podemos confiar en nadie. En estos momentos es como un niño, inútil e indefenso.

-Lo entiendo, pero yo estoy aquí. Cuidaré de él.

Brandy le replicó con el tono imperioso que solía utilizar la abuela.

-Vigílelo de día, yo me quedaré por la noche. -Por fin lo había dicho.

-No me parece correcto, señorita. El señor Giles o el señor Bertrand o...

-Pondría la mano en el fuego para afirmar que ninguno de ellos disparó al duque? No, por supuesto que no. No quiero que nadie se quede a solas con él, en ningún momento. Mabley, entiéndalo, no debemos arriesgarnos. Podría morir.

Mabley se rascó la barbilla y trató de mostrarse juicioso.

-Tiene razón, podría resultar peligroso.., pero no voy a permitir que usted, una mujercita, es decir...

Volvió a imitar el tono de lady Adella.

-Mire, Mabley, el abuelo Angus poseía una notable colección de armas de fuego. Conseguiré una de las pistolas. Cerraré todas las puertas y ventanas. ¿Tranquilo?

Mabley era de los que opinaban que las mujeres y las armas no tenían nada que ver, pero la joven no parecía dispuesta a cambiar de idea. Estaba convencido de que ella no había disparado al duque. Podía haber sido cualquiera de aquellos sujetos, pero la señorita Brandy jamás. ¿Qué debía hacer?

-Morirá de agotamiento, señorita, pero ¿qué dirá su abuela?

-Tonterías. Bien, prométame que no le dejará solo. Más tarde le subiré la cena y después podrá acostarse. -Brandy abandonó la habitación sin darle oportunidad de protestar. Sonrió al escuchar un suspiro de derrota a sus espaldas.

El pequeño reloj que había sobre la repisa de la chimenea tocó diez débiles campanadas. En el fuego hervía una olla de caldo. Brandy se alejó del fuego para acercarse a la cama. Tocó la frente del duque. Afortunadamente seguía sin tener fiebre. Wee Robert les había advertido que era muy posible que tuviera fiebre en los días siguientes.

-No permitiré que vuelvan a hacerte daño -susurró, y le besó en la boca-. Ahora duerme y descansa. Cuidaré de ti. -Regresó al calor de la chimenea. Se desnudó con rapidez, se puso su camisón de algodón y tiró de la cinta del cuello para cerrar el escote. Pasó más tiempo deshaciéndose la trenza y cepillando su abundante melena. Volvió a anudarse el chal y se acercó a la cama.

El seguía inmóvil, respirando calmada y profundamente. Se sentó hecha un ovillo en el sillón. Antes de relajarse, comprobó por última vez que la puerta estaba cerrada con llave y miró la pistola que había dejado en la mesita de noche. Mabley dormía en la habitación contigua. La puerta también estaba cerrada con llave, Brandy había insistido en que acatara sus instrucciones al pie de la letra. Lo único que le preocupaba era que la puerta del dormitorio de Mabley, que daba al pasillo, careciera de llave.

Sólo Mabley y lady Adella sabían que estaba allí. La abuela, sorprendiéndola y observándola con curiosidad, había escuchado atentamente sus explicaciones, pero sin llevarle la contraria.

«Será mejor que no se lo digamos a nadie, niña -había comentado sin mirarla a la cara-. No quiero que esa imbécil de Felicity arme un escándalo y rompa la escasa paz que nos queda.»

Nadie armó nada aquella noche. A la mañana siguiente Mabley la despertó tocándole el hombro.

-Oh, Mabley, ¿ya es de día? Lo siento. Pensaba vestirme e ir a despertarle.

Mabley lanzó un gruñido y echó, un vistazo a su amo. Seguía durmiendo.

-Márchese ya, señorita Brandy. Ahora me encargo yo.

El señor Trevor llegó a media mañana, dispuesto a hablar con el duque. Wee Robert dio su aprobación y Mabley despertó a su señor, mientras ambos caballeros compartían una taza de té con lady Adella en el salón.

A Ian le costó despertar, seguía bajo los efectos del láudano y le dolía el hombro.

-Excelencia, me alegro de que vuelva a abrir los ojos.

Ian intentó sentarse, pero un dolor punzante en el hombro se lo impedía. Soltó un improperio y cerró los ojos, debía controlar aquel terrible dolor. Respiró hondo, inhalando y exhalando lentamente.

-No se mueva, excelencia -le dijo Mabley, tratando de tranquilizarle-. Le daré un poco de caldo. La señorita Brandy se ha encargado de mantenerlo caliente.

Ian, con una voz que no parecía la suya, preguntó:

-¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

-Desde ayer por la tarde, excelencia. Tal vez no recuerde que Wee Robert le dio una dosis muy fuerte de láudano.

-Wee Robert... -repitió el duque lentamente-. ¿De qué me suena ese nombre?

-Es el médico, excelencia; un escocés diminuto, aunque muy hábil. Le extrajo la bala de la espalda.

Él hizo una mueca de dolor al recordar el momento en que le extrajeron la bala. Los recuerdos se entremezclaban de forma vaga en su cabeza, se sintió palidecer.

-Mabley, ¿está bien Brandy? Estaba conmigo en la playa cuando me dispararon. Dios mío, está bien, ¿verdad?

-No se preocupe, excelencia. La señorita Brandy resultó ilesa. De hecho, y por lo que he podido saber, excelencia, ella le salvó la vida. -No creyó que fuera oportuno mencionar que, además, ella también le había velado toda la noche. No, de haberlo sabido, el duque no lo habría aprobado. Tenía una opinión muy formada sobre las mujeres y el lugar que les correspondía.

-Excelencia, el señor Trevor, el juez, desea verle. ¿Se encuentra con ánimos para hablar con él?

Ian respondió con un gesto de asentimiento. Intentaba poner orden en su cabeza. La sopa que le había preparado Brandy le reconfortó. Cuando hubo acabado, entró en el dormitorio un caballero de tupidas cejas, sombrío y vestido de negro.

-Será sólo un momento, excelencia.

Ian asintió de nuevo y trató de olvidar la punzada de dolor que sentía en la espalda. ¿Le habría mentido Mabley? ¿Sería cierto que Brandy estaba bien?

-Creo que su excelencia es un hombre afortunado.

-Mabley me ha contado que Brandy me salvó la vida -murmuró el duque, intentando desesperadamente recordar algo que le ayudara a identificar quién le había disparado.

-Así fue, excelencia. -Trevor advirtió que el duque no le prestaba atención. Parecía dolerle todo el cuerpo. Bien, hablemos de Brandy, si es lo que desea, pensó el juez-. Se abalanzó sobre usted después de que cayera, excelencia, y los dos disparos siguientes pasaron rozándola. Empezó a gritar como una posesa y ahuyentó al asesino. La familia oyó los gritos y los disparos y acudió a toda prisa.

-¿Me jura que se encuentra bien?

-Sí. Sólo está algo asustada por lo que a usted pueda pasarle.

-Podrían haberla matado. ¿Por qué hizo una proeza tan estúpida?

-Ni siquiera resultó herida. La familia está muy preocupada, excelencia. ¿Podría proporcionarme algún otro detalle? Tómese el tiempo necesario. Trate de recordar qué estaba haciendo, en qué estaba pensando.

-Estuve nadando -respondió el duque-. Esas ovejas apestan a mil demonios. Quería librarme del olor antes de regresar al castillo. Salí del agua. Empecé a hablar con Brandy y entonces ella... se marchó. Recuerdo vagamente haber oído algo, debió de ser el disparo, ya no recuerdo nada más.

El señor Trevor veía el dolor reflejado en la cara del duque. Se puso en pie.

-Voy a buscar a Wee Robert, excelencia. Ahora le necesita a él y no a mí. Hablaremos más tarde. Tal vez recuerde más detalles. Por mínimo que sea, nos será de utilidad.

Ian apenas le oía. Pestañeó varias veces para ahuyentar los contornos borrosos que adornaban su dormitorio. Volvió a ver a Brandy, en la playa, sofocada y mirándolo fijamente, contemplándolo, casi admirándolo.

Alguien estaba a su lado, sintió la frialdad del borde de un vaso junto a su boca. Abrió la boca instintivamente, bebió varios sorbos de un líquido frío, cerró los ojos y dejó que la oscuridad se apoderara de él.

-La herida cicatriza bien, no hay infección. Pero su excelencia tiene fiebre. -Wee Roberts, vestido con chaqueta de faldón, se hallaba sentado en el salón ante la familia en pleno. Hablaba y miraba de reojo a lady Felicity, la prometida del duque. Jamás había visto una dama tan frágil y débil. Era incapaz de imaginarla como pareja del duque, un hombre fuerte, duro, acostumbrado a mandar. En cambio, ella parecía acostumbrada a llorar y a los desmayos. Palideció aún más al escuchar sus explicaciones, aunque esta vez no volvió a desmayarse.

-¿Cuánto tiempo cree que persistirá la fiebre, señor? -preguntó Brandy.,

-Francamente, muchacha, algunos jamás se libran de ellas. Pero como ayer te comenté, su excelencia es joven y, además, el hombre más fuerte que jamás he conocido. Saldrá de ésta.

-Pero si es un duque! -exclamó Felicity.

-Sí, señorita, claro que lo es. Sin duda el título le ayudará a recuperarse -respondió Wee Robert con soma.

-Creo que lady Felicity se refiere a que resulta muy poco creíble que alguien de la categoría de su excelencia se vea metido en una situación como ésta -aclaró Giles, sonriendo a Felicity.

Wee Robert se puso en pie y repuso:

-Eso es asunto del señor Trevor. Yo no puedo hacer nada más por su excelencia. Lady Adella, Mabley tiene todas las instrucciones. Buenos días.

Bertrand acompañó a Wee Robert hasta la puerta.

-¡Vaya lío! -exclamó Claude, irritado-. Juro que la gota me duele más desde ayer de lo que me ha dolido en todo el año pasado. Maldito sea quien disparara.

-Pues yo preferiría un ataque de gota a un balazo en la espalda -comentó Percy con desdén, y Claude estuvo a punto de saltar sobre él.

-No lo hagas, Claude -dijo lady Adella, que seguía sentada, observándolos a todos.

Bertrand se reunió de nuevo con el grupo.

-Supongo que estáis al corriente de que Ian no pudo explicarle al señor Trevor más de lo que ya era evidente, nada que Brandy no supiera.

-Estoy de acuerdo con lady Adella -lo interrumpió Claude-. Debe de haber sido un delincuente común. Ya sabéis cuántos merodean por aquí.

Brandy suspiró al levantarse.

-Si me disculpas, abuela, tengo que repasar la lección con Fiona. Después iré a ver cómo se encuentra el duque.

-No pongas esa cara, niña, conseguirás que la pequeña tenga pesadillas. -Lady Adella despidió a Brandy y volvió su mirar a la concurrencia. Luego añadió-: Odio los misterios y los canallas, me he visto obligada a vivir casi cincuenta años con uno. Se me revuelve el estómago sólo de pensar que pueda existir alguien tan malvado y que, además, esté merodeando por Penderleigh.

-Lady Adella -apuntó Percy en voz baja-, no creo que Trevor cuente sólo con hombres entre sus sospechosos.

-Vamos, Percy -replicó Bertrand, que estaba tan enojado con su primo que incluso le habría abofeteado-, ¿crees que lady Adella apoyó la escopeta en el bastón?

-Simples especulaciones, querido primo. Si Trevor sigue fisgando y haciéndonos toda clase de preguntas ridículas, no veo la razón por la que habría que excluir a las damas de un deporte tan entretenido.

Felicity se puso en pie y se dirigió a Giles con voz temblorosa.

-Me siento fatal. Necesito que Maria me dé un masaje en las sienes con agua de lavanda. ¿Por qué insistiría el duque en venir a este terrible lugar? Mira qué ha conseguido... Un intrigante bárbaro escocés le ha dejado a las puertas de la muerte. Oh, desearía no haber venido nunca.

-¿Por qué no se marcha? -preguntó dulcemente Constance-. No hace más que quejarse, desmayarse e insultarnos. No vale para nada. Márchese.

Felicity se volvió y replicó:

-Malvada mocosa escocesa! Ni siquiera dominas el inglés. ¿Y por qué tiene que ir esa desaliñada de tu hermana a ver al duque? No tiene nada que ver con él. Yo soy su prometida. Si alguien tuviera que verle, sería yo, pero no me siento con fuerzas en este momento. ¡Ah, odio este horrible lugar!

-He visto a Ian -intervino Giles-. Como ha dicho Wee Robert, tiene fiebre. Mabley está con él y nos llamará en caso de que Ian empeore.

-Sí, Mabley dice que ha empezado a delirar. ¡Maldita sea! -Bertrand estampó un puñetazo en su propio muslo.

-¿Por qué maldices? ¿Porque el duque está mal o porque el asesino no dio en el blanco? -le provocó Percy.

-Este comentario es odioso -dijo Constance, levantándose con los puños apretados.

-Mabley me ha asegurado que su excelencia no se quedará solo ni un momento -comentó Giles-. Esto debería enfriar el entusiasmo de nuestro aspirante a asesino. Creo que ahora, y si no le importa, lady Adella, podríamos tomar el té.

25

-Brandy, ¿a que no permitirás que le pase nada más a Ian? -Fiona estaba preocupada y asustada al mismo tiempo. Sabía lo que era la muerte. El abuelo Angus había muerto, pero era tan viejo que incluso le resultaba curioso que siguiera vivo. Brandy arropó a su hermana y le dio un beso en la frente.

-No, muñeca, no dejaré que vuelvan a hacerle daño. No te preocupes. Es grande y fuerte. Se pondrá bien, te lo prometo.

Al salir, se dirigió a su habitación. No se sentía capaz de enfrentarse a la guerra de cuchillos que debía de estar librándose en aquel momento en el salón y que seguiría a la hora de la cena.

Hacia las diez de la noche Mabley dejó entrar en el dormitorio de Ian a una figura pálida y ojerosa. La mirada de Brandy fue directa a la cama.

-Parece tranquilo, Mabley. ¿Ha bajado la fiebre?

Tenía tantas esperanzas depositadas en aquella pregunta que Mabley no se atrevió a defraudarla.

-Bien, no exactamente, señorita Brandy. Ha estado delirando, dando vueltas, murmurando cosas... Han pasado ya seis años y sigue repitiendo su nombre una y otra vez. Fueron unos tiempos terribles. Lo sentí mucho por él. -Mabley meneaba la cabeza, apesadumbrado.

Brandy le miraba fijamente.

-¿Te refieres a Marianne?

-Sí, señorita Brandy. Creo que está reviviendo aquella época. -El pobre Mabley estaba tan exhausto que se desplomó en una silla y cerró los ojos. Recordaba perfectamente el pálido semblante del duque el día que regresó solo de Francia. Añadió en voz alta-: Sus amigos temían que perdiera la razón. Recuerdo que incluso el rey en persona le envió su pésame. Fue una época muy triste, sí, muy triste...

Brandy se sentía sobrecogida. Marianne había muerto tiempo atrás y, en cambio, ella estaba viva. Ian la necesitaba. Estaba dispuesta a compartirlo con un fantasma si era necesario. Aun se negaba a pensar en Felicity.

-Vete a la cama, Mabley, estás agotado.

Mabley se dirigió hacia la puerta de su dormitorio.

-¿Me avisará en caso de que su excelencia se desvelara y no pudiera arreglárselas sola?

-Sí. Asegúrate de cerrar la puerta con llave, Mabley. Su excelencia ya corre bastante peligro sólo con la herida. No quiero tener que preocuparme además por ese villano que ha intentado matarle.

Mabley se retiró y cerró la puerta con llave. Permaneció unos instantes observando el diminuto vestidor y la incómoda cama turca que iba a ser su compañera nocturna durante tantas noches. Le entraban picores al pensar que Morag había cambiado las sábanas por la mañana. Compartía la opinión de lady Felicity: jamás deberían haber ido a Escocia. Rogó a Dios para que el duque se recuperara pronto y decidiera abandonar aquella tierra, sus comidas extrañas, su curiosa forma de hablar y el ambiente salubre.

Al desnudarse, miró de reojo la puerta cerrada. Frunció el entrecejo. No estaba bien que ella cuidara de su excelencia... Podría haberlo hecho cualquiera de los hombres, el señor Giles, por ejemplo, que sin duda debía de pensar que era una joven testaruda que sentía algo más que cariño por el duque. No obstante, a él tampoco le gustaba la altanería de lady Felicity, y eso que conocía perfectamente los modales de la aristocracia. Ian, después del anuncio oficial del compromiso y de todos los preparativos que estaban llevándose a cabo, estaba atado de pies y manos. Si su excelencia se lo hubiera preguntado, Mabley no habría dudado ni un momento en subrayar las diferencias existentes entre lady Felicity y su desgraciada predecesora. Era lamentable, pero nada se podía hacer para evitarlo.

Brandy contemplaba al duque postrado en la cama. Estaba sofocado debido a la fiebre. Le refrescó la cara con un paño húmedo. Cuando le pasó el paño por el cuello, los hombros y los brazos, le murmuró algo ininteligible y luego hundió la cara en la almohada. Volvió a refrescarle la cara. Intentaba impedírselo, pero no tenía fuerzas suficientes.

-Quieto -susurró ella. Tapó su torso desnudo con el grueso edredón de plumón, porque aunque en la habitación hacía calor, seguía teniendo fiebre. La blancura de las sábanas resaltaban la oscuridad de su cabello ondulado. Pasó cuidadosamente el paño junto al vendaje.

La respiración iba normalizándose. Estaba menos agitado, pero la fiebre persistía.

Era como estar al borde de un precipicio, sólo con que bajara la fiebre... Trató de refrescarle con el paño durante media hora. Luego se dirigió a la chimenea para reavivar un fuego que se había reducido a diminutas ascuas. Se desnudó, se puso el camisón y, una vez más, se anudó con firmeza el chal de tartán. Tras sentarse en el sillón, se tapó hasta la barbilla con una áspera manta de lana.

La despertó un murmullo de palabras ininteligibles e improperios. Corrió a su lado y le observó. El dolor que embargaba su voz hizo que se le inundaran los ojos de lágrimas.

-Marianne, Marianne... Si hubieses confiado en mí... Oh, Marianne. Habría intentado salvarlos... ¿Por qué dudaste de mí, Marianne? Demasiado tarde... llegué demasiado tarde.

-Oh, no, Ian, no fue culpa tuya. No, no te culpes de su muerte. Tranquilo, mi amor, tranquilo. Te amo más de lo que ella jamás te amó, Ian. Yo nunca te habría abandonado. ¿Por qué no confió en ti?

Estaba agitado, movía los brazos de un lado a otro. Brandy, temiendo que la herida se abriera de nuevo, trató de contener las lágrimas y se sentó a su lado sujetándole como pudo.

-Quieto, Ian. No debes moverte.

Alzó el tono de voz. Brandy imaginó a Marianne en la guillotina. De pronto comprendió que Marianne había viajado a Francia para salvar la vida de sus padres. ¿Por qué no se lo dijo? ¿Por qué no pidió su ayuda? Era su marido. No tenía sentido.

-No fue culpa tuya, Ian -repitió una y otra vez, rogando para que pudiera escucharla y la creyera. Le rozó los labios con la punta de los dedos y unió su mejilla a la de él, abrazándolo.

Susurró de nuevo el nombre de Marianne y, desolada, Brandy le besó en la boca para que olvidara aquel fantasma. El le respondió. El súbito deseo que sintió al notar su lengua la sorprendió. Trató de convencerse de que lo hacía por propia voluntad. Tal vez fuera simple lujuria, palabra que había escuchado repetidas veces en boca de cualquier Robertson. Consciente de que le deseaba, de que quería acariciarle, le abrazó con más fuerza. Ian le acarició la espalda hasta llegar a la altura de las caderas.

Debería haberse apartado. Él no sabía lo que hacía. Creía que estaba con su primera esposa, Marianne. Cuando intentó apartarse él, la abrazó con más fuerza. Brandy no podía moverse.

-Ian, no, no debes. -Sin embargo, aunque sabía que el duque deliraba, deseaba que siguiera.

De repente sus labios se quedaron inertes. La observaba fijamente con una brillante y penetrante mirada.

-Mi amor -susurró él-, mi pequeño amor... -La atrajo hacia sí y la besó. Ella saboreó su pasión, abrió la boca y aceptó su lengua.

Cree que soy Marianne, pensó con tristeza, pero no le importaba. Aceptaría todo lo que deseara hacerle. Por una noche iba a ser suyo y con eso tenía bastante.

Recobrando las fuerzas como por arte de magia, Ian la colocó sobre él. Notaba la dureza de su sexo empujando contra su vientre a través de la colcha. Le acariciaba las caderas mientras le subía el camisón... Ella hundió la cara en su cuello. Le facilitó la labor, sin excusas, sin terror virginal. Se volvía loca sólo de pensar en la imagen de su cuerpo desnudo junto al de él. Estaba tan excitada que ella misma se desabrochó el camisón. Retiró las sábanas. Observó su cuerpo hasta clavar la mirada en el miembro erecto que sobresalía entre una mata de vello oscuro. Oh, Dios, sabía lo que iba a hacer, pero se dijo que era imposible que pudiera albergar en su interior un miembro como aquél. Sintió miedo, pero se obligó a controlarlo. El la deseaba... mejor dicho, deseaba un fantasma y ella estaba dispuesta a ser su fantasma por esa noche.

-Te amo -susurró ella. No la oía y, aunque lo hiciera, creería que eran las palabras de Marianne.

Acariciándole las caderas con más suavidad, volvió a situarla encima y le rodeó el cuerpo con sus piernas desnudas para atraerla con fuerza hacia él.

La abrazó y se puso sobre ella. Le acariciaba los pechos, el vientre, y luego fue bajando lentamente para descubrirla. A ella le sorprendía sentir tanto placer. No quería que se detuviera, quería seguir gozando de aquellas sensaciones maravillosas, hasta sentirle creciendo en su interior. No sabía qué iba a ocurrir, sólo lo deseaba, fuera lo que fuera. Presionó las caderas contra sus manos.

Notó los dedos en su interior y su miembro acercándose. Sabía que no funcionaría, no podía ser, era muy grande... De pronto la excitación desapareció. Le rodeó el cuello con los brazos, se

agarró con fuerza y arqueó el cuerpo. Se tambaleó de dolor al sentir la presión en su interior. Estaba aterrorizada, iba a desgarrarla y moriría en su cama.

Por mucho que lo imaginara, no estaba preparada para el dolor que sintió cuando su virginidad se desvaneció. Era profundo y desgarrador. No podía gritar, despertaría a Mabley e irrumpiría en el dormitorio.

Ian se retiró un momento y estuvo a punto de salir, pero volvió a penetrarla con todas sus fuerzas. Estaba dentro de ella, aplastándola, poseyéndola, respirando con dificultad.

Se movía y mascullaba palabras ininteligibles, palabras en francés, palabras obscenas. No, no gritaría, no podía. Le besaba la barbilla, la nariz. Le dolía tanto que no pudo evitar morderle el cuello mientras se echaba a llorar. El seguía embistiéndola frenéticamente. De pronto la abrazaba con fuerza y estremeciéndose, se puso aún más tenso. Brandy no pudo evitar un grito y hundió la cara en su cuello para amortiguar el sonido. El se agitaba, gemía. Sintió su cálida semilla en el interior de su cuerpo. Se derrumbó sobre ella, enterrándola bajo su peso. Su respiración se transformó en profundos gemidos y su cara cayó sobre la almohada, junto a ella.

Brandy estaba inmóvil. Pesaba, pero no le importaba. Por un momento, era totalmente suyo. La respiración fue normalizándose, sentía el calor de su boca en la mejilla. Exhaló un profundo suspiro y finalmente se quedó inmóvil. Se habría dormido.

Ahora formo parte de él, pensó, abrazándolo por la cintura. Permaneció en aquella posición hasta que no pudo soportar más el peso de su cuerpo. Se deslizó para situarse a su lado con toda delicadeza de la que fue capaz. Observó sus facciones iluminadas por la tenue luz de la lamparilla y trazó con los dedos, como si fuera una pluma, la firme línea de su mandíbula.

Había sido suyo por una noche y no estaba dispuesta a permitir que el fantasma de Marianne y las reivindicaciones de Felicity echaran a perder su felicidad. Subió el edredón y recostó cautelosamente la cara sobre su hombro, dispuesta a disfrutar del tiempo que pudiera estar junto a él hasta tener que marcharse.

Sobresaltado, Ian despertó sintiendo que su cabeza llevaba una eternidad separada de su cuerpo. Abrió los ojos con dificultad. Observó la luz radiante del sol penetrando a través de los ventanales. Trató de situarse. Se apoyó en el codo para incorporarse.

-Excelencia...

-Mabley... Dios, ¿qué día es hoy? ¿Qué hora es? Me siento como si llevara mucho tiempo ausente.

-¿Se siente su excelencia con la cabeza en su sitio?

-Creo que vuelvo a ser yo. -Flexionó la espalda con una mueca de dolor-. El hombro va mejorando, Mabley.

-Estamos a jueves, excelencia, y son casi las diez de la mañana.

-¿Quieres decir que llevo inconsciente desde ayer?

Las profundas arrugas que surcaban las facciones de Mabley se desvanecieron levemente al sonreír a su amo.

-Sí, excelencia, y además la fiebre le ha hecho delirar bastante tiempo. Su excelencia nos tenía a todos muy preocupados.

-¿He estado delirando? -Puso mala cara, intentando unir las piezas del rompecabezas.

-Sí, excelencia. -Mabley se aproximó a su amo para añadir, en voz baja-: Volvió a recordarlo todo, excelencia.

No era necesario que le diera más explicaciones.

El duque no insistió, para sorpresa de Mabley.

-Me parece, Mabley -dijo-, que hay alguien a quien no le gusto. Lo recuerdo vagamente. ¿Han cogido al culpable?

Mabley negó con la cabeza y repuso:

-No, excelencia. Un tal señor Trevor, abogado escocés, se ocupa del caso. Si lo desea, ordenaré que venga el señor Giles. No he estado con la familia.

-Sí, me gustaría hablar con el señor Giles. Pero, maldita sea, estoy hambriento y necesito un baño y un afeitado. ¿Te encargarás de todo antes de llamar al señor Giles? -Hizo una pausa y observó con detenimiento a su viejo criado-. Pareces a punto de desmayarte, Mabley. No me digas que has sido mi único enfermero.

-No, excelencia. La señorita Brandy se ha ocupado de usted por las noches. Ya sabe lo tozuda que es lady Brandy. Descanse, excelencia, enseguida vuelvo. -Observaba a su amo con una mirada de incertidumbre-. Se ha roto la cuerda del timbre, excelencia. Voy a buscar a Wee Albie.

-Creo que por aquí hay mucha gente que se llama igual. Recuerdo vagamente alguien llamado Wee Robert.

-Es el médico escocés. Vendrá a visitarle esta mañana.

En cuanto Mabley cerró la puerta a sus espaldas, el duque sacó las piernas por el lado de la cama e intentó ponerse en pie. Odiaba sentirse inútil y maldijo en silencio al ver que las piernas se negaban a resistir el peso de su cuerpo. Se acostó de nuevo y palpó su crecida barba. No estaba dispuesto a convenirse en un inválido. Se tapó con las mantas.

Dos manchas de sangre seca resaltaban sobre la blancura de las sábanas. Se quedó perplejo cuando empezó a comprender lo ocurrido. Se pasó la mano por la frente, recordando. Dios, no podía haberle hecho aquello. Sentía un dolor persistente y se llevó la mano al cuello. Notaba las dentelladas. Se acarició la mejilla recordando sus lágrimas al poseerla, sin permitirle moverse, penetrándola una y otra vez hasta quedar saciado. No le había proporcionado más que dolor. Y ella lo había soportado.

Cuando Mabley volvió a entrar, sorprendió al duque sentado y con la mirada perdida. Su amo se sentía mal. Era fuerte y orgulloso, para él las enfermedades eran un asunto que debía superarse lo más rápidamente posible. Ni siquiera habían pasado dos días desde el accidente y ya estaba sentado en la cama.

-Excelencia, esto no le conviene. Está débil. Es lo normal. No queremos que vuelva a tener fiebre. Permita que le ayude a acostarse de nuevo. El señor Giles quiere hablar con usted. ¿Le apetecería tomar un poco de caldo mientras está con él? Necesita recuperar fuerzas.

Ian asintió con la cabeza.

-Sí, Mabley, el baño puede esperar. Trae la sopa y dile a Giles que venga.

Giles entró en la habitación diez minutos después. Pero antes, se detuvo en el umbral de la puerta y dijo:

-Ian, viejo amigo. Que hayas recuperado el apetito es señal de que estás recuperándote. -Giles se acercó a la cama y observó a su primo con detenimiento-. ¿Te encuentras mejor?

-Sí, Giles, mucho mejor. Siéntate mientras como la sopa. Le llaman sopa de pollo, pero apuesto lo que quieras a que no encuentro ni un triste pedazo de pollo. Este caldo no sabe a nada.

-Mejor así. ¿Te imaginas que supiera al bizcocho borracho de Cook? -Giles sonrió y tomó asiento en el sillón de piel situado junto a la cama. Repiqueteaba con los dedos inconscientemente.

-Te acuerdas de algo más, Ian, aparte de lo que ya es evidente? ¿Viste alguna sombra extraña alterando el paisaje de la playa? ¿Oíste algo raro?

-Lo recuerdo casi todo -respondió el duque-. Pero por desgracia, nada hay que ayude a reconocer la identidad de mi posible asesino. Mabley me ha contado que un tal Trevor está investigando el caso.

-Sí, un viejo loco, según lady Adella. Creo que tiene buena intención, aunque lamentablemente poca ayuda podemos proporcionarle. Ya puedes imaginar cómo están los Robertson, lanzándose a las gargantas de los otros. Abundan acusaciones y sospechas. Ian, quiero alejarte de este lugar tan pronto como estés en estado de viajar.

El duque no soltaba la cuchara y permanecía en silencio. Finalmente dijo:

-No, creo que no, Giles. No es que me preocupe la posibilidad de quedar como un cobarde marchándome a Inglaterra, no es eso. Todavía me quedan cosas que hacer. No, no quiero descubrir quién intentó asesinarme. Probablemente sería una pérdida de tiempo. Dudo que ese bastardo vuelva a interponerse en mi camino sin que yo me dé cuenta.

-¿Te refieres a Percy?

-Si su carácter es tan bastardo como lo era su nombre, sí. ¿Y qué opina lady Adella del asunto? Venga, supongo que habrá tenido mucho que decir, es su estilo.

-Hizo el amargo comentario de que no le gustaban los sinvergüenzas ni los misterios. Aparte de esto, se ha unido a la refriega con el resto de la familia. Felicity, como supondrás, ha ejercido de jurado.

De pronto el duque inquirió:

-Sabías, Giles, que Brandy ha montado guardia por las noches? Ha sido una estupidez y así pienso decírselo.

-No, no tenía idea. Y no creo que a Felicity le guste. Me atrevería a decir que montará en cólera y echará las armaduras por los suelos. Brandy es una chica singular.

-Estoy de acuerdo contigo, primo.

-Después de que te dispararan, quiso saber enseguida dónde estaba Claude en el momento de los hechos. Parecía un sabueso. Mira, Ian, no me parece correcto que sigas aquí, sea por la razón que sea. Y te diré algo más, nadie, incluyéndome a mí mismo, puede hacer otra cosa que aventurar sospechas acerca de la identidad de la persona que ha intentado matarte. ¿No te das cuenta de que es una temeridad quedarse aquí y darle otra oportunidad a ese tipo?

-Te aseguro, Giles, que permaneceré en guardia. Y si me mantengo rodeado de Robertsons, ¿qué oportunidad le doy al asesino?

Aunque la decisión del duque no pareció hacer feliz a Giles, no dijo nada. El duque tenía fama de mantenerse en sus trece una vez tomada una decisión.

-Chico, te aseguro que a Felicity no va a gustarle tu idea. No se ha cansado de pregonar a todo el mundo que este lugar es horrible y odioso y que nos marcharemos en cuanto te hayas recuperado. En una ocasión creí que lady Adella iba a lanzarle el bastón, pero el viejo pajarraco controló la situación. Francamente, yo no sé qué habría hecho en su lugar. Tu dulce Brandy no abrió la boca, se levantó y se marchó. Por un momento creí que había ido a buscar una escopeta. En ese caso, habría resultado interesante.

-Tendré que hablar con Felicity. Giles, dile que venga en cuanto Mabley me haya afeitado y preparado el baño.

Debía hablar con Felicity, deseaba desesperadamente hablar con ella.

26

-Eres mucho más valiente que yo, primo. -Giles le sonrió y abandonó la estancia.

El duque quería concentrarse en identificar a su posible agresor, pero no podía dejar de pensar en Brandy.

Felicity estaba en el salón de la planta baja. Quería estar sola, por lo que había echado a todos sus acompañantes. Al dirigirse a Giles, su voz evidenció que estaba harta de aquella situación.

-Y bien, Giles, ¿cómo va su excelencia? ¿Se levantará hoy?

Giles observaba su boca petulante y sus grandes y preciosos ojos. Le respondió con soma.

-Ian está mucho mejor, querida. Le he dejado en manos del experto Mabley. Está afeitándose y tomando un baño.

-Es tan serio... -dijo ella, casi en un susurro.

-Sí. Ian quiere hablar contigo después del baño. Dentro de un rato te acompañaré a su habitación. No te sorprenda si parece distinto, la fiebre y el dolor pueden haberle afectado.

-Me encantaría saber quién de esos tipos tan horribles es el responsable. Nadie dirá nada. Estoy segura de que, por mucho que se insulten los unos a los otros de la manera más vulgar imaginable, se protegen entre ellos. Y ese médico palurdo... Dios mío, es tan bajito. ¿Cómo puede un médico ser tan bajito? Ya viste cómo me insultó, Giles.

Giles apenas recordaba el desinterés que Wee Robert había mostrado por la potencial crisis nerviosa de Felicity.

-Es comprensible, querida, que su mayor preocupación fuera el estado de salud del duque. -Sacó una elegante cajita de rapé, la abrió hábilmente con un único dedo y aspiró una buena dosis. Estornudó delicadamente y sacudió la pizca de rapé que le había quedado en la manga-. El pobre Mabley está medio muerto, cuidando a Ian de día. Gracias a Dios que Brandy...

-Otro que no siente el más mínimo respeto hacia sus superiores. Ya me encargaré de que eche pronto de mi casa a ese viejo nabo arrugado. ¿Qué quieres decir con eso de cuidar al duque de día? ¿Qué pasa con Brandy? ¿Qué tiene que ver con todo esto esa maleducada? ¿Ha cambiado de idea y quiere venir a Londres? No lo consentiré, Giles. Esta zorra no entrará en mi casa cuando yo sea la duquesa de Portmaine.

-Acaso he mencionado a Brandy? No lo recuerdo. -Desvió la mirada hacia las polvorientas gaitas que colgaban sobre la gigantesca chimenea. Junto a ellas ondeaba el escudo de armas de los Robertson.

Felicity sospechaba algo.

-Eres el menos indicado para ocultarme cosas. Ella le ha velado por las noches, ¿verdad, Giles?

-Cierto, pero no hay motivo para que te enojes. Al fin y al cabo, tú no te ofreciste voluntaria. Ha hecho un buen trabajo cuidando de él.

-Sí, ya me imagino lo bien que esa fulana habrá cuidado de él...

-Recuerda, Felicity, que el duque estaba gravemente herido. Si ni siquiera tenía fuerzas para alimentarse por sí solo, menos las tendría para revolcarse con una mujer. Y además, no creo que a Ian le guste que vayas insultando a su protegida. En fin, el tiempo lo dirá. Pero te advierto, querida, que Ian piensa permanecer aquí. He intentado convencerle de que se marche, pero no tiene intención alguna de hacerlo. Dice que aún le queda trabajo por hacer. No creo que cambie de idea.

Indignada, Felicity se puso de pie y exclamó:

-Esto es ridículo! Si ha tomado una decisión así, es que aún no debe de estar bien. Confío en que se lo dijeras.

-Sabes tan bien como yo que cuando Ian toma una decisión se aferra a ella. Lo he intentado, pero no funcionó. A estas alturas deberías estar enterada de que tu prometido es terco como una mula. Cuando toma una decisión, no hay forma humana de hacerle cambiar.

-Sí, es muy tozudo -convino Felicity, apretando los dientes-. ¿Y qué cree que soy yo? ¿Una boba, débil y remilgada como Marianne, su primera esposa? Ten por seguro que voy a decirle que no estoy dispuesta a tenderme en el suelo como una alfombra y permitir que me pisotee. ¿Tozudo? Ya veremos...

-Dios mío -susurró Giles en cuanto Felicity, recogiendo los pliegues de su vestido, salió corriendo de la estancia. Jamás hubiera imaginado que pudiera ser tan rápida y ágil.

Al cabo de unos segundos, Felicity estaba aporreando la puerta de la habitación del duque.

Mabley abrió y la miró fijamente. Se había quedado casi sin aire. Parecía dispuesta a cometer una locura.

-¿Lady Felicity?

-Sí, no soy lady Adella -le espetó-. Mabley, por favor, dile al duque que deseo verle. Aquí en el pasillo hace corriente, así que no me tengas mucho rato esperando.

-Su excelencia está esperándola, lady Felicity -le informó Mabley.

-Pasa, Felicity -dijo Ian desde la cama, y ordenó a Mabley-: Lárgate. Tómate una cerveza y vuelve.

Mabley salió del dormitorio.

Felicity echó un vistazo a la alcoba, reparando en la colosal chimenea para acabar su inspección en la casa. Era un dormitorio propio de un hombre, severo, sin cuadros ni mobiliario que suavizaran la austeridad de líneas. La habitación perfecta para él. Ian estaba acostado, su oscura cabellera contrastaba con el blanco de la almohada.

-Giles me ha dicho que te encuentras mejor -dijo con voz conciliadora. Según su madre, ceder para conseguir lo que uno se proponía no hería el amor propio, pero estaba equivocada.

-Sí -respondió con aquel acento escocés que ella tanto odiaba-. Gracias por venir, Felicity -ironizó-. Creo que es importante que hablemos.

-Giles me ha informado de que piensas quedarte en Penderleigh. Creo que no es lo más adecuado para tu actual estado de salud. Dime que Giles estaba equivocado. Dime que quieres marcharte en cuanto estés repuesto.

Ian le respondió sin alterarse.

-Ya le he explicado a Giles que aún tengo cosas que hacer aquí. No tengo la menor intención de huir a Inglaterra y desaparecer. Felicity, me decepciona que no comprendas mis motivos.

Ella se amedrentó ante la severidad del duque. ¿Por qué debía estar enfadado? Sólo intentaba hacerle razonar. Deseaba pegarle, pero era impropio de una dama. Trató de aguzar el ingenio.

-Te he decepcionado, excelencia? ¿Y qué hay sobre lo que yo pueda desear? ¿No creerás que me siento a gusto rodeada de una banda de bárbaros maleducados? ¿Les has oído gritar y acusarse mutuamente? Sabes tan bien como yo que el asesino es uno de ellos.

La observaba desde un punto de vista aún más novedoso que el de antes de que le dispararan. Y ya entonces había comprendido que era malévola y poco honrada. No le importaba nadie, era egoísta, mala y despreciable. No pensaba cambiar de idea, ni moderar sus palabras y su tono.

Con frialdad y casi sonriendo, le dijo:

-Sigo vivo, como puedes comprobar. Y me parece que deberías analizar tu propio comportamiento antes de afirmar que los Robertson son vulgares y maleducados. No te he oído murmurar ni una sola palabra conciliadora desde tu llegada a Penderleigh. Te enorgulleces de ser hija de un conde, pero tus modales son peores que los de la mujer del más humilde pescador.

-¿La mujer de un pescador? ¿Cómo te atreves a cuestionar mis modales, Ian? Ah, ahora lo entiendo... Seguro que esa zorra de Brandy se comporta más a tu gusto.

-No entiendo qué tiene que ver Brandy en esta conversación, Felicity -repuso él con tranquilidad, aunque contrariado con su presencia-. ¿Brandy, una zorra? ¿Cómo te atreves a decir una cosa así? Me pregunto qué debe de pensar ella de ti.

-Ella no cuenta para nada. Y me importa un bledo lo que piense de mí o de lo que sea. Y es una zorra, así de sencillo. -Cada vez estaba más enojada. No podía callar a menos que le cosieran la boca. Temblaba de rabia, pero no le importaba-. Permíteme que te diga, Ian, que a Giles se le ha escapado que tu preciosa Brandy se ha prestado encantada y voluntariamente a cuidarte por las noches. ¿Te han gustado sus cuidados?

-Brandy es muy generosa, a veces demasiado -dijo él, sintiéndose culpable.

-Supongo que crees que debería emular a esa fulana. ¿O preferirías tal vez que inclinara la cabeza dócilmente como tu piadosa Marianne y me sometiera a todos y cada uno de tus ridículos deseos?

-Has ido demasiado lejos, señora -repuso Ian, que jamás hubiera imaginado en su prometida tal demostración de bajeza y capacidad de ultrajar.

-¿De verdad, excelencia? Oh, sí, siempre te has negado a hablarme de Marianne. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no me he dado cuenta de lo mucho que me parezco a ella? Sé que todas tus amantes tienen pelo oscuro y ojos verdes. Te has ganado una buena reputación con tus exigencias. Bien, escúchame, Ian, yo no soy tu maldita Marianne.

-Acabas de confirmar un hecho irrevocable, Felicity. ¿A dónde quieres llegar?

Su frialdad estaba precipitándola al borde del abismo.

-Ian, no estoy dispuesta a representar el papel de una segunda Marianne. Por un tiempo creí que conocías tus obligaciones, tanto hacia mí como hacia tu propio nombre, pero creo que me he equivocado respecto a tu carácter. Tu comportamiento tiene más que ver con el de cualquiera de estas bestias escocesas que con el de un par de Inglaterra.

-Tu comportamiento también deja mucho que desear. Sin embargo, estás en lo cierto. Creo que no tengo nada en común contigo, Felicity. Prefiero a los escoceses -dijo Ian, sintiendo un agudo dolor en la espalda.

-Algunos hombres, mi querido duque, parecen no encontrarme tan repugnante como tú. Por ejemplo, el marqués de Hardcastle, un caballero noble y refinado que mi padre rechazó a causa de tus atenciones. -Se golpeó la frente, un truco muy efectivo-. Pensar que no le presté atención por tu culpa...

-Sin duda Horace se alegraría si te oyera. Pero creo que solo le tendrías por el mejor espécimen masculino del mundo hasta que osara llevarte la contraria. Estoy harto de discutir contigo, Felicity. Ya te he explicado mis planes y te repito que no albergo la menor intención de cambiar de idea. Pero silo que deseas es seguir adelante con tus maldades, te ruego que lo hagas. Descargar la bilis siempre es positivo, es lo que mi madre solía decirle a mi padre.

-Supongo que la estúpida de Brandy te adula constantemente y se desvive por acatar tu voluntad. Apuesto a que con un solo gesto ella se acerca a satisfacer tus deseos. Es eso lo que quieres, ¿verdad, excelencia? Una ignorante, una quejica...

Estaba llevando las cosas demasiado lejos.

-Cierra la boca, señora -la interrumpió-. Estás descubriéndote más de lo que hasta el propio marqués de Hardcastle podría tolerar.

-Oh, qué equivocada estaba respecto a ti. Creí que acabaría sintiendo cierta atracción por ti, aunque fuera sólo por tu rango y tu posición.

-Felicity -dijo él, con frialdad-, empiezas a aburrirme. De hecho, empezaste a aburrirme hace unos diez minutos, cuando pusiste el pie en la habitación. Y ahora ya casi estás matándome. Tal vez Giles sea capaz de aguantar tus graznidos de cuervo, yo no. No aguanto más.

Ella se puso en pie.

-No tolero que me insultes -repuso con el tono de voz altivo de una reina-. Te pido que me devuelvas a Londres en cuanto puedas. Y en caso de negarte, te informo de que nuestro compromiso queda roto.

Ian deseaba bailar y cantar. No albergaba el menor sentimiento de culpa, sino un alivio inmenso.

-Me niego -susurró.

Felicity le miró fijamente, asombrada, se volvió y se dirigió hacia la puerta con la cabeza muy alta.

Antes de salir, le dijo con soma:

-Te deseo buena suerte con tu parentela escocesa, excelencia. Estoy segura de que no te importará que se publique en la *Gazette* el anuncio de que nuestro compromiso ha sido cancelado.

-En absoluto. Explica a tus padres lo que creas conveniente. Oh, sí, Felicity, y no desprecies al marqués, por muy idiota que sea, y aunque posea un rango menor que el de duque.

-¡Vete al infierno! -le gritó dando un portazo.

Poco después, Giles apareció en la habitación del duque, cabizbajo, quería saber cómo había ido la batalla.

-Maldita sea. Pareces un gato después de rebanar el plato de leche. ¿Qué demonios has hecho?

-Felicítame, Giles. Ya no soy un hombre comprometido. Felicity ha roto nuestro compromiso. Creo que nuestro estimado Horace, marqués de Hardcastle, será el próximo en caer.

Giles respiró hondo y dijo, apesadumbrado:

-Jamás creí que llegaría tan lejos. Oh, querido Ian, lo siento. Aguarda un momento. ¿De qué te ríes?

-Mi querido amigo, siempre me dijiste que ella no tenía nada que ver con Marianne, que no era persona maleable, que no era de buen llevar. Te creo. Y debería haberte creído hace tiempo. ¿No te alegras de que no tenga que sufrir una vida doméstica horrorosa? Maldita sea, estaba ciego. Jamás debe intentarse recrear el pasado, es una locura, particularmente... -se interrumpió, la sonrisa iluminaba su rostro.

-¿Particularmente cuándo, Ian?

-Olvídalo, Giles. Pensaba en voz alta. Ahora quiero pedirte un gran favor. Llévate a Felicity a Londres.

-Muy bien -aceptó Giles, sonriendo. Al duque le sorprendía que pudiera sonreír ante la perspectiva de pasar seis días junto a Felicity.

-La medicina, excelencia.

-Ah, Mabley. Mira, Giles, se niega a alejarse de mi lado. Mientras siga encamado, me siento más protegido que el mismo rey. No te preocupes. -Tendió la mano a su primo, que le correspondió con un fuerte apretón-. Gracias, Giles. Cuídate. Pronto nos veremos en Londres.

-De acuerdo, Ian. Mañana por la mañana me llevaré a Felicity.

-Confío en que no quiera echarte a gritos y a patadas esta misma tarde.

Giles le miró por última vez.

-Tienes un aspecto de mil diablos, Ian. Descansa. Nada de excitaciones ni compromisos rotos, ¿de acuerdo? Mabley, cuida bien de tu amo -añadió antes de salir.

El duque esbozó una amplia sonrisa y comentó a su criado:

-Mabley, estoy de humor para una celebración. Trae vino tinto. Debe de haber algo en la bodega.

Mabley abandonó la estancia, y el duque se percató del brillo que iluminaba su vieja mirada.

27

Cuando a última hora de la tarde el duque bajó al salón, se armó un auténtico revuelo.

-Dios mío, Ian! -Bertrand echó a correr hacia él, dispuesto a cogerle del brazo para ayudarle-. ¿No crees que aún es muy pronto para levantarse? ¿No deberías estar en cama? ¿Qué ha dicho Wee Robert?

-Llevo durmiendo casi todo el día -comentó el duque, tratando de sonreír- y empiezo a estar harto de mi habitación y mi propia compañía. -Saludó al resto de la concurrencia. Veía algo borroso. Miró a Brandy, que levantó ligeramente la barbilla. La saludó con un gesto, no podía besarla.

-Bien, muchacho -dijo lady Adella, sentada en su sillón junto a la chimenea-. Bertrand nos ha contado que esta mañana estabas pálido como un fantasma. ¿Cómo es que esta tarde pareces casi recuperado?

-Lady Felicity se ha marchado hace rato -anunció Constance-. Quizá eso haya facilitado su recuperación.

Lady Adella la miró con acritud, pero luego se echó a reír agitando el bastón. Constance parecía orgullosa de sus palabras.

-Sí, lo sé -dijo el duque, dirigiendo la mirada hacia el rostro de Brandy-. Y estoy de acuerdo con Constance. Es como si de pronto este lugar se hubiera llenado de luz y la tensión hubiera desaparecido, ¿no opinas lo mismo, Brandy?

-La verdad es que en este momento no deseo pegar a nadie -respondió Brandy, sonriendo a su hermana-. Y hasta hace poco tenía muchas ganas.

-No parece muy deprimido, excelencia -comentó Claude-. ¿Es cierto lo que dice? ¿Se alegra de que la dama se haya marchado?

-Más de lo que pueda imaginar, Claude.

-Siéntate, por favor -dijo Percy, e hizo sitio al duque en el sofá-. No me apetece tener que llevarte a cuestas otra vez. Pesas mucho, Ian.

Crabbe apareció en aquel momento y anunció que la cena estaba preparada. Ian se volvió hacia Brandy y le ofreció su brazo. No dijo nada, simplemente la miró y se quedó esperando. Hubiera deseado guiñarle el ojo, pero sabía que la habría puesto en un compromiso.

Finalmente Brandy aceptó que la acompañara.

Aprovechando la habitual confusión que reinaba en el salón cuando lady Adella tenía que levantarse, Ian se inclinó para susurrarle:

-¿Sabes que lady Felicity ha roto nuestro compromiso?

-Sí, ya lo sé. Se despachó a gusto con nosotros. Habló durante casi diez minutos. Dijo que Constance era una mocosa y Fiona una criatura vulgar con su cabello pelirrojo. Finalmente me tocó el turno a mí. Creí que el corsé iba a estallarle. Me llamó zorra, aunque sospecho que si le hubieran preguntado por qué, no habría sabido qué responder. Creo que incluso temió que saltara sobre ella. Estuve tentada, pero se calló. Cuando se trata de sobrevivir, controla la situación.

-Vería el reflejo de la sangre en tu mirada.

-Supongo que sí, aunque también mis puños cerrados.

-Jamás imaginé que Felicity pudiera llegar a ser tan estúpida. Se mostró tal como es y, por desgracia, no tiene nada que ver con la mujer que yo creía que era. He tenido la mayor suerte del mundo. -Elevó la mirada al cielo y murmuró-: Tengo que hablar contigo, Brandy.

Ella torció el gesto e inquirió:

-¿Estás seguro de que te encuentras bien?

-Me siento cansado y me duele el hombro, pero puedo aguantarlo. Confío en no caer dormido sobre el plato de sopa.

Silo que el duque esperaba era descubrir durante la cena un sentimiento de culpa ensombreciendo las facciones de alguno de los Robertson, se vio totalmente decepcionado. Casi todos ellos, exceptuando a Claude, habían subido a visitarle al dormitorio, demostrando su preocupación y su rabia. Ninguno se había delatado. Con el halo de misterio que reinaba en el ambiente suponía que sería una cena insulsa, pero sucedió todo lo contrario: los Robertson no dudaron en discutir abiertamente sobre el asunto.

-Verás, muchacho -dijo lady Adella, blandiendo un trozo de salmón hervido en el tenedor-. Estoy segura de que quien te disparó fue un tunante cualquiera.

-En cuyo caso, señora -añadió el duque-, a estas alturas el tipo debe de andar lejos de Penderleigh. Confiemos en que su siguiente objetivo no fueran las ovejas.

-Veo que aún le queda sentido del humor -comentó Claude con la boca llena de pastel de cebada-. Yo no estaría tan animado si alguien hubiese intentado matarme.

-¿Qué pretendes, Claude? -preguntó Percy, con soma-. ¿Acaso que el duque te acuse de ser un maldito asesino, aunque mal tirador?

Claude cloqueó con la boca llena y Bertrand tuvo que darle unos golpecitos en la espalda.

-Cierra el pico, Percy -intervino Bertrand, enojado-. Estoy harto de tus dardos envenenados con los que no consigues más que todos nos enfademos. Mantén la boca cerrada, de lo contrario te sacaré fuera y convertiré tu hermosa cara en un amasijo de carne.

-No digas tonterías, Percy -repuso Constance-. Cállate. El pobre tío Claude apenas puede moverse con la gota. Cállate o me sentiré tentada a colaborar con Bertie y tumbarte en el suelo.

-¿Ves lo buena chica que es, Bertie? -le dijo Claude a su hijo.

-Sí, ya lo veo -asintió Bertrand, mirando de reojo a una sofocada Constance.

-Muy interesante -intervino Percy-. Que haya paz. No quiero que Constance se enfade.

Bertrand se volvió hacia Ian.

-Quiero que sepas que Trevor anda buscando hasta debajo de las piedras. Aunque hasta el momento no haya encontrado piedra que oculte algo debajo. Es un rompecabezas, un misterio que no gusta a nadie.

-Sí -convino lady Adella-, ese idiota de Trevor ha levantado todas las piedras excepto la que esconde al villano. Tal vez el problema radique en que se trata de un canto rodado y Trevor no sabe cómo levantarlo.

-Es posible -afirmó el Duque. ¿Qué otra cosa podía decir? ¿Que alguno de ellos era un condenado mentiroso?

-¿Qué pretendes hacer? -inquirió Percy, con una seriedad insólita en él.

Ian se lo pensó un momento antes de responder.

-Depende de varias cosas. Mañana tendré claro mi plan.

-Al menos te has librado de esa jovenzuela llorona -apuntó lady Adella-. Era como una patada en el trasero. Estaba todo el día quejándose y lloriqueando porque nadie hacía caso a su alterado estado de nervios. No habría sido una buena esposa, Ian. Que se vaya al infierno. -Lady Adella añadió, pensativa-: En cambio, echaré mucho de menos al señor Giles Braidston. Todo un caballero. Lo sabía todo acerca lord Brainley. Es curioso, hará unos treinta años que Adolphus falleció y sus debilidades siguen vivas en la conciencia de infinidad de jóvenes. Sí, me habría encantado conocer a Adolphus. -Lady Adella se interrumpió. Brandy se alegraba de no saber en qué estaría pensando su abuela.

-Lord Brainley fue uno de los fundadores del Hell Fire Club -le explicó Ian a Brandy, que le miró sin entender a qué se refería y ladeó la cabeza-. No pienso entrar en detalles -añadió, pero de inmediato se encogió de hombros y prosiguió-: Verás, digamos que era un grupo de jóvenes perversos que les sobraba el dinero y disfrutaban hiriendo a los demás.

Ian agradeció que la cena llegara a su fin, el dolor de la herida se acrecentaba y apenas podía controlarlo. Soñaba con su cama y con el consuelo del láudano.

-Tienes que estar atento, Ian -le aconsejó Bertrand en cuanto se levantaron para acompañar a las damas al salón. Ian asintió y Bertrand agregó-: Sé lo desagradable que es este asunto y que no puedes confiar en nadie. Mientras sigas en Penderleigh, sea un día o un mes, creo que sería conveniente que todo el mundo se enterara de que no vas a estar solo ni un momento.

-Bertrand -dijo Ian-, agradezco que te preocupes por mí, pero tengo a Mabley...

-Un anciano agotado, Ian. Ninguno de nosotros desea que se repita lo ocurrido, y menos tú. Quiero que cuando te alejes del castillo siempre vayas acompañado al menos por dos de nosotros. Más vale prevenir y no pienso seguir discutiendo.

-De acuerdo -repuso Ian con una sonrisa forzada-. No pondré objeciones si has decidido convertirte en san Jorge. Creo que me ocurrirá como a Trevor, será imposible que descubra la identidad del asesino. No, Bertrand, no digas nada... Tengo mis sospechas, igual que tú, pero no son más que eso, simples sospechas y no pruebas tangibles.

Ian buscó a Brandy con la mirada, pero no la vio. No la tenía por cobarde, aunque tampoco por alguien que ofrece su virginidad a un hombre delirante. ¿Por qué lo habría hecho? Dio buenas noches a la familia y se encaminó hacia su dormitorio.

A la mañana siguiente el duque despertó temprano. Sentía un dolor terrible en el hombro, decidió hacerle caso omiso y tuvo que soportar la reprimenda de Mabley durante el recorrido del interminable pasillo que conducía a la escalera principal.

-Descansa un poco, Mabley -dijo finalmente al llegar al enorme vestíbulo de los Robertson-. Subiré a acostarme en cuanto me sienta cansado. Tómate un té cargado.

Brandy no estaba donde esperaba encontrarla. Después de desayunar decidió salir en su busca. No estaba en el salón, ni en el cuarto de juegos de Fiona, ni paseando entre los rododendros.

Salió del castillo en dirección a la playa. Sabía que Bertrand y Mabley, los vigilantes del turno de mañana, le seguían el rastro. La encontró en la playa, con la mirada perdida en el mar. Fiona estaba junto a ella, sentada en cuclillas jugando con la arena y varios pedazos de madera. Bertrand y Mabley se quedaron al borde del acantilado. No le importaba lo que cualquiera de los dos pudiera pensar cuando le vieran hablar con Brandy.

Descendió con cautela por el sendero del acantilado.

-¡No huyas de mí! -gritó---. ¡No estaría bien, sabes que no puedo atraparte! De acuerdo, quédate donde estás, pero permite que te hable. Me lo debes, ¿no? Hiciste lo que hiciste y me abandonaste sin una palabra de consuelo. No te gusta oírlo, ¿verdad? Y ahora te sientes cazada. Te aseguro que soy un buen cazador. No te muevas.

Brandy permaneció inmóvil, aunque deseara salir corriendo. En realidad, no se sentía incómoda, sino asustada, así de sencillo. El no era consciente de que tenía en sus manos la capacidad de derrumbarla cuando quisiera. Debía escucharle, soportar sus palabras, sus disculpas, sus intentos de devolver las cosas a su lugar (sabía que intentaría hacerlo) y luego podría huir. Se escondería y se obligaría a olvidar. Se le acercó, observándola con una extraña sonrisa dibujada en los labios.

A pesar de su bronceado escocés, estaba pálido. Ella levantó la mano y le acarició la mejilla.

-¿No deberías haberte levantado tan temprano. ¿Ya no te duele el hombro? ¿Llamo a Wee Robert? No tendrías que haber bajado por el sendero del acantilado. -Al darse cuenta de que estaba acariciándole, apartó la mano lentamente.

-¿Algo más? De acuerdo, esta tarde veré a Wee Robert. Si retrocedes, pensaré que eres una cobarde. No te muevas, Brandy.

-Nunca me ha gustado recibir órdenes. Pregunta a lady Adella. De pequeña solía decirme que era terca como una mula. -Parlotear era bueno para combatir el amor, aunque estaba resultándole más difícil de lo que nunca hubiera imaginado. Tosió, se volvió y echó a correr hacia el pedregoso

sendero del acantilado. No había dado más de tres pasos cuando un fuerte brazo la agarró por la cintura y la levantó en volandas como si fuera un paquete.

La ira se transformó en terror.

-No, Ian! ¡Se te abrirá la herida! Por favor, te prometo que no volveré a escapar. Déjame en el suelo, por favor, te harás daño. -Hizo caso omiso y la sujetó aún con más fuerza.

-Saldré de ésta, aunque con mi actual estado de humor, tengo mis dudas respecto a ti. Ahora obedece. -La dejó en la arena, cerca de donde rompían las olas-. ¿Quieres que te ate, Brandy? Pienso hacerlo si no estás dispuesta a afrontar lo que hemos hecho. Estás comportándote como una chiquilla, no como una mujer. Y me consta que eres una mujer. ¡Compórtate como tal!

Parecía alto como una torre, las manos apoyadas en las caderas.

-¿Te duele la espalda?

-Aún no, y si me duele, será por culpa tuya. -La observó de arriba abajo, estaba sofocada. ¿Se sentía incómoda? ¿Estaba enfadada? No lo sabía, pero no tardaría en averiguarlo. Maldijo su magnífica melena rubia recogida siempre en aquellas odiosas trenzas propias de una colegiala. De pronto recordó los mechones de su suave cabello acariciándole la cara, el aroma de su cuerpo, un aroma que iba más allá de los sentidos. La noche se había esfumado, aunque esperaba recordarla de nuevo con todo lujo de detalles. La había tenido entre sus brazos, la había penetrado... Dios, debía acabar con aquello. Al menos por el momento.

La ayudó a incorporarse.

-En primer lugar, Brandy, deja que te diga que tanto Mabley como Wee Robert no cesan de elogiar tus cuidados. Con lo que has hecho he perdido diez años de vida, pero te lo agradezco. Me salvaste la vida. ¿Por qué lo hiciste? No pienso cometer la estupidez de sermonearte diciendo que lo que debería haber hecho una dama era gritar, desmayarse y dejar que ese bastardo me rematara. No, te lo agradezco, te lo agradezco de verdad. Me has devuelto la vida. ¿Porqué, Brandy?

Sabía la respuesta, pero no entendía el porqué de la pregunta. Era evidente, hasta alguien como Wee Albie lo habría adivinado. Se encogió de hombros y dio una patada a un guijarro.

-No soy una heroína. Todo fue muy rápido. De repente estabas boca abajo, inconsciente, la herida sangraba. La verdad es que no tuve tiempo de pensar. No podía permitir que te hicieran daño. Lo hice y ya está. -Volvió a encogerse de hombros.

-¿Sabes?, yo tampoco permitiría que nadie te hiciera daño.

-Supongo que los caballeros son así.

-¿A qué demonios te refieres?

-A que en la misma situación tú habrías hecho lo mismo por cualquier Robertson.

-¿Y tú no?

Sonrió con malicia y respondió:

-De haber sido Percy el Robertson en cuestión, habría echado a correr en dirección contraria.

-Interesante. Mabley también me ha contado que has estado velándome dos noches enteras. Me dijo que yo no podía hacer nada, que quien me disparó podía ser alguno de los habitantes del castillo y que no estabas dispuesta a dejarme solo. Me aseguró que incluso cogiste una de las escopetas de la colección del abuelo Angus. ¿Funcionaba?

-Sí, yo misma la cargué. Y seguro que Marta o Mabley te han explicado también que estas dos noches he dejado abierta la puerta del dormitorio y una vela encendida en el pasillo.

-Qué? Ya entiendo.., pero no es necesario que me expliques tus planes adicionales para protegerme. Puesto que había recuperado el conocimiento, ya no podías quedarte en mi habitación. No querías que tuviera la oportunidad de mirarte y deseara arrastrarte a mi cama.., otra vez.

Ella le miraba fijamente. El cabello húmedo y salado le acariciaba el rostro. Lo retiro con la mano.

-La verdad es que no tuviste que arrastrarme.

28

-Entiendo. Vas a seguir con esta actitud, ¿verdad? -Al observarla con detenimiento, se percató de que tenía ojeras-. No has dormido bien. No me gusta. Lo entiendo, pero no me gusta. Te doy las gracias de nuevo por tu protección. Y ahora sigamos hablando de tu presencia en mi cama y de cómo te ataqué.

-Ya te he dicho que no tuviste que arrastrarme. No hubo ningún ataque.

-Mírame, Brandy. Lady Felicity ya se ha marchado. El pobre Giles se ha ganado el cielo al aceptar el sacrificio de escoltarla hasta Londres. Creo que le comprare un chaleco despampanante, tal vez en tonos granates y malvas. ¿Qué opinas?

-Me alegro mucho de que se haya marchado. No tenía nada de agradable, Ian. Tal vez la eches de menos...

El se echó a reír.

-Echarla de menos? ¿A Felicity? No, debes de referirte a otra persona... Me percaté hace poco de mi error. Agradezco a la providencia que me hiciera conde de Penderleigh. Fue la excusa perfecta para salir de Londres y venir aquí. Y me siento profundamente agradecido por el hecho de que Felicity se pusiera celosa al leer la carta que escribí sobre ti y me siguiera hasta aquí. De no haber venido, bien sabe Dios que habría sido demasiado tarde cuando hubiera descubierto la verdad que ocultaba. En realidad creo que Felicity llegó a la misma conclusión. Incluso diría que en estos momentos debe de tenerme por una especie de bestia malvada y egoísta de la que ha tenido la suerte de librarse. No, Brandy, no la echo de menos. Si no me doliera tanto el hombro, te juro que me arrodillaría para besar el suelo y agradecer mi suerte.

-Oh.

-¿Oh...? ¿Es lo único que se te ocurre decir? Vamos, por favor, deja ya de jugar conmigo. No, no sigas. Acabaré desmayándome y... ¿dónde estarás? Escúchame, debemos hablar de una vez. No puedes seguir eludiéndome. Hemos hecho el amor, Brandy. Te robé la virginidad. Lo supe a la mañana siguiente, cuando me senté en la cama y vi las sábanas manchadas de sangre y semen.

Brandy echó a correr y se acurrucó tras una roca, ocultando con la falda sus deslucidas botas. Ian recordaba sus muslos y sus caderas... Apretó los puños sintiendo despertar su deseo. Trató de contenerse. Brandy era incapaz de comprender el deseo que un hombre podía sentir. Su única experiencia había sido con él, y una sola noche.

-Sí, eras virgen y te hice mía sin más explicaciones. Y tú, Brandy, ni siquiera gritaste. Tampoco me pegaste, lo cual me habría devuelto a mis cabales. ¿Por qué? -Ella permanecía en silencio-. Nunca te había visto tan callada. -Le tomó una mano. Estaba helada. Sin darse cuenta, intentó hacerla entrar en calor acariciándola con sus manos-. Brandy, lamento mucho lo ocurrido. Pero por encima de todo, lo que más siento es haberte hecho daño. Nada habría sucedido de no haberme encontrado en el estado en que me hallaba sumido. La fiebre me hizo delirar. No estuvo bien. Te hice daño y me arrepiento de ello. La primera experiencia de una mujer con un hombre jamás debería resultar dolorosa.

Ella tenía la mirada perdida en el mar.

-No me hiciste daño -repuso, y recordó el dolor que había sentido. Sin embargo, también la había abrazado, acariciado, besado. No, el dolor no era nada comparado con aquello. Ni siquiera se dio cuenta de la sangre. Sintió dolor, pero era normal. Se ruborizó sólo de pensarlo-. No -repitió, sin atreverse aún a mirarle-. Apenas me hiciste daño. No te preocupes.

El le soltó la mano, disgustado. Luego desanudó el corbatín para mostrarle el cuello.

-De acuerdo, si no te hice daño, entonces ¿por qué me hiciste esto?

-Oh! -exclamó al ver las marcas de sus dientes en el cuello-. Lo había olvidado por completo. Quería gritar y no podía, supongo que por eso te mordí. Siento haberte hecho daño.

-Sí, me hiciste un daño horrible. Creo que jamás podré perdonarte. Es una pena que no pueda enseñarte la huella que tus lágrimas me dejaron en la mejilla. Sé que lloraste porque a la mañana siguiente noté cierto sabor a sal. Y en cuanto a las sábanas manchadas de sangre, confío en que la capacidad mental de Morag esté a la altura de su higiene personal.

-No sé a que viene todo esto. ¿Por qué lo dices? Vuelve a ponerte el corbatín, por el amor de Dios. No, no te muevas. Lo haré yo. No quiero que se te abra la herida del hombro. -Le anudó el corbatín con cuidado.

-Esa noche tiene que ver con muchas cosas. Te robé la virginidad. Eres una dama y no una fulana que sabe a lo que se expone. Acepto que no te resistieras, que lo desearas, aunque esto no significa que comprenda tu actitud y no pienso permitir que te vayas de aquí hasta que la haya entendido.

Por fin Brandy se atrevió a mirarle. Fue un erro4 era hermoso y le deseaba desesperadamente.

-No hay nada que entender -repuso, tratando de contenerse-. Yo decidí que pasara lo que pasó. Sí, lo busqué porque lo deseaba. Quería saber qué sucede entre un hombre y una mujer, pero contigo, sólo contigo. Quería esa noche para mí, y siempre fui consciente de que no habría otra oportunidad. Fue mi decisión y tú no tienes nada que ver.

-¿Tu decisión? Esta es la verdad más falsa que he oído en mi vida. ¿Y mi decisión?

-Si ni siquiera sabías que era yo. Te seduje, Ian, tú no tuviste voz ni voto. Sé que eres un caballero y que te sientes culpable, sobre todo porque yo era virgen. Pero te repito que fue mi decisión, hice lo que deseaba hacer.

-Bien, así que no debo sentirme culpable. Mira, no estoy acostumbrado a acostarme con vírgenes. -Hizo una pausa reflexionando sobre lo que ella acababa de decirle-. ¿Me deseabas?

-Sí. Te deseaba.

-Bien, y me tuviste, aunque no creo que fuera agradable.

-No estuvo mal. Lo olvidarás enseguida, Ian, quiero que lo hagas. Perdono cualquier ridículo sentimiento de culpa que te empeñes en sentir.

-Pues yo no quiero olvidar, pequeña -repuso y la atrajo hacia él. Le acarició las cejas delicadamente-. Eres bonita, ¿lo sabías?

Ella le miraba la boca. Ian tragó saliva. No podía hacerle nada. Se inclinó y la besó en la boca. Sus labios sabían a sal. Sonrió al notar el sabor. Brandy dio un salto y él retrocedió. Luego dijo:

-Afortunadamente ahora soy libre de cualquier compromiso matrimonial. Estoy en condición de convertirme en un hombre honesto. ¿Quieres casarte conmigo, Brandy? ¿Quieres ser mi duquesa?

Sabía que iba a pedírselo. Al fin y al cabo, era un caballero y, a pesar de haber asumido toda la responsabilidad de 1 ocurrido, se lo había pedido.

-No -se limitó a responder Brandy.

La miró fijamente, incapaz de aceptar esa única y desoladora palabra.

-¿Qué has dicho?

-He dicho que no quiero casarme contigo. -Intentó librarse de su abrazo, pero era imposible.

-No esperaba esta respuesta. La verdad, Brandy, creo que no tienes otra elección. Hemos hecho el amor. Tienes mi semilla en tu vientre.

-Y por qué no tengo otra elección, Ian? ¿Porque ya no soy virgen? ¿Porque soy material usado? ¿Porque debería preocuparme? No tengo ninguna intención de casarme. No me importa.

-Creo que es la mayor estupidez que jamás he oído. Y ten por seguro que durante la última hora han salido un montón de estupideces de tu preciosa boca. ¡Maldita sea! -La besó de nuevo. Cuando ella abrió la boca, se sintió morir de pasión. Debía acabar con aquello. Volvería a hacerle el amor, y en la playa-. Debemos hacer lo que es más conveniente para ambos -añadió-. Acabo de pedirte que te cases conmigo. Y vas a responderme que lo harás. No hay más que hablar. ¿Está claro? -Volvió a besarla-. Dime que sí. Si no quieres hablar, tengo bastante con que asientas con la cabeza. -La besó una y otra vez. Deseaba acariciarla, pero se contuvo.

Ella se apartó y sonrió. Luego comentó:

-Me gusta tu sabor. Sabes a perversidad, dulce y caliente, siempre pensé que sabrías así.

-Un momento. Si me prometes que te casarás conmigo, seguiré besándote hasta dejarte sin respiración. Te besaré hasta que suba la marea y nos arrastre con ella.

Volvió a caer entre sus brazos. Le acarició la mejilla. Se sentía mucho mayor que él, y le dolía el corazón.

-Ian, préstame un momento de atención. ¿Te hubieras librado tan alegremente de lady Felicity de no haber sucedido entre nosotros lo que sucedió?

-Otra estupidez. Sabes lo agradecido que le estoy por haber roto nuestro compromiso. Ella no tiene nada que ver. -Se encogió de hombros.

Brandy se distrajo observando una uña que se le había roto, era lo único que podía hacer para no deleitarse contemplando su boca y su estupendo rostro varonil.

-¿Se te habría pasado por la cabeza pedirme en matrimonio de no haberme acostado contigo? -inquirió.

La pregunta sorprendió a Ian, que debía tratar de salir airoso. Sabía que su respuesta inclinaría la balanza hacia uno u otro lado.

-Jamás me he considerado un hombre que se equivoque en las primeras impresiones -respondió con serenidad-. De hecho, soy todo un virtuoso juzgando a los demás. Sé que no me resultas indiferente.., lo supe en la misma noche en que irrumpiste en mi dormitorio. No negaré que haya intentado olvidarte y tratarte como a una niña, aunque el único motivo fuera mi compromiso con lady Felicity. Jamás podías ser mía en aquellas circunstancias. ¿Recuerdas la tarde que pasamos en la cabaña...? Nos besamos. Te deseaba con locura y sabía que te sentías atraída por mí. Acabas de confirmar que la noche en que deliraba tú viniste a mí. Me has dicho que deseabas disfrutar de una noche conmigo. Ahora te ofrezco pasar juntos todas las noches del resto de nuestras vidas. Viniste a mí libremente. Es evidente que nunca has sido o serás una criatura lasciva. ¿No te parece normal que piense que tu corazón y tu cuerpo me pertenecen? Por supuesto, me gustas. Eres brillante, encantadora, ingeniosa y estoy seguro de que nos llevaremos bien. Perdóname si no me he expresado de la forma más correcta, pero creo que lo último que deberías hacer es desdeñar mi propuesta de matrimonio.

Estaba obligándola a decir que sí. Brandy imaginaba que le debía tal respuesta, pero seguía doliéndole. No podía dejar de mirarle, deseaba que la vida hubiera sido distinta, que su pasado hubiera sido otro, pero no era así.

-No cuestiono mis sentimientos, Ian -repuso-. Jamás lo hago.

-A qué demonios te refieres?

-De acuerdo. Quizá sea joven e inexperta, pero no idiota. Jamás me casaría sin amor, o si éste existiera sólo por una de las dos partes. No, no me interrumpas, te explicaré cómo me siento. Si quieres que me convierta en una duquesa inglesa, necesitarás una buena dosis de paciencia y tolerancia para enseñarme modales. Ignoro totalmente vuestras normas de conducta. No me refiero a que me equivoque de cubiertos o le suelte algo inadecuado a la reina. A ti te educaron desde tu más tierna infancia para ser un duque, un par del reino, un par de Inglaterra, a mí me ha educado lady Adella, de quien se queja todo el mundo. Nunca he salido de Penderleigh. No sé nada. Sólo he tratado con lugareños y escoceses. ¿Lo entiendes, Ian?

-Todo eso no significa nada. Yo te enseñaré a salir adelante. No será difícil. Los únicos problemas los tienes en la cabeza.

-De acuerdo, pero esto era sólo el prefacio. Me obligas a decir la verdad. Tú no me amas, la amas a ella. No me casaré contigo sabiéndolo.

Quería abofetearla, luego besarla, quizá gritarle, pero replicó:

-No amo a Felicity. Jamás la amé. ¿Por qué diablos no me crees y dejas de decir tonterías?

-Sí, ya sé que nunca amaste a Felicity.

-Así pues, ¿de qué me hablas? -De pronto notó que la voz se le quebraba. La miraba y no tenía palabras.

Ella intentó sonreír para darle ánimos, pero no lo consiguió. El dolor se hacía insoportable.

-¿Acaso olvidas a Marianne? Por supuesto que Felicity te era indiferente, no era más que una copia vulgar de tu primera esposa. Oh, Ian, no puedo vencer a una mujer que murió hace seis años. Cuando me miraras y vieras lo torpe que soy, pensarías en ella y me odiarías. Ámala si es eso lo que quieres, pero no me obligues a luchar contra un fantasma.

Bajó de la roca de un salto y se irguió frente a ella, con sus oscuros ojos abiertos desorbitadamente.

-Por qué juegas conmigo? -inquirió-. ¿Pretendes que me sienta aún más canalla de lo que me siento? No puedo ni quiero aceptar lo que acabas de decir. ¿No lo entiendes, Brandy? Debo poner las cosas en su sitio. No tengo otra elección.

Ella también se incorporó, orgullosa.

-Excelencia, insisto en que queda absuelto de cualquier deshonra. Me niego a que te sacrifiques por mí. No te preocupes, nadie se enterará de que me he acostado contigo, jamás se lo diré a nadie.

Ian apretó los puños. Quería gritar de frustración. De todos modos... ella ya lo sabía. Respiró hondo.

-Olvídate de Marianne! ¡Está muerta, murió hace mucho tiempo! Pero tú estás viva, y yo también. Nos casaremos, viviremos juntos y nos llevaremos bien. Yo te admiro y tú me amas. Y te deseo más de lo que he deseado a cualquier mujer en mucho tiempo.

-Pero no puedes decir que me amas, ¿verdad, Ian? No de la forma que amabas a Marianne.

El se quedó perplejo y luego dijo:

-Brandy, quiero que nos casemos y vengas con

migo a Inglaterra. Sería una locura quedarme aquí. Y no puedo pretender que quien me disparó no vuelva a intentarlo. Nada me retiene aquí, salvo tú. Ni las mismísimas ovejas Cheviot. Cásate conmigo y acompáñame a Inglaterra.

-No puedo -repuso ella-. Lo siento, Ian, pero no puedo. Creo que debes regresar a Inglaterra. No soportaría que volvieran a atacarte. Vuelve a casa, Ian. Has salvado Penderleigh. Has sido mucho más generoso de lo que ninguno de nosotros jamás imaginó. Has logrado que Bertrand se sienta seguro y responsable. Le has proporcionado todo lo necesario para que podamos entrar con buen pie en el nuevo siglo que se avecina. Sobreviviremos gracias a ti. Incluso tenemos ovejas y tú estás sano y salvo. Todo está arreglado. Nuestra gente es más feliz que un pobre con un puñado de monedas de oro. Vuelve a casa.

En silencio, él no podía dejar de mirarla. Brandy se despidió con un ademán y se encaminó hacia la playa en busca de Fiona, que seguía construyendo los torreones de su castillo de arena.

29

Ian y Bertrand hablaban tranquilamente en la escalinata de Penderleigh, mientras Crabbe y Mabley cargaban el carruaje. Nervioso, Wee Albie sujetaba las riendas de los caballos. Era muy temprano, apenas las siete de la madrugada de un día luminoso y soleado, totalmente primaveral.

Quizá alguien pensara que el duque partía porque temía por su vida, pero nadie hizo comentario alguno, detalle que él agradeció. No estaba de humor para discutir, y mucho menos acerca de la identidad del condenado bastardo que había intentado asesinarle.

-No me hago a la idea de que te marches, Ian, me encantaría que te quedaras más tiempo en Escocia. Te escribiré para informarte de cómo evolucionan las ovejas Cheviot.

-Así lo espero, Bertrand. Me gustaría leer que los arrendatarios están felices y contentos. Y si no te importa, coméntame también cómo va la familia. Mantenme al corriente de todo, voy a ser propietario y pariente remoto. -A pesar de haberse despedido de todo el mundo la noche antes, examinó con detalle la expresión de todos y cada uno de los presentes, incluyendo a lady Adella, preguntándose una y otra vez quién de ellos deseaba verle muerto. Por desgracia, Brandy no estaba.

Se había disculpado justo después de acabar de cenar y, por lo tanto, no había tenido la oportunidad de hablar con ella en privado. En realidad, no tenía nada que añadir. Todo estaba dicho, aunque jamás lo comprendería.

Marianne había muerto hacía muchísimo tiempo. ¿Por qué una segunda esposa debía preocuparse de si ocasionalmente soñaba con su primera mujer? ¿Acaso no tenía derecho de expresar el dolor que sentía por su muerte prematura al recordar de vez en cuando la terrible pesadilla de París o rememorar momentos felices? Cualquier esposa estaba en la obligación de comprenderlo, cualquier esposa debía adaptarse a aquella situación.

El le había confesado que se sentía atraído por ella y Brandy le había dicho que le amaba. En fin, aún era muy joven.

-Seguiré en contacto con Trevor. De algo nos servirá su ayuda.

-Que tengas mucha suerte, Bertrand.

-Disculpe, excelencia, ¿podríamos hablar un momento antes de partir?

De inmediato Ian se volvió al oír su voz. Al verla, se estremeció y sintió una placentera calidez en su interior, aunque en realidad deseaba estrangularla. Brandy parecía nerviosa e insegura. Era normal. Tal vez había cambiado de idea. Quizá estuviera dispuesta a suplicarle que la perdonara y a casarse. Sí, seguro que sí Dio un paso hacia ella, le hubiera encantado deshacer aquella condenada trenza y desenredarle el cabello con los dedos. Deseaba hundir su cara en su abundante melena y aspirar el aroma de lavanda. De pronto Ian se preguntó cómo lo sabía y, por un instante, le pareció percibir aquella sensual fragancia.

-Voy a ver cómo van Mabley y Crabbe -anunció Bertrand, intuyendo que lo mejor era dejarlos a solas.

-No imaginaba que partirías tan temprano. ¿Puedo robarte un minuto, por favor?

¿Qué estaba sucediendo? Su tono de voz no parecía el de una mujer dispuesta a entregarse, el de una mujer a punto de suplicarle que quería convertirse en su duquesa. Entraron juntos en el castillo y se dirigieron al salón.

-Necesito dinero -dijo Brandy, adelantándose al duque.

-¿Qué?

-Cien libras serían suficientes, si no te va mal. -La miraba con los ojos abiertos desorbitadamente. Ella no podía permitir que le hiciera cambiar de idea. Tirándole de la manga, añadió-: Dijiste que querías dotarnos tanto a Fiona como a mí. Ahora necesito el dinero. ¿Podrías deducirlo de mi dote?

-Te parecería demasiado vulgar que te preguntase para qué demonios necesitas cien libras? -preguntó con frialdad, y el aroma de lavanda reapareció. Brandy alzó la barbilla con gesto altivo y le miró a los ojos. Luego respondió:

-Necesito ropa, excelencia.

¡Ni hablar!, pensó. ¿Por qué le mentía? ¿Qué diablos estaba pasando? Se disponía a reprenderla cuando la observó con detenimiento. Parecía asustada y, al mismo tiempo, decidida, una combinación carente de lógica. Su tono de voz no era una súplica, mientras que su mirada imploraba cien malditas libras. Instintivamente no dejaba de tirar del chal. Deseaba dejar de sentir el contacto de su brazo. Le encantaba notar sus manos.

¿Qué otra cosa podía hacer? Finalmente claudicó.

-De acuerdo, trae papel y pluma. Sería una locura entregarte un talón de cien libras. Emitiré una letra de cambio y ordenaré a MacPherson que te entregue el dinero.

De inmediato Brandy abandonó el salón presurosamente. Espera que cambie de idea, se dijo. Cuando al cabo de un rato regresó, él seguía sin entender la razón por la que podía necesitar aquel dinero. ¿Por qué cien libras?

Cogió el papel y la pluma y redactó las instrucciones para MacPherson. Meditó un instante antes de escribir la cifra. Ella no tenía idea de qué eran cien libras. Y fueran cuales fuesen los motivos por los que necesitaba el dinero, quería que no le faltara. Escribió la cifra de doscientas libras, firmó y le entregó el documento.

Brandy balbuceo algo ininteligible y estuvo a punto de dejar caer el talón al leer la cifra.

-Creo que la ropa es mucho más cara de lo que suponía -comentó el duque-. Incluso en Edimburgo. La ropa es importante. A todo el mundo le gusta vestir bien.

-Cierto. Gracias y cuídate, ¿lo harás?

-Brandy... -dijo acercándose a ella.

Brandy le detuvo y dio un paso atrás.

-Muy bien -prosiguió el duque con frialdad-, regreso a Londres y ya nadie tendrá que volver a preocuparse por mí. Y en cuanto a ti, creo que has dejado las cosas muy claras. No puedo hacerte cambiar de idea. Que tengas suerte, Brandy. Estoy seguro de que acabarás encontrando lo que buscas: un caballero virginal montado a lomos de un caballo blanco, sin pasado ni recuerdos dolorosos.

Con una falsa reverencia, abandonó el salón sin volver la cabeza. Al fin y al cabo, todo hombre tiene su orgullo.

Ella se encaminó lentamente hacia la ventana Ian y Bertrand se despedían con un apretón de manos. Mabley, situado en la parte trasera del carruaje, sacaba la cabeza por la ventanilla para intercambiar unas últimas palabras con Crabbe. Ian subió ágilmente al vehículo y tiró de las riendas de *Hercules* después de despedirse de

Bertrand. El pequeño séquito se puso en movimiento y no tardó en perderse de vista entre la espesura de los rododendros.

Finalmente se había ido de verdad. Podía haberse casado con él, pero el precio habría sido excesivo. Releyó el documento que Ian acababa de redactar. El precio era mucho mayor que doscientas libras.

Brandy odiaba llorar. Sólo servía para hinchar los ojos y hacerlos enrojecer. Además, nunca le había servido para nada en sus dieciocho años de vida. Sin embargo, no se dio cuenta de que estaba llorando hasta sentir las lágrimas rodando por sus mejillas y notar el sabor salado. Se pasó la mano por la boca. No tenía tiempo para tonterías. Tenía mucho que hacer. MacPherson vivía en Berwick, a casi dos horas de distancia andando.

Subió la escalinata con la espalda erguida. Entró en su dormitorio y cambió las sandalias por un par de robustas botas de montaña.

Cinco días más tarde, el duque de Portmaine detenía a *Hercules y a Cantor* frente a la imponente columnata que daba acceso a la propiedad urbana de los Portmaine, un edificio colosal que ocupaba la totalidad de la esquina este de York Square. Era un luminoso atardecer de abril, el cielo estaba despejado y el ambiente era suave, aunque no tanto como en Escocia. No estaba de buen humor. Hubiera preferido que estuviera lloviendo, cualquier cosa que no fuera aquel maldito buen tiempo.

Cenó solo, con la única compañía de las decenas de invitaciones y la correspondencia acumulada durante su ausencia.

La temporada estaba en pleno apogeo y solicitaban su presencia en infinidad de eventos y reuniones.

Cuando se disponía a arrojar al fuego aquella miríada de preciosas invitaciones, se le ocurrió que lo último que debía hacer era enterrarse en vida en aquel enorme caserón. Escocia quedaba atrás y tenía la obligación de volver a convertirse en un caballero inglés. No quería enterrarse como un topo. Deseaba disfrutar de la vida y divertirse. Se acostaría con toda mujer capaz de excitar su instinto masculino.

Durante las siguientes semanas, el duque de Portmaine, a quien sus amigos empezaban a llamar «el conde escocés», fue visto en decenas de actos sociales bailando con cualquier joven que se pusiera a su alcance. La gente creía que con su actitud el duque intentaba olvidar el desprecio de lady Felicity, a quien jamás mencionaba en público. La sociedad en pleno hablaba de su nobleza, ya que en ningún momento osó criticar a aquella joven sin corazón. Y la misma sociedad ponía el grito en el cielo al ver que lady Felicity se hacía acompañar por el marqués de Hardcastle. El caballero en cuestión fue albergando esperanzas a medida que las atenciones de ella se incrementaron.

Los chismorreos tenían de dónde nutrirse. Por su parte, el duque pasaba la vida encerrado en antros de juego, acompañado cada día de una mujer distinta, a cual más encantadora.

Ian estaba aficionándose a la ópera. Acudía a su palco varios días seguidos, siempre en compañía de una bellísima dama de exuberante pecho. Había sido visto al salir de casa de alguna de aquellas mujeres, anudándose el corbatín y enfundándose la chaqueta.

Era obvio que el duque de Portmaine iba por mal camino. A nadie le sorprendió que a principios de junio, cuando la temporada llegó a su fin, ninguna de las jóvenes que habían osado frecuentar la compañía de su excelencia recibiera una propuesta de matrimonio. Por el contrario, el compromiso de lady Felicity apareció publicado en la *Gazette.* La muy veleidosa planeaba contraer matrimonio en otoño con el marqués de Hardcastle. Nadie culpaba al duque. Ante la perversidad de lady Felicity, el duque tenía el perdón asegurado. Era noble, buena persona y era normal que siguiera comportándose como un auténtico galán hasta otoño.

Ian meneó la cabeza al leer el anuncio de compromiso, aunque sólo James, su mayordomo, fue capaz de adivinar una sonrisa irónica tras las serias facciones de su excelencia.

-Pobre imbécil -dijo el duque-. Cuando se entere, será demasiado tarde.

Una mañana, a mediados de junio, el duque no se levantó hasta el mediodía. Sufría la resaca más terrible de su vida que, a decir verdad, jamás había sido un ejemplo de sobriedad desde sus tiempos en la Universidad de Oxford. Pensaba en la cantante de ópera y en las cuatro cortesanas que le habían calentado el cuerpo y la cama. Aquello era demasiado. Había llegado el momento de parar.

Su compasivo cocinero, le había servido una taza de café cargado. Mientras se la bebía, James entró sigilosamente en la habitación portando una bandeja de plata con el correo de su excelencia.

-Dios mío, ¿es que no hay aún nadie con el suficiente sentido común para abandonar la ciudad y marcharse a Brighton? Más invitaciones... Estoy harto de tantas fiestas y, sobre todo, estoy harto de mí mismo.

James ni se molestó en replicar. Eran comentarios muy íntimos entre el amo y él. Además, estaba de acuerdo con el duque, como in duda también lo hubiera estado cualquier otro criado de la casa. Permaneció inmóvil mientras su amo hojeaba los sobres de diversos tamaños.

Sorprendido, observó a su excelencia separando uno en concreto, una carta procedente de Escocia. Resultaba extraño, al duque le temblaba la mano al abrir el sobre.

Ian leyó la carta un par de veces y sonrió.

-Bien, James, parece ser que Percy ya ha conseguido uno de sus objetivos.

-¿Sí, excelencia?

-Se trata de uno de mis parientes escoceses, James. Percy, el que era bastardo. Dentro de dos semanas se casa en el castillo de Penderleigh con la señorita Joanna MacDonald. Solicitan mi presencia. Supongo que el padre de la novia quiere asegurarse de que el nuevo amo de Penderleigh es realmente un duque inglés y no una invención de Percy.

El duque permaneció unos minutos en silencio. James le observó mientras el duque hacía crujir los dedos sin dejar de mirar fijamente la delicada figurilla de Dresde que estaba situada encima del armario Buhl, en uno de los rincones de la salita del desayuno.

-Piensa volver a Escocia, excelencia? -preguntó por fin James, intuyendo que había ocurrido allí algo relacionado con la ruptura del compromiso de su excelencia con lady Felicity. Se dijo que se trataba de algo bueno y malo al mismo tiempo. Lo bueno era que ya no iba a contraer matrimonio con aquella arpía; lo malo, que desde que había vuelto a Londres parecía infeliz y se había alejado por completo de su ritmo de vida normal. James aguardaba la respuesta.

El duque le miró. James no salía de su asombro al observar una amplia sonrisa iluminando las severas facciones del duque.

-Creo, James, que nada hay más inútil que un estúpido. Dios mío, he sido el hombre más estúpido del mundo. Confío en que no sea demasiado tarde. Escocia... el brezo en flor, debe de ser precioso en verano. Trae pluma y papel, voy a cancelar la salida que tengo con Giles esta noche. Ah, James, que los carruajes estén listos para partir mañana a las once en punto. Que no haya retrasos. Quiero llegar a Penderleigh dentro de cinco días.

-¿Estará su excelencia ausente mucho tiempo? -inquirió james.

-Bueno, se trata de una boda... -respondió el duque, frotándose las manos-. No temas, te mantendré informado.

Al cabo de un rato, el duque se enfundaba un traje de montar color castaño. Echó un vistazo al reloj que colgaba sobre la repisa de la chimenea y comprobó la hora en el suyo. Justo antes de abandonar el dormitorio, miró de reojo el pequeño retrato de Marianne que ostentaba un lugar de honor en el vestidor. Contempló aquellos ojos verdes que el artista había conseguido plasmar con increíble realismo, la brillante y oscura melena, la frente despejada, la boca, cálida y tierna... Trató de recordar el temblor de aquella boca, pero fue inútil.

Cogió el retrato y se encaminó hacia la planta baja.

-James -ordenó al mayordomo-, durante mi ausencia, busca un lugar a este retrato en la galería, allí es donde debe estar. -Depositó el retrato en manos de James, se puso los guantes y salió con paso decidido. Subió al caballo silbando alegremente.

30

Brandy se hallaba tendida boca arriba sobre un lecho de anémonas en flor, contemplando el cielo encapotado. La tempestad acechaba desde alta mar y empujaba hacia la costa oscuros nubarrones. Soplaba un intenso viento, las trenzas se despeinaban y los mechones que quedaban sueltos se le metían en los ojos.

Se sentó. Había perdido la cuenta de los días que llevaba sumida en aquel estado de apatía e indiferencia. Se apartó el cabello de la cara. Luego dirigió la mirada hacia el castillo, una vieja mole de piedra gris que resaltaba sobre la mortecina luz del atardecer. Se incorporó lentamente y se alisó el vestido, debía regresar luciendo una sonrisa. Esperaban la llegada de Percy y Joanna MacDonald al día siguiente. ¿ O quizá era pasado mañana? No se acordaba. Tampoco le importaba.

Incluso Morag, sorprendiendo a todo el mundo, había tomado un baño para hacer honor a los esponsales.

Empezó a subir lentamente el sendero del acantilado pensando en lo extraño que resultaba que, a pesar de los dos meses transcurridos, la sensación de dolor no amainara. No confiaba en olvidarlo, hubiera sido una tontería. A menudo se preguntaba si él pensaría en ella y, en ese caso, cuáles serían sus pensamientos. Probablemente estaría enfadado. La mañana en que partió estaba realmente enojado, por mucho que le entregara las doscientas libras.

Suspiró al oír las ruedas de un carruaje a lo lejos. Joanna y Percy llegaban un día antes de lo previsto. Al levantar la vista, vio un carruaje que viraba por el último recodo del camino para detenerse enfrente de la puerta del castillo.

-Ya hemos llegado, excelencia. Cinco días, ni un segundo más ni uno menos. Incluso hemos llegado antes que la tormenta. -Ian desmontó de un salto y acarició los cuellos empapados de sudor de los caballos. Al ver el castillo, se preguntó por enésima vez cómo iniciar la conversación con Brandy. Había ensayado numerosos discursos para la ocasión. En último extremo, y en caso de que no lograra convencerla, la cogería en brazos y se la llevaría. Intentó imaginarla llorando y suplicándole que se casara con ella. En realidad sólo había imaginado esa escena en un momento de inspirado optimismo.

Quizá fueran los amenazantes nubarrones o el fresco aroma de la brisa marina.., pero Ian volvió la cabeza hacia el acantilado. Vio a Brandy, inmóvil, y no se habría percatado de su presencia de no ser porque el viento agitaba la falda de su vestido.

Las frases elocuentes que había memorizado se esfumaron de su cabeza como por encanto. La llamó y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

El viento impedía que Brandy le oyera, pero vio su nombre esbozado en su boca. Estaba en casa, había vuelto. Se recogió la falda y echó a correr hacia él, entregándose a sus brazos con pasión. Estuvieron a punto de caer al suelo, pero Ian lo evitó cogiéndola en volandas. Ella le abrazó con todas sus fuerzas.

-Estás aquí -susurró-. Estás aquí. Has vuelto.

La sentía pegada a él, estrechándola entre sus brazos, con una mano en la espalda y la otra en las caderas. Al sentirla estremecerse, soltó una carcajada.

-Mi amor, vas a estrangularme -le susurró al oído.

Ella también se echó a reír y le besó en la oreja, en el cuello y la barbilla. Ian por fin pudo besar su boca cálida y entregada. Deseaba desesperadamente acariciar su cuerpo, pero no podía hacerlo en las puertas del castillo de Penderleigh. Muy a su pesar, la dejó en el suelo sin dejar de abrazarla.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle.

-Estás aquí... -repitió--. Estoy tan contenta.

Ian suspiró y volvió a abrazarla y a besarla.

-Eres tan dulce... Me encanta tu sabor. Lo he soñado tantas veces...

-¿Me besarás siempre así?

-Si no me queda otro remedio -respondió sonriendo, y luego la besó de nuevo.

-Cariño, no habrás venido sólo para la boda de Percy, ¿verdad?

-No. -Aspiró el aroma a sal que desprendía su cabello-. No, he venido por ti, sólo por ti. ¿Me aceptarás ahora, Brandy? -Ella dudó un instante y Ian volvió a besarla-. Soy un estúpido. He tardado mucho en entrar en razón. Lo único que me preocupa es que voy a indigestarme de amor cuando nos casemos.

-¿Marianne?

-Un recuerdo agridulce, Brandy. Pertenece al pasado. No deseo a Marianne ni a nadie que se le parezca. Quiero a una tozuda muchacha escocesa, de abundante cabellera rubia y ojos ambarinos, con una enorme dosis de sentido común, con un talento que me ayude a mantenerme con los pies en el suelo y una fidelidad que vaya más allá del mar del Norte. Y ahora, responde, ¿me amas, Brandy? ¿Serás mi duquesa?

-Sigo pensando que eres muy hermoso y amable, Ian. Me gusta lo que me haces sentir cuando me besas. Pero debes saber que eres lo que lady Adella denomina un propietario tirano (o al menos así llamaba al abuelo Angus en sus buenos tiempos). Dice que se metía en todo, que daba órdenes a todo el mundo y que se entrometía incluso en lo que no era de su incumbencia.

-Si alguna vez llego a igualar la tiranía del abuelo Angus, tienes permiso para echarme a patadas de Carmichael Hall y mandarme a dormir con las cabras. Quiero amarte, hacerte sonreír y proporcionarte más placer del que jamás puedas haber imaginado.

-¿Todo eso?

-Sí, quiero darte todo eso, y pensaré aún más cosas.

-¿Estás seguro? ¿Has olvidado que soy incapaz de hablar inglés correctamente? ¿Sabes que tendrás que enseñarme y tener mucha paciencia conmigo?

-Lo sé, pero ya que no puedo vivir sin ti, pienso pedir a mi querida madre que te enseñe todo lo necesario.

-¿Tu madre...?

Ian soltó una carcajada y repuso:

-No, Brandy, jamás permitiría que mi madre se entrometiera en la vida de alguien sensible, aunque fuera mi enemigo. Bueno, tal vez tratándose de un enemigo como Percy... pero nunca mi esposa. Sí, haría maravillas con Percy. En fin, ya lo arreglaremos, no temas. Los míos te adorarán.

-Vas a machacarles en caso contrario?

-Así es.

En aquel momento *Hercules* dio un empujón a su amo.

-Lo ves? Hasta el caballo está de acuerdo. Di que sí antes de que me humille pisoteándome.

-Sí... sí.

La besó de nuevo y, aunque ambos querían más, lo hizo suavemente.

-Vamos, Brandy, quiero contárselo a lady Adella, a Bertrand e incluso a Morag.

-Se ha bañado en honor de la boda de Percy.

-Dios mío, debéis estar perplejos. ¿Y qué dice Fraser?

-Nada. ¿Y a quién más piensas contárselo después de Morag?

-Supongo que subiré hasta lo más alto del torreón y lo proclamaré a los cuatro vientos. Incluso las ovejas Cheviot se enterarán. Quizá MacPherson me oiga y venga a felicitarnos.

-Dios bendito... -susurró ella.

-¿No te gusta la idea de encaramarme al torreón? ¿Qué sucede? ¿Has cambiado ya de opinión?

-Oh, no, Ian. Sólo que, bien.., no quiero anunciarlo esta noche. Preferiría esperar hasta mañana. Por favor, Ian, es muy importante. -No le dejó responder, le tapó la boca con la mano-. Confía en mí. Si mañana no has cambiado de opinión, podrás anunciarlo a la familia.

-Acaso insinúas que puedo cambiar de opinión? ¿A qué juegas, pequeña? ¿Me crees capaz de cambiar de idea de la noche a la mañana?

-Te prometo que no hay juegos. Concédeme este favor. -Estaba suplicándole y no sabía por qué. Era incapaz de aceptar súplicas de ningún tipo.

-De acuerdo -dijo, besándola de nuevo-. Pero ten presente un detalle, Brandy: recibirás tu castigo si no me gustan tus razones.

Ella le abrazó y sonrió. Luego susurró, sumisa:

-Como usted guste, excelencia.

-Se avecinan malos tiempos. Ya me veo haciendo cualquier cosa con tal de obtener a cambio tus sonrisas y tus palabras cariñosas.

Ella se echó a reír y le dio un empujón.

El encargado de los establos no llegaba, así que decidieron conducir personalmente a *Hercules y Cantor* hasta su redil. Brandy observó en silencio cómo Ian liberaba a su caballo del arnés y le daba una friega con un puñado de heno fresco. El levantó la vista y frunció el entrecejo.

-Estás más delgada.

-Es posible. No tengo hambre.

-Y tienes ojeras. No me gusta.

-Duermo mal. Todo por tu culpa.

-Te doy dos meses de tiempo para que engordes un poco, ni un día más. Y si no lo consigues, me veré obligado a tomar una decisión drástica.

-A qué clase de decisión te refieres, excelencia?

-Ya veremos. -La besó una vez más. Olía a caballo, a heno y a aceite de linaza.

Brandy se disculpó en cuanto Crabbe, con una amplia sonrisa dibujada en sus cadavéricas facciones, anunció con gran ceremonia la entrada del duque en el salón. Ordenó a Morag que buscara a Wee Albie para que subiera a su alcoba la bañera que no goteaba.

Dos horas después, y con el cabello aún húmedo, Brandy sonreía tímidamente a Ian. Estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa del comedor y Constance, incapaz de dejar de hablar, reclamaba su atención.

-Es magnífico que hayas decidido asistir a la boda de Percy. Nadie imaginaba que lo hicieras. Nos consta que Percy no te cae bien y, teniendo en cuenta su forma de comportarse contigo y que tal vez intentara... No, no quería decir eso. Ningún Robertson ha intentado matarte, Ian. De verdad.

-Cierra el pico, niña -intervino lady Adella, con voz áspera-. No hay pruebas y te quedaría sumamente agradecida si no sacaras el tema a relucir. Han pasado dos meses y confiamos en que ya no temas una carnicería.

De repente todos empezaron a comer. Lady Adella, con una cruda carcajada, rompió el silencio.

-Oh, no, quien sufrirá una carnicería será la pobre Joanna MacDonald. Los hombres Robertson sólo quieren casarse con vírgenes. Sí, menuda sorpresa le espera a la pobre Joanna en su noche de bodas.

Brandy también se echó a reír.

Lady Adella dirigió una áspera mirada a su nieta.

-Mirad a la remilgada. ¿Por qué te ríes de las noches de bodas? No sabes nada de nada. Apenas tienes idea de lo que puede ocurrir entre un hombre y una mujer. Porque el día que Percy intentó violarte no llegó muy lejos, ¿verdad?

-No -repuso Ian-. De haberlo hecho, yo habría acabado con él. El granuja tuvo suerte. Confío en que no necesite mucha suerte más durante su vida, porque debe de quedarle poca. -Y añadió, dirigiéndose a Bertrand-: Cuéntame cómo van los arrendatarios con las ovejas Cheviot.

-Tienen comida en casa y lucen una amplia sonrisa. Les han cogido cariño, incluso aquellos que creían que las ovejas sólo servían para comérselas. Hasta los hay que las han adoptado como mascotas.

-Esas condenadas ovejas se comen todo lo que encuentran -dijo Claude, blandiendo el tenedor-. Están por todas partes.

-Apestan -intervino Constance-. Cuando el viento sopla desde el interior, casi nos ahogamos, hasta por la noche.

-Sí, Bertie -comentó astutamente lady Adella-. Cuídate, o de lo contrario Constance huirá de ti y no te quedará otra remedio que entenderte con Morag.

-Abuela -objetó Constance sin apartar la mirada de Bertrand, que seguía impasible. La joven no sabía cómo salir de tan violenta situación.

Bertrand bromeó:

-Le aseguro, lady Adella, que Fraser posee el mejor olfato de la zona. Y jamás me deja pasar al comedor sin antes olfatearme al menos un par de veces. Y en cuanto a Constance -añadió sonriéndole-, confío en que no me encuentre diferente desde que tenemos ovejas.

-Por cierto, murió una de ellas -comentó Brandy-. Prickly Ben la examinó. Temíamos que se tratara de una enfermedad que pudiera contagiar al rebaño entero. Pero Prickly Ben dijo que la oveja debió de comer alguna mala hierba que le inflamó el estómago.

-Arranqué toda la mala hierba -dijo Bertrand-. Bien, a decir verdad, lo hicimos entre Constance y yo.

-Bertie, creo que fue la única ocasión en que os vi juntos -dijo Claude y, dirigiéndose al duque, agregó-: Se pasa el día enterrado entre sus malditos libros de contabilidad. No tiene tiempo para su padre ni para el resto de la familia.

Brandy levantó la vista.

-Oh, Connie, tenía entendido que a veces le llevabas la cena...

Constance cambió de postura, estaba muy incómoda. Ian sonrió. Al parecer, en el transcurso de aquellos dos meses Bertrand había realizado algunos avances con respecto a la joven. Lo cierto,

es que estaba más seguro de sí mismo. Miró afectuosamente a Brandy, preguntándose si era consciente de la embarazosa situación en que había colocado a su hermana.

Lady Adella se mostraba extrañamente amable, lo que en realidad era comprensible, ya que el dinero llegaba a raudales a Penderleigh. De todos modos, suponía que en cuanto él la provocara la anciana sacaría de nuevo su ira a relucir.

-Cómo está tu primo, el señor Braidston? -preguntó lady Adella, sin el habitual tono sarcástico de su voz-. Es un joven muy elegante.

-Muy bien, lady Adella. La decisión de viajar a

Escocia fue repentina y tuve que despedirme de él mediante una nota. De haber sabido que venía, estoy seguro de que le habría enviado su más cariñoso saludo.

-Demasiado delicado para mí -comentó Claude-. No me parece de buen gusto saberlo todo de todo el mundo. Puede acabar acarreando malas consecuencias.

A Ian le resultaba difícil no mirar ni hablar a Brandy, pero estaba consiguiéndolo. La deseaba con locura. Ansiaba que todos supieran que iban a casarse. ¿Por qué insistía en esperar hasta el día siguiente? Por mucho que pensara en ello, no lograba adivinar el motivo. Decidió que él mismo se encargaría de quemar el vestido de muselina y el chal de tartán.

Mientras masticaba un poco de pescado, recordó las doscientas libras que le pidió para comprar ropa. No sabía mentir. Tendría que explicarle en qué lo había gastado realmente.

Levantó la vista al oír a lady Adella:

-Pareces exhausto, chico. Hoy me siento de buen humor y además la cena ha sido deliciosa, por eso acabo de decidir evitarte la tortura de soportar las canciones de las niñas. Crabbe, maldito borracho, sirve oporto para todos. Así nuestro duque podrá acostarse temprano.

¿Así que era «nuestro» duque? Los tiempos cambiaban, se dijo Ian.

Poco después, lady Adella ordenó a Constance y a Brandy que se retiraran y suplicó a Bertrand que no estropeara la primera velada de Ian con sus soporíferos discursos de negocios.

-He dicho a las chicas que se vayan a dormir y tú aquí, esperando a apabullarle con tus ovejas. Tendrá tiempo de sobra para meter las narices en ellas. Claude, deja ya de quejarte. No es el momento. Espera un par de días a que el duque se haya instalado.

Claude guardó silencio, aunque a Bertrand le costaba controlar su entusiasmo. Al cabo de veinte minutos, Claude, golpeando el suelo con su bastón, expresó el deseo de reunirse con las señoras.

Brandy no estaba en el salón. Ian se retiró aprovechando la excusa que lady Adella le había servido en bandeja. Subió por la sinuosa escalera hasta alcanzar el pasillo que conducía a su dormitorio. Se detuvo un instante ante la puerta de la alcoba de Brandy. Iba a llamar. Quería verla. Ansiaba desesperadamente besarla y acariciarla hasta despertar la pasión en lo más hondo de su ser. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo. Siguió avanzando hasta su habitación.

Acababa de estallar una tormenta de verano. La lluvia golpeaba con insistencia los ventanales. Ian corrió las descoloridas cortinas y se acercó a la chimenea. Echó más leña al fuego y removió la lumbre. Al igual que ocurrió cuando visitó Penderleigh por primera vez, no disponía de la ayuda de Mabley, ya que le había sacado más de un día de ventaja.

Extrajo una pequeña pistola de la maleta y la dejó en la mesilla de noche. Luego se desnudó y se puso el camisón. Tras servirse una copa de vino rosado, se sentó en el sofá de piel y acercó los pies al fuego.

El vino provocaba una sensación cálida y suave en el estómago. Las llamas fueron transformándose en sombras difusas.

Se despabiló de golpe al oír que llamaban a la puerta, débilmente pero con insistencia. De inmediato se levantó, cogió el arma y dijo:

-Pase. -No podía creer lo que veía-. Brandy, ¿qué demonios haces aquí?

31

Entró en la habitación y cerró sigilosamente la puerta a sus espaldas. Llevaba puesto un camisón blanco de algodón que le proporcionaba un aspecto absurdamente infantil. Ian se quedó perplejo al ver su larga cabellera ondulada, que casi llegaba a la altura de la cintura. Estaba pálida. Parecía muerta de miedo. ¿Qué estaba sucediendo?

-Cariño, no deberías venir a mi habitación. ¿Qué sucede? ¿He hecho algo que te molestara? -Deseaba abrazarla, pero debía contenerse. Le cogió la mano e inquirió-: Brandy, ¿qué pasa? ¿Algo va mal? -Sin poder evitarlo, la cogió por los hombros-. Dios mío, estás temblando. Y yo con esta ridícula pistola. -Ian dejó el arma en la mesilla y regresó a su lado-. Acércate al fuego y entra en calor. Hablaremos más tarde.

Aquel camisón era ridículo. Debía de hacer años que lo tenía. Sólo asomaban los pies descalzos, y ella no le miraba. ¿Qué diablos ocurría?

-Siéntate.

Acercó una silla a la chimenea y colocó el sofá frente a ella.

Sin embargo Brandy permaneció de pie. Respiró hondo, sabía lo que debía hacer.

-Estarás preguntándote por qué no quería que sacó las mangas y dejó que la fina tela cayera hasta la altura de la cintura. Tras erguir la espalda, esperó observando detenidamente su reacción.

El duque tragó saliva. No podía creer lo que veía. Era asombroso. Pensar que la tenía por una joven delgada e inmadura... Tenía ante sí los pechos más gloriosos que había visto en su vida. Firmes y redondeados, en el centro destacaban los pezones, de un cálido color rosado, como pintados por un artista sobre marfil. Debían de ser los pechos más bonitos de Inglaterra, se dijo Ian.

-¡Dios mío! -exclamó atónito, tal y como ella esperaba.

Las peores pesadillas de Brandy acababan de hacerse realidad. Desesperada, se volvió.

-Brandy -masculló, confuso.

Intentó taparse con las manos, pero era imposible.

Tragó saliva y, a pesar de que lo único que deseaba era huir corriendo de allí, farfulló:

-Te entiendo, Ian, de verdad. No ha estado bien por mi parte ocultarte mi fealdad. Debería habértelo dicho antes de aceptar tu propuesta de matrimonio. No lo merecías. Eres libre de elegir, si no te gusto. Nadie se enterará jamás.

-Pero ¿qué dices? -Ian buscó con la mirada una marca de nacimiento en el hombro que le disgustara. Pero su piel era brillante, lisa e inmaculada, y la sensación de calidez que transmitía le excitaba. Quería que apartara las manos, y Brandy así lo hizo.

-Lo siento. Como puedes comprobar, soy horrorosa. Siempre me he avergonzado de mis pechos. -No soportaba que siguiera mirándola. Se cubrió el pecho con el camisón. Iba a echarse a llorar de un momento a otro.

Ian no podía creerlo. Debía ser cauteloso, estaba en terreno peligroso.

-A ver si lo he entendido bien. ¿Insinúas que tus pechos son feos? ¡Es increíble!

Brandy asintió con la cabeza, consciente de que su aspecto era cada vez más patético. El no pudo aguantar más y se echó a reír.

-Jamás hubiera imaginado que pudieras llegar a ser tan desagradable.

-Escucha, Brandy. No me río de ti, sino de lo ridículo de la situación. Cuéntame quién demonios te ha metido en la cabeza esas absurdas ideas. ¿Realmente ha habido alguien que te haya dicho que eras fea?

-Sí, fue Morag. A los catorce años no me abrochaban los vestidos. Ella se reía de mí y decía que era como si cultivara un par de melones para vender en el mercado. Dijo que cuando alguien descubriera lo que ocultaba bajo el vestido la nieta del duque me convertiría en el hazmerreír de todo el mundo. Aseguró que los hombres me mirarían con desprecio.

-Maldición, cuando la tenga delante, la mataré. Si la mato ahora mismo, al menos se irá limpia a la tumba.

-Pero tenía razón. A pesar de que me aprieto el corsé con todas mis fuerzas y de que siempre llevo el chal, Percy se dio cuenta. Me miraba como si fuera un monstruo. No entendía por qué me deseaba si me tenía por un monstruo.

-No te veía como un monstruo, Brandy. ¿Recuerdas el día que estuvimos en la cabaña? Yo te deseaba y tú me rechazaste.

-Creía que fuiste tú quien me rechazó, no quería que me vieras. Me daba vergüenza. Temía que me despreciaras y te diera asco.

-¿Crees que no me gustas?

Le arrancó el camisón de las manos y dejó que se deslizara hasta la cintura.

-Sabes una cosa? Creo que ya hemos perdido demasiado tiempo confundiendo nuestros distintos argumentos. ¿Y el vestido de terciopelo que te traje de Edimburgo? Si no recuerdo mal, era bastante escotado.

-Es un vestido precioso. Cuando me lo pongo, me siento como una reina. Pero no puedo ponérmelo, Ian. Se me ven unos pechos enormes.

Ian sonrió y preguntó:

-Brandy, ¿te he mentido en alguna ocasión? ¿He hecho algo que te invite a no confiar en mí?

-No.

-Dame las manos y suelta el camisón. Así, déjalo caer.

No podía moverse, sólo mirarle fijamente.

-Es muy difícil...

-Ven, dame las manos.

-Dios mío -dijo, tendiendo una mano y sosteniendo el camisón en la cintura con la otra.

-Las dos, por favor.

Cerró los ojos con fuerza y le dio la otra mano. El camisón permaneció unos instantes prendido en sus caderas y rápidamente se deslizó hasta el suelo.

¿Acaso no se daba cuenta de lo preciosa que era? Era exquisita, pensó Ian. Sus manos deseaban tocarla, acariciar su blanca piel. Deseaba saborearla, revolcarse con ella. La plenitud de sus senos se acentuaba debido a la estrechez de la cintura y la preciosa curvatura de sus caderas. Tenía el vientre completamente liso y un triángulo de vello rizado remataba el tono cremoso de su piel. De piernas largas y esbeltas, fuertes y musculadas, era sin duda la mujer más hermosa que había visto en su vida. La amaba. Y por eso era la más bonita.

Jamás se cansaría de contemplar sus pechos.

-Abre los ojos, Brandy. Acércate..

Dejó el camisón en el suelo y, de la mano, la acompañó hasta el espejo alargado situado junto al viejo armario. La colocó frente al espejo sujetándole los hombros.

-Eres una mujer preciosa. Mírate y dime si miento.

Le apretaba los hombros con fuerza. Ella se obligó a mirarse. Sus pechos le devolvían la mirada.

-Dios mío -dijo-, es horrible. -Intentó soltarse.

-No me gusta que tengas a tu futuro marido por un mentiroso. Maldita sea, Brandy, mírate. Eres increíble y me tiemblan las piernas sólo de pensar que eres toda para mí.

Ella abrió bien los ojos y se miró de nuevo en el espejo. El estaba detrás, con las manos posadas sobre sus hombros desnudos. Sus miradas se cruzaron en el espejo y entonces, lentamente, él retiro la melena que cubría su cara y sus hombros. La cogió por la barbilla.

-Algún problema con tu cara? ¿No? Excelente. Descendamos un poco...

Debía mantener el control, aunque fuera lo más difícil que hubiera hecho en su vida adulta. Respiró hondo y bajó las manos. Fue acariciándola hasta alcanzar el pecho. Tragó saliva.

Ella pestañeó, tenía la boca entreabierta. Se inclinó para besarla en la sien. Era todo un hombre, no un chiquillo. Podía salir airoso, debía salir airoso. Se escuchó a sí diciendo:

-Tus pechos son exquisitos. Permite que te recuerde que Morag es una descarnada y que si te dijo eso fue por una simple cuestión de celos y estupidez.

Aunque ansiaba tocarlos, abandonó los pechos y alcanzó la cintura. La sintió estremecerse al acariciarle el vientre. Ojalá fuera de deseo y no de miedo. Notó que su respiración se aceleraba. Faltaba poco, pero debía acabar su tarea. No se acostaría con ella hasta que le creyera y confiara plenamente en él.

-*Te* acuerdas de cuando me dijiste que era hermoso? Brandy, eres una tonta.

Ella se volvió para abrazarle.

-¿Me lo prometes, Ian?

-Sí, te lo prometo.

Brandy le desabrochó el fajín del camisón y notó su mano deslizándose por el pecho hasta alcanzar el vientre. Perdió el control.

-Eres una bruja -le susurró, despojándose del camisón. La llevó en brazos hasta la cama-. Te juro que esta vez no te haré daño. Disfrutarás.

Quería decirle lo magnífico que era, pero no pudo. Una deliciosa sensación se apoderó de ella en cuanto la besó en el pecho. El enredó sus manos entre la espesa cabellera rubia, buscando su boca, punzándola con la lengua hasta obtener su rendición. Le acarició la espalda, las caderas, hasta penetrar entre sus muslos.

-Oh... ¿de verdad quieres hacerlo, Ian?

-¿Y tú? También tú estás tocándome. -Le encantaría sentir las manos en su sexo, pero podía esperar. Tenían toda la vida por delante y muchas noches-. No te muevas y disfruta.

-De acuerdo -repuso, pero gimió en cuanto la besó-: Oh, Ian, no sé nada de nada.

-Tranquila, relájate y goza.

Alcanzó con la lengua la más secreta intimidad de Brandy despertando el calor del deseo en ella, que gimió, sorprendida:

-Oh, Dios mío, no me refería a... -Sentía una necesidad imperiosa acrecentándose en sus entrañas. Y no se detendría. No podía detenerse. Moriría si aquello ocurría, estaba segura. Presionó las caderas contra su boca y se entregó por completo. Al alcanzar el primer orgasmo de su vida, pensó que si moría en aquel momento habría sido una buena forma de hacerlo.

E! siguió acariciándola con las manos y la boca hasta sentirla relajarse. Luego la penetró muy lentamente. Ella le atrajo hacia sí para sentirlo aún más. Esperaba el dolor y por eso le abrazaba con fuerza. Sin embargo, no hubo dolor, sino todo lo contrario, una exquisita sensación de plenitud. Cuánto más la penetraba, ella más se preguntaba dónde empezaría el uno y acabaría el otro. Se movía con naturalidad y él seguía abrazándola con fuerza. Ian gimió y arqueó el cuerpo. Ella le miró y en aquel instante supo que le amaría hasta la muerte.

La embargaba una lánguida sensación de alegría que la hacía preguntarse si existía algo más aparte de aquella habitación y ellos dos. Casi esperaba que no. Deseaba que aquel momento durara eternamente. Le gustaba sentirle sobre ella, ver su cara sobre la almohada, notar su respiración entrecortada y su corazón latiendo aún con fuerza contra su pecho. Seguía en su interior. Era maravilloso.

-Te amo -susurró-. Y no he querido morderte.

El se echó a reír y se incorporó un poco.

-Bien, Brandy, ¿consideras suficiente el deseo que siento por ti? ¿Crees que pensaba en Marianne o en cualquier otra cuando estaba en tu interior? ¿Me aceptas como esposo y amante?

Ella le miró entornando los ojos y le respondió asintiendo con la cabeza, incapaz de hallar palabras para expresar lo que sentía. Le repitió:

-Te amo. Te amaré siempre.

-Y yo a ti. Tenlo por seguro. Y también a tus pechos. -Se los besó una y otra vez-. Los pechos más bonitos que he visto en mi vida. Mataré a Morag.

-No -replicó ella muy seria-, deja que lo haga yo. Es una imbécil.

El estalló en una carcajada de placer.

-He echado a perder dos meses, Brandy. Jamás volveré a perderte de vista por mi voluntad.

-¿Ni de tu cama?

-No puedes ni imaginar lo que pienso hacerte en cuanto nos casemos, o tal vez sí. ¿Sabes una cosa, Brandy? Mi meta durante toda la vida será proporcionarte placer. -La abrazó tan fuerte que incluso gritó. La besó en la oreja-. Gracias por no morderme el cuello.

-De nada, Ian. ¿Puedo preguntarte una cosa?

-Sí -respondió Ian con cierta preocupación.

-Es cierto que deseas tener hijos? Recuerdo que bromeaste comentando que te gustaría tener media docena de Fionas. ¿Lo dijiste de verdad o simplemente bromeabas con Giles?

-Lo dije en serio. Pero no quiero una yegua de cría. Tendremos todos los hijos que desees. Existen formas de evitar la concepción y, si quieres, las utilizaremos.

Ella suspiró de alegría.

-Me consuela que quieras hijos. Sin embargo, no sabía que quedarse embarazada pudiera evitarse.

-No es totalmente fiable, pero podemos intentarlo silo deseas.

-Tal vez. Algún día. ¿Cuándo quieres casarte, Ian?

-Pronto, muy pronto. ¿Qué tal mañana o pasado? ¿O dentro de media hora? ¿Qué te parece después de que te haya hecho de nuevo el amor, dentro de unos quince minutos?

-No, no creo que fuera muy correcto esperar tanto.

Se percató de su sonrisa maliciosa. ¿A qué jugaba? ¿Qué es lo que no era correcto?

-Esperar tanto a casarnos. Aunque quizá podamos esperar un par de días.

-¿Volvemos con los malentendidos? No, tal vez yo sí, pero tú no. Estás llevándome por donde tú quieres.

-No. El problema es que quiero estar delgada para la boda.

-¿Delgada? Si estás muy flaca. Bueno, flaca donde debes estarlo. ¿Acaso piensas darte un atracón de haggis de Cook?

-No, me pone enferma. -Brandy, ya es suficiente. Se acabaron los juegos.

Basta de bromas. ¿De qué demonios estás hablando?

-De acuerdo, excelencia -repuso con sorna-. Me gusta que quieras niños, de hecho, tendremos un pequeñuelo por Navidad.

32

Se la quedó mirando. ¿Estaba embarazada? Oh, Dios, aquello era un capricho del destino.

-Estás embarazada -dijo con la mente en blanco, sintiéndose como si hubiera bebido demasiado coñac-. Vas a tener un niño...

-Sí.

no te pareció adecuado decírmelo? ¿No te pareció adecuado escribirme?

-Estoy diciéndotelo ahora, Ian.

En cuanto volvió a pensar con tranquilidad, se sintió aterrorizado.

-Te importaría explicarme qué habrías hecho si yo no hubiera regresado? -Quería abofetearla, aunque también se sentía satisfecho. Le había hecho el amor una única vez, había robado su virginidad y estaba embarazada de su hijo. Era incapaz de imaginar lo que él sentía en aquellos momentos. ¿Y si no se lo hubiera dicho? Se apartó para tenderse boca arriba, mirando el techo-. Dímelo, Brandy.

-No sé qué habría hecho. Me he enterado hace pocos días. Estaba haciéndome a la idea y empezaba a tener miedo. Te habría dicho la verdad, por supuesto, así que deja ya de hablar con tanta frialdad.

Gruñó exasperado. Quizá le hubiera escrito. ¿Y qué anunciases esta noche nuestro compromiso. Tengo un buen motivo.

-Oigamos ese motivo -dijo él-. Pero te advierto que no estoy dispuesto a creerte.

-Es un motivo excelente. Ten paciencia, por favor, y no te atrevas a reírte de mí. Verás, Ian, cuando estuvimos juntos la primera vez, creíste que yo era Marianne.

-No sólo fue la primera vez, sino también la única -puntualizó Ian.

-No me interrumpas más. Tengo que estar segura, ¿lo entiendes? Necesito saber que es a mí a quien amas, a mí por ser quien soy... que me deseas, no a Marianne.

No podía creerlo. Sin dejar de mirarla, Ian susurró:

-Quieres pasar la noche conmigo? ¿Debo entender que mañana por la mañana me comunicarás si he pasado el examen? Francamente, Brandy, te consideraba una persona muy creativa, jamás hubiera imaginado nada parecido.

-Tal vez no lo consideres importante, pero para mí sí lo es. No te atrevas a reírte de mí, miserable. Hablo muy en serio. Por favor, Ian, deja que me quede contigo.

-Espero superar el examen, Brandy. Pero ¿y si murmuro el nombre de mi madre en sueños? De acuerdo, no me río más. Sin embargo, no quiero mentirte. Marianne pertenece al pasado y es allí donde está. Son simples recuerdos, algunos dolorosos, otros agradables, aunque todos vagos y difuminados. Nada tiene que ver con nosotros. Creo que se alegraría de que por fin haya visto la luz y mi vida vaya por buen camino, por tu camino, Brandy.

»Sabes que eso no es todo. Me hundiría para siempre si te negaras a casarte conmigo porque soy un mal amante.

-Pero eso no es así.

-De acuerdo, Brandy. Me considero irrevocablemente comprometido.

Por un momento deseó abofetearle por dar la vuelta a sus motivos. Ian se acercó y la obligó a levantarse, esbozando aquella sonrisa que la hacía estremecerse.

-Qué tonta eres -le susurró, y la besó. Luego la atrajo hacia él, enredando una mano entre la ondulada melena y deslizando la otra por la espalda hasta alcanzar las caderas.

Brandy se separó, sonriendo.

-Lo has hecho muy bien, Ian. Dame un poco más, por favor.

-¿No te acuerdas de lo que viene ahora? Espero que no, porque dudo que te resultara muy agradable la otra vez. Pero hoy, Brandy, te juro que sí vas a disfrutar de mi compañía. -La besó. Le gustaba besarla y que se entregara a él. Se sintió morir de deseo. Notó la dureza de su sexo presionándole el vientre. Esta vez no la tomaría por sorpresa. Sabía que su cuerpo le gustaba y aquello le hacía sentirse cómodo.

Ella gimió.

-Dame más -exigió él, y le introdujo la lengua en la boca. Hábilmente desanudó el lazo del escote y el camisón se abrió. De pronto, ella se quedó rígida e intentó apartarse.

-¿Qué sucede, mi amor? ¿Cómo pretendes seducirme si no puedo desnudarte?

Había llegado el momento decisivo en el que no podía echarse atrás... le resultaba muy difícil. ¿Y si al verla desnuda cambiaba de expresión? ¿Y si la detestaba?

-¿Brandy?

-No, debo afrontar la situación. Lo haré yo. Por favor, Ian. -Dio un paso hacia atrás y no dijo nada a pesar de su asombro-: Un momento. -Respiró hondo y tiró de la cinta del camisón. A continuación, se habría hecho él? Se habría presentado corriendo como el que acude a una fiesta, para casarse con ella. Pero ¿y si no hubiera sentado la cabeza? Sin duda habría acabado haciéndolo. Se preguntó si tenía importancia que el bebé naciera con dos meses de adelanto. En cualquier caso, se trasladarían enseguida a Carmichael Hall.

Se volvió para abrazarla con fuerza.

-Te he comentado en alguna ocasión que eres aún más tozuda que yo? No, no muevas así la cabeza. Comparado contigo, soy dócil como un santo. Si se te ocurre volver a ocultarme algo, juro que te daré una buena paliza.

-Confío en que no lo hagas antes de Navidad.

-Pequeña, no esperes una gran boda en Hannover Square -añadió Ian-. ¿Te importa no tener una boda por todo lo alto?

-Claro que no. No me apetece yerme rodeada de desconocidos a la espera de que tropiece con el vestido de novia.

-Perfecto. Le pediré a Bertrand que me ayude con los preparativos. ¿Te parece bien si nos casamos el sábado, Brandy?

Ella guardó silencio. Cuando Ian ya se impacientaba, finalmente respondió:

-De acuerdo, pero sólo porque el día de la boda quiero estar delgada.

Se sintió increíblemente aliviado, aunque de inmediato empezó a pensar en el futuro.

-Al menos no tendremos que preocuparnos del médico -dijo-. Te atenderá Edward Mulhouse, un gran amigo de Suffolk.

-¿Un hombre? -La idea pareció horrorizarla.

-Como cualquier médico. Es un hombre, sí. Venga, Brandy, Edward es joven, pero no existe un médico mejor. ¿Qué ocurre? ¿Te incomoda que un médico te examine cuando te atreves a venir a mi alcoba a seducirme, dos veces, sin pedirme ni permiso?

Le replicó con un puñetazo en las costillas. Al sentir el roce de sus magníficos pechos, cerró los ojos y tragó saliva.

-No fue exactamente así -corrigió, acercándose más. El le acariciaba el vientre-. Aquí está nuestro hijo.

-Es increíble -dijo él, deslizando la mano hacia abajo.

-Maldita sea, Ian -susurró ella, por fin-, si empiezas a coquetear conmigo, me veré obligada a seducirte de nuevo.

-Sí, me parece una idea estupenda.

Y antes de que cayera plácidamente dormida, con la cabeza recostada en su torso, se acordó de que tenía algo que preguntarle.

-Brandy, ¿para qué querías las doscientas libras?

Ella permaneció unos instantes sin responder, su pecho se movía agitadamente. Volvía a desearla. No, no podía. Estaban agotados. Y ella debía sentirse dolorida.

-Ya te comenté que el dinero era para ropa.

-No me mientas, Brandy. Venga, suéltalo.

-Y por qué te interesa tanto? Supongo que doscientas libras no significan nada para ti. -Se volvió y, enterrando la cara en su pecho, le dijo con la voz amortiguada-: Ian, no me pidas explicaciones, por favor, no puedo decírtelo.

-Te niegas a explicármelo?

-Sí, me niego. No me mires como si fueras el rey. Y te agradecería que recordaras que no valen amenazas hasta que haya nacido nuestro hijo.

-Oh, puedo amenazarte todo lo que quiera. En fin, me veré obligado a hacer uso de mi superior inteligencia y mi capacidad de raciocinio. Hablaremos más adelante, Brandy.

Ella sabía perfectamente que no olvidaría el asunto. Al menos no tendría que mentirle otra vez, de momento. Se acurrucó a su lado, le besó en el hombro y recostó la cara contra su pecho.

Ian despertó al amanecer y se dijo que Mabley sufriría un ataque de apoplejía si al llegar a Penderleigh los sorprendía a los dos en la cama. Le costó, pero consiguió ponerle el camisón a Brandy. Le molestaba tanto el hecho de despertarla de su pacífico sueño, como el tener que ocultar sus preciosos pechos... y el resto. Aquello era más de lo que un hombre podía soportar.

La acompañó hasta su dormitorio procurando no tropezar con algún criado madrugador. La besó en la frente y volvió a su habitación dispuesto a dormir unas cuantas horas más.

Brandy no bajó a desayunar. Ian sonrió imaginándosela tendida en su cama, sonriente, satisfecha, deseando estar de nuevo con él. Hombres, se dijo, siempre pensando en lo mismo.

Crabbe anunció temprano la visita de Bertrand. Ian arrugó la nariz al ver el voluminoso libro de cuentas que portaba bajo el brazo.

-Buenos días, Ian -dijo. Se le notaba alegre y descansado. ¿Y a quién le importaba?-. ¿Has dormido bien? Sigues teniendo cara de cansado. Una lástima, confío en que te quede energía suficiente para echarle una ojeada a las cuentas.

-Estoy perfecto, Bertrand -repuso el duque, y sonrió al ver el cañón oxidado a través de la ventana-. ¿Puedo desayunar antes?

-Por supuesto. ¿Dónde está Crabbe? ¿Y las gachas? Bien, mientras esperas, voy a resumirte lo que hemos hecho en los últimos dos meses. Escucha atentamente, Ian.

-Creía que ya lo resumiste anoche.

-Oh, no, aquello fue sólo el principio.

-Maldita sea, Bertrand. De acuerdo, adelante, aguza tu ingenio.

Bertrand no tardó en percatarse de que el duque no prestaba atención, pero siguió hablando hasta que, al cabo de media hora, se interrumpió al ver que Ian tenía la mirada perdida en el ventanal.

-Creo que Napoleón apreciaría mis servicios mucho más que tú.

-¿Napoleón? ¿De qué demonios hablas, Bertrand?

-No son más que tonterías. Sólo quería asegurarme de que tu cabeza se halla a muchos kilómetros de distancia... y lo está.

-No, la verdad es que no está tan lejos. -El duque sonrió-. Perdóname, Bertrand. Supongo que eres consciente de que en estos momentos tengo en la cabeza montones de asuntos.

-¿Te preocupa que tu presunto asesino siga por aquí?

-No, pero puesto que lo mencionas, creo que no debería olvidarlo.

-¿Qué estás tramando, Ian?

-Lo descubrirás muy pronto, amigo mío -respondió sonriendo-. Quería comentarte, después de veros anoche a Constance y a ti durante la cena, lo impresionado que estoy por tus avances desde la última vez que nos vimos.

Bertrand no levantaba la vista de sus nudillos.

-Maldita sea -farfulló de repente-, por mucho que se empeñe en comportarse como si fuera mayor que Brandy, es joven y caprichosa. Lady Adella y mi padre se pasan el día bromeando de nosotros, lo cual no ayuda a mejorar la situación. -Suspiró y añadió con cierto estoicismo-: La verdad es que tampoco tengo mucho que ofrecerle. ¿Vivir en la casa de la viuda conmigo y mi que era como contemplar una puesta de sol antes de la tormenta.

-Connie, ¿cómo crees que tendrían el pelo nuestros hijos? ¿Como mi maraña pelirroja o como tu sedosa cabellera negra?

Ella le apretó la mano y rió, nerviosa. Se sacudió los zapatos.

-Vaya pregunta, Bertie. Me temo que has estado mucho tiempo al sol, ¿no? -Le miró de reojo.

-No, lo que creo es que he sido yo quien te he dejado demasiado rato al sol. Y olvídate de una vez de tus niñerías con Percy o con cualquier otro. Olvídate de todos, excepto de mí.

Ella se mesó el cabello.

-¿Y si no quiero, señor Bertrand?

- Le había llamado señor... Sonaba de maravilla. El sonrió y respondió:

-Si no quieres, tendré que sacudirte, muchachita. -La asió por los hombros y la zarandeó con suavidad, hasta que finalmente le miró.

-¿Me pegarías? -De pronto le costaba respirar-. ¿De verdad, Bertie? ¿Me pegarías? -Era asombroso. El se sentía cada vez más seguro. ¿Sería suficiente sólo con eso? De estar solo, se habría odiado por haber estado tan ciego hasta aquel momento. Agradeció a Dios la intervención del duque.

-Sí, si algún día te atreves a mirar a otro, pienso llenarte de cardenales.

-No le veo la gracia.

Bertrand consiguió mantener la violencia de su mirada, aunque bajó el volumen de la voz hasta convertirlo en un íntimo susurro.

-Jamás estropearía tu belleza, Connie, aunque tal vez sí pondría la mano en tu encantador trasero. Sí, te colocaría sobre mis rodillas, te recogería las faldas y entonces... no me tientes. -Ella se humedeció el labio con la punta de la lengua. Añadió-: Tal vez si te pongo en mis rodillas y te recojo las faldas sea simplemente porque quiero hacerlo, porque disfrutaría haciéndolo, porque deseo contemplar tu palidez y tu belleza, sentir tu suavidad bajo mis dedos.

Ella se sonrojó. Tenía la boca entreabierta. Le miraba como si fuera la primera vez que le viera. Era un genio.

-Creo, Connie, que te casarás conmigo... en agosto, el día después de tu cumpleaños. No tengo intención de esperar más.

La mirada de Connie le hizo que deseara desnudarla allí mismo y revolcarse con ella en el suelo cubierto de musgo. Constance le acarició la mejilla y asintió.

El la atrajo hacia sí y la besó. Ya soy un señor, se dijo ante la entrega de sus labios.

33

El duque echó un vistazo al abarrotado salón. Brandy no estaba. ¿Dónde demonios se habría metido? No la había visto en todo el día. ¿Qué se llevaría entre manos? Le encantaban las sorpresas y ella conseguía sorprenderle constantemente. Bertrand, el vivo retrato del hombre feliz, entraba en aquel momento y Ian se olvidó de sus juegos por un instante.

-Querido amigo -lo saludó el duque, sonriendo-. ¿Debo entender por tu cara de alegría que has seducido a la dama?

-Naturalmente. Pero no digas nada. Quiero anunciar nuestro compromiso durante la cena.

Bertrand no le miraba. Estaba perplejo y con la vista clavada en la puerta.

-Dios mío! -exclamó de pronto.

Ian se volvió. En aquel momento Brandy hacía su entrada en el salón. No podía creerlo. Era sencillamente maravilloso. Se había puesto el vestido de terciopelo que le compró en Edimburgo. Caminaba erguida y sus magníficos pechos asomaban por el escote. Llevaba el cabello recogido en un moño alto y adornado mediante una cinta de terciopelo a juego. Un par de mechones caían provocativamente sobre sus hombros. La transformación era asombrosa. Apenas podía creerlo. La niña había dado paso a la mujer más encantadora del mundo, luciendo un sensual escote que aumentaba su belleza. Sonrió al imaginar la violenta situación que se produciría cuando más tarde quisiera citarse con ella.

El resto de la familia, al igual que Bertrand, había enmudecido.

Brandy le buscaba con la mirada y se puso más erguida cuando él le guiñó el ojo en señal de aprobación.

Constance fue la primera en recuperar el habla.

-¿Qué te has hecho, Brandy? ¿Cómo has conseguido hacerte este peinado? Creía que sólo sabías hacer trenzas. Y tu... tu pecho. No sabía fuera tan... En fin, no tiene importancia. Es asombroso. Estás preciosa y tienes un aspecto completamente distinto.

Lady Adella se echó a reír y dijo:

-Cerrad todos el pico, también te incluyo a ti, Claude. Cierra la boca y devuelve los ojos a su lugar. De acuerdo, pequeña, veo que finalmente has decidido cambiar de aspecto. Acércate y deja que te mire. Dios mío, eres igual a mí cuando tenía tu edad.

-No lo creo -intervino el duque-. Jamás podría aspirar a llegar a su altura.

Bertrand, que siempre había albergado la creencia de que físicamente Constance era mucho más madura que Brandy, logró decir:

-Estás preciosa, Brandy. El vestido que te compró Ian te sienta perfecto... igual que el resto.

-Condenadamente perturbador -añadió Claude-. La niña parece ahora una reina. Me hierve la gota. Y se me acelera el corazón viendo todo lo que nos había ocultado hasta esta noche.

Brandy tomó asiento junto a lady Adella y no a sus pies, como solía hacer. Era consciente del revuelo que había provocado, pero en cuanto entró en el salón y vio a Ian, sus temores se desvanecieron. Era una mujer hermosa, incluyendo sus pechos, la razón por la que el corazón del tío Claude latía descompasadamente. Sonrió a Ian. Su mirada merecía eso y más. Era realmente perverso.

-Ahora sólo falta que dejes de morderte la uñas, señorita -dijo lady Adella-. Yo jamás me mordí las uñas y a tu edad era aún más bonita.

Crabbe era el único que permanecía impasible.

-La cena está servida, excelencia.

El duque se levantó y se dirigió a Brandy.

-Señorita Robertson, ¿me concede el honor de acompañarla al comedor?

-Ya que lo ha solicitado con el respeto y la deferencia adecuadas, excelencia, supongo que no puedo negarme.

-Pronuncia bien -le susurró Ian.

Es perverso, pensó Brandy, pero le amaba con locura.

Al cruzar el vestíbulo le dijo, pensativo:

-Ian poco interesado te parecí anoche que has decidido matarme para cambiar de aspecto? Soy un tipo afortunado: puedo verte con tu precioso vestido y en tu provocativo estado natural.

-Lo mismo pensaba de ti, Ian. Sí... eso pensé la noche que entré en tu alcoba y te vi allí, a mi completa disposición para admirarte y contemplarte. Creo que me pareciste orgulloso como un pavo real. Después te vi vestido para la cena. Menudo contraste. Me considero tan afortunada como tú, te tengo de las dos maneras.

-¿Te burlas de mí?

Brandy le respondió con una cándida sonrisa.

Ian le retiró la silla gentilmente antes de ocupar su puesto en la cabecera de la mesa. Luego susurró a Crabbe:

-Trae unas cuantas botellas de champán, por favor.

Bertrand no podía más y cuando Crabbe y Morag se ausentaron, estaba a punto de levantarse para dar la noticia. El duque le hizo un guiño. El tosió un poco para aclararse la garganta y sonrió a Constance para tranquilizarla.

-Padre, lady Adella, me gustaría deciros que Constance, a pesar de vuestras infernales intromisiones y vuestros absurdos intentos de hacer de casamenteros, ha logrado finalmente convencerme de que mi deber como hijo es acatar vuestros deseos y casarme con ella. En resumen, pensamos casarnos en agosto, cuando ella cumpla los diecisiete. Sí, como hijo obediente que soy, estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario con tal de complacer a mi padre.

-¡Bertie! -exclamó Constance-. Te crees muy gracioso, ¿verdad?

-Deja que se pavonee, Connie -dijo Brandy-. Los hombres necesitan pavonearse y rebuznar, inflarse como pavos reales. Me alegro muchísimo.

-Ya te dije, Claude -intervino lady Adella, esbozando una amplia sonrisa-, que nuestra Connie acabaría seduciendo a Bertie. Sin embargo, tengo la impresión de que al final no ha sido así exactamente. ¿Qué le has hecho a mi nieta, Bertrand?

-Pregúntale mejor qué le hará -bromeó Claude, y soltó una carcajada-. Su mirada me hace pensar que la chica pasará una buena temporada andando con dificultad. Confiamos en que, a partir de este momento, la muchacha logre mantenerte alejado de esa fulana del pueblo.

Bertrand se disponía a replicar a su maldito padre y su sucia boca. Miró a Constance que, orgullosa, se acariciaba su preciosa melena, sin duda complacida ante el escandaloso comentario de su tío.

-Te prometo, tío Claude, que no pondrá los ojos en ninguna otra mujer -aseguró Constance, ante la sorpresa de Bertrand, que lamentó tener que esperar hasta agosto para casarse.

-Bien, así que os casáis en agosto -dijo lady Adella. Luego frunció el entrecejo y agregó, con su característica perversidad-: Creo, Claude, que la niña es demasiado joven para contraer matrimonio. ¿No opinas que, dado las correrías de Bertie por el pueblo, debería esperar dos o tres años más?

-Abuela, voy a cumplir diecisiete.

-Lady Adella -interrumpió Bertrand, que se preguntaba qué estaría tramando la anciana-, creo recordar que la madre de Constance tenía sólo dieciséis años cuando se casó con su hijo.

-Señora, ha caído en su propia trampa -dijo el duque.

Claude estaba confuso, como si acabara de entrar en una sala y no entendiera el sentido de la conversación.

-Qué sucede? ¿Pretendes nadar y guardar la ropa?

-Sí, bien guardada -observó Brandy.

-Cierra el pico, señorita. Al menos Constance se ha asegurado un marido, mientras que tú andarás pegada a mí hasta que te salgan canas. -Brandy la sorprendió con una desvergonzada sonrisa. Luego decidió lanzar el anzuelo a Bertrand-. Bien, joven ¿lo tienes bien atado? ¿Puedo preguntar por qué antes de acosar a Connie no le has pedido permiso a tu padre? ¿Qué sabe de los hombres una jovencita como Connie? Chico, me temo que no has actuado correctamente.

El duque estaba pasándolo en grande.

-Lady Adella, ¿cree de verdad que Bertrand hubiera sido tan negligente? Permítame que la tranquilice. Bertrand ha actuado correctamente. Me ha pedido permiso a mí.

-¿A ti? -rugió lady Adella-. ¿Y a quién le importa tu permiso, señor duque?

-¿A qué viene eso? Tengo su custodia, señora.

-Mira, por muy duque que seas eres un impertinente y no me gusta. -Se levantó inesperadamente, mirándolo con malicia-. Yo también tengo su custodia, mi querido duque. ¿Puedo preguntarte qué pretendes darle? No estoy dispuesta a entregarla a su marido con las manos vacías.

-Naturalmente que no -respondió el duque, con voz serena, y se interrumpió para observar a Claude y luego a Bertrand-. Escuchadme todos. Recordad que alguien deseaba mi muerte. En realidad es posible que ese alguien siga deseándola. Tendría mucho sentido que lo que era verdad hace dos meses siguiera siéndolo hoy, fuera lo que fuera. Sin embargo, de una cosa estoy seguro, ni tú, Bertrand, ni tú, Claude, tenéis nada que ver.

Permaneció unos instantes en silencio observando las perplejas caras congregadas alrededor de la mesa.

-En mi opinión, un inglés, por mucho que corra algo de sangre escocesa en sus venas, no debería ostentar un título escocés ni ser propietario de una tierra escocesa. Creo también que estoy empezando a entender a los escoceses, a Escocia y sus tradiciones. Cualquier condado escocés debe estar regentado por un dueño escocés, es lo más correcto y justo. Por lo tanto, y en cuanto las leyes escocesas hayan reinstaurado los derechos hereditarios de Claude y Bertrand, tengo la intención de que el condado de Penderleigh vaya a parar a sus manos, tal como debería haber ocurrido si el anterior conde no hubiera retirado sus derechos a Douglass, el padre de Claude. Y esto, lady Adella, forma parte de la dote de Constance. En su día acabará convirtiéndose en la condesa de Penderleigh.

-¿Era eso lo que pretendías decirme esta mañana? -inquirió Bertrand, que estaba tan sorprendido que no sabía qué decir.

-Sí, en parte.

-¡Que me cuelguen! -exclamó Claude, mirando al duque como si fuera la primera vez que lo viera-.

¡Que me cuelguen una y otra vez! Mi corazón late más descompasado que si estuviera contemplando el pecho de Bran... -Se interrumpió y miró a las chicas-. ¡Que me cuelguen!

-Explícate mejor, excelencia -exigió lady Adella. Ian pensó que, de haber podido, le habría clavado el tenedor. ¿Por qué diablos se habría enfadado?

El duque levantó la mano pidiendo a todo el mundo que bajara el tono de voz.

-No hay más que explicar, señora, salvo lo que ya he dicho: cualquier condado escocés pertenece a los escoceses, igual que la tierra inglesa pertenece a los ingleses.

-Los ingleses son unos bastardos avariciosos y lascivos -afirmó lady Adella-. Jamás dejan escapar títulos ni propiedades.

El duque sonrió y comentó:

-Tal vez mi sangre no sea del todo inglesa y por eso resulto extraño.

-Has donado dinero inglés a Penderleigh -intervino Bertrand.

-Sí, era necesario. Y ahora que la cuestión de la materia prima está solventada, Penderleigh empezará a dar beneficios, sobre todo bajo tu dirección, Bertrand.

-Seré el conde de Penderleigh -anunció Claude-. ¡Que me cuelguen una y otra vez! ¡Seré el conde de Penderleigh!

-Y tú, Connie -añadió Bertrand-, tendrás vestidos preciosos, un carruaje y quién sabe... quizá también una casa en Edimburgo.

-Seré condesa -repitió Constance-. Que me cuelguen también.

-Bien hecho, excelencia -dijo Brandy, con el corazón palpitando de alegría.

-Tu madre debió de ser infiel a tu padre, Ian -bromeó lady Adella-. Me niego a creer que saliera algo así de aquel trepador con el que se casó.

-¿Un trepador el cuarto duque de Portmaine? Tendré que preguntárselo a mi madre. Sin embargo, recuerdo muy bien a mi padre, murió cuando yo tenía diecinueve años de edad. No, señora, podía ser muchas cosas, pero no un trepador.

-Y qué ocurrirá -prosiguió lady Adella- si resulta que los tribunales escoceses se niegan a devolver los derechos de herencia?

El duque le sonrió y respondió:

-Confío plenamente en sus habilidades, lady Adella. Aunque naturalmente si usted fracasa, me veré obligado a poner las cosas en orden.

¿Acaso nunca cambiaría? Le divertía tanto como le hacía rabiar. Debía de ser un duro golpe que le usurparan el poder de las manos de aquella manera. Estaba casi convencido de que finalmente había claudicado cuando la anciana agregó con acritud:

-Mi querido duque inglés, ¿qué pretendes hacer con Brandy y Fiona? Ahora que has roto con lady Felicity, has arruinado todas las posibilidades de Brandy. La pobre chiquilla se pasará la vida aquí, cuidándome y convertida en mi pequeña esclava.

-Esto sí que es sorprendente -dijo Bertrand.

-Cierra el pico, Bertie -ordenó lady Adella-. Bien, mi querido duque, ya que te sientes tan generoso, ¿qué les pasará a las chicas? ¿Qué haremos con Brandy? A su edad casi es una solterona.

Brandy, que conocía todas y cada una de las extravagancias del repertorio de su abuela, preguntó:

-¿Que soy casi una solterona?

-Cierra la boquita, niña. Y bien, excelencia, ¿cuáles son tus brillantes planes?

-Creo -contestó el duque con parsimonia, mirando de reojo su repugnante bizcocho borracho-, que sólo puedo hacer una cosa...

-¿Sí? ¿Y qué diablos es? -inquirió lady Adella, que se inclinó tanto que el precioso chal de Norwich casi rozó el suelo.

El duque suspiró.

-Bueno, supongo que tendré que casarme con la solterona. Y puesto que tengo su custodia, no tendré que preocuparme en caso de que se le ocurra rechazarme. Sí, lo haré. Me sacrificaré y me casaré con la solterona. Será difícil, pero es lo correcto. Lo haré para complacerla, lady Adella.

-Casarte con Brandy? -vociferó. El fleco del chal estaba ya en el suelo-. ¡No puedes casarte con ella! ¡Maldita sea, no le veo la gracia! ¿Piensas casarte con mi nieta?

-Ian, ¿vas a...? -farfulló Bertrand.

-Oh, Brandy, tú duquesa y yo condesa -intervino Constance-. Nuestros salones serán famosos. Todo el mundo querrá venir. Las damas copiarán nuestro estilo. Imagínatelo por un momento.

-Que me cuelguen otra vez -repitió Claude-. ¿Bromeas?

-No -repuso el duque-. Y en cuanto a Fiona, espero concederle unos años antes de buscarle marido. Bien, ahí está Crabbe con el champán. Llegas en el momento justo, Crabbe.

-Jamás me he emborrachado -dijo Constance-. Tal vez esta noche sea mi primera vez.

Lady Adella, sumisa, brindó en honor de los felices acontecimientos que acababan de anunciarse. Era evidente que no estaba contenta. Claude, poco oportuno, repitió:

-Que me cuelguen. Voy a convertirme en el conde de Penderleigh. -Lady Adella le miró de reojo y dejó la copa en la mesa con tanta energía que estuvo a punto de romperla.

-Cierra la boca, idiota. Eres igual que Angus, jactándose en todo momento de ser amo y señor del castillo cuando no lo era ni por casualidad. Sabes muy bien que yo siempre he sido la dueña y así seguirá cuando se marche el duque. Yo tocaré la gaita y tu bailarás a mi son.

La situación se ponía interesante, pensó Ian, confiando en que Claude no le decepcionara.

Claude se acomodó para adoptar una posición majestuosa y dijo, con una calma devastadora:

-Señora, durante toda la vida no has sido más que una bruja traficante de influencias. Estoy de acuerdo, el viejo Angus fingía no darse cuenta y te permitía manipulamos a tu antojo, nos tenías a raya y nos tocaba bailar o encogernos de miedo según con qué pie te levantaras. Eres la condesa viuda de Penderleigh y, por lo tanto, te correspondería vivir en la casa de la viuda.

»Sin embargo -añadió Claude, satisfecho de sí mismo-, siempre y cuando te esfuerces en controlar tus palabras y me respetes y trates como el conde de Penderleigh y cabeza de familia que soy, consideraré la idea de que puedas permanecer en el castillo.

Lady Adella estaba roja de ira. Ian hubiera aplaudido el discurso de Claude, pero temió que lady Adella sufriera un colapso allí mismo.

-Tú misma me dijiste -prosiguió Claude, casi en un susurro- que había llegado el momento del desquite. El duque te ha hecho el trabajo. Y no se te ocurra contradecirlo. Si no acatas sus deseos, supongo que él mismo los llevará a cabo.

Bertrand seguía sin moverse con la mirada clavada en lady Adella.

-Lady Adella, ¿vas a explicarnos ahora lo de mi abuelo Douglass? ¿Nos contarás por qué el conde le desheredó de forma tan inesperada?

34

-Sí -dijo Claude-. Ha llegado el momento de desembuchar. Odio los secretos y llevan años ulcerándose tanto en los muros del castillo como en mi corazón. Empieza, y si no lo haces tú, lo haré yo. Al fin y al cabo, sino hubiera sido por ti y tu carácter incontrolado e impetuoso...

-Cállate, Claude. -Lady Adella se hundió en el sillón y cerró los ojos-. Siempre andas quejándote, Claude, siempre has sido igual. Le dije a Douglass que no te lo contara porque si lo hacía las cosas acabarían mal. ¿Ves cómo yo tenía razón?

-Pues yo creo que han acabado muy bien -puntualizó Bertrand-. Todo será como siempre debió ser. La línea hereditaria ha sido restablecida. Dime, padre, cuéntame por qué nos desheredaron. No tengo intenciones de esperar hasta que estés en el lecho de muerte.

-Sí -dijo Brandy, apoyando los codos en la mesa-, cuéntanoslo, tío Claude. Supón que te mata un rayo, jamás nos enteraríamos.

Lady Adella se quedó con la mirada fija en la copa de champán.

-No, Claude, déjame a mí. No lo explicarías bien. Ya sabéis que Douglass, el hijo mayor, era el heredero del título y que Claude debía haber sido el siguiente. Yo era muy joven por aquella época y Douglass no se parecía al débil Angus, su hermano menor. Nos convertimos en amantes y nadie se enteró hasta que el viejo conde nos sorprendió en el pajar. El conde tenía muy mal genio y pegó a Douglass hasta dejarlo casi sin sentido. Aquel mismo día, desheredó a su hijo mayor y a todos sus descendientes. Angus, el muy imbécil, jamás se enteró. Su padre decidió que yo había aprendido la lección y no quiso que Angus se sintiera mal porque su esposa le había engañado.

-Douglass, mi padre, me lo contó en el lecho de muerte -explicó Claude-. Tú ya eras vieja y yo no podía creerlo. Te miraba y no entendía cómo un hombre podía haberte deseado. Pero era verdad.

El duque, preocupado por lady Adella, comentó:

-Tal vez debiera investigar con más detalle los antecedentes de Brandy. Tanto secreto, tantas intrigas... ¿quién sabe de dónde habrá salido?

Y obtuvo el resultado esperado. Lady Adella se volvió, le miró fijamente y replicó:

-Te agradecería que controlaras tus palabras, querido duque. Es muy probable que también a ti te toque algo de este linaje tan corrupto.

-Por favor, evita los comentarios sobre linajes corruptos -la interrumpió Claude-. Douglass se casó y yo soy fruto de aquel matrimonio.

-Excelencia -dijo Brandy-, sería mejor que pasáramos al salón. Connie tocará el piano y todos nos calmaremos un poco.

-Que me cuelguen -repitió Claude por enésima vez.

Lady Adella no se recuperó hasta la hora de ir a dormir. Ian la oyó refunfuñar mientras se frotaba las manos:

-Una condesa y una duquesa... Sí, me ha salido bien con las dos chicas. Y también me saldrá bien con Fiona.

A Ian le costó despedirse de Brandy en la puerta de su alcoba sólo con un beso. La obligó a entrar.

-Hasta el sábado -le dijo, como si le doliera algo-. Creo que podré esperar hasta el sábado.

-¿Y yo? ¿No tengo nada que decir?

-No. A la cama. Descansa. Pero antes bésame otra vez.

-Permite que le felicite, excelencia? -dijo Fraser, después de saludar al duque y esbozar una amplia sonrisa que iluminó su oronda cara.

-Gracias, Fraser. ¿Está Bertrand por aquí? ¿O anda contemplando las musarañas con su futura esposa?

-Está comiendo, excelencia, y supongo que también mirando las musarañas. Se queda con el tenedor en la mano, la mirada perdida y sonriendo como una damisela. Y en cuanto al señor Claude... imagíneselo, excelencia, no ha pegado ojo en toda la noche. El señor Bertrand ha comentado que no ha dormido, sentado frente a la chimenea, repitiéndose una y otra vez que iba a convertirse en el conde de Penderleigh y hablando del destino.

Ian se echó a reír. Acompañó a Fraser al salón, donde efectivamente encontró a Bertrand, sentado, inmóvil, con la mirada perdida en el jardín de Fraser. Levantó la vista en cuanto el duque entró y le dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

-Ian, pasa, pasa. Fraser, ofrece a su excelencia unos bollos con mermelada de fresa. Su excelencia y yo hemos de estar fuertes... nos espera un importante período de prueba.

El duque tomó asiento frente a Bertrand y no habló hasta que Fraser hubo abandonado el salón.

-Tengo más pruebas de las que imaginas, Bertrand. Y a eso he venido. ¿Cómo se consigue un permiso especial en Escocia?

Bertrand arqueó las cejas, sorprendido.

-No tenía idea de que pensaras actuar con tanta rapidez.

-No voy a darle a Brandy la menor oportunidad de que cambie de idea. También necesito un cura.

-Los bollos, excelencia -anunció Fraser. El duque volvió a guardar silencio hasta que Fraser salió del salón.

-Percy y Joanna llegan hoy. ¿Qué te parece si nos casa el mismo cura? Dios mío, no logro imaginar la cara que pondrá Percy.

-Espero que se comporte, al menos delante de su prometida. Es importante que así sea. Le conviene ser educado.

-¿Sí? ¿Qué sucede, Fraser? -preguntó Bertrand, volviéndose.

Fraser venía con mala cara.

-No lo sé exactamente, señor Bertrand. Acaba de llegar Wee Albie con un mensaje para su excelencia. -Entregó al duque un papel doblado.

-¿Qué demonios...? -Ian cogió el papel y lo desplegó. Leyó los garabatos una y otra vez, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

Si desea que Brandy siga con vida, venga solo y desarmado al granero de madera situado al oeste del sendero del acantilado...

-Fraser, que venga Wee Albie. ¡Enseguida!

-Sí, excelencia.

-Dios mío, Ian, ¿qué sucede?

Ian meneó la cabeza cuando Wee Albie, acompañado de Fraser, entró en la sala.

El duque enarboló el pedazo de papel.

-¿De dónde lo has sacado?

Wee Albie palideció ante el tono intimidador del duque y miró a Bertrand, asustado.

-¡Rápido, Albie! ¿Quién te ha dado esta carta para el duque?

-Un hombre, iba tapado hasta los ojos, excelencia. Dijo que era muy urgente y que usted tenía que leerla sin perder un minuto.

-Ian, por el amor de Dios!

-Discúlpame, Bertrand -dijo el duque, dirigiéndose hacia la puerta del salón-. No comentes nada. Espero estar de vuelta enseguida.

El duque salió de la casa de la viuda dando un portazo y echó a correr hacia el castillo. Irrumpió en su alcoba y, haciendo caso omiso de Mabley, cogió su pequeña pistola de empuñadura de marfil y la introdujo en la caña de una de sus botas. Debía mantener la calma. Veía los garabatos una y otra vez: «Si desea que Brandy siga con vida... » Se trataba de un loco, un escocés loco; sin duda un Robertson. Pero ¿cuál? No tenía sentido. Diez minutos más tarde estaba poniéndole las bridas a *Hercules.* Tras ensillarlo, montó y espoleó al animal.

Hercules relinchó y se encabritó, pero su amo siguió espoleándole sin miramientos. Echó a correr a toda prisa en dirección al camino del acantilado.

Brandy abrió los ojos lentamente al notar que algo le presionaba la mejilla. Gritó, le dolía la sien, no sabía qué estaba pasando. A medida que el dolor fue cediendo, fue capaz de llevarse la mano a la cabeza. El origen de sus molestias no era otro que unas briznas de paja.

-Creí que te había matado.

Levantó la cabeza al escuchar una voz con marcado acento inglés. Giles Braidston se hallaba sentado ante ella sobre una bala de paja, sosteniendo una pistola.

-¿Giles? ¿Qué haces aquí? ¿Qué estás diciendo? -Te considero una chica inteligente, Brandy. ¿Qué opinas?

Ella le miró fijamente, intentando aguzar su ingenio. Debía olvidar el dolor de cabeza para conseguirlo.

-Yo estaba en el acantilado -empezó a decir-, Fiona estaba en la playa y yo la vigilaba... -Volvió a frotarse la sien-. 01 algo, no sé qué. Me volví, aunque no con la suficiente rapidez. Alguien me golpeó en la cabeza con una piedra. Y ya no recuerdo nada más.

-Tuve que golpearte con la culata de la pistola.

Seguía mirándole.

-Qué estúpidos hemos sido -dijo, sorprendida por la serenidad de su propia voz.

-Tal vez, Brandy, aunque prefiero pensar que mi plan es perfecto. Acabas de decirlo: a nadie en Escocia se le ocurriría sospechar de un inglés... y menos de un inglés que es primo hermano del duque.

-En la playa... eras tú, Giles. Tú disparaste a Ian por la espalda.

-Así es, y yo sería en estos momentos el duque de Portamaine si no hubieras aparecido tú. Me enfadé con tu demostración de heroísmo, Brandy. Por tu culpa no pude apuntar correctamente. De haberte matado, habrían acabado sospechando de mí. Los Robertson jamás se matan entre ellos.

Miró alrededor, acababa de darse cuenta de dónde estaba.

-Supongo, Giles, que pretendes utilizarme de cebo.

-Has dado en el blanco. Estoy seguro de que Ian debe de estar en estos momentos viniendo hacia aquí para salvarte. Picará. Claro que sí, tu duque está a punto de alcanzar el fin de su encantadora existencia.

35

Giles se levantó de pronto y pegó la oreja a la puerta.

-Ahí tenemos a nuestro héroe dispuesto a rescatar a su dama.

Brandy se incorporó y dirigió la mirada hacia la entrada del granero.

-¡Ian! ¡Vete! ¡No entres! Giles te matará -exclamó, pero se interrumpió al ver que Ian derribaba la desvencijada puerta de una patada y caía estrepitosamente en un rincón del granero, para levantarse de inmediato. Pestañeó hasta acostumbrarse a la penumbra. Estaba muy oscuro.

-No, duque -vociferó Giles-, sé que ocultas tu condenada pistola bajo tu mano derecha. Mataré a Brandy si se te ocurre utilizarla. Estoy apuntándola en la sien con mi arma. Dame la pistola, Ian. ¡Ahora!

Se había equivocado en sus sospechas. La oscuridad del granero le cegaba. Miró a su primo fijamente. Giles, se dijo, Giles... Era su primo, su primo inglés, su heredero nominal. Los Robertson no tenían nada que ver. Le arrojó la pistola.

-He hecho lo que me has pedido. Deja de apuntarla.

Giles apartó el arma.

-¿Estás bien, Brandy? -inquirió Ian. Yacía apoyada sobre una bala de heno. Giles seguía a su lado, pistola en mano.

-Sí, Ian. No deberías haber venido.

-No digas tonterías, Brandy. Muy inteligente por tu parte, Giles... Al escribir el mensaje en escocés estuviste a punto de convencerme de que era Percy quien me esperaba aquí, dispuesto a asesinarme para que no pudiera devolver los derechos de herencia a Claude y Bertrand.

-Sí -afirmó Giles, esbozando una reverencia-, fue un gran detalle. ¿Sabes, Ian? Me habrías ahorrado muchos problemas de haber muerto a la primera.

-¿Por qué, Giles?

-Me disgusta tu franqueza, duque, pero ya que has descubierto la verdad, me confesaré culpable de avaricia. Jamás me ha gustado ser el «señor» Giles Braidston. Creo que te odio desde el mismísimo vientre materno. Supongo que allí ya presentía quién era el perdedor y quién el ganador. Tú serías el duque de Portmaine y yo nada de nada.

Ian le replicó sin prisa, quería ganar tiempo.

-Sólo nos llevamos dos años, Giles. Siempre supiste que el heredero del título sería yo. ¿Me odiabas? Nunca te di motivo alguno. Nadie te ha censurado por ser quien eres. Posees buenos ingresos. Tienes casi todo lo que te apetece. Llevas una vida de auténtico caballero.

-Insignificancias, Ian, insignificancias. La verdad es que no recuerdo haber estado seriamente endeudado. Ser tu heredero me ha facilitado la tarea con los acreedores. Pero el duque de Portmaine debería ser yo, no tú. Me he enterado de que acabas de donar tanto Penderleigh como el título. Voy a evitarlo, incluso si a lady Adella se le ocurre dar la herencia a ese imbécil de Claude. Quizá te preguntes por qué. Es muy sencillo, todas tus riquezas pasarán a mis manos y sus maquinaciones se quedarán en nada. Un duque jamás dona los derechos adquiridos desde la cuna. Eres idiota.

Ian debía mantener la calma y contener su rabia e incredulidad.

-Jamás atentaste contra mi vida mientras permanecí casado con Marianne. De no haber muerto ella, lo más probable es que hubiéramos tenido un heredero en menos de un año.

-Mi querido primo, ¿no te acuerdas de que pasábamos mucho tiempo juntos? -dijo Giles-. Éramos de la misma edad y me costó muy poco ganarme su confianza. Te tenía miedo ¿A que siempre te has preguntado por qué huyó a Francia supuestamente para salvar a sus padres? Te has maldecido eternamente porque jamás lograste que confiara en ti y porque no pudiste salvarla de la guillotina.

»La visité una tarde que tú estabas en el club. Sir William Dacre acababa de confirmar que estaba embarazada. Poco después, primo, volví a presentarme portando una carta supuestamente escrita por sus amantísimos padres, el conde y la condesa de Vaux, en que le suplicaban que regresara a Francia para interceder por su causa ante el tribunal de Robespierre. Te aseguro que fui de lo más elocuente, y finalmente logré convencerla de que jamás permitirías el viaje de saber que ella estaba esperando a tu heredero. Me suplicó que la ayudara. Al llegar a París me contó que te había dejado una carta. Me vi perdido hasta el momento en que me comentó que no se había atrevido a mencionar mi nombre porque temía que te enfurecieras conmigo.

»Entonces hice lo que debía hacer. Comuniqué la dirección de Marianne al comité ciudadano y, en menos de una hora, partía rumbo a Londres. Más tarde me enteré de que sus padres habían muerto en la guillotina una semana antes. Era una ironía. Por supuesto, ella corrió la misma suerte.

El duque era incapaz de creerlo. Giles había provocado la muerte de Marianne. En realidad, él había accionado la guillotina, era su asesino. Le mataría. Trataba desesperadamente de controlarse, aunque apenas podía dominar la ira.

-Maldito hijo de puta! Marianne era inocente. Jamás hizo daño a nadie. Tú la asesinaste. Voy a matarte.

-Duque, si te mueves, juro que mataré a Brandy. Piénsalo. No tenía otro remedio. De haberte dado un hijo, mis esperanzas de convertirme en el duque de Portmaine se hubieran desvanecido, por no hablar de mis acreedores y mis amistades. Muy pronto acabaría convertido en un simple «señor» y a nadie le importaría mi presencia.

Brandy se dio cuenta de que a Ian le temblaban las manos, estaba preso de rabia. Debía ganar tiempo para recuperar la calma. Decidió llamar la atención de Giles.

-Y lady Felicity.., aunque iba a casarse con Ian, no la mataste. Tu objetivo era Ian, ¿verdad?

Giles la miró un instante.

-Como te he dicho, Brandy, Escocia era una oportunidad de oro, de las que no pueden desperdiciarse. Todo el mundo sospecharía de los Robertson. Admito que Felicity es una idiota que no tiene nada que ver con Marianne. Es una dama fría y calculadora, Ian. Has tenido suerte al librarte de ella. Admito también que abusó de mi ingenuidad, su único objetivo era convertirse en la duquesa de Portmaine.

El duque replicó con serenidad.

-Tantas observaciones, tanta amabilidad... Creí que pretendías ponerme sobre aviso, protegerme. Pero no era así. Lo que buscabas era aterrorizarla con la idea de que yo quería tener hijos. Confiabas en que me despreciara y se viera obligada a romper nuestro compromiso.

-Así es, duque. Apenas tenía esperanzas con la dama cuando gané la partida gracias a tu carácter autocrático y testarudo, combinado con su odio hacia los Robertson, hacia Brandy y Escocia. Me encantó acompañarla a Londres. Tú seguirías pagando mis facturas y yo jamás tendría que volver a preocuparme por esa bruja.

-Despertaste sus celos por Brandy, ¿verdad, Giles? Tú la animaste a venir a Escocia e hiciste que cuestionase mi honor.

-Por supuesto. Incluso hablé con su querida madre, otra bruja. ¿Recuerdas la carta que me escribiste el día que te marchaste? Casi me desmayo. Planeabas casarte con Brandy. Jamás lo imaginé.., aunque debería haberlo hecho. ¿Qué se siente, Ian, con la prometida y la amante bajo el mismo techo?

-Ian, no... -susurró Brandy, extendiendo la mano. Giles se echó hacia atrás instintivamente situándose muy cerca de Brandy, a la que embargaba una calma enfermiza. Giles los mataría en cuanto acabara con sus fanfarronadas. Apenas le oía, estaba enfrascada tratando de encontrar cualquier objeto que pudiera utilizar como arma. Había decidido abalanzarse sobre él cuando vislumbró el palo de madera de un bieldo medio enterrado entre el heno. Se desplazó sigilosamente hasta rozar el artilugio con la punta del pie.

-Supongo, Ian, que ya te habrás dado cuenta -añadió Giles- de que no estoy dispuesto a permitir que te cases con Brandy. Siento tener que hacer lo que voy a hacer, pero no me queda otro remedio. Reconozco que mi plan es desagradable, la verdad es que la idea de matarla no me entusiasma. No hay esperanzas. Su destino quedó escrito en cuanto te envié mi nota.

Ian se percató de que Brandy, detrás de Giles, se movía lentamente. Debía distraerlo un instante.

-Las explicaciones se han terminado. Tengo un largo camino por delante. Cuando llegue a mis oídos la noticia de tu trágica muerte en manos de los Robertson de Escocia, estaré tranquilamente instalado en Londres. Armaré un gran escándalo. No me cansaré de gritar frente a la Cámara de los Lores que tú, mi noble primo, fuiste asesinado por un salvaje escocés. ¿Quién sabe qué sucederá? Es muy probable que desaparezcan tanto este ridículo castillo como los Robertson en pleno.

Ian vio de reojo a Brandy blandiendo el bieldo. Si Giles se daba cuenta, todo estaría perdido. Empezó a hablar.

-Te creo, Giles. Me odias. He estado ciego. ¿Te reías de mí cuando mi secretario pagaba tus facturas? ¿O me odiabas aún más por pagarlas?

-Por supuesto que te odiaba. ¿No habrías sentido lo mismo?

-Cuándo concebiste el plan? ¿Cuando te enteraste de la herencia escocesa?

-No, te equivocas. Ya es suficiente, Ian. Aún tengo sentimientos y supongo que prefieres morir primero. Lo siento de verdad, primo, tengo que darte mi último adiós.

-No! -exclamó Brandy, levantando el pesado bieldo y blandiéndolo contra Giles con todas sus fuerzas.

Giles se volvió y derribó a Brandy golpeándole la cara con la culata de la pistola. Ian se abalanzó sobre Giles y le agarró por el brazo. Lucharon denodadamente en medio de un silencio sepulcral. Giles trataba de disparar a Ian en el pecho, mientras éste intentaba liberarse desesperadamente. Giles cayó al suelo, arrastrando con él al duque. Ian pisó las afiladas cuchillas del bieldo y se golpeó en el brazo con el palo de madera. Su primo le propinó un puntapié en el estómago, se incorporó y le apuntó a la cabeza.

-Quieto, señor Braidston! -exclamó alguien tras él.

Giles apenas escuchó la orden. Cuando se disponía a apretar el gatillo, oyó una terrible explosión. De pronto se tambaleó, sus facciones parecieron deformarse y finalmente se derrumbó.

-¿Se encuentra bien, excelencia?

Ian, por un momento incapaz de hablar, levantó la mirada y vio una cara curtida.

-Acaba de salvarnos la vida, amigo. ¿Quién es usted?

-Me llamo Scroggins, excelencia. -Se deshizo de la humeante pistola y ayudó a Ian a incorporarse-. La señorita me contrató hace dos meses para protegerle. Ha resultado entretenido, excelencia, su callejeo en Londres, luego su viaje a Escocia... Siempre quise conocer Escocia y ya ve lo que ha pasado. La acción se ha desarrollado aquí, no en casa.

¡Las doscientas libras!, recordó Ian.

Brandy intentaba incorporarse. Se le nublaba la vista debido al golpe de Giles. Sonrió.

-Estoy bien, Ian, de verdad, me encuentro bien. Gracias, señor Scroggins. No esperaba menos. Le debemos la vida.

Ian se arrodilló a su lado y le rozó la barbilla. La acarició con dulzura, sonriéndole.

-Gracias a Dios que no te ha roto la mandíbula, aunque no te librarás del moratón el día de la boda. -Se volvió hacia el cuerpo inmóvil de Giles-. ¿Está muerto?

-Sí, excelencia. No podía arriesgarme, hubiera acabado disparándole. Y mi cliente era usted.

-Muchas gracias, Scroggins.

Scroggins se echó a reír y agregó:

-Excelencia, no me importa reconocer que empezaba a preguntarme si la señorita estaría exagerando. Pero el trabajo es el trabajo, aunque uno tenga que recorrer el campo entero. -Miró el cuerpo sin vida de Giles-. Vaya tío, ese primo. Casi consigue embaucarme. Sí, lo admito, y eso que soy el mejor. Sin embargo, cuando le vi salir a lomos de ese corcel, sospeche de él.

Ian miró a Giles por última vez. Brandy le dijo:

-Vámonos de aquí, excelencia.

-Me ocuparé de él, excelencia. Ocúpese usted de la señorita.

-Hay un juez local. Se llama Trevor. Mandaré alguien del castillo para que le ayude. -Ian y Brandy salieron cogidos de la mano del granero. Un sol resplandeciente iluminaba el cielo azul. Ian respiró hondo. Jamás la vida le había parecido tan bonita y frágil al mismo tiempo.

-Te debo mucho, Brandy, incluso la vida. No recuerdo que doscientas libras dieran tanto de sí.

-Nunca supe quién era. El señor MacPherson se hizo cargo de todo. Me informó, muy orgulloso, de que había contratado los servicios de un antiguo policía de la patrulla de Bow Street. -Hizo una pausa y le observó detenidamente-. Siento decepcionarte, Ian, creí que te heriría si te decía la verdad sobre el dinero. Eres orgulloso, Ian, y por eso lo mantuve en secreto. Le habrías mandado al diablo, ¿verdad?

Seguramente, pensó sonriendo. Su condenado orgullo le había impedido contemplar la posibilidad de ser asesinado. Sintió un escalofrío.

-Tal vez -dijo por fin, consciente de que a los hombres les costaba admitir las verdades-. ¿Cómo te encuentras? -La besó en la boca y la abrazó.

-Como si me hubiera caído del caballo -bromeó-. Espero que el matrimonio no sea tan duro.

-Seguro que no. Ahora que te veo a luz del día... creo que el sábado tendrás un aspecto lamentable. Todo el mundo pensará que soy un salvaje y que no te merezco.

-Ian, siento mucho lo de Marianne.

Él guardó silencio por un instante. Giles acababa de pagar con su propia vida. Pero no era suficiente para Ian. Demasiadas pérdidas a cambio del simple orgullo de un hombre.

-Gracias, Brandy -dijo. La cogió en volandas para montarla sobre Hercules-. Volvamos a casa.

36

Danvers, mayordomo de Carmichael Hall desde hacía más de treinta y cinco veranos, observaba desde los ventanales del amplio salón a dos pavos reales paseando por el césped del jardín delantero de la mansión... El macho no dejaba en paz a la hembra. Su cola recordaba un abanico de colores. Acosaba a la pava, su dama, que lo evitó ocultándose detrás de uno de los olmos que rodeaban la casita de madera.

Su excelencia llamaba *Percy* al macho y dijo que no sabía qué nombre poner a la hembra, aunque se le había ocurrido una idea excelente. Sin embargo, Danvers hubiera preferido ver a *Percy* en la bandeja del horno de Cook.

-No hay ni un instante de paz -le comentó a la señorita Osmington, la eficiente ama de llaves del duque-. No me sorprende que al doctor Mulhouse, con lo bromista que es, se le ocurriera entregar como regalo de boda ese par de horribles pájaros sólo porque su excelencia asegura que Inglaterra carece de los colores de Escocia. Creo que acabarán ahuyentando la caza.

-Usted sabrá, señor Danvers -dijo la señorita Osmington, haciendo tintinear, como de costumbre, su manojo de llaves-. Oí a la señora riendo, con esa gracia natural que la caracteriza, cuando, hablando con su excelencia, admitió que ella habría preferido un brezal a los pavos.

Danvers refunfuñó y se apartó del ventanal. Sacó del bolsillo de su chaqueta negra un reloj.

-El doctor Mulhouse lleva casi una hora arriba. Confío en que el heredero nazca sin problemas.

La señorita Osmington hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, parecido al de un pájaro.

-Su excelencia ha sido muy responsable y plenamente consciente de lo delicado de su condición. No se ha pasado el embarazo galopando por el campo como lady Dorrington. Estoy segura de que de las complicaciones fueron debidas a... -Dejó de hablar, desconcertada-. Tiene toda la razón, señor Danvers. Lleva mucho rato, es casi hora de comer. Avisaré a Cook para que prepare un plato más.

En aquel momento el doctor Edward Mulhouse buscaba frenéticamente un remedio que ayudara a relajar a la esposa del duque. Estaba muy tensa, con los ojos y los puños cerrados. Era evidente que se sentía incómoda y violenta y que, de no haber sido porque el duque insistió en que la examinara, ella se habría negado en rotundo.

Se dirigió a ella con toda la dulzura de la que era capaz.

-Vamos, Brandy, todo va bien. He asistido más de doscientos partos. No estés incómoda. ¿Te relajarás?

Era inútil. Sintiéndose impotente, Edward miró al duque, que finalmente dijo, sonriendo pero con voz autoritaria:

-Brandy, si no te relajas, voy a obligarte a tragar coñac hasta que te eches a reír y a comportarte como el miércoles por la noche. Recuerdas cómo...

-Ian, no te atrevas. -Abrió los ojos de repente y apretó aún más los puños. Parecía dispuesta a levantarse de un brinco y pegarle.

El sonrió maliciosamente e insistió:

-Vamos, deja que el pobre Edward haga su trabajo. Le vigilo de cerca. No te preocupes, no hará nada que no deba. Y si se le ocurre, sabe que lo enterraré bajo tierra, después plantaré petunias sobre su tumba y enviaré a las ovejas a comerse las flores.

Ella se echó a reír.

-No tiene ninguna gracia, Ian. Río porque... no importa. Te arrepentirás de lo que has dicho delante de Edward.

-Deja que haga su trabajo -repitió el duque, que tomó asiento junto la cabecera de la cama y cogió la mano de su esposa-. Adelante, Edward, haz lo que tengas que hacer.

-Relaja los abdominales, Brandy. Bien, mucho mejor El niño me ha dado una patada. -Exploró el vientre sin dejar de sonreír-. Ese pequeño no deja de moverse.

-Es un bebé fortachón -comentó Ian-. Esta mañana, estaba haciéndole carantoñas a mi esposa y me ha dado un patadón. Era el pie, por mucho que Brandy insista en que era la cabeza. Ya se lo he dicho, los duques de Portmaine tienen los pies grandes. -Por fin había conseguido distraerla, aunque pensó que se llevaría una gran sorpresa si no arremetía contra él después de que todo acabara-. Sí, creo que en esto va a salir a su padre. Pies enormes y gran amante...

-Y diplomático de nacimiento, no lo olvides -añadió Edward.

Observó las manos de Edward desapareciendo bajo las sábanas. La idea no le gustaba y Brandy estaba a punto de caer rendida. No obstante la exploración fue muy rápida.

Edward se incorporó en cuestión de segundos y dijo:

-Todo va bien. Eres menuda, Brandy, pero no hay problema alguno. Aunque, dada la estatura de tu marido, es conveniente que no te pases de peso. Todo irá bien, sí. Y a partir de ahora intenta convencer a tu esposo de que abandone la idea de derrotarme al ajedrez. Sé que tú también juegas. Derrótale, Brandy, acaba con él.

-Lo mentare -dijo ella-, te lo prometo.

-Tu salud y la del bebé es perfecta -añadió Edward-. No te preocupes por nada salvo en caso de que Ian decida volverte loca, por supuesto. Te juro que si sigue pidiendo tantos detalles acerca del embarazo y el nacimiento, dejaré que se encargue él.

-Dios mío, no, gracias -repuso el duque, palideciendo-. Tienes que ser tú, Edward, por supuesto.

-Creo que lo has conseguido, Edward. ¿Por qué no jugáis una partida de ajedrez después de comer? Quizá le ganes.

El duque sonrió.

-Vamos a bajar, Brandy. Ahora te mando a Lucy, apuesto lo que quieras a que anda deambulando por el pasillo como una clueca. Te quedas a comer, ¿verdad, Edward?

-Por supuesto.

Ian y Edward salieron del dormitorio, bajaron por la escalinata y entraron en el salón de caza.

-De no haber estado tú presente -comentó Edward-, estoy seguro de que se habría negado a que la examinara.

-Tal vez, aunque a pesar de sus protestas ha cumplido su palabra. Me prometió dejarse examinar en cuanto el bebé empezara a dar patadas. Edward, ¿va todo bien como le has dicho a Brandy?

-Claro que sí -repuso Edward, aceptando una copa de jerez-. El niño es más pequeño de lo normal... Cuanto menos peso gane, mejor, más fácil será el parto. Estas son las últimas tendencias en Londres.

Edward agitó el jerez en el interior de una preciosa copa de cristal de unos trescientos años de antigüedad.

-El bebé está muy alto. Mi experiencia es que en casi todos estos casos se trata de un niño, pero no me atrevo a hacer una apuesta contigo.

-Brandy cree que es una niña... una pequeña respondona y pelirroja como Fiona, su hermana menor, que vendrá a vivir con nosotros el mes que viene.

-Dios mío, Ian, estás convirtiéndote en un cabeza de familia serio y formal. Dos pequeños en un año de casado... ¿A qué se refería Brandy con lo de que el otro día parecías Perséfone?

-Olvida las mitologías. Jamás esperé que Brandy abandonara todo lo suyo y pasara el resto de sus días en Inglaterra. Pasaremos temporadas en Penderleigh. Tienes que venir a visitarnos, Edward. Es un lugar antiguo y grandioso, apolillado por muchos lados y con un romántico torreón medio desmoronado... y una criada, Morag, que nunca se baña. Lo hizo únicamente con motivo de la boda de Percy.

»Ah, Edward, te imagino sentado frente a lady Adella, atento a sus explicaciones de lo que debes hacer, cómo y cuándo. Apuesto a que, sólo para probarte, te hablará de enfermedades que jamás has oído. Sí, me encantará ver cómo te muerdes la lengua. Iremos a Escocia en primavera.

-Tengo la impresión de que estás poniéndome a prueba, Ian. Nunca antes había oído el acento escocés. A la gente le encanta oír hablar a Brandy. Confío en que nunca lo pierda.

-No lo permitiré. Supongo que cuando vayamos a Londres más de uno la detestará, pero al ser una duquesa, nadie se atreverá. Lo lleva muy bien, ¿sabes? Estaba preocupadísima por meter la pata y ponerme en un compromiso. -Sonrió-. No ha habido oportunidad. La servidumbre se dejaría matar por ella, a excepción de una de las doncellas, Liza, que la consideraba una usurpadora. Por supuesto, ya no está en Carmichael Hall, naturalmente.

-Hizo comentarios bastante desagradables sobre la duquesa después de que la despidieras, pero nadie en el pueblo le prestó atención. -Edward se cruzó de brazos-. Este año el frío ha llegado muy pronto.

-Confío en que a esos condenados pavos se les hielen las plumas -comentó el duque.

-Muy poco amable por tu parte, Ian. ¿Qué regalo de boda puede hacer un pobre hombre a un duque? -Edward observaba la gigantesca estancia de paredes oscuras, en las que se exponía una colección de armas capaz de alimentar a un ejército entero. Recordó sin envidia los pequeños soldados y las escopetas de juguete que ambos solían compartir cuando tenían ocho años de edad-. El tipo que me vendió las aves me comentó que dormían muy bien. ¿Duermen de noche?

-Sí. Ah, ahí llega Danvers con el correo. -El duque extrajo sin dudarlo un sobre sucio, que destacaba por su rareza entre los demás-. Carta de lady Adella. Ayudará a Brandy a olvidar el mal trago que acabas de hacerle pasar. Confío en que no empiecen las convulsiones en cuanto lea el relato de la anciana sobre la conducta repulsiva del nuevo conde, Claude. Pobre Claude, apenas lleva un mes poseyendo el título. No quiero ni pensar en los comentarios que nos esperan en primavera.

La verdad es que Brandy no tuvo convulsiones ante la inacabable lista de lamentos de lady Adella. En realidad estuvo a punto de desplomarse sobre la sopa, incapaz de sostener la risa. El duque tuvo que calmarla, no podía poner en peligro al bebé.

-Pobre abuela -se lamentó Brandy-. Parece muy triste. ¿Puedes creer que el tío Claude ha tenido el valor de ordenarle que entregue a Constance las llaves del castillo? Además, la abuela siempre se ha ocupado de todos los asuntos de la casa. Creo que incluso ha osado llamarla «vieja entrometida» y «la condesa viuda». Debe de estar al borde de un ataque de apoplejía.

-O eso, o acabará pegándole un tiro.

-O quizá golpeándole la pierna enferma con el bastón -comentó Brandy, sonriendo.

-Al parecer, mi tía abuela Millie es una réplica de lady Adella -apuntó Edward-. Se dice que hasta consiguió que el cura del lugar cayera postrado de rodillas ante ella. Sus hermanos y hermanas le tienen un miedo terrible.

-Tal vez podrían vivir juntas. Sería una auténtica competición -bromeó el duque, y luego añadió-: Brandy, según lady Adella, Percy ha dejado embarazada a Joanna. Añade también que se ha convertido en un esposo modelo, circunstancia que, según ella, sólo durará hasta que Joanna siga mostrándose dura con él.

-Debemos enviarles una carta de felicitación -dijo Brandy-. Creo que la única persona en el mundo capaz de controlar a Percy es Joanna.

-Espero que así sea -comentó el duque-, el dinero es suyo. Tu abuela asegura que Fiona le ha pedido que te explique que la marsopa está casi domesticada.

-Maravilloso.

El duque asintió y le dijo a Edward:

-Bertrand, otro primo, dice que a Brandy le gusta tanto el mar que es como una sirena. Cuando pienso en ello y la miro, me echo a reír. ¿Te imaginas una sirena embarazada?

-Me pregunto cómo deben de parir las sirenas -dijo Edward y, al ver la cara horrorizada de Brandy, tosió para aclararse la garganta-. Es una pregunta ridícula. No, Ian, no digas nada. No quiero que la duquesa me eche fuera con los pavos.

-Jamás, Edward. Quiero que le digas a mi marido que voy a tener gemelos. Merece una esposa gorda a reventar.

Edward se echó a reír.

-Ya te he dicho que sólo hay un bebé, Brandy. Tendrás que hallar otra forma de vengarte de él.

-Las encuentra a diario -señaló el duque, cogiendo una de las finas lonchas de jamón, especialidad de Cook. Releyó la carta y dijo-: Tu estimada abuela parece haber agotado su exceso de bilis. Incluso te manda sus mejores deseos. Me pregunto cuánto le habrá costado. Bien, Edward, espero que no nos chantajees ahora que estás en posesión de algunos de los más sabrosos esqueletos de la familia.

-No lo haré hasta conseguir derrotarte al ajedrez. -Consultó el reloj-. Debo marcharme. La comida ha sido deliciosa, como siempre. Voy a Rigby Hall. Lady Eleanor está de nuevo embarazada de su décimo hijo. Sir Egbert no la deja en paz.

-¡Qué horror! -exclamó Brandy-. Dios mío, ¿diez?

Abandonaron la mesa.

-Recuerdo que en cierta ocasión te quejaste de que no tenías nada que hacer -dijo el duque-. Ni un simple hervido. Si nuestras amistades siguen así, acabarás llena de bebés.

Despidieron a Edward en la escalinata. Brandy se volvió y su esposo la besó sin apartar la mano de su vientre.

-Te amo -le susurró y ella le acarició la cara.

-Yo también, Ian.

Volvió a besarla y la mano fue ascendiendo hasta alcanzar los pechos.

-Sólo acariciarte... -murmuró entre besos-. Me encanta acariciarte.

Danvers se acercaba. El duque maldijo en silencio y retiró la mano del pecho de su esposa. Luego se volvió hacia Danvers.

Brandy, deseando acariciarle, comentó muy seria:

-Sabes, Ian?, el aroma de Inglaterra nada tiene que ver con el de Escocia.

-Tienes razón, por aquí no hay ovejas.

Danvers estaba junto a ellos. Brandy se apartó a regañadientes, la mano de su esposo estaba a punto de volver a acariciarle el vientre.

-No me refería a eso -puntualizó.

Danvers tosió anunciando su presencia.

-Lo sé o el duque-, pero aquí, Brandy, tenemos pavos reales, siempre que Danvers permita que sigan alejados de la olla de Cook. ¿Qué opinas, Danvers? ¿Les damos otra semana de vida?

-Les queda poco, excelencia. Muy poco.

Brandy se echó a reír y abrazó a su esposo.

-La vida es maravillosa -dijo ella-. Me alegro de haberme casado contigo.

-Sí, es preciosa -convino el duque-. De no haber aceptado mi proposición, te habría subido a un caballo para llevarte a una isla lejana. No hubieras tenido ocasión de resistirte.

-Me encanta la idea.

El duque besó a su esposa delante del mayordomo de Portmaine, que ni se inmutó y que, de hecho, olvidó al instante lo que quería decirle al duque.

FIN